



Eric J. García, *Códices chicanos #1. Historias simplificadas: La invasión de Estados Unidos a México, 1846-1848*, 2015. © Eric J. García.



#919: MIGRACIONES

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO

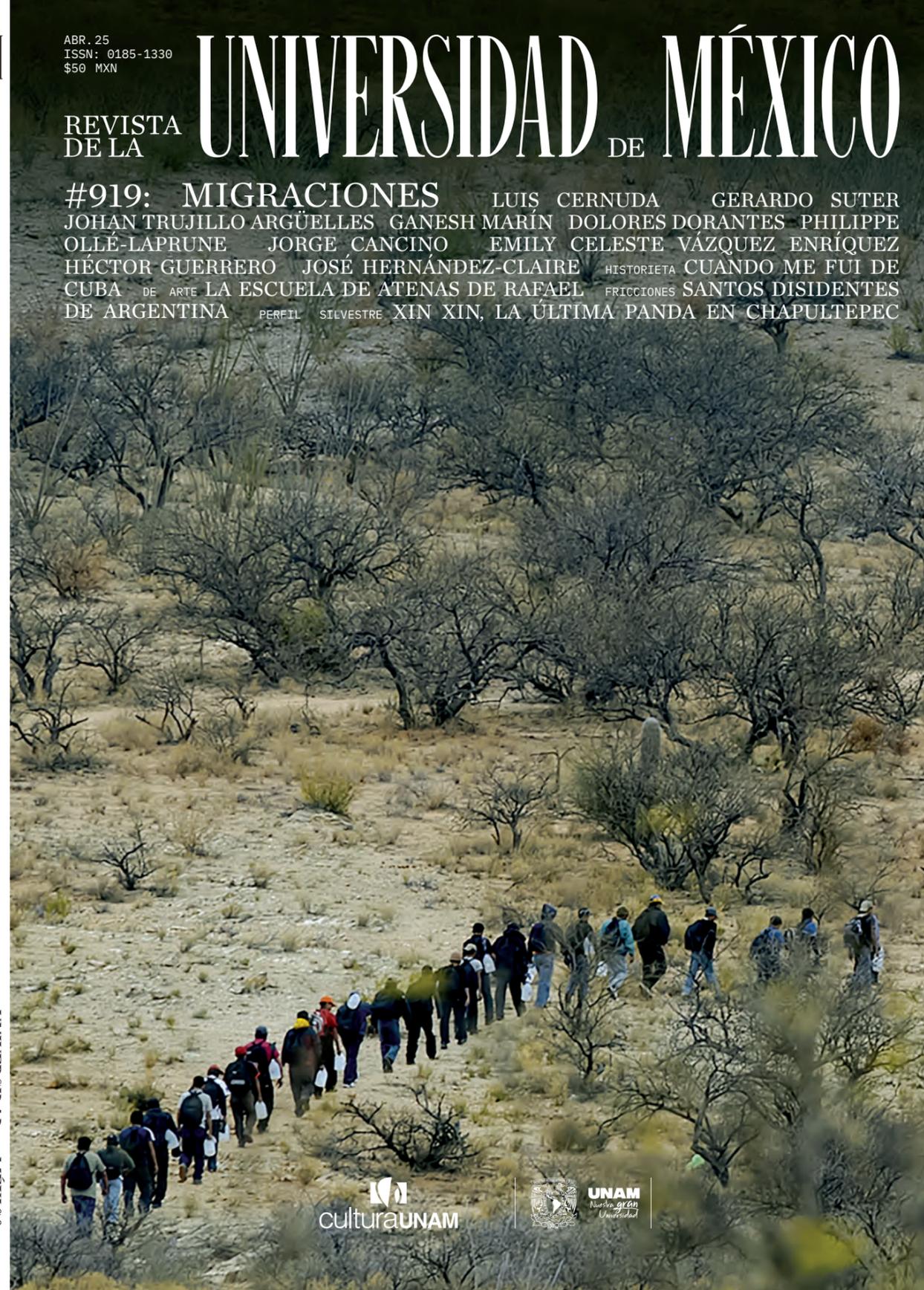


ABR. 25
ISSN: 0185-1330
\$50 MXN

REVISTA DE LA

UNIVERSIDAD DE MÉXICO

#919: MIGRACIONES LUIS CERNUDA GERARDO SUTER
JOHAN TRUJILLO ARGÜELLES GANESH MARÍN DOLORES DORANTES PHILIPPE
OLLÉ-LAPRUNE JORGE CANCINO EMILY CELESTE VÁZQUEZ ENRÍQUEZ
HÉCTOR GUERRERO JOSÉ HERNÁNDEZ-CLAIRE HISTORIETA CUANDO ME FUI DE
CUBA DE ARTE LA ESCUELA DE ATENAS DE RAFAEL FRICCIONES SANTOS DISIDENTES
DE ARGENTINA PERFIL SILVESTRE XIN XIN, LA ÚLTIMA PANDA EN CHAPULTEPEC



(002-003)	EDITORIAL	108	RAQUEL BARRAGÁN ARROCHE Las migraciones de la burla: de los clásicos al Barroco
(004-127)	DOSSIER	114	VERÓNICA GONZÁLEZ LAPORTE Esclavos del oro verde: los migrantes coreanos en Yucatán
006	HECTOR GUERRERO El mundo tocando a la puerta	120	ISABEL HION De Cantón a Sinaloa: las distintas formas de pensarse semilla
016	JOHAN TRUJILLO ARGÜELLES Donde rebotan los sueños: fotografía y migración	126	LUIS CERNUDA Peregrino
024	JORGE CANCINO El temor de ser deportado	(128-151)	PERIÓDICAS
032	EDUARDO FLORES ARRÓLIGA Formas de cicatrizar	130	(FRICCIONES) MARINA PORCELLI “Santos disidentes” de Argentina
040	ANA ROXANA DIAZ Cuando me fui de Cuba	136	(PERFIL SILVESTRE) AGUSTÍN B. ÁVILA CASANUEVA Xin Xin, la última emperatriz de Chapultepec
046	JUAN CAMILO RINCÓN “A mi domingo familiar le falta gente”: la escritura migrante	144	(DE ARTE) GABRIEL BERNAL GRANADOS El viaje de Pletón a Ferrara y Florencia: <i>La escuela de Atenas</i> de Rafael
056	GANESH MARÍN Los osos contra el muro	(152-171)	CRÍTICA
062	EMILY CELESTE VÁZQUEZ ENRÍQUEZ Migraciones multiespecie: “Días del fin” de Jacinta Escudos	154	BRUNO H. PICHÉ <i>Pantano</i> de Ana Emilia Felker
068	ANGEL ALEJANDRO RAMÍREZ VELASCO Y LUIS ESPINOSA ARRUBARENA Crónica de la gran “migración” de los hadrosaurios	158	ABSALOM GARCÍA CHOW <i>La clase de griego</i> de Han Kang
076	LEONARDO GUTIÉRREZ ARELLANO Ardor migrante: diagnóstico e historia de la enfermedad de Lyme	162	LILIANA MUÑOZ <i>Notas desde el interior de la ballena</i> de Ave Barrera
082	DOLORES DORANTES Sobremigrar	165	RODRIGO FLORES SÁNCHEZ <i>Poesía reunida</i> de Elias Uriarte y <i>Monoespacio</i> de Anne Parian
090	CLAUDIA KERIK Mi propio misterio	168	MARCELA MENA BARRETO <i>La fotografía, indicio de la historia</i> , Eugenia Meyer (coord.)
092	PHILIPPE OLLÉ-LAPRUNE Los ángeles en llamas		
098	MARIANA ORANTES Notas al pie de un paisaje migratorio	(172-174)	COLABORADORES
106	ALAÍDE VENTURA MEDINA amarra/miento		

La relación migratoria entre México y Estados Unidos ha cambiado mucho a lo largo de la historia. Durante la primera mitad del siglo XIX, muchos norteamericanos migraron a Texas, que entonces era parte del México apenas independizado. Posteriormente, la migración a los territorios “comprados” a México se intensificó, no obstante, la tendencia se revirtió con el tiempo, de modo que la migración temporal y permanente de México hacia Estados Unidos se volvió preponderante. Como testimonio de un periodo en el que la migración hacia EUA se veía como una amenaza para la economía mexicana, y no como una fuente de remesas, les invitamos a leer “El problema de los trabajadores mexicanos emigrantes” de Ernesto López Malo, artículo publicado en la primera plana de la *Revista de la Universidad de México* en su número de febrero de 1954. El autor se pregunta: “¿Qué efectos tendrá en el fenómeno y en su desarrollo la reciente modalidad adoptada por los Estados Unidos de contratar trabajadores mexicanos sin que en ello intervenga nuestro Gobierno y en las condiciones que convenga señalar a dicho país?” De acuerdo con él, Estados Unidos auspiciaba la migración en términos perjudiciales para México. Además de un puntual análisis demográfico de la migración a mediados del siglo XX, su texto apela por la defensa de los migrantes en el plano económico, jurídico e incluso lingüístico: “deben eliminarse del vocabulario oficial los términos ‘braceros’ y ‘espaldas mojadas’, pues aquél tiene en la actualidad cierto sentido despectivo, y éste es denigrante para los mexicanos y para México”.



UNIVERSIDAD *de* México

VOLUMEN VIII • NÚMERO 6
MÉXICO, FEBRERO DE 1954
EJEMPLAR: \$100

ORGANO OFICIAL DE LA U. N. A. M. • MIEMBRO DE LA ASOCIACION INTERNACIONAL DE UNIVERSIDADES

EL PROBLEMA DE LOS TRABAJADORES MEXICANOS



Notas preparadas inicialmente, en lo substancial, para ser sometidas a la consideración del Instituto de Investigaciones Económicas de la Escuela Nacional de Economía, U. N. A. M.

La emigración de trabajadores mexicanos a los Estados Unidos de América, viene ocurriendo desde hace varias décadas. Empero, es hasta los últimos doce años cuando el fenómeno progresa rápidamente y adquiere características y proporciones cada vez de mayor gravedad. En principio, ese desplazamiento de población ha sido transitorio, si bien esto no es posible determinarlo sino en forma aproximada.

Por otra parte, los resultados de las medidas adoptadas por nuestro Gobierno sobre el problema, no han correspondido, ni mucho menos, a la magnitud de

EMIGRANTES

Por Ernesto LOPEZ MALO



éste y a sus alcances. Más aún, hasta fecha reciente, la acción del Estado había venido ignorando los orígenes y efectos del movimiento emigratorio, limitándose, ante la fuerza de los hechos, a aceptar su existencia, a tratar de ejercer en él cierto control y a procurar un mínimo de protección y garantías a los trabajadores que fueran contratados oficialmente. Al efecto, de 1942 a 1951 se concertaron convenios especiales con los Estados Unidos, el último de los cuales, prorrogado, venció el día 15 de enero de 1954.

En lo que a México se refiere, los objetivos que perseguían esos convenios sólo se han logrado en forma completamente insatisfactoria, pues los trabajadores contratados, aunque han contado con cierto amparo, sufrían

MIGRACIÓN, def. (Del lat. *migratio*, *-onis*)

1. f. Desplazamiento que muchas personas emprenden por razones políticas, económicas, sociales o laborales, así como por guerras o los efectos del cambio climático. Dejan atrás su país de origen para instalarse y rehacer su vida en otro.
2. f. Traslado estacional y periódico que algunos animales realizan en razón del clima, la búsqueda de alimento o para reproducirse.
3. f. Proceso mediante el cual conceptos, conocimientos e ideas se trasladan a otro lugar geográfico, contexto o cultura mediante el intercambio y el contacto entre diferentes sociedades.
4. f. Migración forzosa: movimiento de personas que se ven obligadas a salir de sus lugares de residencia por causas naturales o humanas (como la amenaza a la vida o su subsistencia).
5. f. Migración interna: desplazamiento de personas dentro de un mismo país.
6. f. Migración de retorno: regreso voluntario o forzado al lugar de origen de personas que han residido fuera de éste al menos durante un año.



El desplazamiento es una condición intrínseca de nuestra especie, que desde sus orígenes ha buscado siempre nuevos territorios. Con la excepción de las zonas más agrestes de los Polos, no hay región continental del planeta que no esté habitada por seres humanos. Impulsados por fuerzas históricas expansivas u obligados por circunstancias desfavorables, estamos pre-dispuestos a migrar. Tanto las catástrofes ambientales (especialmente las producidas por el cambio climático) como la violencia derivada de conflictos bélicos, regímenes genocidas y el crimen organizado expulsan a la gente de sus lugares de origen en busca de condiciones dignas de existencia. Esto queda claro, por ejemplo, en los casos reportados por el periodista Hector Guerrero, quien recupera las historias de migrantes provenientes de Ecuador, Venezuela y Camerún en su tránsito por México. Las nuevas políticas del gobierno estadounidense frente a este fenómeno plantean una crisis humanitaria que debe ser descrita y denunciada, como lo hacen Jorge Cancino y Dolores Dorantes. Incluimos también entrevistas y testimonios literarios que dan cuenta de la experiencia migrante. La construcción de un muro fronterizo también tiene consecuencias nefastas para la vida silvestre, como ilustra el artículo “Los osos contra el muro”. Para recordar que el territorio mismo no se queda quieto, publicamos un artículo sobre las migraciones de un grupo de dinosaurios que habitó el planeta entero cuando los continentes tenían una forma muy distinta a la actual. El Centro de Estudios Mexicanos UNAM-España, en alianza con la Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura, el festival Centroamérica Cuenta y el Instituto Cervantes, organiza un concurso que reconoce

la expresión artística sobre los migrantes latinoamericanos en España. En febrero de 2025, el jurado declaró a Eduardo Flores Arróliga ganador del III Premio de Relato UNAM-España por el cuento “Formas de cicatrizar”, que aparece en estas páginas. Les invitamos a consultar la plataforma Acción Migrante de la UNAM, en donde podrán encontrar recursos para la “contención, orientación y apoyo a personas migrantes mexicanas y de otras nacionalidades que viven en Estados Unidos o que ya se encuentran en México”.

Migrantes mexicanos caminan en fila por el desierto de Arizona cerca de Sásabe, Sonora, intentando cruzar ilegalmente la frontera entre México y Estados Unidos, 22 de enero de 2002. De la serie *Altar-Sásabe*. Fotografía de Mónica González Islas. Cortesía de la autora y de *Milenio Diario*.

DOSSIER

PP.006-015 HECTOR GUERRERO PP.016-023 JOHAN TRUJILLO ARGÜELLES
PP.024-031 JORGE CANCINO PP.032-039 EDUARDO FLORES ARRÓLIGA
PP.040-045 ANA ROXANA DIAZ PP.046-055 JUAN CAMILO RINCÓN
PP.056-061 GANESH MARÍN
PP.062-067 EMILY CELESTE VÁZQUEZ ENRÍQUEZ
PP.068-075 ANGEL ALEJANDRO RAMÍREZ VELASCO
Y LUIS ESPINOSA ARRUBARRENA
PP.076-081 LEONARDO GUTIÉRREZ ARELLANO
PP.082-089 DOLORES DORANTES PP.090-091 CLAUDIA KERIK
PP.092-097 PHILIPPE OLLÉ-LAPRUNE PP.098-105 MARIANA ORANTES
PP.106-107 ALAÍDE VENTURA MEDINA
PP.108-113 RAQUEL BARRAGÁN ARROCHE
PP.114-119 VERÓNICA GONZÁLEZ LAPORTE PP.120-125 ISABEL HION
PP.126-127 LUIS CERNUDA

(004-127)

Las cosas terribles que este flujo de personas migrantes experimenta en la ruta no son azarosas ni carecen de sentido, sino que forman parte de un plan federal estratégico que rara vez ha sido iluminado y expuesto por lo que es: una máquina asesina que simultáneamente usa y se oculta tras la ferocidad del desierto de Patrulla Sonora. La Fronteriza disfraza el impacto de su política actual propagando un discurso esterilizado, la culpa atribuida a los migrantes y los procesos “naturales” del ambiente que borran la evidencia de lo que sucede en lo más remoto del sur de Arizona.



JASON DE LEÓN,
The Land of Open Graves

HECTOR GUERRERO

El mundo tocando a la puerta

LAS SEIS FRONTERAS DE JAVIER

Se asomó por la ventana del autobús y leyó un cartel que decía “Tonalá”. Recordó que se tenía que bajar en ese sitio. No se le olvidó la palabra: Tonalá. Un venezolano le había dicho que no continuara más allá, que se bajara en Tonalá y tomara otro autobús. Incluso le indicó la estación a la que debía dirigirse. Le dijo a su compañero de asiento que había que bajar ahí, pero el compañero lo persuadió: “Ya pagamos éste, mejor hay que seguir hasta que se detenga en algún sitio. Si continúa y no nos bajan, pues démosle”.

Pero el autobús sí se detuvo al salir del pueblo. Cuatro camionetas le cerraron el paso y subieron varios jóvenes armados con

Fotografías de Hector Guerrero. Cortesía del autor.
El avance de la construcción del muro en el desierto de Arizona, octubre de 2022. De la serie *El muro que lo divide todo*.





Migrantes centroamericanos esperan en el puente fronterizo entre Guatemala y México, octubre de 2018.

metralletas y pistolas. Les pidieron que bajaran del autobús y abordaran otro que estaba más adelante, estacionado sobre la carretera. Un chico de unos diecinueve años le apuntó con la pistola a la cabeza y, muy amablemente, le pidió que bajara. Mientras caminaban sobre el pasillo, el chico lo empujaba con la pistola en las costillas, pero con una voz infantil y respetuosa le pedía que avanzara: “Baje rápido, señor, por favor”. A Javier lo descolocaba tener un jovencito apuntándole con un arma y pidiéndole las cosas por favor. Se llevaron a la mitad de los pasajeros. La otra mitad se quedó en el camión y nunca supo el porqué de esa división. Veinte minutos después llegaron a una bodega. Intuía que estaban cerca del mar. Se escuchaban olas y le llegaba el olor a brisa salada. Otro cordial joven les informó que habían sido secuestrados por el cártel de Sinaloa y que tenían dos opciones: pagar seiscientos cincuenta dólares y salir de ahí caminando, abandonados a su suerte, o pagar mil quinientos dólares y asegurar su transporte directo a la Ciudad de México. No más camiones, no más retenes migratorios, no más coimas, no más secuestros, no más kilómetros bajo el sol. Su pase direc-

to a la capital. Les aconsejó que tomaran esa oferta. En unas horas les permitirían hacer su primera llamada para obtener el dinero. Después, otro joven les explicó que les darían de comer tres veces al día y que podían pedir café cuantas veces quisieran. A partir de ese momento tendrían quince días para conseguir el dinero. La organización tenía diferentes formas de recibirlo: bancos en México y Estados Unidos, Banco Azteca —el preferido del cártel— y Western Union. Todos los datos les serían proporcionados debidamente.

PRIMERA FRONTERA

Un mes antes, en mayo de 2024, Javier estaba sentado en el sofá de su casa en Guayaquil, Ecuador. Sintió el noticiero en la televisión, pero todo lo que veía en las noticias ya lo había visto en las calles. Por las mañanas atendía su local de accesorios para celulares en el mercado Cuatro Manzanas, uno de los más grandes y populares de la ciudad. Por las noches, era guardia de seguridad en una fábrica de embutidos. En Guayaquil, todo había cambiado desde que llegó la organización criminal el Tren de Aragua. Las calles se volvieron inseguras, había ex-

torsiones, balaceras, asaltos. Las pandillas locales se fortalecieron. Unos meses antes habían tomado en vivo un canal local de televisión. El mercado dejó de ser un sitio seguro y las ventas cayeron tanto que Javier tuvo que cerrar el negocio. La prensa local anunció la muerte de dos compañeros suyos, guardias de seguridad, asesinados por las pandillas. Días antes, su madre le recomendó que abandonara el país.

Javier no puede más. La muerte de sus compañeros lo termina de convencer y habla con sus hermanas, que viven en Florida. Se imagina viviendo con ellas, trabajando en un buen empleo, ganando dinero. Empezar de cero. Nunca les hizo caso a sus hermanas cuando le insistían para que se fuera con ellas. Ahora, a sus cincuenta años, cuando ya nadie lo contrataría en su propio país más que para empleos precarios, cuando ya no le queda ninguna esperanza de que las cosas mejoren, está convencido de irse.

Comenzó a ver videos en YouTube, a aprender todo lo que sería necesario para la ruta. Con el celular en la mano, veía videos y tomaba notas. En las redes descubrió un atajo. Panamá estaba recibiendo a los ecuatorianos que iban a hacer turismo. Si lograba entrar a Panamá, se ahorraría el Darién, esa selva devoradas por la que deben cruzar los migrantes de forma obligada. En el 2002 varios expertos describían la dificultad de cruzar el Darién. La selva servía como una contención natural para detener el paso migratorio, o al menos desviarlo, y lo hacía inviable como ruta de tránsito. Hoy es una especie de carretera rural con al menos cinco rutas, dos de ellas vía exprés, las más caras, como autopistas rápidas. Todo el territorio está controlado por mafias de porteadores que responden al crimen organizado. Campamentos, brechas encordadas y vendedores de agua están haciendo de la selva un camino transitable. Todo lo que se dice de aquella jungla es verdad. Absolutamente todo.

Javier habló con sus padres y les contó su decisión de migrar a Estados

Unidos. La plática no fue fácil. Sus padres eran ya muy mayores y él se iría de forma ilegal. Lo más probable es que no se volvieran a ver con vida. Al final de la charla, su padre le dijo: “Ándate y hazte de una vida mejor”. A la mañana siguiente sacó todos sus ahorros del banco, mil quinientos dólares. Los primeros quinientos se los gastó en un paquete vacacional a Panamá. Avión de ida y vuelta, cuatro días y tres noches de hotel, todo incluido. Con su pasaporte y sus cartas de empleo para engañar a migración con la mentira de que iba a volver, se despidió y tomó el avión a Panamá. A su llegada, no estuvo más de cinco minutos en la fila de migración. Le dieron la bienvenida. Cuando salió del aeropuerto se sintió privilegiado, había escapado de la selva, había logrado cruzar la primera frontera. El primer día cumplió la promesa que le hizo al oficial de migración que le atendió en el aeropuerto e hizo turismo. Caminó por el centro de Ciudad de Panamá, observó los edificios altos, se tomó fotos y se emocionó porque, por primera vez en su vida, había salido de su país. A la mañana siguiente, sintió pena por abandonar el hotel, aún tenía dos noches pagadas con todo incluido, pero tenía que tirarse a la ruta.

UNA FRONTERA TRAS OTRA

Javier tomó un autobús hasta el límite de Panamá con Costa Rica. Su primera frontera por tierra. La primera extorsión. La primera caravana que veía, con más de doscientos venezolanos, a los que se unió. Su primer amigo en la ruta, Eden, un joven de veinte años que viajaba solo. Rápidamente se hicieron amigos y cruzaron Costa Rica en treinta horas.

Al llegar a la frontera con Nicaragua, un guardia les dijo: “Los venezolanos pasan sin problema, pero usted, Ecuador, no puede pasar. Necesitaría volver a Panamá para que le sellen el permiso de salida”. Ahí se separó de Eden. Javier recuerda la despedida como la que tuvo días antes con su padre. Sólo que ahora era él quien despedía al joven con conse-

jos y la promesa de alcanzarlo más adelante. Dos días después, pagando ciento cincuenta dólares, encontró la forma de pasar a Nicaragua por un cruce ciego en medio de unos naranjales. A la mañana siguiente llegó, junto con más de quinientos venezolanos, a la tercera frontera, la que separa Nicaragua de Honduras.

Ésta fue fácil. Le cobraron cinco dólares y le dieron una especie de recibo que, le dijeron, debía llevar consigo para moverse por todo el país. Con ese recibo llegó a la frontera con Guatemala, la cuarta del trayecto, que cruzó caminando y de noche. Ya del otro lado, tomó un autobús y a las cuatro de la madrugada descendió en la plaza principal de Tecún Umán, a las orillas del Suchiate.



Mujeres africanas aseándose en la parte trasera de la Estación Migratoria Siglo XXI, Tapachula, Chiapas, octubre de 2019.

El río es una frontera natural que separa Guatemala y México. Una señora les pidió ciento sesenta dólares para cruzarlos y les advirtió que habían llegado a las puertas del infierno. A Javier ya casi no le quedaba dinero. Los mil dólares con los que empezó la ruta se habían convertido en doscientos cincuenta. Pasajes de autobús, algunos hoteles de paso, sobornos, invitar una torta y un refresco a compañeros que se encontraban en el camino. Pero la señora les aseguraba que lo más confiable era pagarle a ella, que los dejaría en la plaza pública de Ciudad Hidalgo, Chiapas, ya del lado mexicano. Desde ahí sólo había que ca-

minar 45 kilómetros a Tapachula y solicitar el permiso de libre tránsito. Javier y otros treinta compañeros de ruta pagaron. La mujer cumplió. Los llevó río abajo y los cruzó en unas balsas improvisadas con tablones de madera y llantas que van y vienen sobre las aguas del Suchiate. A las 7:30 de la mañana comenzaron a caminar por la carretera. Había buen ánimo. Se unieron a otra caravana, de unas quinientas personas. En Tapachula le dieron un permiso de tránsito que le daba la posibilidad de moverse por todo el estado. El plan era ir de pueblo en pueblo, no llamar la atención, tomar camionetas y autobuses locales, recorrer distancias cortas. Pasar desapercibido para lograr salir de Chiapas. Pero no se bajó del autobús en Tonalá.

TODO COMENZÓ EN 2018, PERO EN REALIDAD EMPEZÓ ANTES

Han dado las siete de la tarde en la central de autobuses de San Pedro Sula, Honduras. El clima es fresco, no ha parado de llover en los últimos días. Comienzan a llegar los primeros, incrédulos. Observan, preguntan, intercambian miradas y saludos amistosos. Hace días que corre el rumor. Van a salir en caravana rumbo a Estados Unidos, todos juntos, a pie. Es el 12 de octubre de 2018 y de a poco se van juntando familias, madres con hijos, padres de familia y jóvenes menores de edad. Llegan con una mochila al hombro, listos para unirse a la caravana, si es que el rumor, que va de boca en boca por los barrios de todo Honduras, es cierto. “La gente se está organizando, quieren marchar juntos a pie hasta llegar a los Estados Unidos.” La idea, aunque arriesgada, podría funcionar. Caminar todos juntos les da seguridad. Sobre todo para cruzar México, ese infierno lineal que deben atravesar de forma obligada. A las 22:00 horas parten los primeros, en una pequeña caravana de doscientas cincuenta personas, con más incertidumbre que certezas. En el camino se le va sumando gente de pueblos y caseríos por los que pasan. Al amanecer llegan a Esquipulas,

en la frontera con Guatemala, ya son ochocientas personas. Siete días después, cuando cruzan a territorio mexicano, la columna suma siete mil, según cifras oficiales de la ACNUR. Se ha instaurado una nueva forma de migrar.

México no los recibió amistosamente. El Gobierno del entonces presidente Enrique Peña Nieto, una administración experta en simulaciones, aparentó impedir el paso de la caravana, pero sólo logró retrasarla dos días a las orillas del río Suchiate. Al tercer día, la columna caminaba sobre la carretera que va de Ciudad Hidalgo a Tapachula. La marcha interminable parecía más un éxodo bíblico que una caravana. Kilómetros más abajo, a lo largo de Guatemala, la ruta seguía sumando gente. Pequeños grupos de personas se podían observar a lo largo de toda la carretera. Y mientras la primera avanzada descansaba bajo el sol de la plaza principal de Arriaga, Chiapas, un nuevo contingente cruzaba las aguas del Suchiate. Era ya noticia mundial. En la frontera entre Panamá y Colombia, las mismas columnas de gente estaban cruzando la selva del Darién. La migración había dejado de ser cosa de hondureños y salvadoreños. Comenzaban a subir migrantes de más de trece nacionalidades distintas. La migración era ya intercontinental. El tercer mundo llegando a las puertas de Estados Unidos. Finalmente se había cumplido la fábula de la tierra prometida.

Desde aquella primera caravana de 2018 se instauró un corredor migrante. A Colombia llegan personas de los sitios más recónditos, China, Camerún, Somalia, Bangladesh. También llegan otras de lugares más cercanos, Haití, Nicaragua y Venezuela, que en los últimos diez años

ha expulsado a más de siete millones de personas. Todos dispuestos a cruzar la peligrosa selva para llegar a México. El centro de Tapachula parece una sucursal de las Naciones Unidas, pero sin los países desarrollados. O la fila de migración del aeropuerto JFK de Nueva York, donde gente de todo el mundo espera pacientemente a que los Estados Unidos les dé la bienvenida.

Guido es de Camerún, llegó hace tres meses a México. No le gusta contar su aventura en la selva. No le gusta dar detalles de su vida en África. Se limita a decir que su país es muy peligroso para la gente como él. Sólo eso. Lo dice en un español entrecortado, se expresa mejor en francés. También se puede comunicar en inglés, pero prefiere el francés. Está esperando noticias sobre su permiso para cruzar México de forma legal. Llegó con una de las oleadas de migrantes africanos a finales de 2018. Permanece en la explanada de la estación migratoria Siglo XXI en Chiapas. Está solo a pesar de estar rodeado de más cuatro mil africanos que esperan lo mismo que él. Guido es amable, un hombre joven de apenas veintisiete años, muy delgado. Se mueve despacio y habla suave, sonríe todo el tiempo. No dice nada, sólo observa y sonríe. Dice que no quiere hablar porque tiene miedo. Se despide con miradas cariñosas y sonrisas. Va a bañarse a un riachuelo que se encuentra atrás de la estación migratoria. El río se ha convertido en el baño de miles de migrantes que viven a las afueras de la oficina migratoria. Por la tarde Guido regresa vistiendo ropa limpia. Cuida mucho de su aspecto, se esfuerza en ello. Se acerca y ofrece una entrevista a los periodistas

que están en el sitio. Está dispuesto a contar su historia si le pagan por ello. El equipo de reporteros rechaza la oferta y Guido ríe y les dice: “Perdón, es que aquí todo mundo gana dinero con nosotros. Yo jamás entendí el significado de la palabra ‘mafia’ hasta que llegué

Javier recuerda pocos rasgos de esos jóvenes, los llama así, los jóvenes, pero se acuerda muy bien de la gorra que portaban todos, como si fuera el uniforme obligatorio. Era una gorra negra que decía “Chapitos” en letras doradas.



El muro en la playa de Tijuana, 2021.

a México”. Vuelve a sonreír y se aleja. Al cuarto día, Guido se acerca de nuevo a los periodistas y les pide un favor. Hace un esfuerzo en un español escueto y se presenta. En Camerún se ganaba la vida trabajando en el departamento de sistemas de una importante compañía, sabe mucho de computación. Vivía solo en su departamento y tenía una buena vida, no le iba mal. Su jefe le había prometido un ascenso. Después se enteró de que Guido tenía algo que ocultar y lo despidió. Su país es muy peligroso para la gente como él. Lo repite varias veces. Cuando no le sale la palabra que busca en español, la suplanta por una en francés. Así se da a entender desde hace cinco meses que inició su travesía por América. Finalmente, les pide a los reporteros que lo lleven en la cajuela de su auto. “Ustedes me sacan de Chiapas y ya en la ruta yo puedo solo.”

LA QUINTA FRONTERA

Javier pasó ocho días secuestrado en esa bodega mientras sus hermanas conseguían el dinero. Cada tarde lo instaban a que las llamara para saber cuánto habían juntado. Al octavo día, su hermana le dijo que ya habían depositado y quería saber

adónde debían enviar la foto del comprobante de pago. Javier iba a preguntarle al joven parado enfrente de él a qué número enviarlo, pero no pudo. Comenzó a llorar y, entre sollozos, le decía a su hermana que se lo devolvería todo. Al cabo de unos minutos vino otro joven y le dijo: “Ya se confirmó tu pago. Hoy no te alcanzas a ir porque no hay lugar, pero te vas mañana”. Una noche más en ese lugar lleno de personas de China, Cuba, Haití, Venezuela, Perú. Por la mañana, obligaban a las mujeres a limpiar la bodega y preparar la comida. Por las noches las violaban. Los jóvenes ponían música a todo volumen, disparaban al viento e iban por las mujeres, en especial por las venezolanas. Algunas veces llevaban hombres muy golpeados y ahí, frente a ellos, los volvían a golpear. Les explicaron que eran pequeños coyotes que pretendían cruzar o secuestrar gente por iniciativa propia, lo que no podían permitir, ya que no era su territorio.

Javier recuerda pocos rasgos de esos jóvenes, los llama así, los jóvenes, pero se acuerda muy bien de la gorra que portaban todos, como si fuera el uniforme obligatorio. Era una gorra negra que decía “Chapitos” en letras doradas. Finalmen-

te lo llamaron y lo formaron frente a un portón enorme, que se fue abriendo de a poco y dejó ver el mar en todo su esplendor. Todo ese tiempo estuvieron frente al mar. Las instrucciones eran simples: caminen hasta la orilla y súbense a esas lanchas. Después, cuatro horas de lancha en la ruta marítima por el Istmo. Por la noche, una casa en la orilla de una playa desconocida. A la mañana siguiente, un camión de redilas, todos apretados. Por la tarde, un taller mecánico, comida muy mala, todos escondidos. Al día siguiente salen en pequeños grupos, ahora en camioneta, hasta una casa. Y luego a otra, y luego a otra más. No podían preguntar nada, no debían decir nada, nunca supieron dónde estaban. Cuatro días después de haber salido de la bodega, un chofer los volvió a meter en una camioneta y, apiadándose de ellos, les dijo: “Ya es el último tramo, ya están muy cerca de la Ciudad de México”. Javier recuerda que le dolían las piernas de haber permanecido tanto tiempo agachado entre los asientos, recuerda que los choferes no paraban de hablar por radio todo el tiempo, mandaban su ubicación y esperaban que se juntaran todas las camionetas, que venían desde diferentes direcciones. También recuerda que el chofer les dijo: “Miren, esa montaña de allá se llama Popocatepetl”.

Al llegar a la Ciudad de México buscó un albergue. Lo recibieron y le ayudaron a sacar su cita migratoria en la aplicación CBP One, el sistema que instauró el Gobierno del presidente Joe Biden, una *app* que permitía a los migrantes pedir una cita ante un juez migratorio de Estados Unidos, quien podría otorgarles el asilo humanitario. Ese sistema pretendía evitar que se saturaran los centros de detención en la frontera. Javier tuvo suerte y, la tercera vez que lo intentó, la aplicación le arrojó un folio. Su cita estaba confirmada: 31 de enero de 2025. Faltaban cinco meses, pero estaba feliz. En el albergue le dijeron que tenía muy buenas posibilidades de que le otorgaran el asilo. El sistema había sido generoso con él, la mayoría de las citas imponían

ocho meses o un año de espera. Javier buscó cómo ganarse la vida. El plan era tener paciencia durante cinco meses y marcharse a la frontera para llegar cinco días antes de la fecha de su cita, como indicaban las instituciones. Consiguió trabajo en un almacén y ahorró todo lo que pudo, tanto que en noviembre se compró su boleto de avión a Tamaulipas. Se dirigiría entonces al puente fronterizo a entregarse a la CBP con su folio y la *app* con la información sobre su cita. Las autoridades estadounidenses estaban obligadas a recibirle.

UNA NOCHE EN EL RÍO

El silencio se rompe por un ligero sonido que viene desde el río, apenas perceptible. No se distingue el movimiento, se escucha como si alguien nadara pero no se puede ver nada. El río está en total oscuridad, la noche es densa y esta parte del cauce, entre matorrales y bajo grandes árboles, es uno de los puntos ciegos que utilizan los traficantes de personas para ingresar a Estados Unidos. Del lado mexicano el pueblo es Miguel Alemán, Tamaulipas, y el río se llama Bravo. De este lado el pueblo es Roma, Texas, y el río se llama Grande. Poco a poco el sonido en el agua se escucha más cercano y comienzan a distinguirse algunas voces. Lamentos de niños, luces tintineantes de teléfonos, llantos callados y resuellos. Al fondo, la voz de un hombre dando instrucciones: “Ya llegaron, no se preocupen. Ya terminó todo”. El hombre se baja del pequeño bote inflable y lo arrastra hasta la orilla. “Ya están en territorio estadounidense, ya llegaron”, les dice a los tripulantes de la primera lancha inflable de la noche. Veinte minutos más tarde, el lugar parece un parque de diversiones, de esos a donde las familias van a pasear en botes de remos una tarde de domingo. Las pequeñas lanchas inflables no paran de ir y venir de México a Estados Unidos y de regreso. Cada lancha trae consigo aproximadamente diez personas, niños, mujeres, familias. Es 2021 y las imágenes de los niños en jaulas dentro



Lourdes Almeida, *Migrantes en el desierto*, 2018. Cortesía de la artista.

de los centros de detención han dado la vuelta al mundo. Pero los migrantes continúan su ruta. La separación de familias a su llegada tampoco les desanima, tienen claro que la vida que buscan está del otro lado, al menos eso imaginan. Es su esperanza lo que les ha dado la fuerza para llegar hasta este punto. Unos metros más arriba los esperan los guardias de la Patrulla Fronteriza con los camiones listos para detenerlos, registrarlos y llevarlos a uno de esos centros de detención. A dormir en el suelo encerrados en unas jaulas. Pero nada importa. Se les ve sonrientes; lo han superado todo para estar aquí.

Entre los murmullos se escucha la voz de una niña que grita: “¡Ayuden a mi mamá!”. La gente guarda silencio y se escucha el llanto de Leticia, una mujer salvadoreña de veintisiete años, emba-

razada de meses. Leticia no puede más, se toca el vientre y dice que no siente a su bebé, que le duele mucho. Comienza a vomitar y, entre lágrimas, dice que no puede volver a El Salvador, el padre de sus hijas la ha amenazado y a su madre la mataron los pandilleros. No puede más y se tira al suelo pidiendo que por favor la vea un doctor. El oficial de la CBP que ha llegado a controlar el alboroto le ofrece una botella de agua e intenta comunicarse con ella en español. La niña, Elizabeth, de siete años, le repite una y otra vez: “tómame el agua, mamá, tómatela”. Los minutos parecen eternos, Leticia no para de llorar y de repetir “no siento a mi bebé”. Finalmente, llega una camioneta que las recoge y las aleja del lugar. En ese momento, febrero de 2021, cinco de cada diez familias inmigrantes eran retornadas en 72 horas a sus países de



origen. Son ya las nueve de la noche y las lanchas siguen llegando. Al fondo las voces se siguen escuchando, “ya llegamos, es aquí”. Es la noche de Roma, Texas. Un oficial de la Patrulla Fronteriza dice: “Mañana será igual, así ha sido desde hace años”.

SEXTA FRONTERA

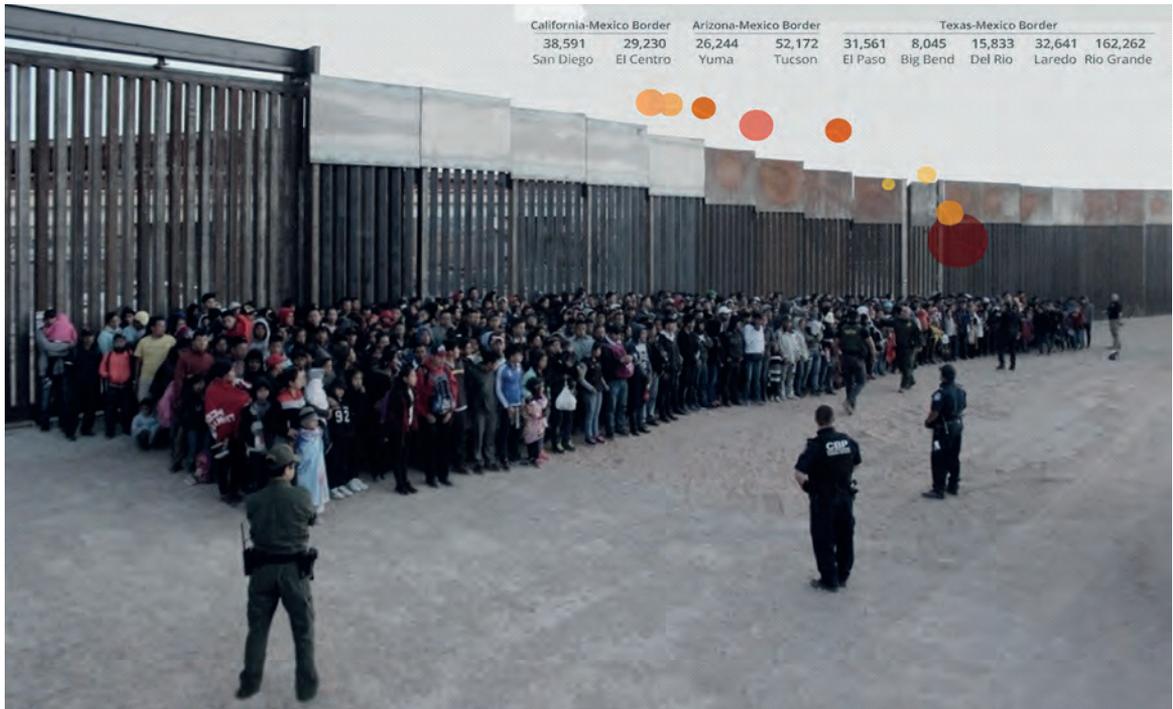
El 20 de enero de 2025 todo cambió. Llegó una notificación al celular de Javier. Donald Trump llevaba una hora en el poder y su primera orden ejecutiva fue eliminar el programa CBP One, cancelando todas las citas y los trámites en proceso. Trump le dice al mundo que los migrantes son una amenaza para su país, que los va a detener, los va a deportar y no los va a dejar volver a entrar. Por el momento, Javier no podrá cruzar la sexta frontera, la que lo separa de Estados

Unidos. Permanece en el albergue de Tacubaya, al sur de la Ciudad de México. Se lleva bien con todos y no sabe cómo agradecerles lo que han hecho por él. Tampoco sabe adónde ir. Volverá a buscar trabajo y esperará que Estados Unidos abra otra oportunidad. Está en tierra de nadie. A pesar de todo, sonríe con ironía y no se olvida del hotel en el que los secuestradores lo dejaron, a las afueras de la ciudad, donde podía dormir y comer por ochocientos pesos. Se llamaba Viva México. \mathcal{M}

JOHAN TRUJILLO ARGÜELLES

Donde rebotan los sueños: fotografía y migración

Un recorrido por la producción fotográfica realizada en México en los últimos treinta años permite reconocer tres momentos migratorios: el éxodo mexicano (integrado sobre todo por indígenas) a Estados Unidos en las décadas de los ochenta y noventa del siglo pasado como consecuencia de la crisis financiera del periodo; la migración centroamericana en la primera década del siglo XXI y, finalmente, aquélla que comenzó en 2015 y que aún continúa. Ésta comprende el flujo de migrantes que huyen de la violencia, la marginación o la pobreza sufridas en África, Haití, Honduras y



Del proyecto transmedia *Atlas del neoTrópico*, 2017-2024. Obra fotográfica de Gerardo Suter. Cortesía del artista.

Venezuela. En la última ola, la del siglo XXI, se ha dado el fenómeno de la *transmigración*, en el que quienes migran se ven obligados a permanecer, por distintos motivos, en un lugar distinto a su destino previsto.

OLEADAS DE MIGRACIÓN DE FINALES DEL SIGLO XX

El archivo fotográfico de la Bienal de Fotoperiodismo se encuentra bajo el resguardo del Centro de la Imagen y comprende el periodo de 1994 a 2005, el cual agrupa una diversidad de testimonios migratorios. Por ejemplo, la crisis de los balseros cubanos de 1994 está presente en las fotografías de Gerardo Magallón y Mario Martínez Meza. Este registro fotográfico muestra a grupos de personas —en su mayoría, hombres— haciéndose a la mar, de día o de noche, en improvisadas balsas fabricadas con madera y neumáticos. Quienes se quedan en la isla —sobre todo mujeres en la serie de Magallón— siguen su vida. Este éxodo cubano hacia Florida, cuyo antecedente fue la crisis comercial y económica en la isla derivada del colapso de la Unión Soviética

ca en 1991, se dio luego de que, en agosto de 1994, Fidel Castro permitiera la salida del país de sus ciudadanos, tras las protestas del día 5 conocidas como el “Maleconazo”. Al año siguiente, el gobierno estadounidense autorizó la entrada y permanencia de inmigrantes cubanos, con base en la Ley Pública 89-732 o Ley de Ajuste Cubano, promulgada por el Congreso en 1966. En 1995, la interpretación de dicha norma, conocida como “pies secos, pies mojados”, estipulaba que los cubanos que fueran interceptados en altamar, entre Cuba y Estados Unidos, serían devueltos a la isla o enviados a un tercer país, mientras que aquellos que lograran llegar a las costas estadounidenses —“pies secos”— podrían comenzar los trámites de residencia en la Unión Americana.

Por su parte, Laura Cano fotografió, en 1993, el modo de vida de familias guatemaltecas refugiadas en Chiapas. Entre 1980 y 1998 ocurrió un éxodo de guatemaltecos indígenas a México, que huían del conflicto armado y de la masacre contra la población maya ixil perpetrada por el gobierno de Efraín Ríos Montt.



De la serie *Volando Abajeño*, Tijuana, México, 2000. Fotografía de Rosaura Pozos Villanueva. Fondo Bienal de Fotoperiodismo del Centro de la Imagen.

Sobre la migración guatemalteca de este periodo, cabe mencionar el ensayo documental *Cafetaleros* de Marco Antonio Cruz, publicado como libro en 1996, que retrata, solos o en familia, a hombres, mujeres y niños trabajando en las fincas de café en el Soconusco. Este ensayo documenta la transportación, recolección y entrega de la cosecha, así como la dinámica de cobro, entre otras escenas de convivencia.

En el archivo de la Bienal de Fotoperiodismo también se encuentran algunas fotografías de la movilización de migrantes en tren, en la frontera sur de Chiapas, tomadas por Juan Carlos Morales y Rosaura Pozos, quien sigue el periplo desde el Suchiate hasta Tijuana. Además, existe el registro de otra forma de migración: el desplazamiento interno forzado, en el contexto del levantamiento zapatista, ante la amenaza de la entrada del ejército nacional, en febrero de 1995, luego de que el presidente Zedillo revelara la identidad del subcomandante Marcos. Las fotografías de Ángeles Torrejón

muestran la travesía que mujeres y niños hicieron a través de la selva. Allí se ocultaron entre las raíces y el follaje de las ceibas, tras abandonar el caracol de La Realidad.

EL TRAYECTO DE SUR A NORTE

En 1993, con la intención de frenar el paso de los migrantes que cruzaban a El Paso, en Texas, desde Ciudad Juárez, Chihuahua, el gobierno estadounidense comenzó a construir un muro entre ambas ciudades, al que siguieron otros a lo largo de la frontera norte: el de Tijuana (1993), el de Arizona (1995) y el de Tamaulipas (1997), lo que derivó en que la única vía de entrada fuera el desierto de Sonora.

El fotógrafo jalisciense José Hernández-Claire (1949-2021) documentó la migración nacional desde el año 2000. Su serie *Fenómeno Cowboy* es un registro del paisano, aquel “hijo ausente” convertido en *cowboy* mexicanoamericano con sombrero texano, que vuelve en las vacaciones a su terruño en Durango, Zacatecas o Jalisco, con dólares en la mano,

para celebrar bautizos, bodas o XV años. Entre 2006 y 2010, registró el recorrido de sur a norte: el trayecto en el tren La Bestia, la ardua caminata por el desierto y la labor de vigilancia y detención de la U.S. Border Patrol. Luego, entre 2018 y 2019, realizó su tercera serie, exhibida en 2020 bajo el título *Pesadilla americana*, dedicada a mostrar los efectos de la política migratoria del presidente Donald Trump, como fueron las olas de deportación, las manifestaciones popula-



De la serie *Migración*, 2006-2010. Fotografía de José Hernández-Claire. Cortesía del archivo del fotógrafo.



Río Suchiate, 2010-2016. De la serie *Ríos*. Fotografía de Eniac Martínez. Cortesía del archivo del fotógrafo.

res y la presencia de la Guardia Nacional en las fronteras.

Otro caso es el de la fotógrafa Mónica González, quien inició su obra sobre el flujo migratorio en 2006, enfocando su lente en el cruce entre Sonora y Arizona. Su trabajo, de casi dos décadas, le permite calibrar el obstáculo que en los últimos años ha representado el crimen organizado para documentar el trayecto en tren. En consecuencia, se ha limitado el registro fotográfico a los lugares de origen y destino. También ha atestiguado (y retratado) el surgimiento de los traslados en caravanas y la paulatina aparición de mujeres y familias enteras en el tránsito migratorio que, entre 1994 y 2004, era mayoritariamente masculino. Una parte del trabajo de González sobre el tema puede verse en los proyectos periodísticos *En el camino, migración más allá de las vías*,¹ creado por la Red de Periodistas de a Pie con apoyo de Open Society Foundation, y en *Migrantes de otro mundo*.² La fotografía documenta la migración por Centroamérica y México, incluido el desplazamiento forzado al interior de la República mexicana por la violencia de los carteles.

Un acercamiento más a la movilización centroamericana es el que elabora Mauricio Palos en su serie *My Perro Rano*, publicada en forma de libro en 2010 y desarrollada entre 2004 y 2009. Su ensayo fotográfico devela un complejo entramado, heredero de conflictos armados y guerrillas, que conjuga pandillas, narcotráfico y corrupción de autoridades, dando así una mirada más amplia de un problema que no se reduce al viaje en tren a Estados Unidos.

Las circunstancias en la frontera norte, desde las playas de Tijuana hasta el Río Bravo en Tamaulipas, han sido extensamente documentadas por Francisco Mata Rosas, a partir de 2017. Las fo-

- 1 Los artículos con fotografías de Mónica González se pueden consultar aquí: <https://acortar.link/mGQUcn>.
- 2 El portal de *Migrantes de otro mundo* está disponible en: <https://acortar.link/zC6kv7>.

tografías y los videos de su serie *La línea* muestran el paisaje, tanto el desértico como el urbano, la condición ruinoso de inmuebles abandonados, los vestigios dejados por migrantes en su andar y la dinámica social y económica en esa frontera. Las vistas superiores tomadas con dron brindan un ángulo privilegiado para apreciar, en una sola ojeada, la diversidad del paisaje al tiempo que resaltan la estrecha línea, delineada por ese gran muro, en la que dos países se encuentran y se separan. En ese límite no termina todo: “También de este lado hay sueños”, señala una pinta del movimiento Acción Poética fotografiada por Mata Rosas.

De la historia de este trayecto de sur a norte, que miles de personas intentaron en 2019, el fotoperiodismo dio cuenta de tragedias que quedarán grabadas en la memoria colectiva. Por ejemplo, María de Jesús Peters Pino, de *El Universal*,

hizo el 26 de junio de 2019, en una estación migratoria en Chiapas, el retrato de una madre haitiana que llora y pide auxilio para su hijo enfermo, que también nos mira, a su lado, a través de una estrecha rendija a ras del suelo. Julia Le Duc es la autora de una impactante fotografía que muestra los cuerpos inertes, boca abajo, de una niña abrazada de su padre, a la orilla del Río Bravo; e Isabel Mateos, de la agencia Cuartoscuro, lo es de aquella foto donde el cuerpo sin vida de un migrante africano, tendido boca arriba en la costa de Tonalá, Chiapas, es custodiado por soldados que le dan la espalda.

MIXTECOS EN ESTADOS UNIDOS

Eniac Martínez (1959-2019) fue un fotógrafo cuya obra, en gran medida, aborda también el tema de la frontera. La serie *Mixtecos, Norte/Sur*, desarrollada entre 1988 y 1991, documenta la migración mixteca a Estados Unidos en tres facetas. Por un lado, la vida cotidiana de quienes se quedan en la Mixteca oaxaqueña: hombres y mujeres de edad avanzada que trabajan sus cultivos o asisten a los velorios. Otra arista es la de los mixtecos asentados en California, principalmente hombres de edad adulta, que trabajan en la construcción y el campo e intentan mantener sus tradiciones, las cuales terminan mezclándose con la cultura norteamericana. La tercera faceta retrata a quienes vuelven de visita a Oaxaca para las fiestas patronales, alguna celebración de XV años o para saludar a la familia y llevan consigo nuevas costumbres. El conjunto testimonia el desplazamiento y el esfuerzo de la comunidad por preservar su identidad y sus vínculos. También expone la paulatina transformación del muro fronterizo: de una malla de metal con alambre de púas a una sólida construcción metálica. Por otra parte, en su serie *Ríos*, desarrollada entre 2010 y 2016 en torno a la situación de los ríos en México y la vida a su alrededor, Martínez, de manera indirecta, se ocupa de la migración en la frontera sur. En sus fotografías retrata las distintas formas de cruzar



Del proyecto transmedia *Atlas del neoTrópico*, 2017-2024. Obra fotográfica de Gerardo Suter. Cortesía del artista.



Migrantes mexicanos en el desierto de Arizona cerca de Sásabe, Sonora, intentando cruzar ilegalmente la frontera entre México y Estados Unidos, 22 de enero de 2002. De la serie *Altar-Sásabe*. Fotografías de Mónica González Islas. Cortesía de la autora y de *Milenio Diario*.



Albergue: "La 72". Tenosique, Tabasco
Nombre: Julio Alberto Leyva Correa **Edad:** 50 años **Estado civil:** Casado
Origen: Villanueva Cortés, Honduras **Destino:** Houston, Texas
Ocupación: Pintor y jardinero
Motivo de migración: Trabajo temporal para asegurarles un futuro a sus hijos más pequeños
Contratiempos durante el trayecto: Ninguno

"Julio Alberto", de la serie *Reliquias*, Tabasco, 2012. Fotografía de Olivia Vivanco. Cortesía de la autora.

el río Suchiate y la dinámica comercial a sus orillas.

Rodrigo Jardón brinda una mirada del siglo XXI a los migrantes mixtecos que viven en Estados Unidos en su serie *Oaxacalifornia*, trabajada entre 2015 y 2018. En particular, sigue de cerca a la comunidad originaria del pueblo de San Miguel Cuevas que vive en Fresno, California. Su registro, a color, en fotografía y video, comprende fiestas tradicionales, como la celebración de la Pascua, en la que se usan máscaras de diablos; a los jóvenes, que escuchan música rap; el trabajo en los campos de uva, entre otros aspectos de su vida en comunidad en los que es posible reconocer el esfuerzo por mantener la identidad mixteca.

ROSTROS Y VOCES DE LA EXPERIENCIA MIGRANTE

Otro acercamiento son las series fotográficas que ayudan a comprender las motivaciones que impulsan la migración, tal es el caso del fotógrafo italiano afinado en México, Nicola "Ókin" Frioli, con su serie *Al otro lado del sueño*. En un estudio improvisado en distintos albergues del sur de México retrató, entre 2008 y 2014, sobre un fondo negro a migrantes centroamericanos cuyas cicatrices, causadas por armas durante asaltos o por la mutilación en su viaje en tren, muestran las consecuencias del camino. En mensajes escritos en pancartas de cartón por cada una de las personas retratadas revelan las causas de su periplo: "He tra-



Cientos de migrantes cruzan el río Bravo, van de Texas a Ciudad Acuña, Coahuila, con la intención de comprar alimentos y suministros antes de regresar a EUA, 20 de septiembre de 2021. De la serie *Crisis de Migración Haitiana*. Fotografía de Victoria Razo. © Victoria Razo para *National Geographic*, 2021.

bajado con gente del narcotráfico para el sustento de mi familia hasta que hui [sic] por la seguridad de mis hijas”, relata un hombre, de pie junto a sus dos hijas, cuyos rostros quedan cubiertos detrás del cartón. Una joven embarazada nos mira de perfil a los ojos: “Me salí de Guatemala porque me amenazaron de secuestrar a mi bebé. Tengo 18 años i [sic] me duele mi vientre”. Junto a ellos, la serie exhibe los objetos que los acompañan: un rosario, una prótesis de pierna, una silla de ruedas o unas muletas.

La artista Olivia Vivanco ha dedicado una parte importante de su producción fotográfica al mismo tema. Un conjunto de su obra reconstruye la experiencia de los migrantes mediante la recuperación de vestigios, recuerdos y huellas en rutas y albergues, esos espacios de tránsito suspendidos en un tiempo incierto. Asegurar un futuro mejor para sus descendientes, comprar una casa para los parientes, reunirse con la familia que se quedó del “otro lado” o huir de la violencia de la Mara son algunas de las motivaciones que exponen las fichas de su serie *Reliquias* (2012-2015),

realizada en el albergue La 72, en el municipio de Tenosique, Tabasco. A estos testimonios los acompañan las fotografías de las palmas de las manos de las personas entrevistadas, sosteniendo algún objeto preciado que han logrado conservar, como retratos de familia, documentos de identidad o sus rosarios. Otra parte de la producción de Vivanco está dedicada a la reciente migración haitiana. Ésta se centra en la cotidianidad que tiene lugar tanto en albergues improvisados como en su establecimiento e integración en Tijuana. El registro da cuenta de la convivencia y las formas de ganarse la vida de una comunidad que, en México, ha conseguido crear un sentido de pertenencia, contrario a lo que ocurre en Chile, donde ha enfrentado rechazo y discriminación por su idioma y color de piel; en consecuencia, esta población ha sido confinada a trabajar en la construcción, la limpieza y el comercio informal.

Por su parte, Luis Antonio Rojas, en su serie *Notas de voz desde Tijuana* (2018), presenta los rostros de la migración hondureña varada en ese estado. Son familias o jóvenes solos, cuyos mensajes de

voz dirigidos a un ser querido —madre, padre o esposa— brindan una dimensión afectiva de lo que dejaron, mientras detallan fragmentos de su experiencia: la petición de que les envíen dinero para poder continuar, la vivencia del viaje o la actualización sobre el trayecto que sigue.

RELATOS SOBRE EL FENÓMENO MIGRATORIO

Para cerrar este artículo, quisiera hacer referencia a dos trabajos que proponen reflexiones a través de la apropiación de material visual. Alejandro “Luperca” Morales, en *Paso del Norte*, una serie en curso desde 2021, analiza la narrativa en torno a la migración a partir de material de video proveniente de lo filmado por cámaras de transmisión en vivo ubicadas en el Puente Internacional Paso del Norte, en la frontera entre Ciudad Juárez y El Paso —Morales se concentra



Del proyecto *Paso del Norte*, 2021-presente. Obras artísticas de Alejandro “Luperca” Morales. Fotografías de Michelle Lartigue. Cortesía del artista.

sobre todo en el cruce legal y la deportación de inmigrantes indocumentados—. A manera de intervención, una parte del proyecto documenta los cruces fronterizos del artista, usando uniforme de comida rápida o una sudadera que reemplaza el acrónimo “NASA” por “Raza”.

El 17 de mayo de 2011, dos contenedores que transportaban a quinientos trece migrantes fueron detenidos en la frontera entre México y Guatemala. Este suceso fue posible gracias a una imagen de rayos X que capturaron los agentes migratorios y que delataba una fila de siluetas humanas, unas de pie y otras sentadas. Tocado por esta imagen, y a partir de una investigación exhaustiva de diversos materiales, Gerardo Suter creó la obra transmedia *Atlas del neoTrópico*, en la que articula un relato compuesto por microrrelatos sobre la migración, el tráfico de personas y el desplazamiento forzado en América Latina a partir de elementos fotográficos, videográficos y bibliohemerográficos apropiados y reinterpretados para discurrir sobre la dimensión histórica y política de este fenómeno.

En estos testimonios fotográficos podemos reconocer un giro en los motivos que llevan a migrar: si al inicio del periodo se centraban en mejorar la situación económica para resolver el sustento familiar, en los últimos años dan cuenta del éxodo causado por la violencia creciente del crimen organizado o por los efectos sociales y económicos derivados de desastres naturales y políticas de Estado. Además, los trabajos de estos fotoperiodistas evidencian que la migración es una cuestión de clase social. Por el color de su piel, sus rasgos o lo que visten, nuestro imaginario relaciona a las personas fotografiadas con grupos sociales históricamente marginados: indígenas, afrodescendientes o latinos de la llamada “clase baja”. En estas fotos la piel blanca sólo se ve usando el uniforme de la U.S. Border Patrol. ∞

JORGE CANCINO

El temor de ser deportado

La historia de María Sac Ic (Luna Blanca) es similar a la que cuentan millones de inmigrantes indocumentados que viven desde hace dos o tres décadas en Estados Unidos. Vinieron en busca del sueño americano porque se vieron obligados a huir de sus países, acorralados por la guerra, la violencia, la represión, la pobreza, la corrupción de sus gobiernos, el cambio climático y la falta de oportunidades.

Sac Ic no se llama así, su nombre es otro, pero pidió mantenerlo en el anonimato por miedo a que los agentes de la Oficina de

Imágenes de la serie *Pequeños migrantes*, La Cruz de Elota, Sinaloa, 2003. Fotografías de Olivia Vivanco. Cortesía de la autora.



Detención y Deportación, que opera bajo el mando de la Oficina de Inmigración y Aduanas (ICE), la encuentren, la arresten y la deporten al occidente de su natal Guatemala, de donde escapó en 2004 para salvar su vida, la de su esposo y la de una pequeña que hoy es una mujer. “Crucé las montañas de mi país y también las de México cuando no había tanta gente como ahora. Entré por el lado de Texas. Vine con mi marido y una hija, huyendo de la muerte que merodeaba el campo de día y de noche, siempre.”

“No pensé que vivir sin papeles iba a ser tan difícil y a veces desesperante”, me contó en 2015. “Pero ha valido la pena, aunque ahora no tengo a mi esposo a mi lado, pero estamos vivos. A él lo deportaron en 2014, unas semanas antes del anuncio. La migra lo estaba esperando allá afuera, escondidos detrás de los carros en el estacionamiento. Ese día no pudo ir a trabajar, nunca había faltado.”

El anuncio mencionado por Sac Ic ocurrió el 20 de noviembre de 2014, cuando el presidente Barack Obama declaró una acción ejecutiva para amparar de la deportación a unos cinco millones de padres indocumentados tanto de ciudadanos como de residentes legales permanentes¹ y *dreamers*, estos últimos protegidos por la Acción Diferida de 2012; la validez de sus permisos de trabajo fue extendida de dos a tres años.²

El plan protegería a aquellos indocumentados que estaban en el país desde el 1 de enero de 2010, pagaban impuestos y carecían de antecedentes criminales; también permitiría el regreso de los de-

- 1 El nombre oficial de la acción ejecutiva es Deferred Action for Parents of Americans and Lawful Permanent Residents (DAPA). Cf. “2014 Executive Actions on Immigration”, U.S. Citizenship and Immigration Services.
- 2 En Estados Unidos, las autorizaciones de empleo son conocidas como EAD.





portados que cumplían con estos requisitos. Pero el beneficio fue suspendido horas antes de entrar en vigor por una corte del sur de Texas tras una demanda presentada por ese estado republicano, al que sumaron otras quince entidades. El fallo dejó a estos inmigrantes, como María y su esposo, escondidos en las sombras, presas del miedo a ser descubiertos, encarcelados y deportados.

“Fue difícil la noticia”, dijo Sac Ic ese año. En ese momento tenían una década viviendo en Estados Unidos. “Tenemos tiempo aquí y también la esperanza de que, quizás un día, quiera Dios, vaya a pasar [la oportunidad de legalizar la permanencia de ambos]. Sólo tenemos que esperar, siempre hemos estado esperando.”

La orden ejecutiva de Obama fue una respuesta tanto a la inacción del Congreso ante la reforma migratoria como a la demora mal calculada por la que optó la Casa Blanca durante el primer mandato del presidente. En 2008 el entonces candidato demócrata prometió que haría una reforma migratoria en los primeros cien días de su gobierno, que luego aplazó al primer año. Pero las guerras en Irak y Afganistán, la crisis económica y la reforma del sistema de salud lo distrajeron de su compromiso. En la campaña de reelección de 2012, temeroso de perder el respaldo del voto latino, volvió a prometer dicha reforma y en junio de 2013, tras seis meses de intensas negociaciones bipartidistas, el Senado aprobó un plan que incluía una ruta hacia la residencia para millones de indocumentados que llevaban tiempo en el país, no te-

nían antecedentes criminales y pagaban impuestos, entre otros requisitos. Cinco años después de haber obtenido la *green card*, los beneficiarios calificarían para pedir la ciudadanía por naturalización. El texto de la iniciativa fue obra del denominado Grupo o “Pandilla” de los Ocho, entre quienes estaban los senadores republicanos Lindsey Graham (de Carolina del Sur) y Marco Rubio (de Florida).³

Las celebraciones, sin embargo, se extinguieron en cuestión de horas. El liderazgo del Partido Republicano, que tenía el control de la Cámara de Representantes, puso como condición, primero, que Obama detuviera el cruce indocumentado en la frontera y luego, una vez cumplida esta exigencia, el Pleno discutiría “parte por parte” una posible reforma, comenzando por la seguridad en las fronteras. Obama demostró que había cumplido la exigencia, pues los registros de cruces indocumentados exitosos (entradas ilegales sin detección alguna) bajaron de más de un millón al año, en tiempos de George W. Bush, a menos de sesenta mil, de acuerdo con datos del Departamento de Seguridad Nacional. Cuando el presidente volvió a presionar a la Cámara Baja, los republicanos decidieron no debatir el tema migratorio y entonces Obama usó su poder ejecutivo para intentar, por esa vía, legalizar a millones de padres indocumentados de ciudadanos estadounidenses y de residentes legales permanentes, en 2014. Hoy, nueve años más tarde, los senadores Graham y Rubio, piezas clave del bando republicano del Grupo de los Ocho, son férreos defensores de la política migratoria “tolerancia cero” de Trump.

UNA HERIDA EN EL CORAZÓN

El esposo de María fue deportado tras perder sus derechos de permanencia en Estados Unidos. Había entrado al país siendo menor de edad; tenía diecisiete

3 “A Guide to S.744: Understanding the 2013 Senate Immigration Bill”, American Immigration Council, 10 de julio de 2013.

años cuando lo agarraron en la frontera. Lo llevaron frente a un juez, aunque no tenía antecedentes criminales. “Nosotros no somos delincuentes, somos padres de ciudadanos americanos. Pero eso no sirvió porque igual lo echaron”, cuenta María al recordar el arresto y la expulsión de su marido, en 2015, durante la era Obama. Fue uno de los casi tres millones de deportados que engrosaron la nefasta lista elaborada durante el gobierno del ex-presidente demócrata, sobre quien recae el título de “deportador en jefe”.



En 2020 volví a contactar a Sac Ic. Seguía viviendo en el sur de Florida, junto con sus tres hijos. Dijo que no lograba, todavía, “determinar si el miedo a la migra supera el miedo de contagiarme de coronavirus”. Por esas fechas no había vacuna para combatir el covid-19, pero las comunidades inmigrantes, a pesar de sus temores, igual salían a trabajar para ganarse el sustento y mantener funcionando la cadena alimentaria, sobre todo en el campo. “Por ahora no estamos pensando en nada. Y cuando nos llegue la hora, si nos cae encima, no sé qué haremos, no sé qué vamos a hacer porque no tenemos seguro médico para ir al hospital y tampoco si nos enfermamos de otra cosa. Le pedimos a Dios que nos cuide.”

Las trabajadoras agrícolas en los campos del sur de Florida ganan el salario mínimo, que apenas cubre las necesidades básicas de la familia (en 2015 era de 7.25 dólares por hora y en septiembre de 2021 aumentó a diez; el 30 de septiembre de 2024 subió a trece dólares). Ade-

más, las mujeres no siempre pueden trabajar cuarenta horas a la semana porque tienen hijos que criar, como María, cuyo marido fue deportado a Guatemala en un avión de ICE Air Operations.

“La última vez que trató de venir no pudo hacerlo porque lo agarraron en la frontera y lo volvieron a deportar. Yo solita saco adelante a mis hijos; tres, la mayor de doce años y la menor de cinco. Estaba embarazada de ella cuando a él lo arrestaron y lo deportaron”, contó María en 2020, con voz triste, como si la expulsión hubiese sido la noche anterior. De acuerdo con la ley de inmigración (INA),⁴ cuando un indocumentado es deportado le cae encima la denominada “ley del castigo” o “de los diez años” (si estuvo más de 365 días sin documentos legales en el país). Si regresa antes de ese periodo sin permiso y es arrestado (crimen que se conoce como *re-entry*), puede enfrentar una multa, la cárcel y una sanción de por vida.

En ese entonces le pregunté a María qué esperaba, sobre todo teniendo en cuenta que el presidente Donald Trump estaba implementando una agresiva política migratoria. La única opción, respondió, “es esperar a que el mayor de mis hijos cumpla veintiún años”. La INA permite que los ciudadanos estadounidenses pidan el ajuste del estatus de sus padres. Así como sucede con millones de padres indocumentados de niños estadounidenses, en el caso de María surgieron problemas porque el padre de sus hijos entró sin permiso al país. “El padre deberá gestionar un perdón I-601 para que pueda salir, ir a la entrevista consular, recibir una visa de inmigrante y regresar a Estados Unidos”, explica José Guerrero, un abogado de inmigración que ejerce en Miami, Florida. “Pero el hijo, en estos casos, no sirve para que el padre califique para el perdón. Los progenitores se quedan en el limbo, a menos de que

4 Fue modificada en 1996 por la Ley de Reforma de la Inmigración Ilegal y Responsabilidad del Inmigrante.



el Congreso apruebe una reforma migratoria y los incluya en el camino de la regularización.”

“NO TENEMOS NINGUNA OPORTUNIDAD”

Para el mexicano Pedro, la vida en Estados Unidos durante los últimos veintiún años ha sido similar a la de María Sac Ic. “Soy de Guerrero y llegué aquí en 2004, por la frontera. Y en todos los años que llevo aquí, desde antes de las marchas de la primavera, los políticos no nos han dado ninguna oportunidad, como mexicanos, de legalizarnos”, dice.⁵ “Trabajamos todos los días, respetamos las leyes de este país y pagamos los impuestos. Sabemos cómo quema el sol en el campo y la nieve en el invierno y no nos quejamos, nos portamos bien, cuidamos nuestros barrios, a nuestros vecinos, pero ni así nos miran. A veces nos sentimos como invisibles.”

5 Estas marchas ocurrieron en 2006. Cientos de miles de inmigrantes salieron a las calles de las principales ciudades del país para pedirle al Congreso una reforma migratoria integral que incluyera un camino a la residencia permanente para millones de indocumentados.

Pedro cuenta que durante sus primeros años en California intentó arreglar sus papeles, “pero los abogados nos engañaban con mentiras y estafas. Uno me dijo, allá por 2007, que podía arreglarlo por medio del asilo político. Pero yo no quise tener problemas porque yo no soy perseguido político y tampoco tenía diez mil dólares. Sólo quiero una oportunidad para seguir trabajando sin miedo”.

Cuando le pregunté si temía ser detenido en el marco de las deportaciones masivas impulsadas desde el 20 de enero por el segundo gobierno de Trump, Pedro respondió: “Claro que me da miedo, señor, pues porque tengo que mantener a mi familia en México. Yo soy quien provee para la casa y pago los estudios de mi hija, a quien sólo le faltan dos años para completar su carrera de medicina en la universidad”.

Tras una pausa, Pedro agrega que recibe información, “con todo esto que está pasando, de la Organización Derechos Plenos para los Inmigrantes, en Los Ángeles”. “Tengo un poco de enojo. Soy electricista, hay buen trabajo. Muchos paisanos viven aquí en Sacramento y en todo el estado de California. El miedo es un sentimiento natural, sobre todo porque

vemos una especie de odio hacia nosotros, los inmigrantes. Y si nos echan, pues nos vamos, pero el problema son nuestras familias que dependen de nuestro sustento.”

Pedro también ha pensado en la posibilidad de ser arrestado y expulsado. “Si nos regresan, en México seremos unos perfectos desconocidos. Y las deportaciones afectarán a México, claro que sí. Bajará la economía, pero también se afectará la economía de Estados Unidos porque ya no seguiremos aportando con nuestro trabajo y el pago de nuestros impuestos. Estamos dispuestos a trabajar, en lo que sea, siempre, aquí o allá. Sólo queremos que nos miren y no sigan diciendo que nosotros somos delincuentes, violadores o narcotraficantes, como dice el presidente. Mire, nosotros también somos estadounidenses. Nacimos en México, pero le echamos ganas todos los días por este país, que también es nuestro.”

Millones de inmigrantes llevan décadas esperando a que el Congreso, en un esfuerzo bipartidista, debata y apruebe una reforma que les permita, a la mayoría de ellos, legalizar sus permanencias en Estados Unidos. Días antes de los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001, los presidentes George W. Bush y Vicente Fox estuvieron a punto de firmar una reforma para legalizar entre dos y tres millones de campesinos indocumentados, sobre todo mexicanos. Y en 2006, durante las marchas de primavera, el Senado aprobó un plan de reforma migratoria que contrarrestó un proyecto de ley de la Cámara de Representantes que criminalizaba la estadía indocumentada, pero los esfuerzos murieron en el comité de reconciliación del Congreso.

Durante los siguientes diez años hubo varios esfuerzos por aprobar una reforma, pero los desacuerdos entre demócratas y republicanos han superado



cualquier intento por reparar el sistema migratorio, aunque ambos partidos reconocen que está roto. Dos ejemplos de ello son los más de 3.7 millones de casos acumulados en la Corte de Inmigración y los más de diez millones de trámites acumulados en la Oficina de Ciudadanía y Servicios de Inmigración.



En medio de estas amargas disputas, entre 2013 y 2014, comenzó una crisis migratoria que, con el paso de los años, puso en evidencia un nuevo escenario todavía más complejo y delicado que el vivido por María y Pedro en 2004. Ahora no se trata de unidades familiares que emigran en busca de un sueño, sino de millones de seres humanos cuya única opción para seguir viviendo es escapar, con lo que traigan puesto, del hambre, la guerra, los efectos del cambio climático, el narcotráfico, la trata y la corrupción de los gobiernos de sus países de origen, desgracias que por ahora no tienen cura, pero que matan sin piedad alguna como la guerra.

El pasado 29 de enero, un periodista le preguntó a la vocera de la Casa Blanca, Karoline Leavitt, cuántos migrantes, de los más de 3 500 arrestados por ICE en la primera semana del segundo mandato de Trump, tenían antecedentes criminales. La portavoz respondió: “Todos ellos, porque violaron ilegalmente las le-

yes de nuestra nación y, por lo tanto, son criminales, en lo que respecta a esta administración. Sé que la última administración no lo vio de esta manera, por lo que es un gran cambio cultural, para nuestra nación, ver a alguien que viola nuestras leyes de inmigración como un criminal. Pero eso es exactamente lo que son”.

Leavitt no mencionó que la presencia y la estadía en el país sin documentos legales constituye una falta de carácter civil, mas no criminal. Tampoco hizo referencia al debido proceso migratorio aprobado por el Congreso de Estados Unidos. A veces, las experiencias de cada migrante se quedan en segundo plano frente a las acusaciones y la generalización de las leyes, pero todos tienen su propia historia, como María Sac Ic. Hace algunos meses, su esposo regresó a Estados Unidos. Han vuelto a vivir en familia. Comparten el mismo miedo y las mismas esperanzas que en 2004, cuando huyeron de Guatemala. Su segundo hijo, una ciudadana estadounidense, cumplirá veintiún años en 2030. Le piden a Dios que bendiga sus vidas, como lo ha hecho hasta ahora, durante los siguientes 1825 días y que puedan permanecer juntos. Piden que el fantasma de la deportación, ese nahual despiadado, sin una pizca de remordimiento, jamás regrese para devorar sus esperanzas. ❧

EDUARDO FLORES ARRÓLIGA

Formas de cicatrizar

El viento nordés cubrió de bruma la cornisa cantábrica. Aguamala limpiaba la sangre escurrida en el piso. Trapeaba el hielo derretido. Miraba cómo el montacargas transportaba los primeros lotes de merluza, jurel y bonito. Capturas recién traídas del mar que emanaban un olor intenso y metálico. Luego, ordenó las cajas sobre la mesa para iniciar la subasta. En medio de la faena, pensó en la oferta del día anterior. Y tuvo la certeza de que podría olvidarlo. Caminaba al compás de la fregona mientras observaba las paredes, que sudaban por la humedad salobre. Un grupo de comerciantes,

Imágenes de la exposición *Exiliadas de España. Artistas en México en el Colegio de San Ildefonso*. Cortesía del museo. Paloma Altolaguirre, *Por un río hacía España*, 1974. Colección Paloma Altolaguirre.



expertos en la subasta, hablaban entre susurros sobre la calidad del bonito. El subastador tomó su sitio. Y arrancó con el precio de salida: doce noventa euros los ocho kilos. Aguamala escuchaba la retahíla de cifras conforme disminuían. De diez en diez céntimos, el precio del lote bajaba vertiginosamente, de la misma manera que su frescura.



Manuela Ballester, *¡Votad al Frente Popular!*, 1936. Museo de Reus.

Alguien pujó con firmeza. "Once treinta a Brenda Durán", entonó la voz melódica del subastador. La comerciante agarró por la cola un atún blanco. Inspeccionó: color vivo, escamas bien adheridas, ojos claros, brillantes y húmedos. Como en otras ocasiones, Aguamala se preguntó cómo abrir una empresa para entrar a la subasta. Tal vez con lo que ganara con aquella oferta que le propusieron... podría pagar la Formación Profesional, como le dicen acá. FP en Transporte Marítimo y Pesca de Altura. Pensó en estas opciones mientras continuaba con la fregona hacia otra parte de la lonja.

Continuó con su rutina matutina. Subastas de pescado, luego de mariscos.

Y Aguamala se movía por toda la nave comercial. Cargaba la mercancía sobrante hasta la cámara frigorífica. A veces se detenía para levantar su pantalón, holgado de tanto uso y ajetreo. Sentía frío, a pesar de las capas del uniforme. No se acostumbraba a los largos inviernos del norte de Galicia. Un *bam* abrupto de las puertas cerró la lonja y selló su olor. Entre desinfectante, mar y sangre. El hedor y el ruido anunciaban el primer descanso del día.

Xan lo esperaba en el estacionamiento. Acomodaba su equipo de pesca: cajas llenas de redes, cañas y anzuelos. Subieron a su furgoneta, que arrancó en dirección a Foz. Los limpiaparabrisas luchaban con una llovizna lucense, suave y constante, capaz de impedir la visibilidad en la carretera. Aguamala aprovechó los últimos minutos del viaje para preguntarle a Xan más detalles del trabajo.

Saldrían a altamar por los viejos astilleros. Los esperaría un barco de arrastre. Descargarían unas quince o veinte cajas. Luego irían a Ribadeo. Un total de tres horas. Al finalizar, lo llevarían a casa. Pago en metálico. Nada de qué preocuparse.

—Díxenche que é boa paga, oh! Precisamos xente con collóns! —comentó Xan, agarrando con fuerza su entrepierna.

—No hay falla. Voy sobre. El clavo es que me agarren y me jodan. Deportado y sin billetes —contestó Aguamala, escéptico.

—Xa estamos, oh! O que ten cu, ten medo. A ti vante botar por festeiro. Un domingo pola mañá coas negritas esas. Eres parvo, rapaz! E logo, que como me dei conta? No mercado fábase todo. Berrando pola rúa cunha botella na man. Mexando coma un can —Xan paró el vehículo en seco—. Lembra que isto non é Sudamérica! Tes un traballo. Mellor pensa no diñeiro e pola tarde dasme unha resposta.

Bajó en el paseo marítimo de Foz. Xan sabía demasiado sobre su bacanal. Así se conocieron, con un cubata en la mano. Xan le consiguió un contacto en

la lonja. Le encontró parecido con su padre. También solo. Al otro lado, trabajando en la zona petrolera de Maracaibo.

Caminó por el espigón y llegó al puerto. Empezaba a escampar. El sol aún estaba aguado. Reposó sus brazos en las barandillas sarrosas. Pensó en los reales. Imaginó Salinas Grandes, difusa en el Cantábrico. Reprimió rápidamente los recuerdos y fijó su mirada en las embarcaciones. "El casco de los barcos es de cobre, protege contra la corrosión. El resto es blanco: refleja la luz solar y su interior suele estar más fresco."



Carme Millà Terson, *Ajudeu Euskadi!*, 1936-1939. Museo de Reus.

Clasificó las embarcaciones conocidas. "Rio Xunco y Plaia de Rueta, pesca de arrastre; *Ledicia* y *Carmaña*, bajura; *Virxen dos Milagros*, pesca de cerco. Pero ninguna como la *Reinita de Salinas Grandes*. Ésa sí que era potente y no te dejaba morir", pensó. Lo capturó la imagen de la Reina Mercedes. Su hija. "Quizás ahora tiene trece años. O quince." No se acordaba. En realidad no lo sabía. Ya no se escribía con la mamá de la niña. Desde que llegó a Foz no pidió fotos. Tampoco

compartió su número de teléfono. Cerró todo indicio digital.

Sin embargo, en su mente, las imágenes del Pacífico eran diáfanas. Fueron años mar adentro. Bajo el fulgor del disco incandescente. Recuerdos imborrables. Chavalos corriendo por la costa. Esperando las lanchas, emocionados al ver los ejemplares de tiburón, pargo y corvina. Variedades que terminaban en los mercados de Managua. Y el beso de una niña, tal vez ahora casi una mujer.

Ya en el Bar O Chicharo. Sentado en la mesa de siempre. Saludó a Virginia, quien sonrió al verlo. Detrás de la barra sobresalía una foto del dueño. Sostenía un róbalo. Más allá de su trofeo se miraba su *Axiña*. Ahora vendida. Por el bar que siempre quiso. Decorado con afiches de La Habana y Buenos Aires y fotografías de políticos y famosos, que se daban cita en el bar por la empanada de zamburión. La mejor de la mariña lucense. Cocinada por dominicanas que llevaban años en el pueblo. Vermú en una mesa. Vino de cunca en otra. La mítica "Chan Chan" de Buena Vista Social Club sonaba en el ambiente. De las preferidas del dueño. Le recordaba sus años de migrante en Cuba. Medio Foz salió en los años setenta. "Galicia tenía hambre y huimos a la isla", solía decir el dueño a sus clientes.

Virginia llegó con un plato de tortilla, tostas, aceite de oliva y café con leche. "Te puedes hacer un bocadillo", sugirió ella. Quizás pronto podamos vivir juntos, quiso decir Aguamala. Pero no podía contarle el plan.

—¿Y esto? ¿No tendrás un pescado frito? ¿Un arroz con pollo? ¿Un vermu? —dijo él, burlándose del desayuno español.

—Cocina cerrada, mi amor —contestó ella, mientras facturaba dos cafés con leche—. No protestes por comida gratis, malión.

Aguamala respondió con un beso al aire. Ella lo atrapó, devolviéndolo con un guiño. Sofocaba el lugar. Y pensó que era temprano para el licor café. Prefirió una caña. La bebió de una sentada. Pidió otra.

Pensaba en la propuesta de Xan. El dinero que recibiría. Otra caña. Miraba a Virginia, el sudor que le escurría a chorros. La mujer caminaba de un lado a otro, sin parar. La clientela empezaba a llegar. En una hora abriría cocina. Él sabía que era el momento más jodido para ella. “Sonríe, morena, que no te voy a comer.” “¿A qué hora terminas la jornada, princesa?” “¿Hablas castellano?” “Te equivocaste con la cuenta.” “Could I have the bill, please?” “Mira, tío, se trajeron a los panchitos. Todas negritas. Qué morbo. Los galleguños ya no quieren esos trabajos.” “Una miseria de curro. Diez horas seguidas, con contrato fijo discontinuo. Seguro les pagan en negro.” “¿Te puedo tocar el pelo?” “Al menos sonríe.” Voces a las que ella respondía: “Aquí está la cuenta”, “Gracias, los esperamos”, “¡No me toques!”

Llegaron las demás camareras. Virginia aprovechó para que la cubrieran. Le entregó las llaves del vehículo a Aguamala. Acercó los labios a su oído y le pidió que lo esperara en el auto. Él bebió de una sentada su cuarta o quinta caña. Se levantó de la mesa. Y caminó hacia el estacionamiento de tierra. Sentado en el



Manuela Ballester, *Rosita en Valencia*, 1935. Colección Museo Kaluz.

asiento del copiloto, abrió un poco las ventanas. Minutos después, ella llegó. No dijo ni una palabra. Se sentó encima de él sin dificultad. Ambos suspiraban con cada movimiento. No tardaron mucho en venirse. Y por unos segundos se abrazaron cubiertos de sudor. Ella se acomodó el sujetador y se sentó en el asiento del piloto. Sacó un cigarro y empezó a fumar. Él se abrochó el pantalón y acarició sus trenzas. Era la oportunidad para explicarle: Xan, embarcación, una noche en altamar y dinero para pagar el técnico de pesca. Ella dio otra calada y lo miró a los ojos tras una leve cortina de humo.

—Ay, mi maliño, ¿en qué te estás metiendo? Saliste de tu pueblo, no sé por qué. Y ahora quieres meterte en problemas —ella contenía el enojo al hablar.

—Necesito ese billete. Y lo de allá no es asunto tuyo.

—¿Que no es asunto mío? Si prácticamente vivimos juntos. Ya son dos años. Tú me escondes algo. Siempre me pregunto: ¿Por qué este man no habla con su gente? Nadie te llama. Tú tampoco. ¿Me vas a decir de una vez por todas qué te pasa? —insistió.

—¿Desde cuándo te interesa tanto mi pasado, mujer?

—Desde que singamos, coño. Así que afloja, falfullero.

Él se calló. Intentó acariciarle el pelo. Ella lo apartó, incómoda, inclinándose hacia atrás. Miró su reloj y luego hizo contacto visual con él. Aguamala desvió la mirada.

—Tú estás feo pa' la foto, maliño —le clavó una mirada desafiante.

—¿Qué querés saber?

—¡La verdad!

Frotaba sus manos en el pantalón. La miró unos segundos. Ella volvió a preguntarle. Aguamala agachó la cabeza. Por un momento, pensó en abrir la puerta. Balbuceó.

—Cuando vine quería empezar de nuevo. La cagué muchas veces. Y cuando lo dejé con ella... —pausó.

—No tengo todo el día. O lo sueltas o me voy.

Lo capturó la imagen de la Reina Mercedes. Su hija. “Quizás ahora tiene trece años. O quince.” No se acordaba. En realidad no lo sabía. Ya no se escribía con la mamá de la niña.

—¡Púchica, mujer! ¡Que tengo una hija!

—¿Qué? —dijo ella, buscando sus ojos.

—Vive allá con su madre. No hablo con la niña desde antes de irme —trató de sujetarle la mano, pero Virginia se la quitó al instante.

—Eso no es lo que un hombre de verdad hace. ¿Por qué me lo dices hasta ahora? ¿Cuántos años tiene la criatura?

—No lo sé. Quizás trece o quince. No lo sé, mujer. Quería olvidarlo. La cagué.

—Algo así no se olvida, mentiroso. Menos cañas y más cabeza. Menos jugar al malandro y más a ser hombre. ¿Cómo se llama?

—Reina Mercedes. ¿Y desde cuándo te interesa todo esto? ¡No jodás! —exclamó él, exaltado por la incomodidad.

Ella no contestó. Abrió del todo la ventana. Tiró el cigarrillo. No lo besó, como en otras ocasiones. Aguamala prefirió callar. Ella bajó del vehículo. Le dijo desde afuera que debía resolver eso de inmediato. Y lo sentenció a no verlo si no lo hacía. Él salió del vehículo y le entregó las llaves. Cada uno marchó por su lado, sin despedirse.

Aguamala cruzó el estacionamiento en dirección al puerto, a través de unas fincas. Un lugar que resistía a la masificación de hoteles y pisos vacacionales. Pensó que cagarla con Xan era peor. Miró la ría. Los rayos de sol rebotaban sobre el agua. Todos los turistas salían a comer. Paseaban. Cuerpos bronceados. A diferencia de su cuerpo moreno. Curtido. Siguió hacia las embarcaciones. Pensaba en lo conversado con Virginia. La propuesta de Xan. En la Reina Mercedes. Salinas Grandes. Su lancha. La vida que dejó allá. Sentía el billete en su mano. “Cuando lo tenga, Virginia me pedirá perdón”, dijo, “con una revolcada en su cama.”

Xan estaba en la furgoneta. Terminaba de comer un kebab. La salsa escurría por sus dedos. Aguamala se acercó a la ventana. Gritó: “¡Vamos sobre, maricón!”. Aquel se tiró una carcajada. Aprovechó para cobrarle la gasolina del mes. Masticó a toda prisa. Se limpió la mano en el pantalón. Xan encendió el vehículo y sintonizó la radio. “Son las tres de la tarde, las dos en Canarias.” Arrancó de prisa. Aguamala cantaba. Se sintió joven y fuerte. Pensó en los euros. Un viento suave lo acarició por primera vez. Apreció desde el retrovisor el verdor gallego. Un paisaje de pinos y robles meciendo al propio sol. Tomó aquello como un buen augurio. Sonó la canción del verano. Corearon a dúo: “*pe-reemos toda la noche/ y no’ dormimo’ a las die’,/ ando rezándole a Dios/ pa’ repetirlo otra vez*”. Imaginaba las trenzas de Virginia tapando su cara.

Los días pasaron rápido. Certeros, como un charrán zambulléndose por su presa. Era domingo. Sentado en el comedor de la cocina, la habitación que también servía de sala y dormitorio, Aguamala miraba su celular. Virginia llevaba dos días sin contestar. Aquello iba en serio, pensó. Sacó del armario, también estantería, un pequeño estuche lleno de papeles. Miró un número de Nicaragua. Marcó desde la aplicación de mensajería.

Al principio nadie respondió. Pero después de unos minutos, devolvieron la llamada. Reconoció la voz que dijo “aló” en tres ocasiones. Colgó. Sintió frío en el cuerpo. La aplicación indicaba que el número de teléfono estaba en línea. Luego: *escribiendo*. “Sos vos, ¿verdad, desgraciado? ¿Qué querés? Da la cara y sé un hombre. La niña todos los días pregunta por vos.”

Aguamala eliminó el mensaje y silenció el celular. Abrió la nevera. Destapó una cerveza y la bebió de un golpe. Titubeó un instante. Pero no respondió. Sentado en la mesa, con otra cerveza en la

mano, encendió la radio. Al rato, prefirió un licor de hierba. Era momento de brindar. Con los euros que ganaría quizás hasta dejaría ese cuarto. "En la madrugada todo cambiaría", se decía. Sudaba. Tenía la camiseta mojada. Se sirvió un ron. La mesa acumulaba botellas e ilusiones. Empezó a escribir un mensaje, pero lo borró. Su mirada se perdió en una gorra colgada en la pared, desteñida por el salitre y por sus años de pesca. Era de los Leones de León. Recordó el juego en que su equipo se coronó campeón nacional. Él tenía casi diez años. Entonces ya era Aguamala y fantaseaba con ser pelotero. Cerró los ojos. Su cuerpo se deslizó lentamente sobre la mesa.

Con el cachete pegado al cristal con baba, despertó. Su cara estaba hinchada. Usó la mano para tantear la mesa e identificar el vaso. Tomó lo que aún quedaba. Abrió los ojos. Miró el reloj de la pared. Se levantó sorprendido. Buscó su celular. Lo tenía en su pantalón. Leyó un mensaje: "Onde estás? Chameite e non me colles, ostia!" Se lavó la cara, se amarró las botas y agarró su chaqueta.

De madrugada en el puerto. Caminaba con náuseas. Xan no había vuelto a escribir, a pesar de haberle contestado que iba en camino. En el viejo astillero, la ría murmuraba con los barcos. Divisó luces y sombras cerca del muelle. Eran ellos. El mareo aumentó. El cuerpo de agua movía los pilares del muelle y sus propias entrañas. Se acercó a las sombras. Reconoció la voz de Xan, quien movía la cabeza con reprobación.

—Chegas completamente bebido, oh! Así o fan no teu país? Deiche oportunidades dende sempre. E é así como me pagas? Xogando ao gilipollas —reprochó Xan, alumbrándole la cara con una linterna.

Aguamala quiso dirigirse de nuevo hacia la embarcación. Un rodillazo en la boca del estómago lo paralizó. Se tumbó al suelo. Intentó inhalar hecho un ovillo. Sintió una patada en la pierna. Otra en la costilla.

—¿Y qué más da? ¡Aquí estoy! —respondió Aguamala, empujándolo un poco.

—Vai tomar polo cu! Faime o favor. Vaite! —dijo, regresándole el empujón.

—Llevo años en el mar. Más que cualquier maricón que tenés aquí —replicó con la mirada perdida y el cuerpo tambaleante.

Aguamala ignoró la exigencia. Caminó junto a tres chicos que iban hacia el bote. De pronto, Xan lo volteó con fuerza. Le dijo que no iba a ninguna parte y lo miró con asco. Repitió que lo quería lejos.

—¡Y qué es la verga! ¡A mí no me saca nadie de aquí! Teníamos un trato. Vine y ahora me cumplís. ¡Soy de Salinas Grandes, hijueputa! Sabemos volar verga en el mar —Aguamala gritó como si quisiera que todo Foz despertara.

—Can que ladra non trava. Vai berrar a outra parte, panchito de merda! —dijo Xan.

Aguamala quiso dirigirse de nuevo hacia la embarcación. Un rodillazo en la boca del estómago lo paralizó. Se tumbó al suelo. Intentó inhalar hecho un ovillo. Sintió una patada en la pierna. Otra en la costilla. Eran los demás. Ya sin poder hablar, recibió una más en la cara. Quedó aturdido, privado de sus fuerzas y sin poder erguirse. Cerró los ojos. Cubrió su cara, esperaba más golpes. Pasados unos minutos, sintió un ardor en el pómulo izquierdo. Miró sangre en su mano. Escuchó el motor del bote alejarse. El sonido se desvanecía en la inmensidad del mar.

Tumbado, fue recuperando la respiración. El dolor casi era anestesiado por el alcohol. Su mirada apuntaba hacia el reflejo de las luces del muelle. Odió el olor a salitre. Y el hedor a pescado. Impregnado en él desde niño. Al igual que su apodo. Herencia de su padre. Detestó

la vida que lo obligó a cruzar el charco. Lejos de su hija, sin un rostro actual de ella. Tendido y herido, odió estar en España. Llamó a la única persona que lo sacaría de ahí.



Paloma Altolaquirre, *La boda*, 1975. Colección Paloma Altolaquirre.

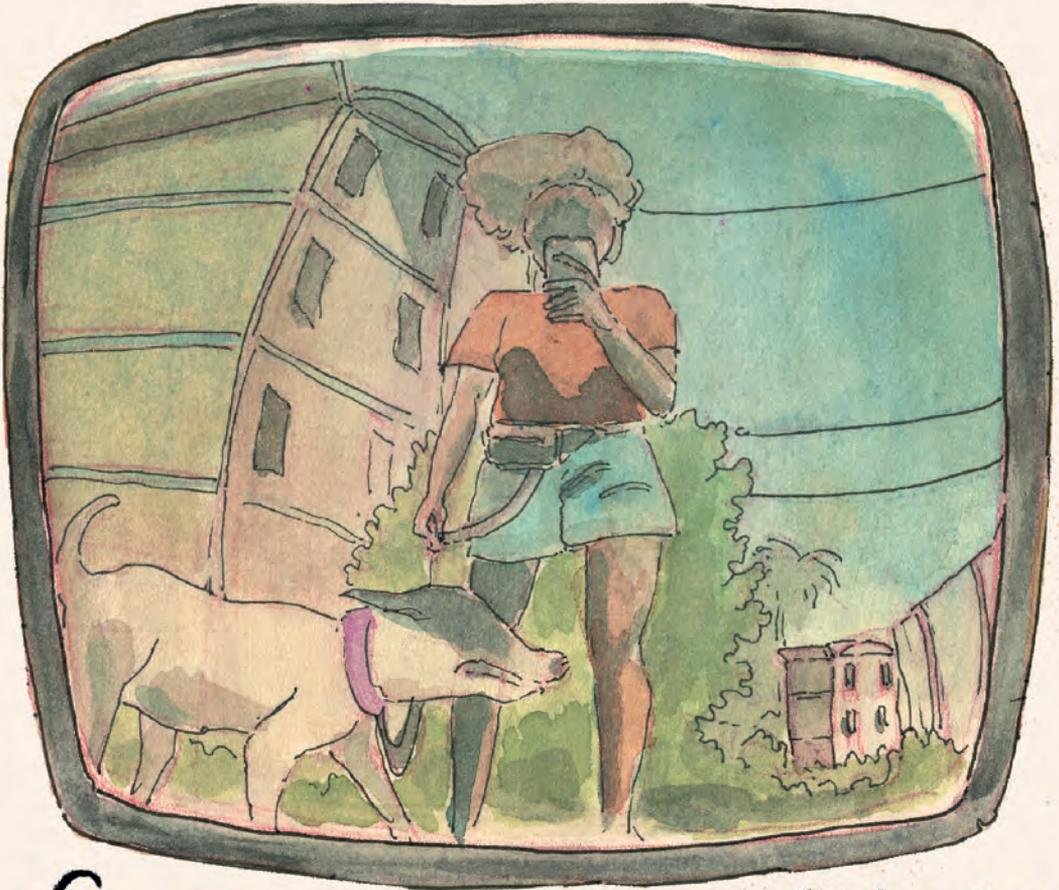
Camino al trabajo. Martes a primera hora. Virginia hizo el favor de llevarlo. En la madrugada, cuando recibió su llamada, él respiraba de manera entrecortada. Intentó explicarle. Golpes. Su hija. Perdón. Luego una pausa. Sollozó. Virginia no dijo nada cuando lo miró tendido. Tampoco durante el camino a la lonja. Encendió la radio. Una noticia de última hora mencionaba: “La tarde de ayer, en Ribadeo, incautaron más de quinientos kilos de pescado y marisco. La Guardia Civil, junto a los guardacostas, capturaron una red de cazadores furtivos. La mercancía tenía destino: Madrid”.

Aguamala subió el volumen. Virginia vio de reojo cómo se llevaba la mano al pómulo. Sin cuestionarlo, le recordó que debía hacer aquella llamada. Él no respondió. Pensó en los golpes, en las sombras, en Xan. Ella le dijo que aplicar hielo de inmediato había sido la mejor decisión. Ayudaría a desinflamar el pómulo. Le contó que de niña había aprendido remedios caseros. Para desinflamar, la sábila o la cebolla son lo más efectivo. “Formas de cicatrizar las heridas que aprendí de mi abuelita”, resaltó. Tenía la mirada en el volante. La niebla se condensaba en la carretera, de Foz a Burela.

Martes de subasta intensa. Los compradores aparcaban, otros abrían sus bodegas. Había atracado *Puerto de Figueras*, con mil kilos de bonito. Una gaviota graznó, velaba desde el techo de la lonja. Aguamala no vio la furgoneta de Xan. Entró. Se cambió de ropa. El montacargas llegaba con los lotes. Limpió el hielo escurrido. Pasaron los comerciantes. Escuchó una conversación sobre los furtivos de Ribadeo. La mercancía transportaba centollo, choco, pez ballesta, raya de clavos y raya mosaico. Los detenidos confesaron. Dieron los nombres de los involucrados. Las autoridades estaban en busca y captura. Aguamala siguió con la limpieza. Tenía resaca. La noticia lo puso torpe y vacilante. El presidente de mesa comenzó la subasta. El kilo de bonito se cotizó en once euros. Eran ejemplares de calidad. \mathcal{M}

Este cuento fue ganador del III Premio de Relato UNAM-España, que celebra la escritura literaria sobre la experiencia de la migración latinoamericana en dicho país.

Cuando me fui de Cuba



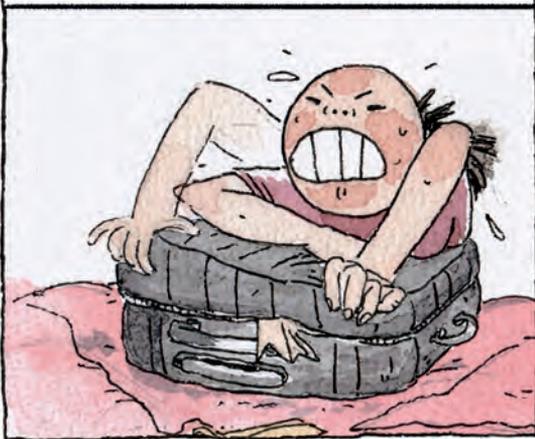
Ana Roxana Díaz

LA VERDAD... YO NUNCA QUISE IRME.

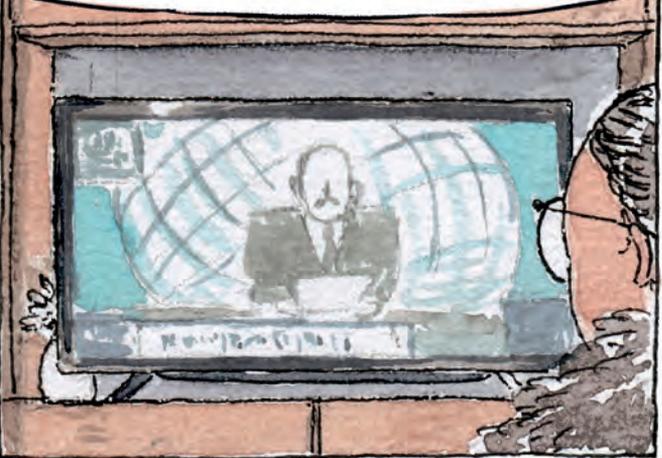


COSA RARA EN UN LUGAR DONDE TODOS LUCHAN POR SALIR DEL PAÍS COMO SEA.
PERO YO NUNCA TUVE MOTIVOS NI FORMAS DE SALIR.

Y DE REPENTE AQUÍ ESTOY, DOS AÑOS DESPUÉS DE GRADUARME, DECIDIENDO QUÉ ES LO QUE PUEDO LLEVAR A MI VIDA NUEVA.



AYER, 26 DE JULIO, FUE EL CUMPLEAÑOS DE MI PAPÁ. TAMBIÉN, LA FIESTA NACIONAL DE LA REVOLUCIÓN.



HUBIERA PODIDO IRME AYER MISMO, PERO ESO LE HUBIERA PARTIDO EL CORAZÓN.

(Gracias, papá)



TODO HA SIDO TAN RÁPIDO, TAN FRÍO; NO DEBO PENSAR MUCHO EN TODO LO QUE DEJO, PORQUE SI NO, ME ECHO A LLORAR.

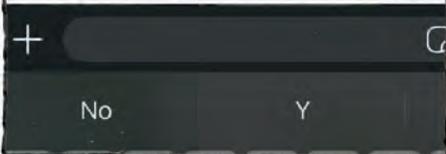


ENTRE LA POCA ROPA, MIS MATERIALES DE DIBUJO Y ALGUNOS TARECOS SIMBÓLICOS, ME FUI CON 20 KILOS.

MIS PERTENENCIAS REDUCIDAS A UNA MALETA PAGADA CON SOBREPRECIO. NADA MÁS.



DICE MI HERMANA:
Las cosas se compran mija 🙄



¿PERO CÓMO VOY A COMPRAR MI CASA EN LA HABANA? UNOS AMIGOS QUE ME INVITEN A TOMAR CAFÉ, UNA PERRA QUE SE LLAME LOLA...



UN AROMA, A MIS PADRES, LA LUZ DEL SOL ENTRANDO A MI CASA POR LAS TARDES.

NO PUEDO PENSAR EN ESTO, PORQUE SI NO, LLORO.



¡¡PERO MIRA LO BUENO!! TE VAS A IR DEL PAÍS DE PINGA [@#!*] ESTE!!



O SEA, SÍ, PERO NO DEJO DE PENSAR EN TODO Y TODOS LOS QUE DEJÉ ATRÁS.

MI NOVIO Y YO LLEGAMOS POR LA TARDE NOCHE Y EN LA ADUANA NOS HICIERON PREGUNTAS BASTANTE INCÓMODAS.



Todo pesaba horrores !!

me tuve que poner el vestido por dentro

notas de viaje



¿Y QUÉ VIENE A HACER AQUÍ?

VENGO A ESTUDIAR, SEÑORITA, UNA MAESTRÍA.



NO LOS CULPO, LOS CUBANOS SUELEN VENIR A MÉXICO PARA BRINCAR AL YUMA.



TODO FUE TAN RÁPIDO.



AL OTRO DÍA LLEGAMOS A CUERNAVACA.



VOY ENTENDIENDO POCO A POCO LA CULTURA, LA COMIDA, LA GENTE, LOS ROSTROS.



LA TORTILLA QUE SE DOBLA ES UNA SINCRONIZADA, LA QUE SE PELLIZCA ES UN SOPE, LA QUE SE FRÍE SE CONVIERTE EN UNA QUECA: MIL TIPOS DE TORTILLAS.



NO ME PUEDO QUEJAR: ME GUSTA EL CLIMA, HE HECHO COSAS NUEVAS, HE CONOCIDO GENTE... SI NO ME HUBIERA IDO NO ESTARÍA ESTUDIANDO LO QUE SIEMPRE QUISE.

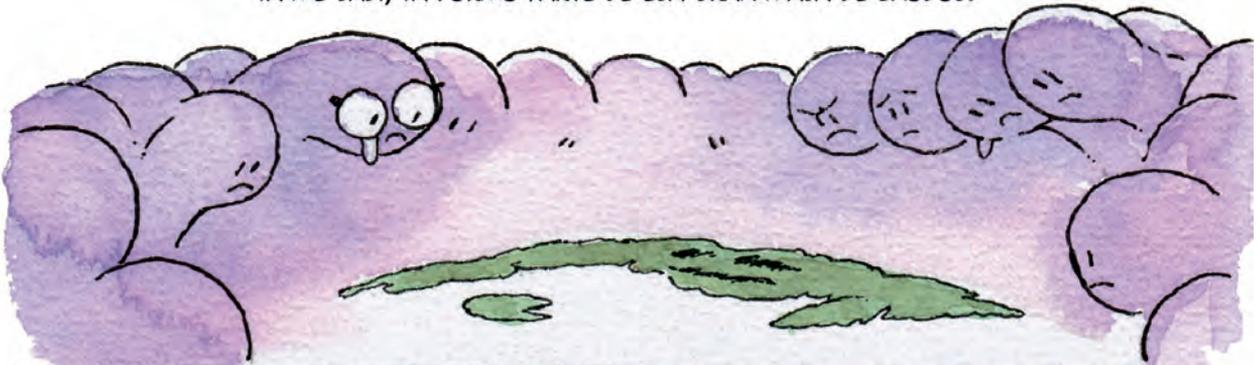
COMO DICE MI NOVIO: TU EMIGRACIÓN HA SIDO LA MENOS DOLOROSA DE LAS QUE HE CONOCIDO.



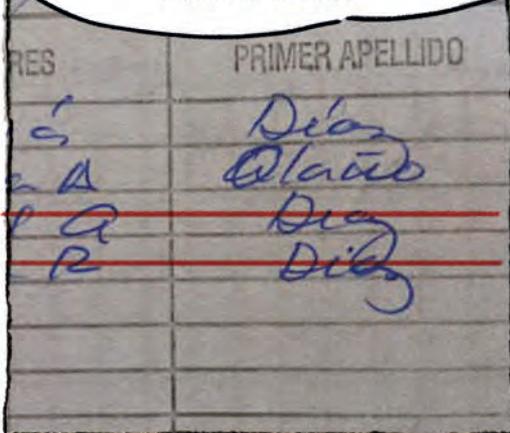
ESTOY TRATANDO DE NO ACUMULAR TARECOS, PORQUE SÉ QUE EVENTUALMENTE ME VOLVERÉ A IR, AUNQUE NO A CUBA, OBTIAMENTE.



YA ME SALÍ, YA FORMO PARTE DE ESA GRAN MASA DE ÉXODOS.



ME QUITARON DE LA LIBRETA DE RACIONAMIENTO: ESO ES MENOS COMIDA PARA MIS PADRES.



ME SIENTO BIENVENIDA, PERO ÉSTA NO ES MI CASA. MI CASA, DE MOMENTO, NO EXISTE.



JUAN CAMILO RINCÓN

“A mi domingo familiar le falta gente”: la escritura migrante

*Ítaca te brindó tan hermoso viaje.
Sin ella no habrías emprendido el camino.
Pero no tiene ya nada que darte.*
“Ítaca”, CONSTANTINO KAVAFIS

Migrar, sostiene la Organización Internacional para las Migraciones, es desplazarse del lugar habitual de residencia a uno nuevo, ya sea cruzando una frontera internacional o dentro de un Estado.¹ Para quien ha tenido que salir con sus corotos en la mochila al hombro, con sus hijos o su mascota en la madrugada oscura, con su pasaporte para atravesar el océano sin saber muy bien qué le espera al otro lado, con mucha zozobra y un tanto de esperanza,

1 “Fundamentals of migration”, International Organization of Migration. Disponible en <https://www.iom.int/fundamentals-migration>.





De la serie *De paso*, Nuevo Laredo, 2023. Fotografía de Olivia Vivanco. Cortesía de la autora.

con sus recuerdos apretujados y un impulso que a ratos mengua, o con “su casa, sus muertos y sus fantasmas consigo” como lo narra la escritora y guionista venezolana María Elena Morán (Maracaibo, 1985) en *Volver a cuándo* (Siruela, 2023) —ganadora del Premio de Novela Café Gijón 2022—, la definición suena simple y casi romántica.

Desplazarse y cruzar fronteras es —muchas, tantas veces— desenraizarse. Por eso el poeta, traductor literario y periodista egipcio Ahmad Mohsen (El Cairo, 1995), radicado en Colombia, recuerda al filósofo Jean-Luc Nancy, quien en su libro *¿Qué significa partir?* (2016) afirma que, dado que los seres humanos no tenemos raíces físicas como las plantas, somos capaces de volver a nacer en otros territorios; sin embargo, compartimos con ellas el desarraigo, el ser arrancados de raíz cuando nos vemos obligados a irnos a otro lugar, a separarnos, a partir.

Por eso no hay definición oficial ni organismo internacional que puedan explicar lo que significa marcharse, “pensando que volveremos, que nuestras ca-

sas seguirán de pie, que nuestros libros se mantendrán exactos, impolutos, pacientes, que la gente que queremos seguirá con nosotros, cerca de alguna manera”, dice la escritora y periodista venezolana Arianna de Sousa-García (Puerto La Cruz, 1988), ganadora del Premio Jesús Márquez en 2016, en *Atrás queda la tierra* (Seix Barral, 2024). Y es que —se duele— “hablamos poco de la ingenuidad que hay en irse”.

“LOS NÚMEROS SIEMPRE SE QUEDAN CORTOS”

En el avance de un informe que se publicó en enero pasado, la ONU asienta que, en 2024, la cifra de migrantes internacionales en todo el mundo ascendió a 304 millones. Con todo, dice De Sousa-García en su libro, los números del “éxodo masivo y sonoro, fácilmente ignorado, se quedan cortos, y los nombres de esos millones de personas no nos dicen nada [...]. Estamos todos desperdigados por el mundo, demasiado ocupados sobreviviendo como para conversar una vez más”.

La diáspora venezolana, por ejemplo, “recién empezaba a gestarse en 2012, pero nadie podía prever el tamaño de lo que se avecinaba”, cuenta en entrevista Morán, radicada en Brasil desde ese año. Refiere, además, que ella es de las que se fueron del país antes de la crisis: “yo salí para estudiar cine en Cuba; allá conocí a quien hasta hoy es mi compañero y por esa historia de amor vine a parar a Brasil, antes de ver a mi gente ser tratada como una plaga en tantos lugares”. No salió de Venezuela obligada, como tuvieron que hacerlo millones: “mi historia, por lo tanto, es profundamente diferente a la de quien dejó el país con la ropa del cuerpo y una mochila a cuestas”.

Las naciones de América del Sur presentan una tendencia mucho más significativa hacia la migración intrarregional,² y la subregión vive un contexto de transformaciones en que muchos de los Estados son a la vez escenarios de emigración, inmigración, tránsito y retorno.³ Así lo cuenta Morán: a inicios de la segunda década del nuevo siglo, Venezuela no era para Brasil un lugar del que llegarán emigrados, mucho menos a la ciudad de Porto Alegre (capital de Rio Grande do Sul, fronteriza con Argentina y Uruguay), donde ella vivió al comienzo. Sin embargo, en los que la autora denomina “años de la estampida”, éste se fue convirtiendo en un destino reiterado pues, pese a la diferencia idiomática:

era mucho más amigable para recibir a los migrantes y estableció procesos específicos —dando acceso rápido a documentos y, como consecuencia, a más oportunidades de trabajo, de estudio, de vida—. En aquel

2 Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal), *Panorama social de América Latina*, Santiago, 2019, p. 163.

Disponibile en <https://acortar.link/rCNnoD>.

3 Hugo Graeme, *Migrants in Society: Diversity and Cohesion*, National Centre for Social Applications of GIS, University of Adelaide, 2005.

momento yo era una inmigrante exótica, recibida con sonrisas enormes e iluminadas: “¿Eres de Venezuela? ¡Qué lindo!”. Y, en seguida, la retahíla referencial: Chávez, *misses*, petróleo, playas. Cuatro tópicos infaltables, un retrato pobre y escueto frente al cual yo sonreía, mientras intentaba engordarlo con más y más amplias referencias —tal vez debiera decir simplemente: más mías—. Después, tanto en las grandes metrópolis, como São Paulo, como en ciudades minúsculas, el español, mi español, comenzó a sonar en restaurantes y mercados, en cursos, en el gimnasio. Entonces vi deshacerse aquella sonrisa con la que fui recibida. La vi convertirse en una mueca de lástima. Vi los cuatro tópicos, ya insuficientes, reducirse a apenas uno, que se desdobra en miles: crisis.⁴

Este fenómeno, en extremo complejo, adquiere tantas formas que termina difuminándose entre cifras y porcentajes, perdiendo materialidad, sustancia y dimensión real. María Elena Morán migró primero como estudiante y, después, tras un proyecto de vida sentimental. La escritora ecuatoriana Mónica Ojeda (Guayaquil, 1988) lo hizo por motivos de salud:

Estaba teniendo mis primeros brotes de ansiedad y necesitaba salir, huir, para construir otra vida y otra imaginación futura. Tras llegar a España estuve tres meses con insomnio crónico y tuve que tomar antidepresivos sedantes. Aun así me negué a mí misma el hecho de que estaba pasando por un duelo tremendo. Escogí España

4 Comunicación personal. En lo sucesivo, cuando no aparezca una cita específica, tal es el caso.



De la serie *Tiwana*, Tijuana, 2013. Fotografía de Olivia Vivanco. Cortesía de la autora.

porque había vivido allí antes como estudiante becada y conocía a algunos amigos, entre ellos a mis editores de Candaya. Pensé: aquí al menos tengo amistades.

Aunque el número 10 de los Objetivos de Desarrollo Sostenible se propone “facilitar la migración y la movilidad ordenadas, seguras, regulares y responsables de las personas, incluso mediante la aplicación de políticas migratorias planificadas y bien gestionadas”,⁵ esto ocurre poco. Según los datos disponibles de ciento once países, en septiembre de 2019 sólo el 54% reportó que contaba con un conjunto integral de políticas públicas de cara a esta meta.⁶ El hecho

de que apenas un poco más de la mitad de los Estados manifestaran trabajar activamente al respecto se traduce en una realidad sobre la que se sigue escribiendo: sus retos y, más complejo aún, los múltiples tormentos que deben enfrentar los migrantes en los países de llegada.

Para Ojeda, incluida en la lista Bogotá39 de 2017 como una de las mejores narradoras de ficción menores de cuarenta años, el mayor escollo fue enfrentarse al que ella considera un sistema racista legalmente avalado por la Ley de Extranjería. Pasó tres años indocumentada, trabajando por épocas sin poder cobrar y tuvo que casarse con su pareja española para obtener unos papeles que de otro modo habría sido más complicado —si no imposible— conseguir:

La violencia sistemática impuesta contra los cuerpos marrones, latinoamericanos, negros, etc., afecta hasta a la hora de conseguir un alquiler. No se trata de xenofobia, que es lo que ocurre,

5 Meta 10.7 del “Objetivo 10: Reducir la desigualdad en y entre los países”, Organización de las Naciones Unidas, disponible en: <https://acortar.link/mLl5a>.

6 “Reduce inequality within and among countries”, Organización de las Naciones Unidas, Sustainable Development Goal Indicators, disponible en: <https://acortar.link/wghm62>.

por ejemplo, con los casos de venezolanos cuando migran a otros países latinoamericanos. Se trata de racismo. Un racismo que te acaba afectando a la hora de trabajar, cobrar y conseguir un derecho tan básico como el de la vivienda. Migrar es cambiar unos dolores por otros. En España, lejos de ciertas opresiones de las que me era muy difícil escapar en mi lugar de origen, pude rehacer mi vida con mucha dificultad y cuidado. Y acá he construido una red de afectos que me salva todos los días.

Para el poeta, narrador y activista salvadoreño Javier Zamora (San Luis la Herradura, 1990), autor de *Solito* (Penguin Random House, 2022), el gran fracaso de la migración es encontrarse con que nada de lo que uno imaginaba está ahí: “El país al que llegas no tiene todo lo que anhelabas y tampoco lo que amabas del tuyo”. Cuando llegó a Estados Unidos, solito, para encontrarse con sus padres, que ya vivían allá, siendo un niño de apenas nueve años y después de atravesar Guatemala y México (particularmente, el gran desierto de Sonora), recibió el primer gran golpe, su primera depresión. Comenzó a escribir este libro en 2019 y lleva seis años

platicando, recontando, reviviendo, procesando todo en terapia, abordando los diferentes niveles del trauma. Ahora estoy tratando de escribir mis primeros días en Estados Unidos y parte de ese proceso ha sido entrevistar a mis padres. Mi papá acaba de contarme algo que yo no recordaba, una situación durante

esa travesía en la que sentí horror y que mi cerebro borró completamente para protegerme.

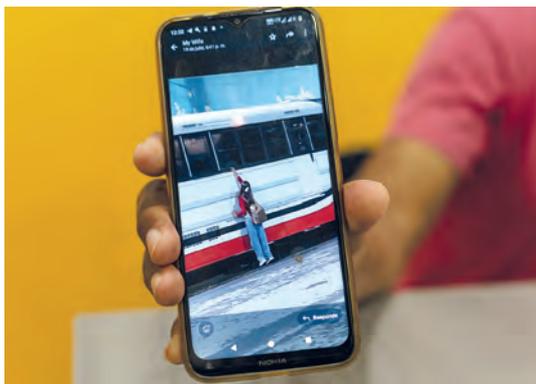
La migración como trauma sigue siendo tema presente tanto en la ficción como en la no ficción, en todas sus formas. Zamora, quien ha obtenido becas de instituciones como la Universidad de Harvard, el National Endowment for the Arts, The Poetry Foundation y la Universidad de Stanford, destaca los matices —que los hay— en todo fenómeno humano y social: “Hay mucho periodista gringo que se enfoca solamente en lo que nosotros sufrimos, pero no en las cosas bonitas, que son necesarias para sobrevivir, y ésa fue la mejor parte de recontar y revivir eso en el libro”. Su trabajo se extiende más allá de la literatura, hasta el voluntariado con la ONG Salvavision, con sede en Tucson, que brinda ayuda y apoyo a los solicitantes de asilo y a quienes han sido deportados.

ESCRIBIR, MIGRAR, CONTAR

“El planeta entero es una diáspora. Desde las imágenes del Antiguo Testamento con el pueblo hebreo atravesando el Sinaí y el mar Rojo y, hoy, éxodos de gente pasando el Tapón del Darién, navegando por el Mediterráneo, tratando de saltar nuestro muro fronterizo aquí en Tijuana. Ésa es la imagen de nuestro mundo, y la literatura contemporánea tiene que reflejarlo”, dice el periodista, ensayista y escritor mexicano Daniel Salinas Basave (Monterrey, 1974), Premio Sor Juana Inés de la Cruz 2015. Habitar la frontera bajacaliforniana, “considerada la más cruzada del planeta, una ciudad [Tijuana] que es como un grandísimo tornado de almas de migrantes procedentes de muy diversas partes del mundo, llena de historias de desarraigo, de barcos a la deriva, de cáscaras de nuez, de polvo en el viento” deviene en experiencias, atmósferas y temas que se han colado en su narrativa.

Me he dado cuenta de que me he ido físicamente de mi país, pero sólo para quedarme sentimental e intelectualmente. Mi escritura, mi pensamiento y mi sensibilidad están allá.

Hablamos de frontera y Morán anota que la de Centroamérica con México y la de éste con Estados Unidos representan unas de las más profusamente trabajadas, en contraste con muchos otros movimientos que han sido explorados en menor medida o que sólo han sido abordados desde la perspectiva de quienes reciben a los migrantes. Piensa, por ejemplo, en el caso de Brasil —el contexto que más conoce— y el flujo migratorio que viene de Angola, Senegal, Haití, Bolivia y Venezuela desde hace algunos años. Se pregunta qué condiciones son necesarias y el tiempo que falta para darle espacio a los relatos de las personas que llegan. Estos nuevos flujos ya van recogiendo suficiente historia:



De la serie *De paso*, Tapachula, 2024. Fotografía de Olivia Vivanco. Cortesía de la autora.

como para que la elaboración literaria pueda ocurrir. Yo he buscado trabajar el tema con la mayor complejidad de la que soy capaz y eso implica entender a los personajes en un lugar que sobrepasa o extrapola el lugar de víctima o de quien se niega a aceptarse como tal. También trato de crear personajes que difieren de lo que se espera sobre un movimiento migratorio en particular. [...] Me interesa mucho evitar los relatos unidireccionales o románticos y cuestionar todos esos lugares dados de antemano.

Por ahí pasa la idea de hacer un retrato con más capas, que no se conforme con la nostalgia, aunque esté permeado completamente por ella, pero que también la cuestione.

El narrador y periodista cubano Carlos Manuel Álvarez (Matanzas, 1989), seleccionado por la revista *Granta* en 2021 como uno de los mejores escritores jóvenes en español, coincide con Morán en su noción del lugar de la víctima y subraya que convertirse en un exiliado y vivir en varias ciudades del mundo le ha permitido “ser un sujeto activo, alguien que piensa desde acá y que nos piensa no sólo a nosotros, sino a todos los demás”. Afirma que el tener que salir de su país en 2015 lo libró de pensarse como un actor nacional, confinado “en un espacio balcanizado. Me permitió pensar dentro de una cultura y dentro de un lenguaje que no hubiese alcanzado de otra manera”. Bajo su mirada crítica señala que la que se hace hoy es mayoritariamente una literatura de la queja, que muchas veces las víctimas han capitalizado, pues el lamento en la institución de la literatura se ha convertido en un negocio económico y cultural.

LOS Matices DE LA MIGRACIÓN: UNA ESCRITURA IDENTITARIA

Contrario a lo que podría pensarse, la cercanía cultural entre el país de origen y aquel al que se migró termina siendo un cuchillo de doble filo. Así lo expone Morán, quien a veces se siente tan en casa, tan hermanada,

que se me desdibuja un cierto borde identitario. Escuchar samba antiguo me da tanta nostalgia como escuchar gaitas maracaiberas. El batúque me moviliza de una forma telúrica, como si nos conociéramos de antes —todo tambor hace eso y tal vez sea, en vez de una identificación con algo supuestamente ajeno, la

familiaridad con esa raíz común africana—. Así he venido construyéndome en este país, al punto de sentir, en mi círculo más íntimo, que soy un elemento tan natural que por momentos a las personas parece que se les olvida que a mi domingo familiar le falta gente. Ese tipo de experiencias crean una sensación muy ambigua. Por una parte, es cómodo: “Mírala, ya es una brasileña completa”. Pero escuchar ese tipo de frases hace que se acabe la comodidad y se abre un abismo que está siempre aquí, aunque a veces bien guardadito, porque no, no soy brasileña. Mi infancia fue otra y la infancia es la única patria que uno tiene... Pero tampoco soy solamente venezolana. La identidad es algo que nunca para de construirse y para muchos inmigrantes ésa es una fuente permanente de conflicto, una plaquita en el pecho: “Cuidado, culpas trabajando”.

La experiencia de Ojeda, por su parte, la ha hecho mucho más consciente de lo que ha perdido y de lo que ha ganado:

He aceptado mi duelo, cosa que no me permitía antes. Me he dado cuenta de que me he ido físicamente de mi país, pero sólo para quedarme sentimental e intelectualmente. Mi escritura, mi pensamiento y mi sensibilidad están allá. Cada dos años voy a Ecuador, me es imposible no ir: yo creo que uno se pelea con su origen, se aleja, se acerca, se enamora, se desenamora, lo critica, lo pone en crisis, luego crea una amistad compleja con él.

Es una mirada escritural afectada por el tiempo y la distancia, de alguien que se fue, que de alguna manera sigue yen-

do y volviendo pero que definitivamente ya no está, como lo observa la periodista dominicana Sorayda Peguero (Santo Domingo, 1980), también radicada en España. Para ella siempre existirá “la necesidad de regresar a través de la memoria a ese lugar que se dejó atrás. Migrar es una herida que permanece abierta, independientemente de cuáles fueron las razones que nos llevaron a partir”.

Recuerda entonces la idea cortazariana de la “mecánica del chicle”, ésa de haberse quedado adherido y, desde ahí, irse estirando. Así se lo expresa el autor de *Rayuela* a su amigo, el pintor y poeta argentino Eduardo Jonquières en una carta del 8 de noviembre de 1951: “Trato de decirlo con humor, pero ya ves lo que sale. [...] La sola contemplación de un sobre, o el olor del papel, me devuelven a latigazos a Buenos Aires. No estoy triste de estar en París. Está bien, y ahora sé que es necesario que esté aquí. Pero el chicle, sabes.”⁷

Mohsen, recordando su Egipto lejano, advierte que ser migrante ha atravesado su escritura y ha transformado su mirada del mundo porque ha vivido dos migraciones: la primera fue física, al viajar de un lugar a otro, y la segunda fue habitar y empezar a escribir otra lengua. Su poema “Vida pequeña” teje esas líneas: “Cada uno en su lugar/ con lo que tenga en las manos/ No hay tiempo para empacar equipaje/ No hay equipaje/ El mar arrastra los recuerdos/ [...] La orilla es una reunión de troncos en exilio/ que las olas trajeron desde países lejanos”.

MIGRAR CON PREGUNTAS, MIRAR CON PERSPECTIVA

La experiencia de la migración ha atravesado la historia personal de Morán como una flecha y la llevó a escribir *Volver a cuándo*, “a usar la escritura para intentar darle algún sentido al caos que me estaba engullendo. Si en el día a día muchas veces logro mantener a raya el exabrup-

7 Julio Cortázar, *Cartas a los Jonquières*, Alfaguara, México, 2010, p. 19.

to, cuando escribo ese límite deja de existir, protegida como estoy por la ficción”.

Entonces, en su narrativa aparece la mirada crítica de lo que ocurre en Venezuela hoy:

Fue también a través de esa experiencia tan radical y desgarradora que le puse lupa a mis opciones políticas y al fanatismo con que me entregué en los primeros tiempos de la revolución. Reconocer el fracaso y mi cuota de responsabilidad en su construcción me ha ayudado a desmontar mi panteón latinoamericano de líderes, a ver con ojos menos infantiles y huérfanos a las figuras históricas y a las contemporáneas. Hemos sido durante demasiado tiempo huérfanos a la espera del gran padre salvador.

Ojeda, finalista de los premios Biental de Novela Mario Vargas Llosa y de Narrativa Breve Ribera del Duero, reclama por las acciones del gobierno de Daniel Noboa en Ecuador, quien

está implantando necropolíticas en las que las víctimas principales son los niños y los jóvenes racializados. Pese a tanto dolor, la resistencia social está firme y la gente tiene proyectos hermosos de escritura, edición, teatro [...]; se abren afrocolectivas, revistas y medios comunitarios. Esos movimientos me enseñan que en lo colectivo hay una imaginación futura insumisa. En ese sentido, migrar me ha ayudado a recuperar una salud mental que estaba perdiendo y me ha vuelto más útil, porque pese a la distancia, colaboro activamente con varios espacios de resistencia. Así que la migración me ha traído la posibilidad de tejer comunidad allá en Ecuador.

Unas y otros, con miles de kilómetros entre ellos y sus países, escriben para no olvidar y no olvidarse, para mantener a todos en su memoria propia y en la de otros tantos, como lo dice De Sousa-García. Al migrar se vive la “historia al margen de la historia, un presente elástico, una dictadura del gerundio”, se aflige Morán en su libro, pero vislumbra que no hay nada definitivo en la ruina y que se pueden hacer obrar nuevos tiempos en su tiempo perdido.

Seguirán escribiéndose páginas y páginas que cuenten todo lo que se ha derrumbado: los escombros restantes de la vida que se edificó, los paisajes vacíos, las partidas imprevistas, el país que no deja de ser el propio pese a la desilusión. Esas mismas páginas también narrarán los paisajes extranjeros, las caras familiares del nuevo mundo, la vida que se reconstruye, y nosotros seremos sus testigos. *RM*

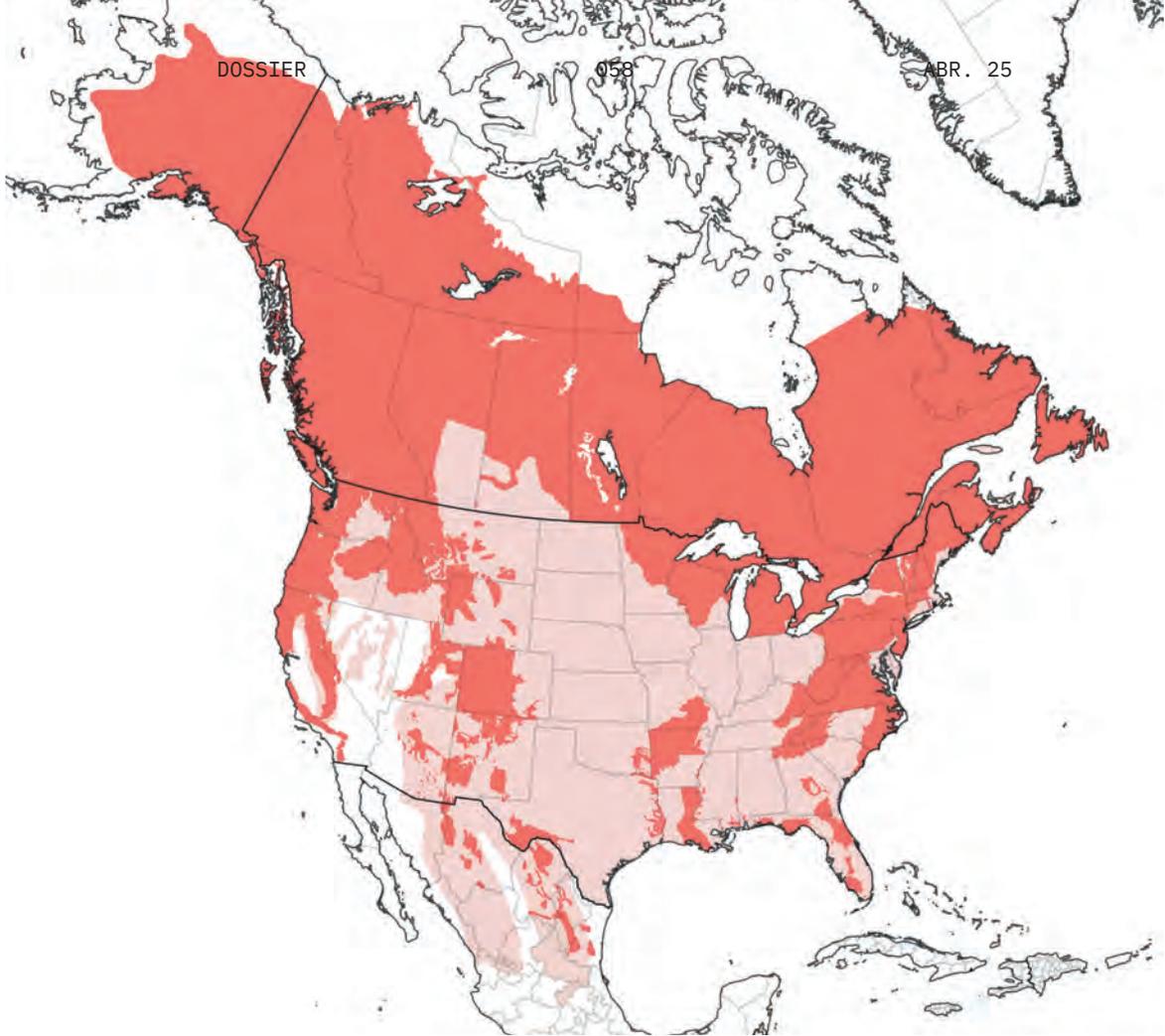
Un grupo de [REDACTED]
513 migrantes de Centroamérica, el Caribe y Asia [REDACTED]
[REDACTED] los indocumentados forman parte
del tráfico de personas transcontinental documentado [REDACTED] en los últimos
18 meses [REDACTED]
En la operación fueron aseguradas personas de India, Japón y China [REDACTED]
[REDACTED] la captura de los presuntos polleros
y la intercepción de los extranjeros fue posible con la aplicación del equipo de rayos X.
[REDACTED] Los migrantes fueron detectados
[REDACTED] en el cruce Tuxtla-La Angostura, a la entrada Poniente de
la capital de esa entidad. Se indicó que viajaban en *condiciones inhumanas*. Entre
los migrantes hay 32 mujeres y cuatro menores [REDACTED]
[REDACTED] iban a pagar cada uno 7 mil dólares al llegar a Estados Unidos.

Del proyecto transmedia *Atlas del neoTrópico*, 2017-2024. Obra fotográfica de Gerardo Suter. Cortesía del artista.

GANESH MARÍN

Los osos contra el muro

Apenas inicia el año 2025 y es invierno en la frontera. En la pantalla de la computadora veo que ninguno de los osos que tengo monitoreados se ha movido durante las últimas semanas. En algún escondrijo del bosque, hibernan. Donald Trump acaba de retomar la presidencia de Estados Unidos y parece ineludible que continúe la construcción del muro fronterizo que bloqueará por completo el corredor que conecta la Sierra Madre Occidental con las montañas en Arizona y Nuevo México. Múltiples análisis del hábitat indican que este corredor montano es el más importante para mantener conectadas las poblaciones de osos de ambos países,



Mapa de distribución del oso negro (*Ursus americanus*), según la Lista Roja de la UICN, 2019. Wikimedia Commons © 3.0.

cuyos comportamientos también se ven afectados por el cambio climático, por ejemplo, por la megasequía que ha azotado a esta región. Los parches de hábitat de los osos y sus fuentes de agua se reducen cada vez más, la temporalidad de su alimentación se vuelve más errática y, a la vez, se erigen más barreras, lo que dificulta su libre movimiento. Esto es un gran problema para los osos y otras especies que dependen de vastas áreas para sobrevivir. Ante esta situación, surge la pregunta central de nuestra investigación: ¿cuáles son las cañadas, los pasos de montaña y las barreras que más perjudican a los osos en su andar?

“¡Trampa activa, trampa activa!” El grito en la madrugada me hace pasar de un sueño profundo a la concentración absoluta. Mientras me pongo las botas y en-

ciendo la lámpara, palomeo mentalmente las cosas que necesito para la captura: cinta métrica, libreta de notas, báscula, herramientas y collar satelital. En menos de cinco minutos, todo el equipo, que consta de dos biólogos y una veterinaria, ya está arriba de la camioneta con el corazón acelerado y la mirada fija. Hay un oso en la trampa.

A pocos kilómetros de nosotros, un oso negro olisquea y analiza el dispositivo que lo mantiene atado a un árbol. Con una delicadeza que contrasta con sus ciento veinte kilos, se quita el lazo que lo sujeta de la muñeca y se marcha tranquilamente. Como evidencia de su paso, sólo dejó sus huellas en la tierra y su evasión quedó registrada por una cámara infrarroja que también grabó nuestra llegada. Nuestros rostros reflejan la decepción de encontrarnos con la trampa vacía.

El ejemplar que no capturamos es un oso negro adulto que le llama hogar a una serie de montañas que corren de norte a sur en la frontera entre Arizona y Nuevo México, en Estados Unidos, y Chihuahua y Sonora, en nuestro país. Esperábamos atraparlo para colocarle un collar satelital y monitorear sus movimientos; en específico, nos interesa saber cómo reacciona a la carretera y la reciente construcción del muro que divide ambas naciones. Presuntamente, se trata de un oso mexicano, pues su presencia se detectó en este lado de la frontera, pero ¿dónde habrá nacido?, ¿allá o acá?, ¿visita seguido el país del norte?

De las cuatro especies de osos que existen en América, el oso negro se encuentra en México, Estados Unidos y Canadá. El individuo más sureño del que se tiene registro habita en la Sierra Gorda de Querétaro, a escasos doscientos kilómetros de la Ciudad de México, mientras que las poblaciones más norteañas rondan las costas del océano Ártico, en el norte de Canadá y de Alaska. En medio, en los territorios que se ubican entre el océano Atlántico y el Pacífico, las poblaciones de osos negros han visto tanto reducciones como expansiones tras siglos de caza y programas de conservación. De este modo, miles de osos coexisten en un mosaico de bosques, montañas, carreteras, granjas, ciudades y complejos residenciales.

El nombre común de esta especie es engañoso, pues también hay ejemplares de color canela, café oscuro y hasta güeros, aunque sólo en el suroeste de Norteamérica hay osos negros con diferentes colores de pelaje. No hay certeza sobre el porqué de estas variaciones cromáticas, pero se cree que los tonos más claros les

ayudan a lidiar mejor con una mayor exposición al sol o a ser menos conspicuos en los terrenos más abiertos y áridos. Por los pelos que se quedaron en la miel y el mango que usamos para atraer a los osos a la trampa, sabemos que el oso que escapó es de color achocolatado.

Unos días después, me levanto a las seis de la mañana y uso una antena de radio para revisar el estado de las trampas. Un bip-bip rápido me avisa que algo activó la trampa en la que Houdini, el nombre que decidimos darle al oso escurridizo, nos evadió tres noches atrás. Esta vez Houdini despertó, hora y media más tarde, algo atolondrado después de haber sido anestesiado, medido, muestreado, y con un collar que nos enviará su geolocalización precisa cada dos horas durante el próximo par de años.

La relación de los humanos con los osos negros es diferente en cada país y varía dependiendo de la región en la que se encuentren. En algunos estados de la Unión Americana y Canadá se permite cazarlos. Sin embargo, por estar al límite de su distribución y por la merma ocasionada en sus poblaciones y bosques, en México se les considera una especie en peligro de extinción y están protegidos. Además, la percepción social de los osos negros bambolea entre la admiración, la ternura y el miedo. Cuando caminan en cuatro patas, su animalidad se hace patente y nos hace marcar una distancia con ellos, pero cuando se paran en dos patas y usan con habilidad las otras dos para abrir autos, botes de basura o cualquier otro artefacto, las barreras entre ambas especies se difuminan, los vemos más cercanos y despiertan nuestra empatía. Su inteligencia y destreza es tan evidente que, en los sitios donde coexisten osos y personas, se diseñan botes de basura para que no puedan abrirlos.

Tras dos temporadas de captura, logramos colocarles collares a más osos, y con el paso del tiempo los puntos que marcan sus ubicaciones en el

Los parches de hábitat de los osos y sus fuentes de agua se reducen cada vez más, la temporalidad de su alimentación se vuelve más errática y, a la vez, se erigen más barreras, lo que dificulta su libre movimiento.

mapa permiten trazar las rutas de los sitios que cada individuo ha visitado. Parece un mapa impresionista: las sombras más oscuras señalan sus sitios preferidos: las cañadas frescas y las arboledas de encinos con comida. Las zonas menos frecuentadas se ven de un color más tenue, son áreas donde los osos están más expuestos y las atraviesan con premura y sin merodeos.

Los recorridos rápidos suelen indicar que cruzaron áreas donde se sentían vulnerables, en cambio, suelen dedicar caminatas lentas y exploratorias a conseguir alimento. No moverse también forma parte de la vida de los osos: durante los meses fríos, cuando no hay muchas opciones para comer, buscan refugio entre las rocas o entre troncos caídos y se sumen en un sueño continuo que se prolonga por semanas enteras. Gerónimo, uno de los machos más grandes que capturamos en la primera temporada, patrulla una vasta área de cuatrocientos kilómetros cuadrados que incluye bosques con abundante comida, si bien esto depende de la estación del año, además de agua en diferentes puntos y pendientes frías para hibernar. Un día observamos que Gerónimo avanzó hacia el norte. La frontera entre México y Estados Unidos se encontraba a menos de dos kilómetros, pero en esa sección de Nuevo México no hay muro. El paso es libre para los no humanos. Aunque Gerónimo es quizá el mamífero más poderoso de todas estas montañas, es cauteloso; le teme a la gente y a sus máquinas. La carretera federal número 2, que conecta Tijuana con Ciudad Juárez, se interpone en su camino. El tráfico de vehículos, el ruido de sus motores y el brillo de sus faros lo disuaden finalmente de cruzar la barrera de asfalto y tránsito. A menos de ciento cincuenta metros al sur de la carretera, se da la vuelta y regresa a las montañas desde las que bajó.

En un mundo sin humanos los problemas de los osos son, en general, otros osos. El oso negro solía coexistir con el oso pardo, una especie mucho más grande y

agresiva. La presencia de sus parientes les exigía actuar con cuidado; procuraban no cruzar caminos con ellos, constantemente elegían sitios más escarpados y optaban por una dieta más variada, menos dependiente de la carne y de los lugares que los pardos frecuentaban. Esta especie era más fiera y le temía menos a las personas. Tristemente, en el siglo pasado se llevaron a cabo campañas de erradicación de depredadores que mataron hasta el último oso pardo que habitaba en los valles y montañas del sur de Estados Unidos y el norte de México.

Una mañana de octubre, cuando el clima es fresco y los osos pueden moverse durante todo el día, revisé el mapa con los movimientos recientes y vi en la pantalla que Winni, un macho adulto joven, había decidido explorar nuevos territorios. En tan sólo cuatro días, cruzó un valle de pastizal desértico, dos carreteras y llegó a la sierra de Cananea, cien kilómetros al oeste de donde lo capturamos. A este tipo de expediciones que realizan los animales se les conoce como movimientos de dispersión y, en el mundo de los osos, son los machos jóvenes quienes hacen las travesías más largas en busca de hembras con las cuales reproducirse; incluso llegan a áreas que se encuentran fuera del férreo patrullaje de los machos grandes.

Los puntos de la travesía de Winni marcaban casi una línea recta de este a oeste y me pregunté por qué eligió esa dirección. ¿Sabrá que también hay montañas con osos en el país vecino? ¿Supo de antemano que, de haberse dirigido al norte, se habría topado con la carretera a menos de cinco kilómetros de distancia, y muy probablemente con el muro, dos kilómetros más adelante? En su trayecto, recorriendo la sierra, encontró bosques con todo lo que un oso necesita para sobrevivir, sin embargo, también vivió días aciagos, en los que sólo vio pastizales a su alrededor, sin ninguna montaña en el horizonte. Me impresiona la fuerza de voluntad osuna que hizo que este ejemplar cruzara un océano de pastiza-



Xúuj o figura de oso, posiblemente de los pueblos tlingit, ca. 1882.
Princeton University Art Museum ©.

les y barreras esperando hallar islas montañas al otro lado y, por qué no, incluso una osa.

Aunque hasta el momento ningún oso ha tenido la osadía de atravesar la carretera federal o de cruzar a Estados Unidos, no hay duda de que existen osos negros a los que podemos denominar osos fronterizos, *border bears*. Al igual que los lobos, los bisontes, los berrendos, los perritos de las praderas, los castores y las mariposas monarcas, estos osos forman parte de esa lista de especies épicas que habitan en Norteamérica, de modo que las amenazas y decisiones políticas sobre migraciones y aranceles tomadas por los países de esta región también les afectan. Con la imposición de tarifas comerciales, el acero, los chips automotrices y los aguacates subirán de precio, pero el costo energético que implicaría la finalización del muro será brutal para las especies silvestres.

Y habrá consecuencias: las poblaciones de osos negros en México y en Estados Unidos quedarán más aisladas que nunca; además, la vida de los osos fronterizos correrá mayor riesgo, pues depende de las lluvias, de si los encinos dan bellotas y de si el Departamento de Seguridad Nacional dinamita las montañas para erigir un muro a costa de la reducción de su hábitat. La situación también es crítica porque el cambio climático provoca que las montañas sean como islas que cada día se vuelven más pequeñas. No conforme con ello, la democracia del llamado primer mundo, vestida de rojo o de azul, levantó un muro que corta las rutas de cientos de especies animales. ❧

EMILY CELESTE VÁZQUEZ ENRÍQUEZ

Migraciones multiespecie: “Días del fin” de Jacinta Escudos

La categoría de los animales de compañía suele estar delimitada por el espacio doméstico, donde los felinos y caninos ocupan un lugar privilegiado dentro de la jerarquía afectiva humana. Sin embargo, las crisis ambientales recientes muestran la urgencia de repensar las relaciones de acompañamiento entre especies más allá de dicha esfera. La migración a causa del cambio climático es el ejemplo más claro de ello. En el Antropoceno, una era definida por el deterioro ecológico provocado por la acción humana, la degradación de hábitats cobra intensidad, lo que obliga al desplazamiento

Tony de los Reyes, *Border Theory (Rio Grande/colourscale 5)*, 2014. Cortesía del artista.



En lo alto de un hospital, buscando amparo ante una inundación inevitable, la narradora mira a un hombre abrazado de un mono que también se aferra a él: “Encontré al mono cuando empezó todo esto. Desde entonces andamos juntos”.

de sus habitantes humanos y no humanos. En estos escenarios, las diásporas transespecie desdibujan las fronteras entre la fauna silvestre y los animales de compañía. Hoy en día son inevitables las migraciones compartidas que trascienden los límites ontológicos habituales. Vincularnos con otros seres vivos en este tipo de tránsitos nos invita a replantear las nociones más comunes de la figura del migrante.

Pese a los crecientes marcos migratorios que incluyen a distintas especies, los enfoques antropocéntricos aún dominan el concepto de migración. El desplazamiento de los animales suele verse como un proceso natural, sin que se reconozca que también ocurre de manera forzada. En su lugar, persiste la creencia de que sólo parten en busca de pareja para el apareamiento, o bien, que exploran otras zonas donde alimentarse o hábitats más propicios para sobrevivir. Esta separación cimenta una jerarquía epistemológica que desliga su desplazamiento de los mismos factores ambientales que causan el de las poblaciones humanas.

Acerca de esta división, la investigadora en derecho ambiental y animal Charlotte Blattner advierte que “la migración humana suele teorizarse a partir de la preocupación por el desplazamiento, la persecución, la seguridad y la amenaza de los movimientos masivos”, mientras que la migración animal tiende a romantizarse a través de un prisma exageradamente naturalista.¹ Tal diferencia

de enfoque oculta los lazos entre el movimiento forzado de los animales humanos y no humanos, refuerza la separación de sus experiencias y, por último, obstaculiza la creación de una perspectiva de justicia ambiental y migratoria más

completa. Al ignorar cómo las crisis ecológicas provocan desplazamientos involuntarios que trascienden la diferenciación ontológica, se perpetúa un marco legal, afectivo y ético que excluye a las criaturas no humanas de las discusiones sobre los derechos a la movilidad, el acceso al refugio y la libertad de existir en espacios habitables.

En cambio, al reconocer la migración como un fenómeno multiespecie, es posible cuestionar los límites impuestos



1 Charlotte Blattner, “Global Migration Crises, Nonhuman Animals, and the Role of Law”, Natalie Khazaal y Núria Almiron (eds.), *Like an Animal: Critical Animal Studies Approaches to Borders, Displacement, and Othering*, Brill, Leiden y Boston, 2021, p. 182.

por el pensamiento antropocéntrico y ahondar en la comprensión y el debate sobre la justicia ecológica. Sin embargo, para que este reconocimiento se concrete, visibilizar las conexiones entre dichas diásporas resulta fundamental. Al iluminar el movimiento forzoso que protagonizan los animales, la literatura emerge como un medio privilegiado para cimbrar las narrativas antropocéntricas.

Tal reorientación está presente en la colección de cuentos *El Diablo sabe mi nombre* de la autora salvadoreña Jacinta Escudos, sobre todo en “Días del fin”.² Como el título sugiere, se trata de un relato apocalíptico. Ciudades en llamas, huracanes de una intensidad sin prece-

dentos, terremotos devastadores e inundaciones que engullen edificios enteros conforman el panorama donde, poco a poco, se extinguen los sitios habitables en la Tierra.

Al inicio del cuento, la narradora se mantiene al tanto de las catástrofes por medio de las noticias. Observa cómo, una a una, ciudades completas, al otro lado del océano, sucumben ante los desastres. El relato enfatiza de forma reiterada la aniquilación de la vida en esos lugares, en apariencia lejanos. La distancia geográfica hace que la narradora perciba estos eventos como tragedias ajenas y que los mire con incredulidad, aferrándose al engaño —o a la inocencia, como ella le llama— de que esa destrucción nunca alcanzará su realidad inmediata. Por ello, habla de las preocupaciones de quienes

2 Jacinta Escudos, *El Diablo sabe mi nombre*, Uruk Editores, San José, 2008.



Un numeroso grupo de ñus después de haber cruzado el río Mara desde el Serengeti, 2012. Fotografía de Bjørn Christian Tørrissen. Wikimedia Commons © 3.0.

no han experimentado —todavía— la desaparición de su hábitat: la caída de los mercados, el desabasto de alimentos, el desplome de la economía.

Mientras describe la preocupación colectiva por estos cambios abruptos, un intenso viento irrumpe en su casa en el campo y corta el hilo de sus pensamientos. Se trata de un presagio inquietante sobre la llegada de un desastre natural a un país que jamás había experimentado uno de tal magnitud. Al salir para averiguar qué ocurre, la golpea el viento feroz, que lacera su piel: “pensé que me arrancaría el pelo desde la raíz”. En el vendaval, logra distinguir con claridad un caballo blanco corriendo desbocado, su relincho cargado de agitación. Enseguida aparece una visión inesperada: “Gatos, perros, vacas, más caballos, pájaros. Todos haciendo ruidos y chillidos que jamás había escuchado en animal alguno”. Los niños

emergen de entre los árboles mientras un anciano grita, entre el llanto y la desesperación. El caos desatado por el colapso inminente, anunciado y encarnado en el viento, disuelve las fronteras entre especies. La fuerza del vendaval hace que todos los animales, incluidos los humanos, se desplacen y compartan una sensación de vulnerabilidad, entre vistas y sonidos aterradores.

Estas escenas iniciales de “Días del fin” construyen una visión multiespecie del migrante ambiental, un ser obligado a huir debido a los distintos efectos del cambio climático. Llama la atención que el relato presente esta clase de migración como una diáspora en el centro de un contexto apocalíptico, una decisión que hace eco de nuestros tiempos. Según la Organización Internacional para las Migraciones, en 2020, casi 4.5 millones de personas fueron desplazadas por



Una gran colonia de sesenta mil pingüinos rey, especie afectada por el cambio climático, 2006. Wikimedia Commons © 3.0.

desastres naturales tan sólo en América y se pronostica que para 2050 esta cifra ascienda a diecisiete millones en la misma región.

Un acierto clave del relato es que, en vez de retratar la devastación climática como un evento instantáneo y fulminante, lo representa como un proceso gradual y progresivo, en el que los espacios de la Tierra se desintegran hectárea por hectárea. El fin del mundo no se muestra como un acontecimiento imposible de ignorar que arrasa de inmediato con todo, sino como un deterioro paulatino, en el que las rupturas del tejido ecológico no son más que las consecuencias de largo plazo del Antropoceno.

Si bien “Días del fin” describe varias tragedias ambientales por medio de lo que la narradora ve en las noticias, cuando éstas tocan la región donde ella vive, impactan primero en una zona rural. Lejos de ser un detalle arbitrario, la escena resalta que las comunidades marginadas enfrentan más temprano y con mayor intensidad los efectos del cambio climático. Después de presenciar la oleada de seres vivos huyendo del viento que arrasa con el campo, la narradora se dirige a la ciudad. El hecho de que la urbe permanezca en pie, mientras que el campo ha sido devastado, evoca las desigualdades sociales, raciales y económicas que caracterizan a América Latina. En este contexto, las zonas más vulnerables desaparecen antes y sus habitantes, humanos o no, se cuentan entre los primeros desplazados.

La narradora pronto se percata de que los animales que corrían del viento no buscaban refugio, sino que se precipitaban para dejarse caer de un barranco: “Huían, sí, pero sabían que no había lugar alguno sobre la faz de la Tierra que los salvaría de todo lo que estaba por venir”. No están siendo expulsados de su hábitat local, sino del planeta. No queda guarida alguna, salvo, acaso, la compañía en medio de una precariedad compartida: “Comencé a llorar y me agaché para abrazar a un par de perros que, gimiendo

temerosos, trataban de encontrar refugio entre mis piernas”. La desolación lleva al imprevisto encuentro entre especies. En este cuadro, la figura del migrante se edifica a partir de seres humanos y no humanos. En lo alto de un hospital, buscando amparo ante una inundación inevitable, la narradora mira a un hombre abrazado de un mono que también se aferra a él: “Encontré al mono cuando empezó todo esto. Desde entonces andamos juntos”, le dice el hombre. El vínculo de la narradora con los perros y el del hombre con el mono evidencian que la migración forzada por el colapso ambiental diluye las fronteras entre especies, dando lugar a formas de acompañamiento entre ellas que resultan cada vez más obvias.

Reconocer que los animales también migran de manera forzada, como teoriza Charlotte Blattner y narra Jacinta Escudos, permite cuestionar las jerarquías que legitiman la exclusión y el despojo no sólo de las especies no humanas, sino también de las humanas. Mientras ciertos grupos de migrantes son excluidos mediante prejuicios raciales y sociales —deshumanizados y animalizados—, la vida de los animales es despojada de valor dentro de una jerarquía especista. El entendimiento de las diásporas como fenómenos multiespecie desafía estas lógicas. Por un lado, la deshumanización del migrante pierde sentido cuando se admite que la migración forzosa es un proceso que trasciende marcos antropocéntricos. Por el otro, al animalizar las nociones más comunes sobre los movimientos migratorios, se reconoce que otros seres vivos son merecedores de compasión y cuidado, así como de leyes y medidas que los procuren. “Días del fin” establece que el hábitat planetario es un territorio compartido entre especies que, acaso sin darse cuenta, se brindan compañía. Sin embargo, este acompañamiento se vuelve dolorosamente visible ante un presente incierto en el que, como advierte Jacinta Escudos, el mundo se va acabando, un pedazo a la vez. 

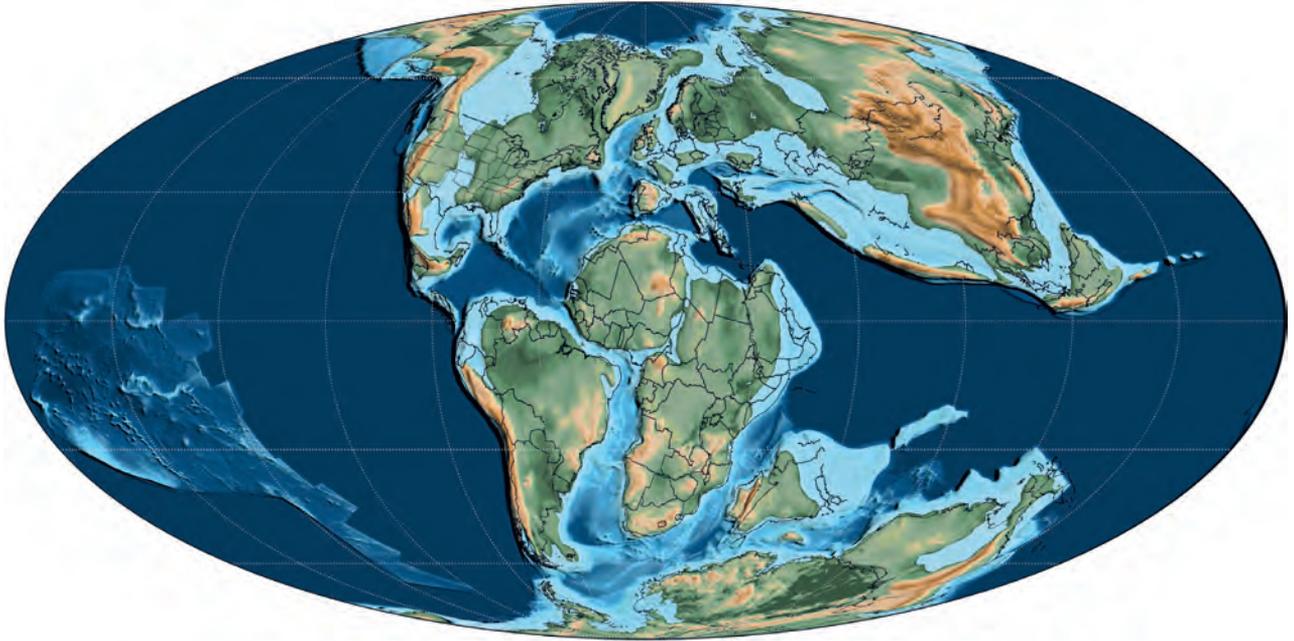
ANGEL ALEJANDRO RAMÍREZ VELASCO Y LUIS ESPINOSA ARRUBARRENA

Crónica de la gran “migración” de los hadrosaurios

Hablar sobre las “migraciones” de los dinosaurios es muy distinto a hacerlo respecto a las especies que hoy existen. En el caso, por ejemplo, de las mariposas, las ballenas y las aves costeras es posible conocer sus rutas migratorias, los periodos en que viajan y los hábitos que adoptan en sus trayectos. En cambio, sobre la familia biológica de los hadrosaurios únicamente se tienen noticias de sus desplazamientos y de su distribución geográfica en lapsos que abarcan millones de años. Además, cabe aclarar que estos traslados no fueron realizados por la población de una sola especie (como



Modelo de Isauria (*Latirhinus uitstlan*), s.f. Cortesía del Museo del Desierto, Coahuila.



Christopher R. Scotese *et al.*, proyección de Mollweide de la tierra hace 85 millones de años, 2024. Wikimedia Commons © 4.0.

ocurre en las migraciones clásicas), sino por un linaje evolutivo, producto de su especiación (la formación de varias especies), denominado “dispersión” por los biólogos.

Gracias a los registros fósiles, sabemos que los hadrosaurios —también conocidos como dinosaurios “pico de pato” por la semejanza de sus bocas con los picos de dichas aves—, vivieron durante el Cretácico tardío, una época que comprende treinta millones de años, esto es entre 95 y 66 millones de años atrás, y que corresponde a la última etapa del Mesozoico. Parece inverosímil que podamos conocer sus movimientos “migratorios”. Sin embargo, la información geológica (tectónica) sedimentológica, paleogeográfica y paleontológica disponible nos permite indagar en ello.

PALEOBIOLOGÍA DE LOS HADROSAURIOS

Los hadrosaurios (“saurios de cuerpo corpulento”) pertenecen al gran grupo de los dinosaurios ornitiscuios, es decir, los huesos de su cadera presentan un arreglo similar a los de la cadera de las aves; en menor jerarquía, también forman parte de los ornitópodos, un grupo que me-

joró su capacidad de alimentarse al desarrollar la habilidad de masticar. En cuanto a su linaje, son descendientes de los dinosaurios iguanodóntidos del Jurásico tardío y el Cretácico temprano (los cuales vivieron hace unos 150 o 145 millones de años), con los que comparten varias características morfológicas, como el tamaño corpulento, la cabeza alargada y la capacidad de andar en dos o cuatro patas.

Se trata de un grupo muy diverso de dinosaurios herbívoros que incluye 98 especies y que se puede dividir en dos grandes conjuntos: los hadrosauroideos basales (o hadrosaurios primitivos) y los hadrosáuridos (o hadrosaurios “verdaderos”), los cuales conforman la familia taxonómica Hadrosauridae. Ésta, a su vez, se divide en dos subfamilias: los lambeosaurinos, de crestas huecas craneales o tubulares, y los saurolofinos, las cuales poseían crestas óseas craneales poco conspicuas. Quienes no tengan una idea clara de qué es un hadrosaurio, pueden visitar la sala de paleontología del Museo de Geología de la UNAM, en donde encontrarán el montaje del hadrosaurio *Latirhinus uitstlani*, conocido como Isauria.

A partir de más de un siglo y medio de estudios paleontológicos sistemáticos,¹ puede afirmarse que el desplazamiento migratorio de estos dinosaurios sucedió durante un largo periodo de tiempo y que su recorrido superó por mucho los quince mil kilómetros —la migración de la ballena gris es sólo un poco más extensa—. Esta notable distribución se infiere de los restos fósiles, que hoy es posible encontrar en regiones tan distantes como Asia, Europa, Norteamérica (Laurasia), África, Sudamérica y, posiblemente, la Antártida (Gondwana).

Los hadrosaurios eran bípedos facultativos, es decir, caminaban usando sus extremidades anteriores y posteriores o sólo estas últimas. Además, todas sus extremidades contaban con una excelente musculatura y una estructura ósea robusta. Tenían crestas y membranas o carnosidades en sus cabezas. Según algunos paleontólogos, éstas pudieron haber servido como una caja de resonancia o una pancarta para comunicarse con otros miembros de su especie. Dicha comunicación les habría permitido apoyar a la manada en la vida diaria, por ejem-

plo, protegiéndose de sus depredadores durante sus migraciones. Estas adaptaciones relacionadas con la locomoción y la comunicación indican que podrían haber invadido extensos territorios en los lugares a los que arribaron.

La mayor parte de la región frontal del cráneo de los hadrosaurios era plana y se ensanchaba formando un pico, lo que resultaba ideal para pelar las hojas que comían y cortar las ramas de árboles, arbustos y helechos de los que también se alimentaban. La parte posterior de sus bocas contenía centenares de dientes dispuestos en complejas baterías. Las múltiples hileras dentales (que llegaban a contarse por miles en algunas especies) se desgastaban continuamente y eran sustituidas por otras, que se encontraban debajo de las hileras otrora funcionales. Es muy probable que esta perfecta mandíbula les permitiera incursionar en áreas con diferentes condiciones ecológicas, lo que pudo haber sido la clave de su éxito biológico: quizá el hadrosaurio, al migrar, reemplazó a otros dinosaurios herbívoros, como los saurópodos (de cuello largo), los anquilosáuridos (acorazados) y los dinosaurios con cuernos o ceratósidos.

Los registros fósiles sugieren que se alimentaban de una vegetación fibrosa y cercana al suelo, la cual crecía en zonas donde abundaban las plantas relacionadas con los equisetos. Esta conclusión se sostiene por la uniformidad de los arañazos de los dientes (es decir, en su microdesgaste), lo que indica que utilizaban la misma serie de movimientos de mandíbula —los mamíferos desarrollaron posteriormente esta capacidad de masticar la comida—. Por lo tanto, su dieta se componía principalmente de hojas y, en menor cantidad, de alimentos más abultados, como ramas y tallos. También podían alcanzar árboles y arbustos bajos y medianos. En posición cuadrúpeda, podían llegar a alimentos que se encontraban hasta dos metros de altura, pero en posición bípeda su alcance se duplicaba.

1 En 1858 Joseph Leidy hizo el primer reporte sobre un hadrosaurio. Hoy los estudios abundan: Ángel Alejandro Ramírez Velasco, “Los hadrosaurios (Ornithopoda, Hadrosauroidae) mexicanos: una revisión crítica”, *Revista Latinoamericana de Herpetología*, 2021, vol. 4, núm. 1, pp. 105-147; Ángel Alejandro Ramírez Velasco, “Phylogenetic and biogeography analysis of Mexican hadrosauroids”, *Cretaceous Research*, 2022, vol. 138, núm. 21, s.p.; Albert Prieto-Márquez, “Global phylogeny of hadrosauridae (Dinosaurian: Ornithopoda) using parsimony and Bayesian methods”, *Zoological Journal of the Linnean Society*, 2010, vol. 159, núm. 2, pp. 435-502; Jonathan Alarcón-Muñoz, Alexander O. Vargas, Hans P. Püschel *et al.*, “Relict duck-billed dinosaurs survived into the last age of the dinosaurs in subantarctic Chile”, *Science Advances*, vol. 9, núm. 24, s.p.; Sebastián Rozadilla, Federico Brissón-Egli, Federico Agnolín *et al.*, “A new hadrosaurid (Dinosauria: Ornithischia) from the Late Cretaceous of northern Patagonia and the radiation of South American hadrosaurids”, *Journal of Systematic Palaeontology*, 2022, vol. 19, núm. 17, pp. 1207-1235.

Los coprolitos, excrementos fosilizados, de estos dinosaurios muestran que, en ocasiones, incluyeron madera podrida en su dieta, no por la madera en sí, sino por los hongos que la putrefacción hace crecer en ella de forma abundante. Otros restos coprolíticos hallados en Utah contienen fragmentos de crustáceos parcialmente digeridos, en específico, de cangrejos de tamaño regular. Los hadrosaurios, entonces, ingerían pequeños invertebrados, probablemente con el propósito de cubrir la deficiencia de proteínas y calcio en sus dietas.

EL MUNDO EN TIEMPOS DEL CRETÁCICO TARDÍO

Para comprender la magnitud del desplazamiento de estos dinosaurios, es necesario considerar las condiciones medioambientales, paleogeográficas y geológicas que prevalecían entonces en el planeta. La etapa tectónica más intensa, en términos geológicos, de Pangea fue la separación del continente: no sólo se desprendieron Laurasia y Gondwana de la masa territorial en un inicio, sino también Norteamérica, con Appalachia al oriente y Laramidia al occidente. El mayor obstáculo para la migración de los vertebrados, entre los nuevos continentes masivos, era el extenso mar de Tetis, aunque dentro de la Norteamérica ancestral también existió un mar interior. A esto se le suma que los niveles de agua eran altos, pues cuando se separaron las placas tectónicas salieron grandes cantidades de magma, el cual se asentó como una nueva capa de piso oceánico, provocando así un aumento en el nivel del mar.

Pese a la dificultad que representaban los océanos, el clima del Cretácico tardío —muy cálido y húmedo, en razón

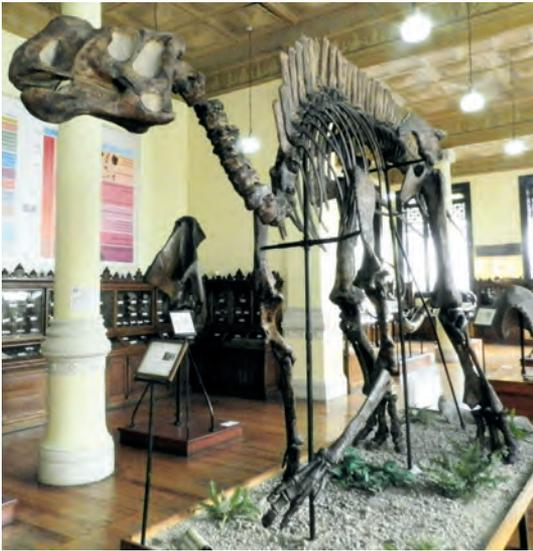
de que sus temperaturas medias eran casi dos veces mayores que las actuales— favoreció la migración de estos dinosaurios. En aquellos tiempos no existía un gradiente climático tan marcado como hoy en día y la diferencia de temperatura entre los polos y el ecuador era mínima, por lo que sólo en ocasiones caía nieve o se formaba hielo en las regiones boreales, sin que llegaran a constituir verdaderos casquetes polares. Por ese motivo, es común encontrar depósitos de carbón en Alaska y plantas de climas tropicales en Groenlandia. Estas condiciones fueron propicias para que los hadrosaurios, provistos de un excelente sistema para procesar alimentos, aprovecharan una vegetación que, pese a ser diversa, no era radicalmente distinta en ambos hemisferios. Esto no significa que no existieran ciclos estacionales, pero no eran tan marcados como en el presente.

Otro aspecto geológico y geográfico que debió favorecer a sus rutas migratorias fue el desarrollo de extensas planicies. Las fuerzas tectónicas que causaron la disgregación de Pangea también impidieron que se produjeran grandes colisiones orogénicas (es decir, el proceso de formación de montañas) y, por consiguiente, durante el Cretácico temprano no hubo grandes montañas. Queda bastante claro que esto fue aprovechado por los dinosaurios “invasores”.

La migración de esta especie fue toda una proeza que todavía está sujeta a controversia. Cómo atravesaron el mar que separaba los continentes del norte (Asia y Norteamérica) y los del sur (Sudamérica y África) constituye un enigma. Sin embargo, al menos tres hipótesis intentan despejar esta incógnita. La primera plantea que es posible que, en esa edad

geológica, ya existiera una comunicación terrestre consistente entre los subcontinentes de Norteamérica y Sudamérica, pero quizá la evidencia de ello se “recicló” geológicamente, sin dejar huella. La segunda hipótesis propone que los

La migración de esta especie fue toda una proeza que todavía está sujeta a controversia. Cómo atravesaron el mar que separaba los continentes del norte (Asia y Norteamérica) y los del sur (Sudamérica y África) constituye un enigma.



Isauria en el Museo de Geología de la UNAM. Cortesía de los autores del texto.

dinosaurios y otros vertebrados cruzaron el mar usando islas o islotes como escalas en las áreas donde la distancias entre las costas del norte y el sur fueran menores. No obstante, como sucede con la hipótesis previa, no hay registro alguno de tales elementos. La tercera hipótesis apuesta por una combinación de explicaciones: es posible que algunas tierras hayan emergido temporalmente y que los hadrosaurios pudieran nadar, como los elefantes africanos actuales, que son capaces de nadar hasta cincuenta kilómetros durante seis horas seguidas.

LAS RUTAS “MIGRATORIAS” DE LOS HADROSAURIOS

Para la paleontología, los fósiles funcionan como marcadores de tiempo y espacio. A partir de ellos, se han descrito cinco rutas “migratorias” de dispersión de estos herbívoros, lo que resultó en su especiación.

Ruta número 1. El primer camino inició en Asia, lugar donde surgieron los hadrosaurios. Como su nombre lo indica, la especie *Gobihadros mongoliensis* (un pico de pato basal hadrosauriideo) proviene de la región mongola del desierto de Gobi y fue descubierto en la formación geológica Bayan Shireh. El trayecto de este dinosaurio es un poco desconcer-

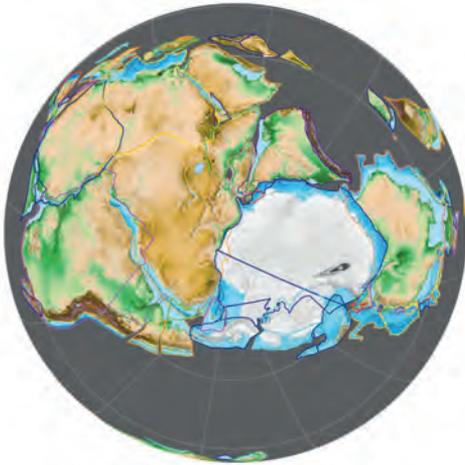
tante, pues algunos paleontólogos piensan que varios de sus descendientes, como el *Tethyshadros insularis*, hallado en la formación Liburnia en Italia, pasaron por Europa hasta llegar a la Appalachia, el territorio más oriental de Norteamérica.

Es importante recordar que la Norteamérica ancestral estaba dividida en dos grandes regiones: la masa al este llamada Appalachia y el continente al oeste bautizado como Laramidia, al centro de los cuales se encontraba el Mar Interior Occidental. Los hadrosaurios que pisaron estas tierras llegaron hasta Appalachia y ahí permanecieron a manera de relictos. En dicha región se constituyó la especie *Hadrosaurus foulkii*, de la que posiblemente derivaron los demás dinosaurios de la familia Hadrosauridae. No obstante, luego de haberse desplazado de Asia al oeste (Europa-Norteamérica), algunas poblaciones sorprendentemente regresaron al subcontinente asiático, donde permanecieron. Durante su nueva estancia en Asia, ocurrió la diversificación de los verdaderos hadrosaurios en las dos subfamilias ya mencionadas: los lambeosaurinos o hadrosaurios con crestas huecas o tubulares y los saurolofinos o hadrosaurios no crestados.

Ruta número 2. Una segunda ruta de migración también comenzó con el hadrosauroide basal *Gobihadros mongoliensis* y, como en el primer trayecto, su desplazamiento llegó hasta Norteamérica pero, en este caso, a la región occidental (Laramidia). Sin embargo, no sólo se quedaron ahí, algunas poblaciones de este grupo viajaron hacia el sur, hasta lo que hoy es la parte más austral de Chile. Su recorrido superó los quince mil kilómetros.

El hadrosaurio que evidencia la nueva ruta fue el *Protohadros byrdi*, encontrado en la región central de Texas, en la formación Woodbine. Además, en Michoacán, también se describió al *Huehucanauhtlus tiquichensis*, cuyos restos fueron recuperados en la localidad Barranca de los Bonetes, y, más abajo, en la Patagonia chilena, se hallaron restos del

Gonkoken nanoi; en específico, en las capas de la formación Dorotea, en el valle del Río de las Chinas de la región de Magallanes, esto es, lo más al sur de América. Se trata de la distancia más grande recorrida por un grupo de dinosaurios, sobre todo si se toma en cuenta que en la Antártida existen restos que podrían estar relacionados con esta especie.²



Modelo de Gondwana vista desde el polo sur, hace 420 millones de años, 2018. Wikimedia Commons © 4.0.

Ruta número 3. Los hadrosaurios crestados o lambeosaurinos migraron por una tercera ruta. Como en el caso de las previas, también ésta inició en Asia, pero su protagonista fue la especie *Aralosaurus tuberiferus*, cuyos fósiles han sido recuperados en las capas de la formación Bostobe, en Kazajistán. Estos dinosaurios pasaron directamente a Norteamérica occidental, posiblemente por un antiguo puente, conocido como el estrecho de Bering. De hecho, hay indicios de lambeosaurinos que se quedaron en el norte —como el *Parasaurolophus walkeri*, el *Corythosaurus casuarius* y el *Lambeosaurus lambei*, hallados en la formación Dinosaur Park, en Canadá, y el *Angulomastacator daviesi*, proveniente de la formación Aguja, al sur de Texas—, pero al-

gunos se aventuraron aún más hacia el sur. Cabe señalar que la mayoría de las especies descritas en México son hadrosaurios con crestas huecas en la cabeza. El *Latirhinus uitstlani* fue recolectado en la formación Cerro del Pueblo, en Coahuila (el ejemplar que se exhibe en el Museo de Geología pertenece a esta especie). Además, allí se descubrieron fósiles de *Velafrons coahuilensis* y, en el municipio de General Cepeda, igual en Coahuila, de *Tlatolophus galorum*. Apparently, estos lambeosaurinos no llegaron al sur de Gondwana, es decir, la actual Sudamérica.

Ruta número 4. Hubo unos hadrosaurios crestados que optaron por una cuarta ruta y sí llegaron a Gondwana, pero a la parte de lo que hoy es África. El dinosaurio basal de este trayecto también fue el asiático *Aralosaurus tuberiferus*. Sus descendientes pasaron por Europa y, después, por el subcontinente africano. Los restos que confirman esta ruta son el *Arenysaurus ardevoli* y el *Pararhabdodon isonensis*, de la formación Tresp, en España, y el *Ajnabia odysseus*, de Marruecos.

Ruta número 5. Finalmente, la ruta que tomaron los hadrosaurios saurolofinos (dinosaurios pico de pato no crestados) es, sin duda, una de las más largas y mejor documentadas. Al igual que las otras, el camino empezó en Asia y lo emprendió la especie ancestral de este linaje, el *Wulagasaurus dongi*, cuyos fósiles han sido recuperados en la formación Yuliangze, al noreste de China. Más tarde, sus descendientes continuaron hasta Laramidia. Se puede decir, entonces, que el linaje de los hadrosaurios saurolofinos norteamericanos comenzó con el *Acrstavus gagslarsoni*, descubierto en las formaciones geológicas Two Medicine, en Montana, y Wahweap, en Utah. En esta región norteña permanecieron la gran mayoría de las especies que componen este linaje, como lo demuestran los restos del *Gryposaurus notabilis* y del *Prosaurolophus maximus*, de la formación Dinosaur Park, y del *Edmontosaurus regalis*, hallado en varias formaciones ubi-

2 Si bien no han sido evidenciados por completo debido a que los fósiles son escasos.

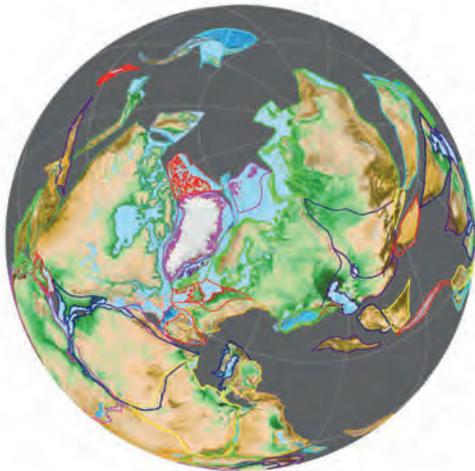
cadadas en Canadá, Alaska y el norte de Estados Unidos. No obstante, algunos miembros de los saurolofinos nortños decidieron regresar a Asia; prueba de ello es el *Shantungosaurus giganteus*, un dinosaurio de inmensas dimensiones localizado en las formaciones Xingezhuang y Hongtuya, en China.

Aquellos que no volvieron, después de haber estado en el norte de Laramidia, comenzaron un interesante periplo hacia el sur. El hadrosaurio nombrado “Sabinosaurio” y el *Coahuilasaurus lipani*, descubiertos en Coahuila, representan los mejores ejemplos de esta ruta. Cabe destacar que este último pertenece a un linaje conocido como los kritosaurinos (tribu Kritosaurini), la cual es tan importante que se han localizado fósiles en múltiples formaciones geológicas del sur de Norteamérica (Laurasia); en particular, en los estados de Nuevo México, Colorado y Texas. Hasta donde se sabe, esta tribu de hadrosaurios continuó su viaje, y arribaron incluso a la región centro-sur de la Patagonia argentina. Allí vivieron las especies *Secernosaurus koerneri*, *Huallasaurus australis*, *Bonapartesaurus rionegrensis*, *Kelumapusaura machi* y *Lapampasaurus cholinoi*, descubiertas en las formaciones geológicas de los Alamitos y Allen, que afloran en el norte, el

centro y el centro-sur de la Patagonia argentina.

A manera de recapitulación, podemos mencionar que las rutas 1 y 2 involucran a hadrosaurios basales o hadrosauroides, lo que significa que eran muy cercanos a los verdaderos hadrosaurios, pero se parecían más a sus ancestros iguanodontidos. En cambio, las rutas 3, 4 y 5 ya involucran a los verdaderos hadrosaurios, tanto a los lambeosurinos, crestados (rutas 3 y 4), como a los saurolofinos, carentes de crestas huecas (ruta 5). También es de notar que las rutas 1 y 3 sólo ocurren en Laurasia (Asia y Norteamérica), mientras que la 2, 4 y 5 comienzan en Laurasia y llegan incluso hasta Gondwana (África y América del Sur).

Por otra parte, los aspectos geográficos, climáticos y medioambientales expuestos en estas páginas, además de los datos paleobiológicos, permiten concluir que los hadrosaurios representan uno de los vertebrados herbívoros más exitosos en la historia del planeta. Su dentadura es quizá una de las más sofisticadas en la evolución de los vertebrados. Por medio de ésta y otras adaptaciones, fueron capaces de explotar un amplio rango de recursos vegetales. Podían desgarrar, cortar, moler, triturar y desmembrar los alimentos que se llevaban a su gran pico y, luego, a la parte posterior de sus bocas. Es paradójico, y hasta cierto punto triste, que un grupo de dinosaurios tan exitoso haya sucumbido en la plenitud de sus “migraciones” a causa de la colisión con la Tierra de un enorme meteorito. ¶¶



Modelo de Laurasia, la parte norte del supercontinente Pangea hace 200 millones de años, 2019. Wikimedia Commons © 4.0.

Para mayor información sobre los hadrosaurios, pueden consultarse las infografías de los autores en nuestra página web.

LEONARDO GUTIÉRREZ ARELLANO

Ardor migrante: diagnóstico e historia de la enfermedad de Lyme

Sin eufemismos de por medio, valiéndose de la aridez del lenguaje médico, la doctora Alma Minerva le explica al paciente cómo la enfermedad que lo tiene retorciéndose entre monosílabos llegó a su cuerpo en una cadena biológica que incluye bacterias e insectos. La hermana del hombre, atravesada por una tristeza solemne, relata que los primeros síntomas emergieron con insistencia. El vaivén de los achaques —fiebre, hinchazón, vértigo— había resultado medianamente soportable los primeros meses, pero la recaída más reciente trajo consigo nuevas variaciones: el hombre perdió la capacidad para concentrarse, poner un pie delante del otro y navegar entre los



David Gregory y Debbie Marshall, micrografía electrónica de barrido de una garrapata, Wellcome Collection © 4.0.

muebles de su propia casa. Uno de esos días lo encontraron, tendido en su cama, lleno de elevaciones rojizas en la orografía de su piel. Las ronchas habrían pasado por una alergia o infección de no ser porque apareció, aferrada a su muslo, casi deshecha por la fricción con las colchas, una garrapata, saciada, gorda y opaca. El resto de los bichos se había acuartelado en un mueble viejo.

Como detective con bata y estetoscopio, la doctora infirió que las garrapatas habrían venido con el paciente después de uno de sus múltiples viajes al extranjero. En su nuevo domicilio se dedicaron a cumplir con la encomienda encriptada en sus genes: reproducirse. Fue necesaria una prueba molecular —de PCR, el mismo mecanismo utilizado en el diagnóstico de covid— para constatar que la enfermedad que había afectado tanto su cerebro era Lyme, una infección de origen bacteriano. De acuerdo con la descripción médica establecida desde hace

una década por los Centros para el Control y Prevención de Enfermedades, en Estados Unidos, los reiterados signos que muestra el paciente son congruentes con Lyme: desde la fiebre y los escalofríos hasta la fatiga y los dolores musculares. La alarmante degradación neurológica de los días recientes se presenta cuando el padecimiento es avanzado. Forastero en los terrenos de la práctica clínica, no me compete participar en las labores del tratamiento.

Tomo apuntes mientras rodeamos al hombre, que responde a nuestras preguntas llenas de justificado morbo. Además de mi compañía, la doctora Alma viene con dos estudiantes suyos: un chico que se encuentra a la mitad de su residencia de medicina interna y una muchacha más joven, ocupada en los menesteres del pregrado. La bata que traigo encima y los tecnicismos que escupo disimulan el hecho de que soy el único en la habitación que no ha estudiado medicina, soy

un becario que ha eludido el desempleo mediante una maestría. Logré colarme en un centro de investigación donde la doctora Ikuri Álvarez me aceptó como tésista. Ella fue quien me contactó con Alma, especialista en infectología, a quien le debo encontrarme en un hospital privado un sábado a las ocho de la mañana.

¿Por qué estoy aquí si no puedo atender los malestares del hombre al que he venido a ver? Lyme es una enfermedad emergente, insólita no sólo en Jalisco, sino en todo México, y yo dedicaré dos años a estudiar la bacteria recién llegada: el primero en el centro de investigación y el segundo en la Universidad Autónoma de Barcelona, supervisado por mi cotutor de tesis, el doctor Jaime Martínez.

Del paciente que yace frente a mí me interesa, en principio, lo que a las garrapatas: su sangre. He venido a pincharlo para obtener el ADN de las bacterias infecciosas. A partir del viaje de este hombre pretendo articular una investigación y probar una hipótesis. Encontrarle un pliegue nuevo al mundo.

LAS QUE VINIERON DEL BOSQUE

Fue en otoño de 1975 cuando Polly Murray y Judith Mensch, madres de familia del poblado de Lyme, en Connecticut, buscaron con desesperación al doctor David Snyderman: un grupo de niños de la comunidad había comenzado a mostrar artritis reumatoide juvenil. Snyderman, que trabajaba para el Departamento de Salud del estado, no tardó en contactar a Allen

Steere, un colega que cargaba en la bata varios años de experiencia con la enfermedad. Once años después, Steere y Snyderman relataron éste y otros episodios del enorme reto médico de identificación del Lyme.¹

Era una epidemia anómala. Varias docenas de chiquillos presentaban episodios recurrentes de hinchazón y dolor articular, sobre todo en las rodillas; que en los padres brotara a menudo la misma sintomatología fue el primer indicio de que, a diferencia de la artritis reumatoide, la enfermedad era contagiosa. De la mano de un grupo de médicos locales, enfermeras y funcionarios, Snyderman y Steere optaron por coordinar un sistema de vigilancia epidemiológica. Más tarde los pacientes fueron estudiados en la Facultad de Medicina de Yale.

Para analizar la epidemia desde un punto de vista que no se limitara al microscopio, la comunidad médica acudió a la ecología. Tras monitorear los patrones temporales de transmisión, los expertos entendieron que la novísima artritis cobraba fuerza después del verano, cuando las lluvias y el calor creaban un clima amable para los artrópodos que habitaban las abundantes zonas boscosas alrededor del pueblo. En 1982 William Burgdorfer aisló, a partir de garrapatas de la especie *Ixodes scapularis*, una espiroqueta hasta entonces desconocida; hecha la hazaña, el hombre bautizó al patógeno *Borrelia burgdorferi*. Fue en la prestigiosa revista *Science* donde este eminente microbiólogo propuso que Lyme era causada por una bacteria que las garrapatas transmiten mediante su mordedura.² Pronto se registraron casos en



Fotomicrografía de la bacteria *Borrelia burgdorferi*, 1993. CDC Public Health Image Library ©.

- 1 Allen C. Steere, David Snyderman *et al.*, "Historical Perspective of Lyme Disease", *Zentralblatt für Bakteriologie, Mikrobiologie und Hygiene. Series A, Medical Microbiology, Infectious Diseases, Virology, Parasitology* 1986, vol. 263, pp. 3-6. Disponible en: [acortar.link/rmLCRP](#).
- 2 William Burgdorfer, *et al.*, "Lyme Disease, a Tick-Borne Spirochetosis?", *Science*, 18 de junio de 1982, vol. 216, núm. 4552, pp. 1317-1319. Disponible en: [acortar.link/00hYe9](#).

Es menester de la garrapata anestesiar nuestras alarmas. Adherida a nuestra piel, filtra en ella las proteínas de su saliva; así entran al cuerpo sustancias que buscan aletargar al sistema inmune. Pero nuestro organismo no es ajeno a estos trucos.

Wisconsin, California y Oregon. Luego, a lo largo de Europa, Asia, África y, claro, América Latina.

En México, como en muchos países de la región, la enfermedad de Lyme se encuentra subdiagnosticada, lo que dificulta conocer el número preciso de casos. Ajenos a la sintomatología y a las manifestaciones que la acompañan, así como a los métodos de identificación disponibles, muchos médicos yerran su diagnóstico. La doctora Alma explica que el mayor reto al que se enfrenta su gremio se concentra en las enfermedades que presentan signos inespecíficos durante su desarrollo inicial; en ese sentido, la fiebre e inflamación de un paciente de Lyme bien podrían parecer casos de anaplasmosis o tularemia, otras enfermedades infecciosas bacterianas transmitidas por animales. En 2020, investigadores de la Universidad de Trieste reconocieron que, aunque la práctica estándar de detección sigue siendo el uso de pruebas serológicas, en el futuro habrá técnicas de identificación molecular más precisas, capaces incluso de discernir entre varios patógenos. Así, eludiendo el radar en las regiones que carecen de la instrumentación y los protocolos adecuados, la espiroqueta de Burgdorfer se ha expandido sin encontrar mayor resistencia.

El caso de Lyme puede ayudarnos a entender la nueva cartografía de las enfermedades. Las garrapatas han comenzado a beneficiarse por el cambio en los patrones de precipitación y el aumento de las temperaturas. Es decir, el calor ha permitido que los insectos sobrevivan en regiones que antes les resultaban inhóspitas; además, la reducción de áreas

nevadas ha disminuido su aislamiento invernal, lo que acelera sus ciclos de desarrollo. Como lo han señalado el doctor Alfonso Rodríguez y sus colegas, el cambio climático en América Latina ha generado que las garrapatas, al ver alterada su actividad estacional, tengan más probabilidades de contacto con humanos y reservorios animales.³

Y no sólo eso: nuestra ininterrumpida invasión urbana en las áreas verdes, así como la explotación y fragmentación de hábitats naturales, han modificado la ecología de los vectores. En la península de Yucatán, por ejemplo, la conversión de bosques en áreas agrícolas y urbanas ha facilitado el contacto entre garrapatas, hospedadores (pequeños animales como perros, gatos y animales de corral) y humanos, favoreciendo la propagación de la *Borrelia burgdorferi*. La reducción de la biodiversidad y la expansión de entornos periurbanos han permitido que los artrópodos portadores de la bacteria colonicen espacios antes marginales, aumentando su movilidad en parques y zonas recreativas.⁴ Nuestro cuerpo se ha convertido en su nueva vecindad, pero también en su transporte predilecto.

ERRAR POR LA SANGRE

Es menester de la garrapata anestesiar nuestras alarmas. Adherida a nuestra piel, filtra en ella las proteínas de su saliva; así entran al cuerpo sustancias que buscan aletargar al sistema inmune. Pero nuestro organismo no es ajeno a estos trucos: la epidermis se inflama y enrojece.

3 Alfonso J. Rodríguez-Morales, *et al.*, "Epidemiology of Zoonotic Tick-Borne Diseases in Latin America: Are We Just Seeing the Tip of the Iceberg?", *F1000Research*, diciembre de 2018.

4 Ella Vázquez Domínguez *et al.*, "Prevalence and Transmission of the Most Relevant Zoonotic and Vector-Borne Pathogens in the Yucatan Peninsula: A Review", *PLoS Neglected Tropical Diseases*, vol. 18, núm. 7, 3 de julio de 2024. Disponible en: [acortar.link/hF9Qg5](https://doi.org/10.1371/journal.pntd.1010905).

ce. Alrededor de la mordedura se expande una erupción en forma de anillo que, por su característico desplazamiento de vasos sanguíneos dilatados, ha sido llamada *eritema migrans*: ardor migrante.

Como señalan Len Yannielli y Alan Hecht, los antecedentes epidemiológicos de la infección han sido objeto de debate, con referencias que se remontan al siglo XIX. Entre ellos destacan los reportes del médico alemán Alfred Buchwald, quien, en 1883, describió casos de acrodermatitis crónica atrófica, una condición hoy reconocida como manifestación tardía de Lyme. También se tiene noticia de los hallazgos de Arvid Afzelius, quien presentó ante la Sociedad Sueca de Dermatología un caso de erupción cutánea atípica que vinculó con la mordedura de garrapatas.⁵

A inicios de los años ochenta, cuando el Lyme no se había expandido demasiado fuera del radio de Connecticut y los médicos aún no le habían asignado un agente etiológico, quienes padecían de la enfermedad mostraban ligeros signos cutáneos y dolor muy localizado. Tuvieron que pasar diez años para que fueran descritas, por primera vez, las afectaciones neuronales como resultado de la infección. Si bien no se puede afirmar que la enfermedad de Lyme haya cambiado en términos de su virulencia o síntomas, es cierto que nuestra comprensión de ella ha evolucionado: ciertas manifestaciones que antes pasaban desapercibidas o se atribuían a otras condiciones ahora forman parte de un marco de diagnóstico integral.

Hoy, terminada la primera cuarta parte del siglo, sabemos que el Lyme también puede dañar el corazón mientras persiste difuminada por el organismo, incluso después de un tratamiento con antibióticos. En sus primeras etapas, la infección suele tratarse con doxiciclina, amoxicilina o cefuroxima por quince días, lo que en la mayoría de los casos basta

para erradicarla de todos los rincones del cuerpo. Casos graves, en los que el avance de la bacteria afecta el sistema nervioso central, precisan la administración de ceftriaxona intravenosa durante varias semanas. A pesar de que se han desarrollado tratamientos más específicos para otras enfermedades bacterianas, el Lyme sigue dependiendo de antibióticos de amplio espectro y no existe, hasta ahora, un fármaco diseñado exclusivamente contra la *Borrelia burgdorferi*. Apenas en octubre de 2024, el equipo multidisciplinario de Melissa van Gool publicó un artículo que señala vías en el desarrollo de terapias dirigidas a modular la respuesta inmune a la enfermedad de Lyme y mitigar sus efectos crónicos.⁶ Por otro lado, la farmacéutica Valneva, de la mano de Pfizer, tiene en sus manos el desarrollo de VLA15, una vacuna recombinante que promete ser efectiva contra los seis serotipos de *Borrelia* que más abundan en Estados Unidos y Europa. Queda una pregunta en el aire: ¿estas estrategias serán igual de exitosas en América Latina y otras latitudes donde el acceso a la medicina y el diagnóstico es dispar y está limitado por motivos socioeconómicos?

¿PASAJEROS O TRIPULANTES?

Nunca viajamos solos. Al viajar, llevamos en el cuerpo un ecosistema provisional donde se desplazan huéspedes invisibles. No es únicamente el equipaje lo que nos acompaña: transita, entre maletas y pertenencias, una corte de comensales y simbiontes que hacen de nuestro organismo un portador de vectores.

Estoy haciendo escala en el aeropuerto Madrid-Barajas. Un vuelo de quinientos kilómetros me separa de Barcelona, donde, en algún rincón de la Facultad de Ciencias, me esperan el doctor Jaime y el laboratorio de genética y microbiología. Hace algunas horas, del otro lado

5 Len Yannielli y Alan Hecht, *Lyme disease*, Chelsea House Publications, Nueva York, 2011.

6 Melissa van Gool, *et al.*, "Bridging the gap: Insights in the Immunopathology of Lyme Borreliosis", *European Journal of Immunology*, vol. 53, núm. 12, 13 de octubre de 2024. Disponible en: <https://acortar.link/Eb7Tpn>.

del Atlántico, antes de despedirme de mi familia, me aseguré de llegar temprano a documentar el equipaje para poder explicarle a los empleados de la aerolínea que las muestras de ADN congelado que cargo no son residuos biológicos peligrosos: purificado, el material genético carece de la capacidad infecciosa de las bacterias íntegras. En el aeropuerto español, obedezco de forma automática los letreros. Se me escapa una risilla cuando escucho la voz de Luis Miguel llamándome hacia la terminal 2. La trabajadora de limpieza, de cuyo radio se escuchan las notas de *Hasta que me olvides*, no parece mexicana.

Mi pasaporte no es europeo: debo acceder al control migratorio en una fila aparte. El agente, acostumbrado a la dinámica, me ve llegar con una indiferencia casi amable. Escruta los detalles de mi visa y, para mi asombro, no pregunta sobre la naturaleza de mi estancia ni pide el comprobante de pago de alquiler de la residencia donde viviré. La pregunta que sale de su boca es más sencilla:

—¿Viaja usted solo?

Y, de golpe, recuerdo: no, nunca viajó solo. \mathcal{M}



Anne Weston, micrografía electrónica de garrapata sobre un erizo, s.f. Wellcome Collection © 4.0.

DOLORES DORANTES

Sobremigrar

Salvo el desplazamiento, no he conocido otro lugar. Hace siglos que las indígenas venimos a este mundo como si nacer fuera una vergüenza.

Mi carne se gestó en las montañas de Veracruz, en Coscomatepec de Bravo (para ser exactas), pero ya mis células cargaban la sabiduría de mi abuela zapoteca, quien migró junto con su esposo a la frontera del estado, en Tuxtepec (escapando de su propia familia). En fin, a lo que iba. Mi carne se gestó en las montañas cafetaleras junto al Pico de Orizaba. Cuando yo iba a nacer, mi madre

Alejandro Santiago, 2501 Migrantes, 2007. Fotografías de Gretta Penélope Hernández. Cortesía de la familia del artista y del Colegio de San Ildefonso.



tuvo que bajar a Córdoba hasta la puerta maltrecha de un baño público en una clínica del ISSSTE: me asomé a este mundo en un excusado de gobierno, desplazada de mi lugar de origen. A mí me hubiera gustado asomar la cabeza por primera vez en el camión que trasladó a mi madre sola y desde el que se contemplaba la infinitud de la neblina y de la selva junto al volcán. Hace siglos que los indígenas venimos al planeta como si nacer fuera una vergüenza. Vengo del abandono: del cuerpo de mi madre indígena y negra que, al quedar huérfana de padre, fue puesta en la calle (junto con mi abuela), despojada de todo lo que mi abuelo sastre construyó para su familia. El despojo se llevó también la pensión militar. Sí, mi abuelo materno, al igual que mi padre, se formaron en el ejército.

Quitemos esa cara de asombro, así es la vida. Ser “pobre” debería ser La Culpa, pero todas hemos tenido la misma experiencia en diferentes formas, ¿verdad? La casa donde todas venimos a nacer tiene las mismas cuatro patas: *jerarquía, competencia, exclusión y confrontación*. No



entraré en detalles al respecto. Ustedes pueden hacer cuentas al recordar las interacciones familiares y recapitular las estructuras académicas. O sentir otra vez en el estómago la punzada de alguna humillación en el contexto laboral (si bien nos va). Si no nos va tan bien (pero tampoco tan mal) recordaremos el día en que un adulto llegó por nosotras en lugar de la madre que debió regresar, sana y salva, de aquella apendicitis, antes de que comenzáramos a rodar de mano en mano, desvinculadas del cuerpo que nos dio realidad. Todas hemos vivido lo mismo. Aunque no todas somos iguales. Hay algunas que jamás van a leer esto y otras que nunca abrirán una revista o un ordenador. Ni hablar de quienes nacieron esclavas, ardiendo en infiernos imposibles de imaginar. Pues esta casa de cuatro patas también tiene lugares donde se estanca el agua y se pudre el mundo. Tal vez esta casa no es más que un animal en el que todas vivimos creyendo en el origen: *allá donde estaba el volcán era lo mío*. Quizá nuestra memoria convierte en volcán un charco plagado de moscas donde está nuestra cama calentada por los propios orines. Todas hemos tenido la misma experiencia ¿verdad?

Les decía del ejército y la formación militar de mi padre, que nos llevó a una vida nómada de sur a norte. Primero llegamos a Torreón. Recuerdo las caminatas nocturnas en la calle Morelos al lado de mi padre y las cenas en *La Noria* o *El Papadopulos*. Torreón y la primaria pública donde me señalaron porque usaba las faldas muy rabonas y me exigieron que el largo llegara abajo de la rodilla. Torreón, donde, con falda larga y todo, a don Bernardo (un vecino anciano que tenía una milpa y macheteaba a los perros que la traspasaban) le gustaba violarme. No sé qué hubiera hecho mi padre, siempre armado, si lo hubiera sabido. A su realidad le hubieran macheteado de golpe la pata de la jerarquía. Digan lo que digan, esto nos pasa a todas.



¿No les gusta la cara de india que están viendo frente a la suya? ¿No les gusta la cara de negra? Yo estoy enamorada de mi cara. Mi cara de a veras. No mi cara de campus, o mi cara de diva, o mi cara de señora ocupada en la oficina, ni mi cara de artista contemporánea. Mi verdadera cara, donde vivo.

Todas venimos a nacer en esta casa de cuatro patas, decía, y una debe saber dónde vive. Decía también que tal vez esta casa es más pequeña de lo que pensamos y que el origen es otro o no está en ninguna parte. Pero hay algo que es nuestro, debe haber algo que lo sea. Esta ilusión de cuatro patas se va a caer. Esta pequeña casa inmunda se irá borrando tiernamente: un vaivén de agua que se acerca a la orilla, limpia lo que se pudre y se va. El destino migrante de las mujeres pobres en América Latina. El rostro de las acorraladas. El rostro de verdad, de Honduras, de Guatemala. Mi vida ha sido la construcción de ese entendimiento. Esta casa se está borrando. Esta casa se destruye hermosamente.

De Torreón viajamos a la frontera con Texas. Una frontera de la que no me gusta ni mencionar el nombre. Un nombre explotado. Un nombre seco cuyo significado está vacío. Ahí llegamos, al desierto, a finales de los ochenta. Yo no tenía ni quince años. Ahí no había problema por vestir falda corta ni por trabajar siendo menor de edad. La industria reclutaba a las niñas en la secundaria: allá iban mis amigas durante las vacaciones, formaditas, a la línea de producción. Los viernes por la tarde, en un centro nocturno cerquita de la maquiladora, hacían tardeadas “para chicas”, esas menores de edad que salían de trabajar agotadas pero empoderadas por el sueldo de viernes. Cada *shot* de tequila costaba un peso. ¡Sólo entraban chicas! De cuatro de la tarde a nueve de la noche. A las ocho, cuando “las chicas” ya estaban borrachas, comenzaba un *show* de *strippers* varones que se quitaban la ropa y colocaban botellas de crema batida a la altura del pene, para rociar las caras de las chicas. A las nueve, como cuento de hadas, la “noche de chicas” desaparecía: abrían las puertas para que entraran los hombres, que pagaban

cover. Escogían a la chica que se les antojara: borracha y exhausta. El motel era parte de este centro nocturno, por supuesto, pegadito a las maquiladoras y al Puente Internacional de cruce Zaragoza-Ysleta. Pero qué brillante cultura de la violación en nombre de nuestra libertad sexual hemos vivido.

Nunca quise vivir en Estados Unidos. Nunca. Jamás había pensado tanto en el racismo como cuando comencé a frecuentar este país. No la frontera de Texas, que visitaba desde niña, sino cuando me adentré en esa espesura de relaciones humanas e interacción de idiomas y de clases sociales. Esta casa de cuatro patas no es tan grande como pensamos, en serio. Todas hemos tenido esta experiencia. La primera vez que visité “profesionalmente” Estados Unidos fue para una presentación en la Biblioteca Pública de Nueva York. La persona que traducía mi trabajo al inglés tenía contactos importantes. Así que comencé a navegar en un mundo de arte y cultura inimaginable. La casa es la misma: mismas cuatro patas, perspectiva distinta. En los años dos mil introduje a mi vida ese ir y venir a universidades gringas. En la Universidad Naropa me preguntaban “¿alguna vez te imaginaste llegar hasta aquí?”. ¿Hasta dónde?, pensaba yo. A mí lo de cenar después de una charla universitaria me parecía lo más normal: parte del trabajo que hacemos las escritoras. Pero lo que en verdad estaban preguntado era: qué privilegio te trajo hasta aquí. Para los blancos, como para los criollos en América Latina, el trabajo de una mujer indígena nunca es suficiente. Ellos llevan años arañando las patas de esta casa sin poder trepar a ningún lado.

Decía que nunca quise vivir en Estados Unidos. Nunca. En noviembre del año 2010 me prometí que no regresaría. Jamás, me dije, no tengo a qué volver. Con que mis libros vayan es más que suficien-

te. Entonces coordinaba la sede de una organización que promovía la escritura autobiográfica entre mujeres. Entregábamos la escritura a mujeres de las zonas más vulnerables de la ciudad. Estados Unidos para qué. Me parecía frívolo vivir como escritora de universidad en universidad, entregada a actos sociales. Siempre me ha gustado la vida de verdad, no la simulación de los campus, como si sumergirse ahí fabricara por dentro la escritura. Tal vez no sé vivir como Dios manda.

Convivía a diario con mujeres que habitaban albergues secretos, refugiadas de sus agresores. Llegaban a escribir conmigo portando collarín, con lesiones frescas en la cara, las bocas y los dientes rotos; intentando escapar. La más prestigiada novelista sentiría envidia de lo que una de ellas fue capaz de escribir sin haber cursado quinto de primaria. Vaya que había vivido y lo había hecho con ese talento natural para observar a través del pulso de su propia escritura. La vi volver con su agresor, escapar de un refugio gubernamental donde el sometimiento y las amenazas de quitarle a sus hijos fueron constantes. Me dejó su cuaderno: todo lo que había escrito me lo puso en las manos, no aguantó más. Ese refugio de mujeres era una cárcel, donde en invierno se racionaba hasta el café mientras que en la oficina administrativa había una cafetera humeante todo el día. Los niños, hacinados en pequeños cuartos, brincaban como gatitos cuando yo entraba a regalarles galletas. En ese albergue yo era la Señora de las Galletas. ¿Estados Unidos qué? Ser la Señora de las Galletas para mí era más que suficiente.

Estados Unidos qué. Me gusta encontrar mi cara en esta casa. No la cara de la vanidad, sino la cara verdadera: la que se expande por dentro de tanto negarla, agonizante. Recibir a mujeres con la boca rota, el hombro dislocado, el cuello en reparación; saber que estaban hartas de lo

que siempre se repite. Lo que las llevaba a los refugios no era una relación tóxica, sino lo mismo que vivieron sus abuelas, sus madres y sus bisabuelas. Ellas iban a terminar con eso. Se habían puesto en contra de esta casa: daban su vida por defender la vida. El gobierno no encontró otra solución que encerrarlas para protegerlas. Los agresores tenían poder. Tenían armas; brazos armados recorriendo la ciudad. Yo tomaba un camión a las cinco de la mañana y dos horas y media después llegaba a mi destino. De ahí caminaba media hora hasta llegar al refugio “secreto” para que los niños brincaran gritando “¡la Señora de las Galletas!”.

A las que administraban el refugio no les gustó lo que las mujeres escribieron junto a la Señora de las Galletas. Las asustó verse sin máscara en esos escritos; sus administraciones de miseria.

Qué iba yo a pensar en Estados Unidos si yo creía que allá, donde estaban las bocas reventadas, estaba lo mío. Ése era mi

rostro. Ahí quería estar. Embelesada. Ahí, donde Marisela Escobedo desfilaba desnuda frente a la ventana del camión, mientras yo me dirigía a la cárcel municipal a escribir junto a otras mujeres. Era mi lugar. Donde sucedían 35 asesinatos diarios y los hombres se abanicaban el susto *repegándose* a niñas indígenas, a las que apretaban por la cintura al ritmo de música ranchera en una bodega que servía de cantina/salón de baile en la calle La Paz: “cobran cinco pesos porque en ningún otro lado las dejan trabajar”. Todos. Todos saben de qué lugar les hablo. Todos iban a *repegarse* ahí: porque podían. El embeleso es ciego.

Comencé a recibir amenazas. Era el sexenio de Calderón: tantas recibíamos amenazas. Asesinaron a Susana Chávez y aventaron su cuerpo a dos cuadras de donde yo vivía. “La dejaron con las nalgas de fuera”, me contó uno de esos a los que les gusta violar; parecía fascinado por los acontecimientos, exaltado.



En ese momento, en mí comenzó a avanzar el silencio. Como un mar pesado, profundo, creciendo despacito. Igual que ahora.

Me fui porque resultó que mi vida valía más que ese infierno. Me fui porque desconocí ese rostro verdadero descomponiéndose en muerte. Esa casa de cuatro patas, en la que también se pudre el agua y avanzan los insectos, mandaba mensajeros para señalarme. Igual que señaló y marcó la puerta de tantas otras compañeras. Era marzo, mes de los asesinatos y las amenazas contra activistas a las que esta guerra (por décadas) ha utilizado como ejemplo. Un diez de marzo del 2011 cerré la puerta de la casa a la que (afortunadamente) nunca regresé. Unos amigos habían llegado a la ciudad para darme refugio y dormí junto a ellos esa noche. Al día siguiente los amigos me alimentaron y después crucé el puente libre hacia Estados Unidos. En la fila de cruce también se formaron adolescentes que me amenazaron durante la espera. ¿Estados Unidos qué? Al agente migratorio

le dije que iba a desayunar con una amiga, como solía hacerlo cada fin de semana. Mi amiga me esperaba del otro lado. Así son las amigas: cuando la llamé la noche anterior sólo dije “ve por mí al puente” y no tuve que explicarle más. ¿Estados Unidos qué? Me detuve en la puerta antes de salir de las oficinas del puente para que los adolescentes (halcones, niños desechables) se adelantaran y caminé detrás de ellos para desviarme en el estacionamiento. Mi amiga abrió la puerta del carro. Entré y me tiré al piso mientras le pedía que arrancara. Ya en la calle pasamos junto a los halcones. “¿Les tomo foto?”, preguntó mi amiga. No sé de dónde saqué tanta frialdad.

El proceso de asilo político ocurrió en tiempo *record*. Conocí mi rostro en *shock*. Mi rostro de terror a la vida. Mi rostro que era un grito de estrés constante. Viví tres meses en una cochera en el desierto. Viajé en el carro de otro amigo a Los Ángeles huyendo de mi propia familia. Y me refugié en una minicasa rodante que primero fue un capullo donde yo hablaba



sola todo el día. Después se convirtió en algo parecido a un sarcófago. Decía que mi proceso de asilo sucedió en tiempo *record*. Una abogada especialista en asilo político me representó sin cobrar un centavo. Yo era incapaz de notarlo, pero mi rostro era el rostro espléndido de la compasión. ¿Estados Unidos qué? Amigos tradujeron los documentos. Amigos me llevaron a terapia. Amigos organizaron la escritura de cartas en mi favor. Amigos brindaron por mí en una montaña cuando ganamos el caso de asilo. Y a mí, mi verdadera cara me daba vergüenza. Me daba culpa mi capacidad para construir tanto amor. Mi mente había quedado prendada de la matanza. Del nido de cobardes. De las niñas reventadas en la ciudad. Esta casa de cuatro patas me había excluido. Me había arrancado *a mí* de mí. Ahí estuve por años. Detestaba ser vista. No quería más que estar fuera del mundo, incapaz de aceptar y compartir amor. En el proceso publiqué dos libros e hice un *performance*. A éste, con los ojos vendados, también fueron todos los amigos.

En este momento resuena en mi cabeza la línea de un poema: “yo me sumerjo ahí/ en ti/ hacia abajo/ hacia adentro/ vierto el contenido de una urna”. Algo así me pasaba. Lo único que podía entregar era ceniza, ceniza de lo que alguna vez fue un cuerpo. Cerré mis correos electrónicos y mis redes sociales. Aunque todo un país de amigos quería quererme, yo conversaba con muy pocos. Terminé muchas relaciones. Prefería desaparecer a verme desaparecer.

Mi vida era más grande de lo que yo intuía y, por lo visto, esta casa de cuatro patas era mucho más chica de lo que pensaba. Y se va a caer. Se va a caer. Una vez, visitando a las fundadoras de la primera universidad palestina, en Ramala, me senté en la sala (frente a la limonada que me sirvieron) y una de ellas comentó: ahí

mismo se sentaba Mahmoud Darwish. Se me derrumbó todo. Se me desmoronó el mundo. Se me desmoronó la realidad. ¿Dónde estoy? ¿Cómo llegué aquí? ¿Qué es esto que llamamos La Vida?

En cuanto al exilio, hay amigos que piensan que me “echaron”. A mí me gusta creer que mi lugar me estaba recibiendo. No me refiero a Estados Unidos, sino a un lugar donde la perplejidad es constante; el lugar que soy yo. El rostro creado por mí. El verdadero. Creado por mí y estimulado por mí para que yo sea la creadora de todo lo que vivo. Me estaba ahogando en un vaso de sangre con tal de no dejar de existir. Todas hemos tenido esta misma experiencia. Dejar de existir es lo mejor del mundo.

Dejar de existir no es desaparecer, sólo es vivir de otra manera. ¿Les importa esta cara?

En el exilio, la vida se repite, como en todas las vidas. En algún lugar de esta ciudad soy otra vez la Señora de las Galletas. En algún lugar de esta ciudad nos reunimos para escribir juntas la propia historia y (por temporadas) todas tenemos miedo. Miedo a las matanzas que perpetran los racistas; miedo a la policía, a los agentes federales, a ser borradas de la realidad sólo por ser mujeres y morenas (igual que ha pasado en América Latina durante siglos). Últimamente el terrorismo mediático nos hace reír. Y, si abrimos las computadoras, escuchamos que los blancos insisten en instaurar la monarquía sobre el continente. Sabemos que los linchamientos no tardan en llegar. ¿Son otros tiempos? Esta pobre casa miserable y estúpida lanza tentáculos de ahogada. Pero se va a caer. Se va a caer. \mathcal{M}



CLAUDIA KERIK

Mi propio misterio

Chasquidos en los oídos
de Glencar a Chascomús
Cascadas que manan
de un lugar desconocido
Entradas de agua en la memoria
de salidas familiares borradas
Mi cara de niña sobre las ondas
mojando los dedos en los reflejos
Una fotografía en blanco y negro
y el recuerdo vaciado de alegría
Algo se interrumpió entonces
Las emociones no fluyen
Sujeto la atmósfera para indagarla
a través de una letra
que no consigo pronunciar
El nombre perdido de un río
que mi abuelo cruzó para salir de Tarnópol
Garzas y cormoranes haciendo sonar
el silencio del paisaje detenido
Altars pisoteados
Palabras que se soltaron
Rastros sin imágenes
de la corriente continua
de olvido aborascado
Vidas perdidas enmendando la vida
El tiempo abandonado al tiempo
No me guías corazón
hacia ningún hogar

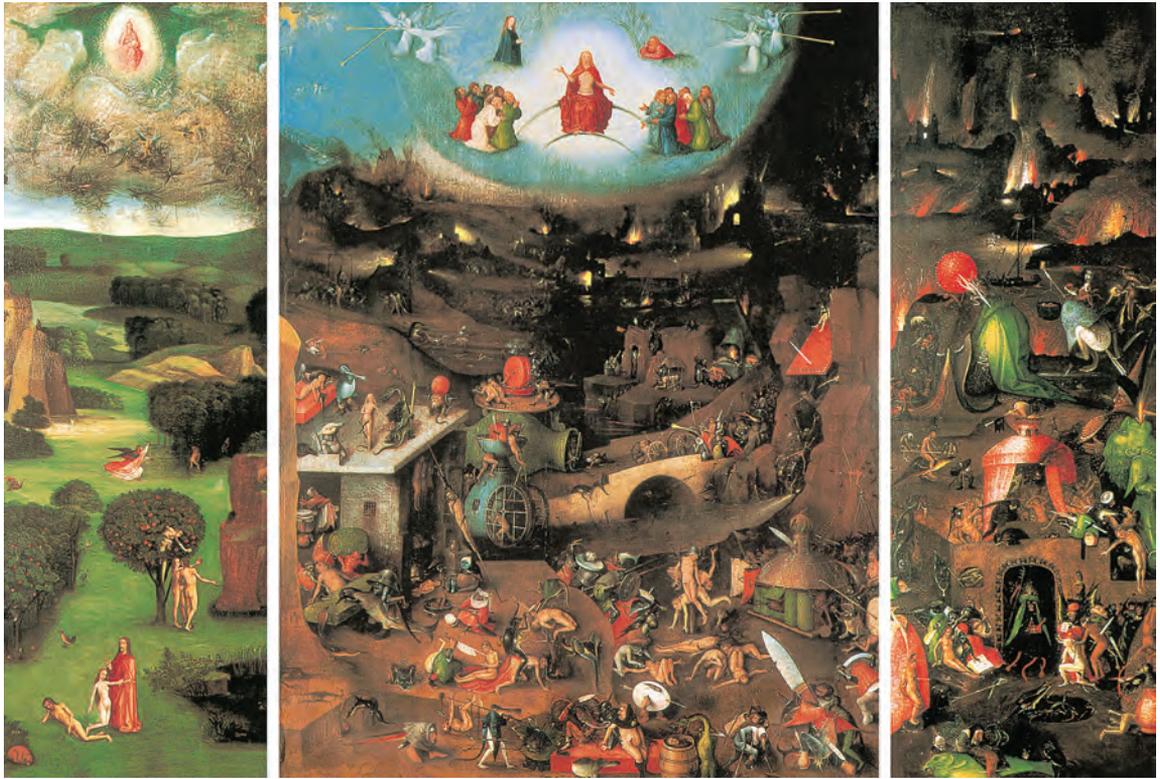
En este poema se enlazan tres fuentes de agua diferentes para impulsar un solo desplazamiento que recorre mi memoria: las que provienen del acantilado de Glencar, en Irlanda, y que fueron consignadas por William Butler Yeats en su poema *The Stolen Child*; las que nacen en la laguna de Chascomús, un balneario popular bonaerense donde solía pasar las vacaciones durante mi infancia; y las de un río a las afueras de Tarnópol, una aldea judía (*shtétl*) ubicada en Galitzia, Polonia, de donde se vio obligado a emigrar mi abuelo, Moisés Rotenberg. Este sitio, que cambió de nombre a Ternópol al incorporarse a Ucrania durante la ocupación soviética en la Segunda Guerra Mundial, fue invadido a través de sucesivos pogromos y tomado por la Alemania nazi, que aisló la aldea en un gueto cuya población terminó siendo enviada al campo de exterminio de Belzec y finalmente liquidada el 20 de junio de 1943.

PHILIPPE OLLÉ-LAPRUNE

Los ángeles en llamas

Traducción del francés de Laura Ímaz Álvarez Icaza

Para aquellos que, como yo, conocen mal Estados Unidos, una de las impresiones que predominan al entrar en contacto con él es su salvajismo. La naturaleza, la historia, las relaciones sociales, políticas e incluso raciales parecen marcadas por cierta ferocidad. Este rasgo característico se percibe tanto en las páginas del periódico y en los pobres individuos sin hogar que deambulan en los centros de las ciudades como en las creaciones ficticias con las que Hollywood nos alimenta. En California, la contemplación del océano o del desierto deja que ese sentimiento se apodere de nosotros



Hieronymus Bosch, el Bosco, *Tríptico del Juicio Final*, 1482. Academia de Bellas Artes de Viena ©.

fácilmente. Instalado desde hace poco en Pasadena, en el norte de Los Ángeles, para pasar un año ahí, pude sentir la presencia de ese salvajismo en varios paisajes y en el transcurso de numerosos descubrimientos. Sin embargo, nada permitía prever la oleada de elementos que ahí conocí y, sobre todo, nada dejaba adivinar cómo la violencia de la naturaleza iba a destruir, con una rapidez e intensidad sin igual, un espacio nuevo para mí.

Nos anunciaron que el martes 7 de enero sería un día de vientos violentos. Al inicio pensé que esas ráfagas sólo iban a molestar a los peatones. Pero pronto lamenté ver que la vehemencia del vendaval hacía que cualquier salida fuera peligrosa —la tormenta, por ejemplo, arrancaba las ramas de los árboles, que además se inclinaban por la potencia de los vientos, como observé desde mi ventana—, por lo que rápidamente tomé la decisión de no utilizar mi bicicleta, con la que suelo moverme. Según las previsiones meteorológicas, esto debía durar dos días.

En esta época del año, la noche inicia muy temprano y desde las cinco de la tarde Los Ángeles está casi en la oscuridad. Aquellas previsiones, inspiradas seguramente en las experiencias de años anteriores, mencionaron que había riesgo de incendios, ya que muchos cables podrían ser arrancados y las chispas los desencadenarían. En particular, en las zonas donde las plantas han invadido los espacios, pues la sequía era muy real: no había llovido desde hacía tiempo y claramente las plantas se veían afectadas por ello. Un paseo cerca de la casa que hicimos una semana antes nos había mostrado que el ambiente estaba muy seco. Además de estas condiciones, cabe aquí hacer otra observación preliminar, las múltiples construcciones en curso que pude ver en California tienen como rasgo común una estructura de madera. De hecho, de lejos todas las obras parecen un juego de construcción con vigas y piezas color café que no dejan lugar a dudas: el sector inmobiliario está ligado con la producción de madera. Esta sequía, la vio-



El incendio en Palisades fotografiado desde Playa Vista, enero de 2025. Wikimedia Commons ©.

lencia de los vientos y la omnipresencia de esas estructuras vegetales explican el desencadenamiento que conocimos entonces.

A la noche la acompañó pronto un resplandor visible desde el balcón de la recámara. Y rápidamente también empezó a llegarnos un olor a humo que llevaba el viento. No pasó mucho tiempo para que se escucharan las primeras sirenas de los camiones de bomberos: el peligro comenzaba a tomar forma. La fuerza del ventarrón no se apaciguaba y el humo se volvía cada vez más espeso. Tomamos por fin una decisión: agarrar los pasaportes, las computadoras, algo de ropa e irse rápido... salir en la oscuridad fue agotador porque el humo ya circulaba con un espesor inquietante. Los vecinos, con muy buena voluntad, decían que tenían una aplicación en su teléfono que les indicaría

si era necesario evacuar y, por el momento, no advertía nada parecido... nosotros les aconsejamos no esperar: el fulgor del incendio era cada vez más intenso y el humo más denso. Es un país demasiado dependiente de la tecnología y ésta se toma su tiempo para asimilar las perturbaciones.

La primera idea fue alejarse de la zona peligrosa y dirigirse hacia el sur. Después de una cena que comimos a grandes bocados, fuimos testigos de la muy preocupante vista que ofrecían las montañas que sobresalen en este valle: los costados se estaban volviendo rojos y naranjas, y veíamos con facilidad cómo los vientos avivaban la enorme llamarada. En sus textos sobre Estados Unidos, Jean Baudrillard relata su llegada en avión a Los Ángeles por la noche: “Sólo el infierno de Jerónimo ‘el Bosco’ da esta impre-

sión de hoguera”.¹ Pero no fue sino hasta ahora que esta comparación cobró todo el sentido: la hoguera estaba constituida por llamas reales y parecía ser la continuación de otra cosa, como si ese salvajismo alcanzara allí un punto culminante, y además emanaba del fondo de la noche para hacerse presente ante nosotros, ante aquellos que buscan negar la evidencia.

Por el momento no había opciones, así que un motel sirvió para pasar la noche. La televisión nos mostró la zona del cañón de Eaton, ubicada entre Pasadena y Altadena, reconocimos algunas de las calles próximas a nuestra casa y la contemplación de un edificio en llamas, a tan sólo cien metros de nuestro domicilio, nos provocó una legítima angustia. Como muchos, pensamos entonces en lo que podíamos perder durante esta tragedia. Distintos incendios cubrían territorios alejados entre sí, agregando caos a las horas de confusión extrema.

La noche fue corta y en la mañana decidimos ir a ver en persona nuestro departamento. El barrio se encontraba bajo vigilancia, pero el bloqueo estaba a cincuenta metros al norte de la casa. Conforme nos acercábamos, mi celular empezó a emitir un sonido estridente que hasta ese día me era desconocido: un dispositivo buscaba poner sobre aviso a todos los que llegábamos a una zona de peligro, activando un fuerte timbre en los aparatos. Una vez dentro de casa, no pudimos más que constatar que el viento destruyó una ventana y que el humo y las cenizas habían entrado masivamente en la recámara. Imposible quedarse ahí. El olor a quemado estaba como estancado y el aire

1 *Amérique*, Bernard Grasset, París, 1986, p. 103.

La hoguera estaba constituida por llamas reales y parecía ser la continuación de otra cosa, como si ese salvajismo alcanzara allí un punto culminante, y además emanaba del fondo de la noche para hacerse presente ante nosotros, ante aquellos que buscan negar la evidencia.

seguía siendo muy espeso. En tal agitación uno piensa de forma extraña. Decidimos partir lo suficientemente lejos durante el periodo que tomara controlar los incendios. ¿Qué guardar en la maleta? Ropa, claramente, pero ¿por cuánto tiempo?

No sé por qué agarré dos pares de zapatos y sólo un pequeño suéter. Había algo de irreal en la atmósfera. Mi estancia ahí me ha permitido ver que de por sí, en tiempos normales, vivir en Los Ángeles es entrar en otra dimensión: el lugar, su textura y las personas que uno se cruza en la calle conforman algunos de los tantos elementos que hacen pensar que formamos parte de una ficción, pero en esta precipitación, y la tensión a la que estaba ligada, flotábamos un poco, como desamparados, como en medio de una pesadilla. La salida tuvo lugar en un ambiente apocalíptico; la desolación del entorno era evidente: las calles estaban abarrotadas de ramas; la electricidad, cortada y no había internet; el aire estaba saturado de olor a quemado y a polvo; las sirenas de los bomberos sonaban en la lejanía y sólo alguno que otro carro circulaba, como despavorido, como si estuviera perdido. Por supuesto nadie caminaba en la calle. El único desayuno que encontramos fue en un restaurante mexicano que sirve tacos... la cultura de la resiliencia se aprende con la experiencia...

Una vez a salvo, lejos, era difícil obtener información precisa sobre el estado del departamento. Sabíamos que nuestra zona habitacional estaba fuera de peligro, pero la calidad del aire seguía siendo mala. Previendo posibles robos, las autoridades instalaron un toque

de queda a partir de las seis de la tarde, lo cual hacía que el regreso también fuera poco agradable. Una aplicación hecha por los vecinos daba avisos prácticos, sin embargo, todo indicaba que era mejor mantenerse alejados, alimentados por las noticias recibidas.



El incendio en Palisades visto desde la costa, enero de 2025. Wikimedia Commons ©.

Los incendios acaecieron en barrios de gente acomodada, lo cual reforzaba la sorpresa frente al derrumbamiento de un lugar que parecía inatacable: Baudrillard insiste mucho en la idea de que Estados Unidos es una utopía realizada y esta impresión da una consistencia, una formidable seguridad a este universo. Claramente, esto no es más que una proyección, pero en general yo también he podido constatar que esta sociedad no deja lugar a dudas. Todo debe ser sólido, resistente. Él habla de “esta muralla de cristal que encierra a California en una beatitud”.² La violencia de la tormenta y los avances de los incendios destruyeron más de dieciséis mil edificios y obligaron a doscientas mil personas a evacuar. Este drama de la vida real da la sensación de que la cruel naturaleza golpeó, para darle una lección de realismo, a un universo que tiende a escaparse gustosamente de él. De hecho y en particular, Hollywood ha alimentado bastante bien al público con películas de terror. Su propósito es provocar escalofríos en el espectador a partir de la irrupción de un cambio en el entorno. Con estos devastadores incendios y las múltiples microhistorias que conllevan, la realidad impone miedos y estremecimientos que, durante un tiempo, suplantán el imaginario. Nos engulle la realidad que parece atrapada en un espectáculo de horror que creíamos reservado a la ficción. La naturaleza sabe recor-

darnos que el salvajismo está en el centro de su funcionamiento.

El miedo legítimo que suscitan los desastres de tales dimensiones nos cambia profundamente. Me acuerdo del texto *Perspective dépravée* de Annie Le Brun, traducido y publicado en México,³ y del cual dio una conferencia en el Colegio Nacional en 1999. En él explica que la noción de catástrofe implica “una inversión de la relación entre lo humano y lo inhumano”. Y el imaginario, que tiende a irse a lo más lejano, acerca la desmedida; ésta, en general alejada, se vuelve cercana y nos hace actuar de manera instintiva. Por ejemplo, algunos vecinos de Altadena se rehusaron a evacuar con el fin de proteger su casa, su hogar. Más allá del admirable coraje que mostraron, en ello puede verse también una representación del culto al riesgo que esta sociedad mantiene. Mas no todo es ruptura en un momento de crisis: hay allí una especie de lealtad a valores exacerbados y un deseo casi animal de proteger el lugar de su vida, el espacio de recuerdos acumulados.

Me gusta pensar que el término “catástrofe”, que viene del griego, aparece por primera vez en francés bajo la pluma de Rabelais, gran inventor del vocabulario. El escritor de la desmesura, el autor que juega tan bien con esa relación entre “lo humano y lo inhumano”, tenía que aprehender las sensaciones ligadas a los desequilibrios propios de esos momentos de perturbaciones intensas. Él es quien les ha dado un nombre: catástrofe.

Regresamos al lugar una semana después. Los incendios estaban casi controlados, pero el aire seguía cargado y el olor era impresionante. Lo que más me asombró fue la inmensa desolación. Se difundieron las malas noticias; varias personas famosas, por ejemplo, perdieron sus casas. Nuestro departamento estaba muy sucio y fue necesario limpiar lo esencial de inmediato. Pero más allá

2 *Ibid.*, p. 90.

3 *Perspectiva pervertida*, Fabienne Bradu (trad.), Verdehalago-UAM, D.F., 1999.

de los inconvenientes apremiantes, sabemos que tuvimos suerte y que las quejas se enfocarán en otras cosas. Un recorrido a pie por el barrio da prueba de ello. A menos de cien metros vimos cómo, de forma sorprendente y desordenada, los edificios se incendiaron. El fuego no avanzó de manera lineal: seguramente porque el viento se llevó las chispas o las ramitas prendidas, las cuales cayeron al azar. El cañón Eaton, en cambio, no quedó tan afectado como se temía. Sentimos un gran movimiento en la vecindad y fuimos testigos de una forma de organización social recurrente en Estados Unidos: las iglesias de distintos credos organizaron las colectas y la repartición de bienes a aquellos que los necesitaban. Hay cierta ironía por parte de la naturaleza, pues parece querer mostrar toda la violencia de la que es capaz justo cuando un nuevo presidente llega a la cabeza del país, mismo que se rehúsa a reconocer el cambio climático y aplicar medidas ecológicas.

Este drama de la vida real da la sensación de que la cruel naturaleza golpeó, para darle una lección de realismo, a un universo que tiende a escaparse gustosamente de él.

El recorrido por el barrio es conmovedor y, a pesar del poco tiempo que hemos pasado ahí, nos sentimos apegados al lugar. Las ruinas de las casas calcinadas están esparcidas y su presencia marca el paisaje, recuerda los infortunios que acaban de desarrollarse. Y, como si encarnara las adversidades del momento, un coyote camina en nuestra calle en pleno día buscando refugio y, seguramente, comida. Eso no habría ocurrido sin esta catástrofe. Su aspecto es famélico, su mirada perdida y su pasajera ausencia de timidez nos confirman cuán general es la alteración. Ese coyote es el símbolo de un universo desamparado que no puede más que constatar que la ferocidad se expande fácilmente cuando las perturbaciones intensifican la fuerza de este salvajismo. ❧

MARIANA ORANTES

Notas al pie de un paisaje migratorio

*El mundo, desde mi asiento, parece plano. Contemplo el horizonte.
El mundo acaba en una nítida y filosa línea recta
donde se juntan los mares y el cielo.
Contemplo mi mundo. Lo acepto en su llanura.
No siento la tentación de trascender sus límites.
“Ovando”, JAMAICA KINCAID*

Para mí, el mundo nunca fue una nítida línea. Nunca contemplé la unión de los mares y el cielo. Si acaso mi mundo era un bosque y, como se sabe, hay que atravesar el bosque para crecer. Nunca pude contemplar el mundo sin advertir la destrucción. Esa herencia inacabada en la que otros sólo han dejado impunidad. Y ¿quiénes

Del proyecto *Archivo Juárez*, 2020-presente. Obras artísticas de Alejandro "Luperca" Morales. Fotografías de Michelle Lartigue. Cortesía del artista. Carretera Anapra-San Jerónimo, Ciudad Juárez.



son esos otros? Decidí irme de un lugar para encontrarlo en mí misma: señalar la huella convertida en llaga y estudiar a esos otros que siguen jugando al saqueo. No acepté la llanura, antes decidí escarbar.

Caí en la tentación de trascender los límites de mi mundo, crucé a la desintegración de las formas y me vi alterada bajo preguntas que quiebran mi diminuta identidad. No hay nada malo en aceptar los límites de tu mundo ni es un crimen romper los límites y buscar otro refugio. Antes paraíso, ahora confusión. De una u otra forma, para crecer, debes reinventar tu propio paisaje.

En noviembre del 2022, aterricé en el aeropuerto Josep Tarradellas con dos maletas y un gato. Mi vida entera en dos maletas. Toda mi vida en un gato (no cualquier gato, un Pipo original, dios primigenio). Luego, dejé parte del equipaje y al gato en Barcelona, bajo el cuidado de la persona con la que ahora comparto mi vida, y me fui con la maleta restante a vivir seis meses en la residencia artística de la Academia de España en Roma: todo grandiosidad, ponche romano y fiestas con artistas. Todo monumentos a la hipérbole, glorias coloniales, espectáculos sin memoria para los desmemoriados (inserte *selfie* con *duckface* de influencer en las catacumbas paleocristianas).

Y no me malinterpreten: admirar los monumentos de la historia romana es una experiencia estética única, pero no puedo decir lo mismo de los ejemplares que necesitan consumir, deteriorar y poseer el sentido mismo de un territorio. No me refiero a las personas, sino a la idea de una especie de turismo que sólo busca el desgaste de los lugares que visita. Un turismo que en su forma de moverse imita muchas posturas de los colonizadores.

Y es que no puedo separar esta observación de mi experiencia migrante. La visita o el peregrinaje que se mantiene en los límites del recién conocido entorno debería diferenciarse del desmedido consumo, de la extracción y la apropiación

cultural; es decir, quizás debamos utilizar una palabra diferente para cada intención del viaje. Las cosas toman perspectiva cuando se nombran.

En lugar de utilizar las palabras “turista”, “*expat*”, “gentrificador” o “nómada digital” para nombrar el matiz de este fenómeno, quizás sea mejor decir “neocolonizadores” (en masculino), como el “Ovando” de Jamaica Kincaid.

Somos un paisaje construido con retazos del entorno donde echamos raíz. Una planta pertenece a un paisaje tanto como cualquier animal y como cualquier persona. Ese paisaje nos atraviesa y nos sitúa. Cuando entras en relación con el paisaje externo, también lo haces con otros paisajes-humanos que te afectan. Relacionarse es comprender el constante movimiento de los infinitos paisajes: cómo nos cambian y cómo los cambiamos porque, al final, todos somos parte del mundo total que nos conecta.

Carlos Lenkersdorf señaló que al percibir una misma cosa, cada cultura tiende a verla de maneras diferentes. Esto lo explica José Ángel Quintero en el prólogo al libro *Las lenguas del diablo. Lengua, cosmovisión y re-existencia de los pueblos de Abya Yala*.¹ Las distintas culturas, al ver y nombrar de maneras diversas, piensan de diferente forma. Si digo “Huitzilopochtli”, la raíz ancestral piensa: *huitzilin, panquetzaliztli, Tenochtitlan*. El colonizador pensó: *demonio, sacrilegio, uichilobos (porque no sé ni cómo se pronuncia, qué pereza esforzarme por entenderlo)*.

Es decir, la colonización se esconde en la imposición violenta de una úni-

1 José Ángel Quintero Weir, “Prólogo donde se habla de la demoniaca diversidad de lenguas/pueblos de Abya Yala al momento de la conquista europea, y del terror que eso produjo en los susodichos”, en *Las lenguas del diablo. Lengua, cosmovisión y re-existencia de los pueblos de Abya Yala*, Mini-Lab Tlaxcala/Arte a 360 grados, México, 2020, p. 24.



Un llavero visor con una fotografía de la calle Vicente Guerrero, núm. 504, Ciudad Juárez.

ca idea del mundo, una única territorialidad con reglas, deidades y lenguaje que sólo sirve a sus intereses de expansión, al tiempo que se saquean los recursos del mundo colonizado, lo que genera una reducción, persecución y caricaturización de la cultura oprimida.

Cualquier concepto debe estar abierto a recibir otras interpretaciones para integrarse en una perspectiva común. De otra manera, en lugar de entrar descalzo en el templo de la otredad, allanas una casa a la que no has sido invitado.

La otra persona, ésa que está frente a ti, es una poética completa. La otra persona, sentada frente a ti, es un paisaje en constante reverberación. La otra persona, que ha migrado, comparte contigo su paisaje para que puedan demostrar que el mismo sol y la misma luna brillan para

los dos: el otro es un trozo de cielo que, unido a tu trozo de cielo, forma un horizonte más amplio.

Diferencias entre neocolonizador y migrante: uno busca la confirmación de sí mismo en el consumo de otras culturas, mientras que migrar exige un esfuerzo de reintegración e individuación; pone a prueba la resiliencia y, muchas veces, obliga a abandonar todo por buscar lo más elemental para el humano: un lugar donde vivir y crecer. Crecer es doloroso.

El neocolonizador, por más que busque llenar su vacío visitando lugares abiertos de par en par gracias a su privilegiado bolsillo, no crece, sólo lo hace su vacío interior y su hambre compulsiva de expandir los monumentos a su ego. La neocolonización es el movimiento expansivo del opresor.



Un llavero visor con lupa y diapositiva.

Soy una mujer migrante mexicana y vivo en Barcelona. Pese al racismo cotidiano, las dificultades impuestas por las políticas públicas para conseguir papeles, la discriminación, los estereotipos, la miseria y las desventajas, aquí estoy.

Después de la residencia artística en Roma, solicité en España la visa para estudiantes, que me negaron bajo el argumento de que el Programa de Estudios Independientes no es de tiempo completo.

Para el trámite me pidieron no sólo el certificado de antecedentes no penales de México con vigencia menor a treinta días (cabe destacar que todos los documentos deben estar apostillados para tener validez; ¡oh desastre! causado por mi natural ignorancia sobre los procesos burocráticos, pues este trámite no se puede realizar en las embajadas), sino también su equivalente italiano, el *certificato casellario giudiziale*, asimismo apostillado y con la debida traducción hecha y sellada por un traductor jurado con licencia europea.

En 2023 no era posible tramitar el *certificato* en línea (creo que aún no lo es), así que busqué la oficina con la mayor cantidad de citas disponibles. Regresé a Roma por tres días a visitar las oficinas de Frosinone, en medio de la nada metafísica, y hacer el dichoso trámite. No sirvió de nada.

Ni el tiempo perdido ni la eterna espera ni los gastos. Con todos los papeles en la mano, me rechazaron la visa de es-

El neocolonizador destruye lo que toca porque no soporta ninguna alteración a su visión de mundo ni a su territorialidad. Un ejemplo son los señores del norte global que hace poco intentaron censurar la música de banda en las playas de Mazatlán. No conciben que en ese territorio haya sonidos y música diferentes y una percepción distinta del gozo del espacio.

Las personas locales disfrutan su territorialidad, su espacio, su mundo, su horizonte y la forma en que lo hagan debe corresponderles sólo a quienes viven ahí y a quienes aportan su visión de mundo a la comunidad, no como imposición, sino como integración, echando raíces profundas que entretejen lo invisible del paisaje. En este escenario el migrante forma parte de la comunidad pues vive, trabaja y se integra en ella.

El neocolonizador es completamente opuesto a la integración, la individuación y la colaboración como una forma de ayuda mutua; por tanto, se opone a la migración.

Dice Édouard Glissant que la idea de huella debe adherirse, por oposición, a la idea de sistema.² Llevamos con nosotros, en la panza, los huesos, la piel, los labios y los gestos, la huella de nuestros dioses

2 Édouard Glissant, *Tratado del Todo-Mundo*, El Cobre Ediciones, España, 2006, p. 22.

entretrejida con el lugar donde fuimos bautizados, lo que nos dio nombre; llevamos la huella del paisaje que se pintó con los posos de café del desayuno, las infusiones de cedrón y el sabor del chilastle pegado al paladar. Entonces dije “mío” y ese paisaje bordado por mi abuela tuvo el sabor de una comida que reconozco como mía, no porque un letrero, placa, rótulo, anuncio, leyenda o título diga que es mía (“bienvenidos, comida mexicana”, a secas), sino porque cada día aprendí el sabor que habita el nombre de los ingredientes: maíz cacahuazintle, chilacayote, verdolagas, quelites. Bajo el peso de esa huella me reconozco en el tiempo, a mi manera, y me reconozco como parte de lo intraducible, inexpresable y profundamente íntimo.

También somos la huella del sonido, el eco de las oraciones y rezos que habita los lugares donde murieron nuestros seres queridos. Somos una larga huella de una violencia específica, particular, que ha caído sobre nuestro paisaje. Y somos la huella misma del paisaje. Cada persona es un paisaje que completa al otro. Somos paisaje alterándose indefinidamente.



Calle Maravillas, núm. 7512, Ciudad Juárez.

Cuestiones prácticas y verdades incómodas: pago trescientos cincuenta euros por una habitación, un precio baratísimo en comparación con lo que en realidad cuesta rentar una habitación en un departamento compartido en Barcelona: entre cuatrocientos cincuenta y setecientos cincuenta euros más servicios. Gasto doscientos euros al mes en comida, esto es, cincuenta a la semana, monto que también incluye el transporte. Destino cincuenta euros al mes para las necesidades del gato. Ni el gato ni yo nos podemos enfermar. No podemos ni pensar en ir a México.

¿De dónde voy a sacar seiscientos euros al mes si no puedo trabajar porque no tengo papeles?

Hay una fuerte demanda de expansión de los Estados colonialistas. Tal demanda exige romper nuestros lazos comunitarios, separar a las personas, aislarlas. Es más fácil explotar un territorio cuando la gente está ocupada peleando contra un enemigo invisible. Es más fácil expandir las garras coloniales cuando se criminaliza a los individuos vulnerables: en el proyecto colonialista, los estereotipos y la pornomiseria son una excusa para que los autodenominados civilizadores puedan intervenir con políticas públicas que controlan la vida y la muerte (necropolítica) de estas “pobres almas en desgracia”.

Así pues, he aquí dos partes de un todo: el destino del migrante está unido a la destrucción colonial. No se puede entender el trauma de la migración sin entender primero (y realmente visibilizar) la violencia del colonizador.

Cafetería en Joaquín Costa y Ferlandina

Un café lleno de migrantes:
¿quién compra, quién atiende,
quién escucha, quién observa?
¿Quién come a solas con la música
íntima sonando en su celular?

¿Quién cruza los brazos con la mirada perdida, triste?
 ¿Quién canta? ¿Quién se conecta a la videollamada para engañar distancias y husos horarios?
 “Entran a un café
 un argentino, un marroquí,
 una mexicana y un gringo.”
 Así empieza el chiste, pero no hay manera de seguir.
 En el café, las cosas sólo suceden con inercia pacífica:
 una mujer puertorriqueña
 prepara un capuchino
 mientras salen a la calle
 un sevillano, un senegalés,
 un coreano y dos italianas.
 Al final, hermano, ¿cómo se va a llamar la obra?

Algo tiene que ver la capacidad de asombro con entrar en relación con el mundo: si no te maravilla el crecimiento de las hierbas a tu alrededor, la palabra con la que nombras a la lluvia en tu idioma, la habilidad humana de crear, en su diminuta muestra cotidiana, o la modorra en la paz de los felinos, ¿por qué debería asombrarte el Coliseo romano, la Catedral de San Pedro o la Columna de Trajano?

La colonización va de la mano con el genocidio. Así lo han atestiguado bajo regímenes de terror las culturas originarias de Abya Yala, pasando por la destrucción sostenida por los colonizadores europeos en África, hasta nuestros días con el horror cometido en la franja de Gaza, en Palestina.

Antes de irme de México, mi maestro Xhevdet falleció. Durante el tiempo que he estado en Barcelona han muerto dos tíos a los que quería mucho (Francisco y Rafael), mi amado amigo Javier Elizondo y mi abuelito Hermenegildo. Han muerto, además, otros maestros y personas cercanas de las que me hubiera gustado

despedirme o compartir el duelo con otros que también los quisieron.

En ningún momento he podido regresar a México desde que me fui, en 2022.

Primero, no tenía papeles. Luego, durante el trámite de la tarjeta de residencia comunitaria, no podía salir. Por último, ahora que ya tengo papeles, no tengo dinero. No me puedo costear un viaje y no sé hasta cuándo podré regresar. Sigo llorando a mis muertos desde lejos.

Creo que esto ha sido lo más difícil del proceso de migración: no poder abrazar a las personas y luego saber que ya nunca las volverás a abrazar, que no estuviste ahí, que las perdiste. Al mismo tiempo, mis queridos padres se hacen mayores con cada año que pasa y siento que me pierdo un cachito importante de vida.

Extraño a mis amigas, extraño a mi familia, extraño mi pequeño mundo. Parece una contradicción que mi cerebro apenas puede balbucear, pero tengo una sola certeza: quiero vivir aquí porque es donde encontré el paisaje en el que deseo entretejer mis raíces.

Consideré escribir más sobre mi situación y quizás algunas anécdotas, pero fuera de lo que está aquí, no quiero compartir un proceso por el que apenas estoy atravesando. Prefiero hablar de los migrantes que mueren en el mar Mediterráneo.

¿Sabes? Un día reclamarán los valles y las montañas. La resurrección vendrá como una espesa niebla, dejando ciegos a los parientes de Ovando.

Lo he visto: la piel de los migrantes resplandecía al sol con la sal reseca sobre sus brazos, sus pies y sus mejillas. Moviéndose juntos, reclamarán el pago completo que les debemos.

Y es que, en serio y aún con todo el drama, puedo decir que he tenido mucha suerte. Pero eso no importa. Si la he tenido, debo entregarme a guardar en la memoria de mis palabras a quienes mueren



Un llavero visor con una fotografía de la calle Maravillas, núm. 7512, Ciudad Juárez.

cada día intentando cruzar una frontera: las políticas públicas aplicadas para dizque controlar el flujo de las personas migrantes son racistas, clasistas y tienen una base de opresión que deshumaniza, castiga, criminaliza e instrumentaliza el relato migratorio.

Quien no siente el trauma de migrar al menos como una breve punzada a su identidad, es porque no está migrando. Sólo se mueve de país con su mismo paisaje, sus mismas comodidades decadentes y sus mismos privilegios.

Migrar resquebraja partes de la identidad, al tiempo que nos exige reforzarla, para sobrevivir, desde otra perspectiva.

Final Statement. Todas las personas nacemos libres, con la potencia infinita de la creación y la destrucción. *Mr. President, stop abusing migrants. Take your hands*

off my little brothers and my little sisters. Nadie nace ilegal. Nadie es ilegal. Mis ancestros han dicho: espera, los imperios también se derrumban.

Desde mi silla de plástico en el balcón, el mundo parece plano, pero no lo es. Contemplo el horizonte intuyendo lo que hay detrás de él. Aprendo la lengua del colonizador para estudiarlo. A éste, mi nuevo mundo, lo acepto en su agreste llanura. JM

ALAÍDE VENTURA MEDINA

amarra/miento

houston, yo te ato:
que amanezcas sin autos
que las gasolineras
se vuelvan panaderías
que el ganado anarquizado invada las autopistas
y sus montañas de estiércol
desde lejos parezcan conchas
mejor: que se vuelvan conchas
que se las coman los mosquitos carbívoros
caquíferos popocénicos
alcalinos mosquitos del sueño
de la fruta prohibida.

houston, yo te ato:
que las aves no emigren
o que vuelvan hablando español
cucurrucú palomita
la jaula de oro es prisión, no llores
que el idioma oficial sea el de las loras
lorito lorito y los pollitos
pío cuando tienen hambre
pío cuando tienen frío.

houston, yo te ato:
que las oficinas sean las playas
que las playas sean las casas
que las casas no sean las calles
(que te calles)
que el frío no queme
que el asfalto no transpire
que la estrella de tu bandera sea un sol
solitario solanáceo sol
asombroso sol asombrado
veinte grados bajo un árbol
veinte grados de separación entre los dos.

houston, yo te ato:
que se prohíba el beige para los edificios
para los pantalones
para los expedientes
para todo
¡prohibido el beige!
prohibidos también los pugs
los coyotes bípedos
las grasas saturadas
los vapeadores

la policía
sobre todo la policía.

houston, yo te ato
al lugar que te corresponde
para que no puedas hacer ningún mall
de palabra de omisión de intención de interacción de nación de portación
de arma de fuego
fuego de manos
trr trr trr
es de villanos.

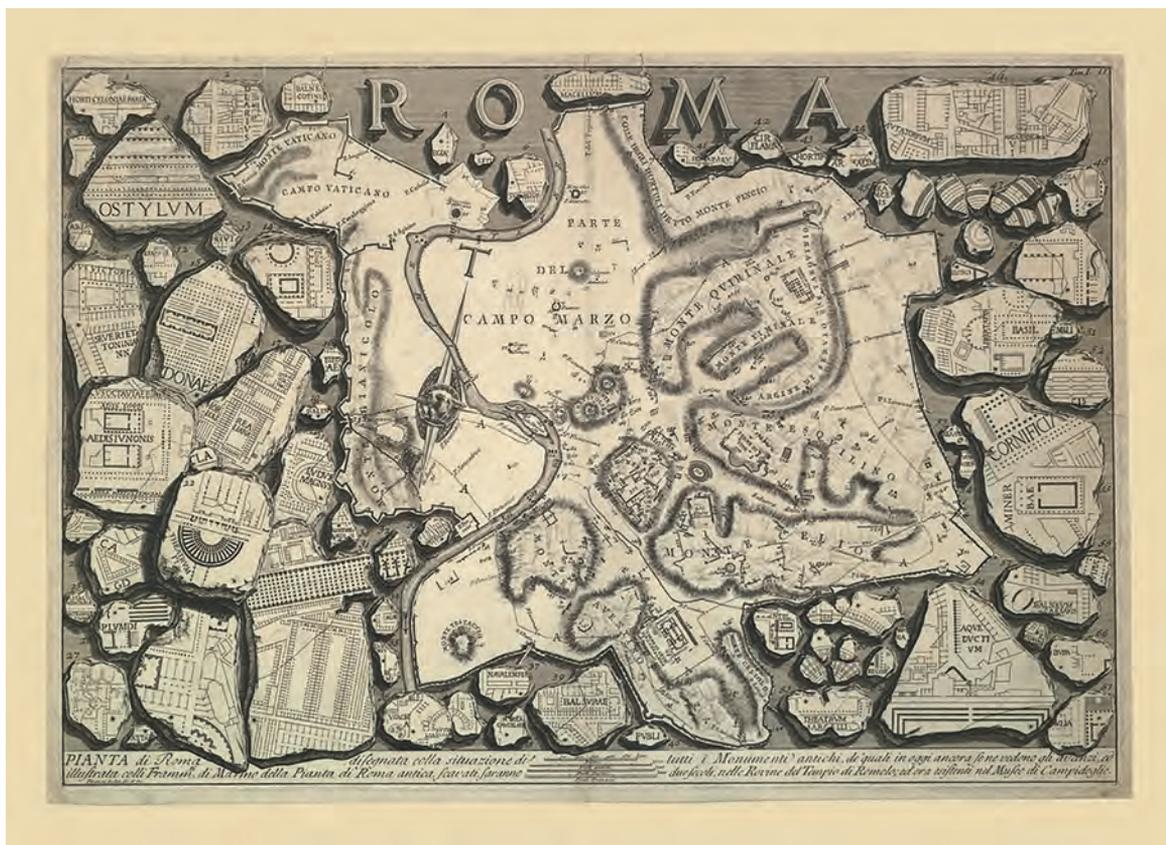
te ato, porque si
no
te mato
(me ataranto).

houston, yo te ato: te desarmo,
que tus rifles sean globos de payaso
un moño
un perrito coquette
houston, te ato singularmente
pluralmente
cisgenéricamente
suprema y cortésmente
te ato con mis trompas de falopio
te ato con lentejuela
te ato con chorizo de puerco
te ato con trenzas de mi propio pelo
te ato (le) con el dedo
para que no hagas daño
para que no hagas desangramientos
ato tus ríos y tus puertos
tus huertos y tus patios traseros
houston, ato tus mares para que no se levanten
ato tus cielos para que no se atraganten
ato la nube para que se caiga
que tus bayous sean de agua de jamaica
y que llueva una vez al mes
máximo
un poquito
máximo otra vez
y para que flote mi barquito
in va de retro houston
va de nuez.

RAQUEL BARRAGÁN ARROCHE

Las migraciones de la burla: de los clásicos al Barroco

Las palabras con sus sonidos migran como aves a otras geografías lingüísticas cambiando significados o manteniéndolos. Como es bien sabido, el latín migró con sus parvadas de palabras a las lenguas romances en las que mudaron de plumas y colores. No por nada la retórica (o la elocuencia) se simbolizaba con un ave parlera (el papagayo), para bien o para mal, desde los clásicos (Cicerón) hasta los siglos XVI y XVII (así en la *Iconología* de Cesare Ripa). Muchas veces, pensar en cómo cada lengua nombra fenómenos humanos, y seguir su rastro en la oralidad y la escritura, es trazar



Giovanni Battista Piranesi, "Plano de Roma", de la serie *Las antigüedades romanas*, ca. 1756. Metropolitan Museum of Art ©.

recorridos, vuelos, en los que se unen términos y conceptos desde distintos espacios geográficos y puntos de articulación de la lengua. En ese sentido, la risa, como un fenómeno propiamente humano que pertenece al único animal que ríe, según Aristóteles, se ha enjaulado, cual ave, en palabras que la designan. Este aspecto nos lleva a preguntarnos cómo se ha nombrado y acotado un impulso fisiológico que se provoca y se percibe con la vista, el oído e, incluso, el tacto. Trataré, por tanto, de espigar los términos y conceptos que migraron y definieron su tipología y función hasta los siglos XVI y XVII.

Pero vayamos un poco más atrás. Hay que recordar que en la literatura griega, concretamente en la *Odisea*, "mover a risa" se percibía como una suerte de artificio, pues se relacionaba, por ejemplo, con aquella risa inextinguible que Hefesto, el demiurgo por antonomasia, logra provocar en los dioses con una red casi invisible que enlaza a los desnudos

amantes, Afrodita y Ares, encontrados en adulterio.¹ Hefesto coloca, con ingenio, las cuerdas pertinentes para burlarlos y causar así la risa divina antes de que él fuera burlado como cornudo. Más allá de esta anécdota que se cuenta en la obra como si las palabras formaran esa malla, cuyos hilos muestran las coordenadas de lo ridículo, vale la pena recordar que Aristóteles, siglos más tarde, nombraría a los demiurgos de la risa como *eutrapeloi*, aquellos hombres libres e ingeniosos que sabían *girar*, *cambiar*, y pasar de lo serio a lo risible. Pero lo más importante es que ellos eran los que poseían el arte de la ironía, una risa para divertimento propio y vinculada a la retórica. De ahí que para los griegos, de acuerdo con Antonio López Eire, existieran tres verbos, cuyo significado iba de lo positivo a lo negativo: *γελᾶω* (reír), *μειδιάω* (sonreír) y *καχάζω*

1 Homero, *Odisea*, José Manuel Pabón (tr.), Madrid, Gredos, VIII, p. 326.



Stefano Bonsignori, *La Spagna*, 1577. Palazzo Vecchio ©.

(carcajearse).² El primero se relaciona con el verbo del griego antiguo γελάω, que significa brillar o centellar. El último, como onomatopeya, estaba relacionado con el sonido y la estridencia de una risa que pertenecía más a los bufones.

La risa, al considerarse una suerte de ave peligrosa o subversiva, fue metida en una red de preceptos y definiciones —tal vez como la de Hefesto— desde la *Retórica* aristotélica (ca. 329-323 a. C.), pasando por *De oratore* de Cicerón (55 a. C.) hasta la *Institutio oratoria* de Quintiliano (ca. 88). Estos tratados, a su vez, formaron parte de los manuales renacentistas aristotélicos, tanto en Italia como en España. Cicerón discurrió sobre la risa y lo ridículo en el segundo libro de su obra a partir de su carácter provechoso, pues ésta le otorga cierta benevolencia al orador, causa admiración por la agudeza y quebranta al adversario. Además, definió lo ridículo como aquello que se contenía en lo deforme y feo, siempre y cuando no causara dolor a nadie. Es decir, no era una risa para la humillación de personas desvalidas o con algún defecto físico, sino más bien aludía a la máscara cómica contrahecha de la que era lícito reír. Al igual que Aristóteles, Cicerón se separó de los mimos (*mimi*) y los bufones (*scurræ*) y otorgó a los oradores, como hombres libres, la única clase de risa útil.

2 “Les mots pour exprimer l’idée de ‘rire’ en grec ancien”, en Marie-Laurence Desclos (ed.), *Le rire des grecs. Anthropologie du rire en Grèce ancienne*, Jérôme Millon, Grenoble, 2000, pp. 13-43.

En este sentido, en un pasaje del discurso *Contra Verres*, opone dos términos para el acto de reír, *ridere et cachinnare*, el primero con un sentido positivo y el segundo con uno negativo dada la onomatopeya. El *Diccionario de Autoridades* señala que nuestra onomatopeya (carcajada) pudo haber sido una migración del sonido del griego o del latín, pero después descarta el parentesco y la vuelve voz arábiga como si se tratara de un conjunto de haches aspiradas. Sea como fuere, en los tres primeros casos hay un sonido oclusivo en común que no ha podido ser atrapado en esa red de preceptos. Curiosamente, las representaciones escritas actuales de la risa en las lenguas romances van del sonido de la ‘h’ aspirada —jajajajajaja— a la oclusión de la ‘k’ —kakakakaka—, por ejemplo, del portugués.

La risa deja de ser un elemento inabismable y se convierte en un artificio retórico, cuyas redes afinará Quintiliano, pues en su *Institutio oratoria* clasifica y sistematiza los usos de lo risible o ridículo en sus distintas realizaciones léxicas (*facetiae, sal, ridiculum, risus, dicacitas, venustas, urbanitas, lepos, iocus, hilaritas*, etc.) que servirán a la posteridad como paradigma para hablar de esos temas relacionándolos con el sentido ético, el ingenio y la dignidad del orador. Para el Renacimiento y el Barroco la figura del orador queda encarnada en el *homo doctus et homo facetus* que se representa en la figura del cortesano que sabe girar como los *eutrapelos* y busca deleitar a los huéspedes con una conversación llena de sal. En este sentido, vale la pena poner atención en lo que Alonso López Pinciano refiere sobre la risa y su léxico en el primer tratado aristotélico del siglo XVI en castellano, *Philosophía antigua poética* (1596), representado por medio del diálogo entre cortesanos.³

Dichos personajes dejan claro que reír es un acto de la enunciación, por lo

3 Tomaré las referencias de Alonso López Pinciano, *Philosophía antigua poética*, t. 2, Alfredo Carballo Picazo (ed.), CSIC, Madrid, 1953.

que se debe reparar en los términos que componen el léxico de la risa, que oscilan entre lo popular y lo culto. Se describe lo ‘ridículo’ a la manera de Cicerón, arriba referida, pero también comparte significado con ‘risueño’, ‘faceto’, ‘gracia’, ‘sales’, ‘gustoso’ y ‘donoso’. El primero de ellos indica una apropiación del término latino *risus* y su primera aparición en el ámbito castellano —como puede apreciarse en el Corpus Diacrónico del Español (CORDE)—. El tercero, junto con ‘donaire’, se define como la capacidad de mover a risa y un ‘don’ (*donum*) que se tiene de forma innata, sin embargo, la búsqueda del deleite a partir del ‘gusto’ es lo que propone una supeditación a la práctica para convertirla en un arte. También aparecen los vocablos castellanizados de ‘urbano’ y ‘venusto’, que no *crían* risa, según López Pinciano. De los términos populares, se mencionan: ‘gracioso’ y ‘pulla’; éste último se trae a colación a propósito de la anécdota según la cual el afamado poeta Boscán dejó escapar una flatulencia; significa una suerte de dicho agudo y picante que se daba en respuesta a alguna burla.

Pero el que resulta más relevante para el objeto de este escrito es el término coloquial de ‘burla’, ya que aparece vinculado al sentido negativo de engaño, pero también presenta un sentido positivo. Curiosamente ‘burla’, con esta doble naturaleza, no alcanza a derivar en su adjetivo (‘burlesco’) en estos tratados.



Stefano Bonsignori, *L'Italia*, 1578. Palazzo Vecchio ©.

No obstante, hay indicadores semánticos que muestran la importancia paulatina que adquiere el sustantivo, lo que propiciará la adjetivación. En los diccionarios del siglo XVI, se observa cómo el sentido positivo de ‘burla’ parece casi imponerse al negativo del que se origina, pero finalmente ambos permanecen oscilantes; por ejemplo, Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana* (1611), describe de entrada la relación etimológica del término con ‘burrula’ —cosa vil y de poco precio—, pero después lo vincula con “donaire”, designación que alude a cierta elegancia; líneas más adelante, ejemplifica la burla con un epigrama de Marcial, un escritor clásico, con lo que le otorga un matiz más elevado al término. Esto, a su vez, repercute en la presentación de las siguientes derivaciones:

Burla, puede ser vocablo francés, corrompido de *bourde*, que vale mentira jocosa. Ronsard en sus poemas tom. 3 fol. 55 [...]. Echarlo en burlas, disimular lo que en un colérico sería ocasión bastante para reñir. No saber de burlas, ser hombre severo, o poco de palacio, o arriscado. Burla pesada, la que es perjudicial y con daño de la persona a quien se hace [...]. Burlón, el que es amigo de burlarse con otros pero sin perjuicio. Burlador, el engañador mentiroso, fementido, perjudicial.

De entrada, Covarrubias expone los matices inocuos de ‘burla’, cuando se suaviza el significado de ‘mentira’ con el calificativo de ‘jocosa’, uniéndolo al sentido de lo que entendemos ahora como ‘broma’. También alude a la carga semántica de ‘disimulación’, pero lo más significativo es el giro que da al término cuando define que el que no sabe de burlas es porque no es cortesano y más bien es rústico. Este cambio semántico se vuelve contundente con el adjetivo ‘pesada’, pues el término, siendo ya positivo, necesita un cariz negativo, porque no provo-

ca daño. No obstante, el término ‘burlador’, con el que cierra esta entrada nos remite al sentido religioso de los burladores como pecadores. El ejemplo por antonomasia, desde la Edad Media, viene del libro de los Reyes, en el que se relata cómo un oso devora a unos niños burladores por haberse mofado de la calvicie del profeta Elías.⁴

La risa pasa de ser indefinida a definida, de natural a artificial, de locura a razón, de inefable a lenguaje y de ociosa a útil, categorías siempre unidas —y a la vez oscilantes— por una realización semántica apostada en los derroteros del ser y el parecer. Estos binomios adquieren otro matiz a la luz de un concepto de gran relevancia en la época y referido por Covarrubias: el de ‘disimulación’, el cual conlleva que el cortesano pase, gire (εὐτραπείλια), de la gravedad a lo risible, como si con un simple movimiento cambiara de mueca o de máscara para divertirse y deleitar a los demás. La ‘disimulación’ en sí presenta un sentido de engaño, de ocultamiento de la verdad, de ambigüedad, pero nunca malintencionada, pues lo negativo de estos términos se redime desde la ‘discreción’ y ‘prudencia’ de toda acción lúdica orquestada en la corte.

Por lo demás, se sabe que el término ‘burlesco’ es un préstamo del italiano, cuya difusión en el ámbito literario hispánico se debió, según Rodrigo Cacho Casal, al florecimiento de la poesía italiana de Francesco Berni y sus seguidores, los bernescos, en cuyas obras aparecía el adjetivo *piacevole* o *burlesco*. También refiere cómo Lope, en su carta dirigida al duque de Sessa, asocia este marbete con la tradición italiana: “uno de los estilos del formulario italiano se llama *burlesco*”.⁵ Este hecho permite ver cómo el término se traslada de la oralidad a la escritura. Por otro lado, entre las migraciones del término, una búsqueda en el CORDE,

en 2019, nos muestra que hay una mayor presencia de dicho adjetivo dentro del género lírico en los siglos XVI y XVII, esto es, un 65% más que en otros géneros literarios. Curiosamente, la definición de ‘burlesco’ que aparece en el *Diccionario de Autoridades* (1726-1739) va de alguna manera por esos derroteros:

Equivale a jocoso, lleno de chanzas, chistes y graciosidades. Comúnmente se dice y apropia a los escritos que tratan las cosas en estilo jocoso y gracioso: y así se llaman comedias, romances, sonetos burlescos, aquellos en que las materias se tratan por modo jocoso y festivo.

Se observa que el término está vinculado al ámbito literario, pues califica un tipo de poesía de cierta métrica (romance y soneto) y el teatro. Asimismo, se convierte en sinónimo de términos inocuos (jocoso, festivo, chistes, chanzas...) al punto que parece intercambiar significado con el concepto de ‘ridículo’ en su sentido más neutral —lo risible—, tal como lo definieron los clásicos y los teóricos renacentistas.

Otro testimonio de la imperiosa necesidad del adjetivo y su admisión en el mundo editorial se encuentra en la descripción que Jusepe Antonio González de Salas hace del contenido de la sección “Thalia Musa VI” del *Parnaso español* de Quevedo: “Canta poesías jocosas que llamó burlescas el autor; esto es, descripciones graciosas, sucesos de donaire y censuras satíricas de culpables costumbres, cuyo estilo es todo templado de burlas y veras”. El editor deja así constancia, por si existían dudas, de qué era lo burlesco para Quevedo, pero su definición no sólo interesa por la preferencia que muestra, sino porque también permite ver que, efectivamente, lo burlesco adquirió un significado neutral que agrupaba las categorías de lo risible —aceptadas en las preceptivas renacentistas— dentro de un equilibrio o una agradable

4 2 Reyes 2:23.

5 “La poesía burlesca del Siglo de Oro y sus modelos italianos”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, vol. 51, núm. 2, 2003, p. 468.

medianía, razón por la que alude a un estilo ‘templado’ (burlas y veras) que se correspondía, a su vez, con lo jocoserio. Así, de manera paralela al proceso de aceptación del léxico de la risa que tiene su culmen en “lo burlesco”, contemplamos un proceso de canonización del mismo en la literatura. Años más tarde, este adjetivo también aparecerá del otro lado del Atlántico en los ovillejos de sor Juana: “¿Qué apostamos que ahora piensan todos,/ que he perdido los modos/ del estilo burlesco,/ pues que ya por los cielos encarezco?”⁶

La definición de este término como ‘estilo’ se convierte, por tanto, en un periplo que vuelve a los derroteros de la retórica, pues apela a la correcta elocu-

ción que depende del ingenio de cada poeta: dicción, vocabulario y figuras oportunas que se entrelazan para provocar la risa. Por tanto, se trata de una red o artificio hefestiano —si se vale la expresión— cuyos hilos tejieron y anudaron sus palabras para atrapar esa risa desmesurada en un léxico cuyas coordenadas y resignificaciones migraron a una poesía burlesca que tuvo amplia recepción en los siglos XVI y XVII. **AM**

6 Sor Juana Inés de la Cruz, *Obras completas. Lírica personal*, t. 1, Antonio Alatorre (ed., introd. y notas), FCE, México, 2009, p. 471.

Buena parte de este trabajo proviene de mi libro *Ovidio y Marcial en la risa de la poesía burlesca del Siglo de Oro: preceptiva, estilos y motivos*, Programa Editorial de la Coordinación de Humanidades, UNAM, México, 2020.



Jodocus Hondius, *America noviter delineata*, ca. 1640. Library of Congress ©.

VERÓNICA GONZÁLEZ LAPORTE

Esclavos del oro verde: los migrantes coreanos en Yucatán

En los primeros años del siglo XX, más de mil coreanos dejaron su península natal para trabajar en las haciendas de otra península. Yucatán, uno de los estados más ricos del México porfirista gracias a la producción de henequén, les reservaba una vida mucho más dura de la que imaginaban.

Mérida era una ciudad bien trazada y pavimentada. Los tranvías circulaban a la luz de los faroles eléctricos. Las casas blancas con numeración presumían muebles de factura europea y patios bañados de sol, rodeados de helechos. En aquel ombligo político y

Imágenes de migrantes coreanos en Yucatán, *ca.* 1909-1940, del estudio Fotografía Guerra. Cortesía de la Fototeca Pedro Guerra, Facultad de Ciencias Antropológicas, Universidad Autónoma de Yucatán.



social, de aspiraciones independentistas, se paseaban rollizos hacendados vestidos de lino claro y panamá ladeado con puro fino en la boca. No olvidaban el pasado reciente, cuando los mayas se habían alzado para defender sus tierras, consideradas por esta clase alta, muy convenientemente, terrenos baldíos. La llamada “guerra de Castas” (1847-1901) fue una cruenta guerra civil que duró más de medio siglo.

El henequén o sisal, fibra apreciada por su calidad y su alta resistencia, inundaba la península. Su producción superaba las cien mil toneladas al año y reemplazaba otros cultivos, como el maíz, el algodón y el chicle. Las travesías comerciales se desarrollaban a gran escala y requerían de navíos con cuerdas de henequén; también las usaba la industria agrícola en los Estados Unidos, que pronto se convertiría en su mayor consumidor.¹ Para responder a la demanda,

1 Sandra Kuntz Ficker, “El henequén y otras fibras duras”, en *Las exportaciones mexicanas*

los hacendados se endeudaron con los bancos e importaron modernas máquinas desfibradoras a vapor, así como prensas y calderas.² El periodista estadounidense John Kenneth Turner relató que sus propiedades, donde vivían entre quinientas y dos mil quinientas personas, eran tan extensas que se recorrían en *truc* o *decauville*, un carro de madera sobre rieles.

En 1911 Turner publicó el libro que condensaba los artículos que escribió en 1909 y en los que describió las condiciones de vida de unos cien mil indígenas mayas al servicio de cincuenta henequeneros. En su *México bárbaro* no dudó en calificarlos de “esclavos”: hombres comprados y vendidos, incluso a Cuba, cuan-

durante la primera globalización (1870-1929), El Colegio de México, Ciudad de México, 2010, pp. 236-290.

2 Rodolfo Canto Sáenz, *Del henequén a las maquiladoras: la política industrial en Yucatán, 1984-2001*, Instituto Nacional de Administración Pública, Universidad Autónoma de Yucatán, México, 2001.

do protestaban demasiado.³ Las autoridades, hacendados a su vez o cómplices de éstos, se encargaban de perseguir a los que intentaban huir del “servicio forzoso por deudas”. Desde el momento en que quedaba “enganchado”, el peón sólo podía aspirar a su libertad si pagaba su deuda, algo casi imposible de lograr. Ésta se heredaba a los hijos, quienes pasaban a ser propiedad de la hacienda apenas nacían.



Mano de obra barata para trabajar el sisal, había. Sin embargo, cada vez estaba más harta de los despojos y los maltratos, del derecho de pernada del patrón, del látigo con que el *mayacol* o capataz la azotaba en público con cualquier pretexto o de que la encerraran en calabozos. Tenía tendencia a escapar y a veces se le aplicaba la “ley fuga”, en cuyo caso se le disparaba a discreción, estuviera comprobado o no el intento de evasión. Para mantenerla siempre en la hacienda, para “acasillarla”, la tienda de raya se encargaba de endeudarla; centavo tras centavo le surtía lo necesario (comida, ropa, herramientas, alcohol o medicina) a precios hasta setenta por ciento más elevados. Un par de huaraches significaba varios meses de trabajo. Los peones eran, sobre todo, mayas, pero también había unos siete mil yaquis, que el maquiavélico Porfirio Díaz suministró puntualmente a

partir de 1902, como castigo por haberse rebelado, pues tuvieron la osadía de oponerse a quienes buscaban apoderarse de sus tierras en Sonora. Los yaquis eran vendidos a sesenta y cinco pesos por cabeza y dos tercios morían en el primer año.⁴ La esclavitud, oficialmente abolida con la Independencia, se mantenía *de facto*. Eran voraces los patrones, la “casta divina”, blancos, criollos, mestizos y extranjeros, respaldados por la Iglesia.⁵ Según ellos, los indígenas eran flojos e indolentes, por eso era necesario “limpiarlos”, golpearlos o torturarlos. El gobierno, atento a las quejas disfrazadas de paternalismo de los terratenientes, propició la apertura a trabajadores migrantes por medio de subsidios, a ver si éstos les resultaban más productivos.⁶

Los primeros jornaleros coreanos, hambrientos y preocupados por el destino de su país, hicieron cola frente a la oficina de la Compañía de Emigración Occidental, montada por John Meyers, traficante holandés nacionalizado británico y quien fue comisionado por la Junta de Inmigración de Yucatán para conseguir mano de obra en Asia.⁷ Había antecedentes: unos siete mil coreanos, contratados en su país por esta misma compañía, trabajaban en las plantaciones de caña de azúcar de Hawái e islas alejadas, recientemente anexadas por los Estados Unidos.

3 Victoria Novelo O., “Migraciones mayas y yucatecas a Cuba”, en *Dimensión Antropológica*, vol. 59, septiembre-diciembre, 2013, pp.127-146.

4 John Kenneth Turner, *México bárbaro*, Casa Editorial Boek, México, 2015.

5 La “casta divina”, élite de élites de origen criollo, dominó el ámbito político y económico de Yucatán durante el auge del henequén. Entonces en Mérida se concentraban más millonarios que en ninguna otra ciudad del mundo. Alrededor de mil haciendas, repartidas en millones de hectáreas, estaban en manos de unas doscientas familias que tenían parentesco entre sí. Treinta apellidos destacaban por su riqueza y su poder. Turner habló de los “cincuenta reyes del henequén”. El término, asociado a la gente rica y blanca, sigue presente en la península.

6 Sandra Kuntz Ficker, “El henequén y otras fibras duras”, *op. cit.*

7 Alfredo Romero Castilla, “La inmigración coreana a México: ayer y hoy”, *Ichan Tecolotl*, año 33, núm. 356. Versión en línea.

La península coreana ha sido históricamente codiciada y ocupada en diferentes momentos por chinos, mongoles y japoneses. Siempre se sintió un camarón entre dos ballenas. En 1897 el rey Gojong, el último de la dinastía Chosun, hizo del reino de Corea un imperio para dejar de rendir tributo a China, pero los japoneses buscaron apoderarse del territorio. El embajador nipón Miura Goro incluso comandó, en 1895, a un grupo de asesinos que violaron, apuñalaron y quemaron a la esposa de Gojong, la reina Min, quien había fungido como una reformadora política y defensora de la soberanía del breve imperio. La poderosa dinastía Chosun, confucionista y con cinco siglos de antigüedad, expiró a los pies de la bandera del Sol Naciente. Cuando en México estallaba la revolución, en 1910, Corea fue oficialmente anexada a Japón. La despiadada ocupación duraría hasta la capitulación de Japón al final de la Segunda Guerra Mundial, en 1945.

Antes de que Japón, por miedo a quedarse sin mano de obra, prohibiera a los coreanos emigrar, 1 033 almas se embarcaron con destino a México. Kim



Young-Ha rememora en la novela *Flor negra* (Panorama, 2021) esa travesía: en abril de 1905, en el puerto de Chemulpo, hoy llamado Incheon, 702 hombres, 135 mujeres y 196 niños se acomodaron como pudieron en las oscuras calas del buque de carga *Ilford*, de pabellón británico. Entonces Corea y México no tenían relaciones diplomáticas y el capitán John Meyers hizo lo necesario para conseguir pasaportes a sus pasajeros, también para hacerles creer, como afirma Alfredo Romero Castilla, que México formaba parte de los Estados Unidos. Corría el rumor de que serían tratados como esclavos, aun así el espejismo del Nuevo Mundo se apoderó de ellos. Ignoraban su condición de “enganchados”: el costo del viaje había sido absorbido por los ricos hacendados mexicanos. Entre quienes embarcaron estaban algunos antiguos militares despedidos por el ejército japonés y familias enteras en busca de un futuro en aquel país “con forma de estómago vacío”, como lo describe Young-ha.

Iban con la promesa de un salario diez veces mayor y un contrato de cuatro años, al cabo de los cuales quedarían libres, siempre y cuando saldaran una liquidación de cien pesos. Al menos en aquellas tierras donde siempre salía el sol, no se perderían las cosechas por las heladas. Tenían la intención de trabajar para ahorrar y marcharse a los Estados Unidos (toda similitud con la situación actual es mera coincidencia) o de volver a su pueblo natal y comprar un terrenito, pero se quedaron en las tierras calizas de Yucatán.

El viaje fue extenuante, tanto que varios murieron a bordo del *Ilford*. De Chemulpo a Salina Cruz en barco, luego a Coatzacoalcos en tren, en carguero hasta Progreso y de nuevo en tren a Mérida. Uno que otro llevaba dinero o joyas y logró saldar pronto sus deudas, los demás fueron distribuidos en treinta y dos haciendas. A los hombres les cortaron el pelo, recogido en una coleta, que solían dejar crecer desde su nacimiento. Se apoderaron a sí mismos, por ser trabajadores



del henequén, *aenikkaengs*.⁸ Hacían una comida al día, de pie: dos tortillas de maíz, una taza de frijol cocido y un plato de pescado seco. Engañaban el hambre con bolitas de nixtamal fermentado. A veces se comían el hongo que le salía al henequén, y los mayas, al verlos, se santiguaban. Cuando llegaba sandía a la tienda de raya, se precipitaban para hacer *kimchi* con la cáscara marinada en ajo y chile.

Turner describió que la campana del patio sonaba al cuarto para las cuatro de la madrugada y el trabajo en los campos de henequén empezaba de inmediato. Cortar las hojas, sólo doce por penca, para permitir un crecimiento óptimo durante tres meses. Limpiar la maleza. Quitar las espinas que perforaban la piel tierna de los neófitos. Formar hatos de cincuenta y acomodarlos en carretas jaladas por mulas. Una y otra vez. Hasta dos mil hojas en una jornada. Los coreanos pronto inventaron un guante para protegerse, pero las cuotas de los mayores eran tan altas que muchas veces la familia entera intervenía para ayudar al padre. Entre el polvo verde de los deshe-

chos de la fibra y el ruido constante de la máquina desfibradora, la faena terminaba hasta bien entrada la noche. Los niños y los enfermos recibían medio sueldo. El mayoral pagaba con fichas, marcadas con el logo de la hacienda. Un corte de maleza o “mecate de chapeo” correspondía a una medida, es decir, a una ficha. Los peones se colgaban al cuello las fichas agujereadas, así como en Corea y en China llevaban las monedas atadas al cinturón. El precio de una paca de sisal era de ocho centavos por libra; el sueldo anual de cada trabajador: 22.50 pesos.

Lejos de sus montañas, sus pinares y sus ríos, los migrantes buscaron adaptarse. Mantuvieron su lengua, incluso fundaron escuelas donde se impartían clases de *hangul*, la escritura coreana, cada sábado. Siempre atendían los códigos de los blancos, la “gente de vestido”, y de los indígenas que vestían de blanco, al igual que los campesinos coreanos. Todo esto es una mera coincidencia cultural. Las chozas mayas de barro seco de techos de palma eran iguales a las de su país: espacios reducidos donde vivían quienes tenían familia, en contraste con los inmensos dormitorios colectivos para solteros, sin ventanas y custodiados por

8 “Coreanos”, *Los que llegaron*, Canal Once, México, 2012.

hombres armados. En Corea también prevalecía un sistema donde algunas vidas no valían nada mientras que otras eran preciosas. Hasta ahí las similitudes. Aniquilaron sus esperanzas las plantas tropicales gigantes, las espinas del henequén, aquel tapete verde y plano hasta donde alcanzaba la vista y un calor que ellos hubieran asociado al del infierno si hubieran creído en él. No había ningún lugar donde escapar o refugiarse. Además, por orden del patrón, debían asistir a misa, celebrada en latín, idioma aún más incomprensible. Tenían que renunciar a sus ritos de cosecha, basados en el calendario lunar, y los dedicados a sus ancestros. Se otorgaba una compensación, en fichas, a quienes aceptaban bautizarse.

Fue a través de las cartas de un vendedor ambulante de *ginseng* que viajaba desde San Francisco que el imperio de Corea se enteró de la esclavitud que vivían sus compatriotas. Se quejaban de ser tratados como animales, sometidos al látigo mojado, que caía hasta veinte veces en la espalda desnuda. Algunos se habían suicidado. Relata Young-Ha que, ante estas acusaciones, el gobierno de Díaz respondió que debía haber un error, todos los trabajadores en Yucatán recibían muy buen trato.

En cuanto se liberaron de su contrato (fuera de sus deudas, nada les impedía hacerlo legalmente), algunos coreanos se dedicaron a la hojalatería. En Mérida se instalaron en los barrios de San Cristóbal y San Sebastián; más tarde fundarían un templo metodista y una sucursal de la Asociación Nacional Coreana de Norteamérica. Enviaron remesas a sus familias. Cuando los japoneses sofocaron un intento de independencia en Seúl, en 1919, perdieron la esperanza de volver a su tierra y dismantelaron las escuelas en su idioma. Occidentalizaron sus nombres. Al sol de hoy, en Corea, suelen escoger un nombre occidental en cuanto entran a la universidad para abrirse oportunidades en el mundo laboral. Cuando yo vivía allá, me preguntaban mi nom-

bre coreano; elegí “Bitna”, asociado a la luz y, por tanto, a mi primer nombre de pila. Con los años, los Ko, los Kim y los Cho se diluyeron entre los apellidos mayas y ya no se nos ocurre que puedan tener raíces asiáticas. Los hombres solteros de Chemulpo —la mayoría de los emigrados lo eran— se casaron con mujeres mayas.

Las relaciones diplomáticas entre México y Corea se establecieron en 1962. El gobierno coreano no reconoce la doble nacionalidad, pero otorgó un certificado a quienes pudieron comprobar que eran descendientes de los primeros migrantes. Las distintas asociaciones coreanas en Yucatán estiman que son entre cinco y siete mil.⁹ A pesar del mestizaje y de la asimilación cultural, buscan mantener sus raíces; muchos de ellos son trilingües: hablan español, coreano y maya. La Asociación de Coreanos en Mérida, la escuela de coreano y el Museo de la Inmigración Coreana reciben financiamiento de Corea.

Cerca de veinte mil coreanos viven actualmente en México. La Zona Rosa es Little Korea; Pesquería, Nuevo León, sede de una fábrica de autos Kia, es apodada “Pescorea”, y durante la construcción de la refinería de Dos Bocas, en Tabasco, se sirvió *kimchi* en la cafetería para complacer los nostálgicos paladares de los ingenieros coreanos. El 4 de mayo se celebra el Día del Inmigrante Coreano. En Yucatán no queda sino alguna hacienda-museo con desfibradoras oxidadas, una acotada producción de agaves, un bar Chemulpo y una avenida Corea. Como las semillas de la ceiba, los descendientes del *Ilford* esparcieron sus semillas. ∞

9 “Migración coreana a Yucatán”, disponible en el canal *Yucatán, tierra de maravillas*, 19 de noviembre de 2022.

ISABEL HION

De Cantón a Sinaloa: las distintas formas de pensarse semilla

El día en que Lucila se casó, llegó al altar sin zapatillas para que su altura no contrastara aún más con la de su futuro esposo, mi abuelo, un hijo de inmigrantes cantoneses quince años mayor que ella. Su primer hijo fue mi padre, quien durante algunos años fue el único en la familia “capaz de traspasar” el apellido paterno a la siguiente generación. Dicen que esto le ganó el trato de un semidios entre su abuela y sus tías durante los primeros años de su infancia: el reflejo pálido de una genealogía que, con la llegada de mi bisabuelo y mi bisabuela a México, se desharía y no dejaría rastro del otro

Obras artísticas de Chantal Peñalosa Fong. Fotografías de Ramiro Cháves. Cortesía de Proyectos Monclova.



Fotograma de Fong, 2023.

lado del mundo. Sucedió a inicios del siglo pasado. La historia de los Hion, hasta la fecha, ha sido un enigma que la vida no me ha querido revelar.

El apellido con el que mi bisabuelo llegó a México, junto con su recién esposa, era otro. El Hion fue un invento. Hasta hace un par de meses creí que mis bisabuelos habían venido a México huyendo de algo en China. Tras una vida de verdades a medias, descubrí que llegaron en su viaje de luna de miel y que no volvieron a su país porque estalló la guerra, intuyo que se trata de la Primera Guerra Mundial, pero como no sé en qué año nació mi abuelo (ni el mes ni el día), tampoco he logrado saber cuál fue el año exacto en que llegaron a América. Decidieron hacer vida en México porque no pudieron regresar a China.

Sé que llegaron a Sonora y de ahí se fueron a Sinaloa; para entonces, mi abuelo ya había nacido. Siempre olvido cuántos hombres eran en total, porque todos (excepto Ignacio, futuro esposo de Lucila) murieron a edad temprana. Quedaron él y cuatro mujeres. Mi nombre también viene de ahí. La primera Isabel fue la esposa de San Ki (desconozco si lo he escrito bien), mi bisabuelo, que mutó su nombre a Santiago. Ambos nombres, por costumbre, han pasado de genera-

ción en generación (en la última,afortunadamente, ya no). Elijo pensar que en esto se abre la oportunidad de un nuevo futuro “para la dinastía” (esas palabras usó mi abuela hasta el cansancio). ¿Qué dinastía? Sabrá.

Crecí en la cuna de la tambora, en un pueblo de sobra conocido porque aparece en el primer verso de “El sinaloense”. Crecí entre figuras de Buda, cruces católicas, vírgenes y animales del Año Nuevo chino. En casa se preparaban guisos que nadie más en el pueblo, salvo por otra familia de inmigrantes, sabía cocinar. Por el lado de mamá tengo una familia numerosa y ruidosa. Por el lado de papá son pocos, aman los libros y son medio estoicos de repente. Mi lado materno canta, baila, festeja y cuida la tierra. El lado paterno calla, lee, se aísla y observa; un yin yang constante, otro símbolo con el que me familiaricé desde niña.

Cuando todos los hijos de Santiago e Isabel murieron, excepto por mi abuelo, él se convirtió en una persona especial: el único que podía continuar con el apellido, al menos para eso le alcanzó a aquella visión patriarcal. Después nació mi padre, un primer hijo, y ese peso cayó en él. A mí me tocó otra narrativa. No tengo proyectado preservar mi apellido, pero sí me gusta compartir lo poco que sé so-



A Landscape with a River that Looks Like a Painting, 2023.

bre las pocas cosas que sé. El arte de la transmisión, lo llamaría George Steiner.

Ni siquiera conozco el día en que mi abuelo nació, porque las versiones se contradicen. Suena ridículo, pero, diría Kurt Vonnegut: es lo que es. Dicen que mi tía abuela Isabel regresó a Cantón, mucho después, a la región de donde eran mis bisabuelos. Según cuentan, no encontró a nadie que supiera de nuestra familia. No sé si inventarían su apellido para sobrevivir al prejuicio y la persecución que muchos inmigrantes chinos sufrieron en su tiempo y por los que desdibujaron sus nombres.

Me pregunto si la urgencia por preservar eso tenía una importancia más misteriosa, independientemente de cualquier fijación china tradicional. Me hubiera encantado preguntarle a mi abuelo, dicen que era un erudito, pero murió cuando papá tenía dieciséis años. Su acta de nacimiento, el misterio detrás de su nacionalidad (¿llegó a ser chino legalmente o sólo fue mexicano?), la vida que tuvo antes de conocer a mi abuela... todos sus documentos están perdidos en algún lugar, o ya no existen.

Crecí con una familia paterna bastante cínica, con afinidad por el humor negro, y una familia materna alegre, festiva y sencilla; gente de campo, donde también pasé mucho tiempo. Toda la vida me sentí más china que nortea: un mexi-

cano llora la muerte y luego la celebra, el chino la comprende y sigue con su vida. En China se tiende más al silencio, la previsión y el trabajo. Todos esos clichés que caen en chistes de mal gusto de repente se acercan a la realidad: lo cultural afecta lo personal, y como descendiente de inmigrantes reconozco la mezcla de culturas y narrativas que hay en mi psique y en mi ADN.

Tengo el recuerdo de mis tías abuelas como dos mujeres pequeñas y elitistas, hundidas en una fortuna que después perdieron. Elegían los garbanzos, los frijoles y los chícharos en el supermercado grano por grano, se lavaban las manos antes y después de bañarse, acumulaban riqueza y antigüedades, compartían poco: es lo que es. La austeridad y el pensamiento de monje de mi abuelo contrastó demasiado con el materialismo de sus hermanas.

El *Tao Te King* es una de las lecturas que más me han marcado. Aunque llegué adulta a ella, me hizo sentido por muchas maneras de ver las cosas que papá nos transmitió en casa. Existe una noción base en el pensamiento chino que es la aceptación, el no conflicto, la inevitable danza entre polos opuestos complementarios. El yin yang es su representación, y es un símbolo que he interiorizado desde pequeña. Existe la idea de luz y existe la idea de oscuridad, como existe el caos y existe el orden. La vida es todo lo que es posible en un solo momento, y todo es parte de lo mismo.

El maridaje entre los opuestos es una noción que en Oriente tienen bastante asimilada. El taoísmo afirma que nada es bueno ni malo: sólo es. Es la aceptación de que el brumoso fantasma de un código genético oriental existe pero no importa. Que detrás de todo esto mi sangre es tan sangre como la de cualquiera, que soy mortal (que lo somos), y que ojalá disminuyera nuestra ceguera como individuos y colectivo para saber ver más allá de lo que creemos que es el mundo o cómo debería ser y más allá de lo que creemos que nos hace diferentes o nos separa.

Pienso en todo eso mientras recuerdo las celebraciones del Año Nuevo chino con la comunidad china; las mesas están hasta el tope de comida, todas las personas, a excepción de mi familia, hablan cantonés. Las porciones de guisos son enormes, hay platos con fideos y arroz que son, para mí, lo más parecido a la felicidad, el pan de arroz al vapor relleno de frijol dulce me sabe a infancia, hay dragones por todo el lugar, se entregan sobres rojos con dinero, la gente no deja de comer y hablar, y la comida no deja de llegar a las mesas. Estamos en un restaurante que abrió otra familia de inmigrantes. Todos a nuestro alrededor tienen sus restaurantes o trabajan en alguno; viven con poco, ahorran y trabajan mucho, se ayudan entre sí, y después prosperan sin dejar de trabajar.

De niña sólo pensaba en la cultura diluida que heredé; en el elitismo de mis bisabuelos, que contrastó con el pensamiento de su hijo, que opinaba diferente; que todas las personas somos iguales, que necesitamos educarnos, trabajar en conjunto, apoyarnos y comprendernos mejor. Mi abuelo, el eterno filósofo, encontró similitud en una sinaloense amante de la libertad y el conocimiento, se casaron, se volvieron una pareja de activistas, y ahora estoy aquí, preguntándome

qué tan inevitable es la genética y por qué me causa tanto escozor la idea del “otro” si, para mí, todos somos lo mismo y por ahí habría que empezar.

El elixir genético que soy está compuesto por el extracto de un árbol genealógico tan diverso como misterioso, igual que el de cada ser humano. Desde ahí, considero, todas las personas somos lo mismo. Eso también lo aprendí de papá. Lo que conocemos e ignoramos como mundo es mucho más que nuestro proceso de asimilaciones. China no es nada más las fábricas inmensas, las ciudades infinitas y la brutal tecnología que la envuelve, pienso a veces, mientras pongo incienso de sándalo en mi casa. No es nada más el autoritarismo, la colectividad y la disciplina con los que la cultura occidental osa verla y encasillarla. Tampoco es nada más sus templos, su medicina ancestral, sus prácticas marciales y su espiritualidad milenaria.

Alguna vez quise tramitar mi nacionalidad como nieta de cantonés, pero incluso esos papeles han desaparecido. Me pregunté si me beneficiaría más tener la nacionalidad china, pero en México no es posible (o eso he sabido) sin renunciar a mi nacionalidad mexicana, y eso no va a suceder. Aquella decisión me reveló que podré ser china en muchas cosas, pero también soy mexicana. Y que si me fuera a mis ancestros mexicanos, probablemente llegue a lo yaqui o yoreme. No lo sé; ¿acaso importa?

Contrario a lo que se pensaría, mi abuelo nunca quiso enseñar cantonés a sus hijos e hijas —lo consideraba algo innecesario—, de tal manera que nadie en la familia después de su generación lo aprendió. Las comunidades chinas son muy cerradas, así que el mestizaje tampoco sucedió mucho, a diferencia de lo que pasó con los inmigrantes de otros países en Sinaloa. Mi abuelo y dos de sus hermanas fueron de las pocas excepciones. En primaria conocí a otra nieta de chino y mexicana, que tampoco tuvo relación con su abuelo porque murió a edad temprana. Al día de hoy es la única ami-



Crowded Places, 2023.



Fotograma de *Fong*, 2023. Cortesía de Proyectos Monclova.

ga de mi pueblo que aún conservo, aunque jamás pensé en ella como otra descendiente de cantonés. Tal vez porque nunca dejé de sentirme sola en medio de esa conversación cultural y genética. En los festejos de Año Nuevo chino, nosotros (mi abuela, mi papá, mi mamá y mi hermano) éramos los invitados especiales: todos hablaban cantonés porque la mayoría no sabía hablar otro idioma. Y de no ser por Tom, Li Su, Meri y Chun, los amigos que nos introdujeron a aquella pequeña comunidad, no habríamos estado ahí.

Sucedió cuando comenzaba la preparatoria. Mi abuela descubrió un pequeño restaurante chino nuevo en el pueblo. Se presentó con los dueños, una pareja de cantoneses con una hija y un hijo un poco mayores que yo, Meri y Chun, y que hablaban español. Su padre y su madre, Tom y Li Su, no sabían casi nada de nuestro idioma. Mi abuela les contó que su esposo nació en México pero que fue hijo de cantoneses. Tom y Li Su se mostraron escépticos y preguntaron por el apellido original de su esposo. Al saberlo sacaron —así lo contó ella— un libro viejo y grande, donde venía una relación de apellidos por regiones de China. Todo cambió cuando encontraron el apellido de mi bisabuelo. Mi papá se convirtió en un puente entre ellos y cualquier cosa que necesitaran del pueblo, sobre todo por

la vulnerabilidad de esta pareja que no sabía nada de español. Este intercambio terminó por crear una relación cercana entre ambas familias; los vimos expandirse, poner más restaurantes, traer familiares de China para apoyarlos en sus negocios, vimos a Chun y Meri casarse y tener sus hijos, pero siempre eran ellos y el mundo aparte, sin mezclarse con nadie.

Durante ese tiempo el pueblo experimentó una ola de inmigración que nadie veía venir. Con la apertura de algunas fábricas llegaron muchos trabajadores chinos que se asentaron mientras operaron las maquilas, y esto fue todo un fenómeno para un lugar tan pequeño como el de donde soy. Todas las personas se conocen entre sí, por lo que ver gente de otro país por las calles y en el supermercado fue la novedad. Después se hicieron a la idea de que estarían ahí por bastante tiempo y se convirtieron en parte de lo cotidiano.

Con los años las fábricas fueron cerrando, hasta que no quedó abierta ninguna, y los emigrados dejaron de verse por las calles. Seguramente hubo quienes decidieron quedarse, como sucedió en tiempos de mis bisabuelos, pero hasta la fecha no he sabido de una comunidad chinoense activa en Sinaloa. Como dije, la suya es una cultura muy cerrada que sólo de manera extraordinaria se abre con los extranjeros, o al menos ésa fue

siempre mi experiencia. Desconozco si hoy son más receptivos —quiero creer que sí—; en mi generación no parecía haber mucho mestizaje.

Como no conocí a mi abuelo y tuve poco contacto con su cultura, el choque no fue tan grande para mí, como imagino que sí lo fue para mi papá. Ha de ser difícil, pienso constantemente, nacer a finales de los cincuenta e inicios de los sesenta, en un pueblo en medio de la nada, con una parte de tu familia educándote bajo códigos de conducta y pensamiento tan diferentes a los de tu sociedad cercana. Mi municipio, además, jamás fue famoso por ser hogar de migrantes orientales, como sí lo fueron Mexicali y Morcorito, otro municipio sinaloense, que se quedó con la fama de tener una excelente comida china (cosa que es verdad). Es tan pequeña esta comunidad mestiza en Sinaloa, según lo que yo recuerdo, que incluso había una comunidad griega más grande en Culiacán y tenía su propio desfile anual. Hay también otra de descendientes italianos (entre los que está la esposa de mi hermano), franceses y españoles. Pero con la china pasó distinto. Como dije, es (o fue) una cultura sumamente cerrada.

La gente siempre me pregunta si sé chino o si he ido alguna vez a China. No y no. El grado de desconocimiento sobre los datos duros de mis raíces cantonesas me llevó a siempre llevar esta identidad como algo oculto; de esas cosas que nunca compartí porque la consideraba irrelevante para el mundo. Durante años festejé mis orígenes de manera íntima y con mis primos paternos. Tal vez porque siempre que intentaba ahondar en algún aspecto llegaba a un tope de oscuridad y silencio: no hay rastro de dónde vengo, no sé casi nada de mi abuelo y ser bisnieta de chinos en un pueblo del norte creaba más vacío que identidad, de modo que se volvió algo parecido a un miembro fantasma.

Cuando empecé a dar clases de literatura y escritura pasé por una serie de cuestionamientos existenciales. Me pre-

gunté por qué me interesaba la divulgación del pensamiento literario (aún me lo pregunto) y una de las conclusiones a las que llegué fue que gracias a la literatura es posible ver e imaginar a otros seres y empatizar mejor. No creo que suceda por acto de magia, pero sí que es parte de un proceso significativo en el cerebro para que concibamos el mundo como más de lo que imaginamos (o pensamos) que es.

Ahora percibo la literatura como un mecanismo de la consciencia para expandir cualquier idea de experiencia de vida. Pienso en una de mis novelas favoritas de William Faulkner, *Mientras agonizo*, una historia contada desde diferentes perspectivas que nos dan la versión total de lo que ocurrió. Para mí, un manifiesto de cómo observar la literatura y la vida, algo con volumen, capas y puntos de observación. Como un espejo de lo que somos capaces de percibir. Me gusta explicar eso cuando doy clases: que al escribir lo hacemos desde el *yo*, y que el *yo* interpreta, y que comprender eso nos da una visión fresca sobre el quehacer literario.

Yo tengo mi versión sobre el viaje de mis bisabuelos de Cantón a México, y ellos tuvieron su experiencia, distinta de cualquier percepción. Cuando doy clases de literatura y escritura siento que tengo la oportunidad de transmitir un poco eso: que existe belleza en la capacidad del lenguaje para acercarnos a las otras personas y apreciar sus narrativas, pero que la experiencia de vida no suele ser contenida por él, y que eso también es valioso. No sé si esa búsqueda persista al final de mi vida, pero no me molesta tampoco virar el camino. Quiero aprender a trabajar la tierra y cuidarla. Quiero seguir trabajando con las potencialidades del lenguaje y la creatividad. Pero también quiero no querer todas esas cosas y estar más ligera. Sigo releendo el *Tao Te King*. 卍

LUIS CERNUDA

Peregrino

¿Volver? Vuelva el que tenga,
tras largos años, tras un largo viaje,
cansancio del camino y la codicia
de su tierra, su casa, sus amigos,
del amor que al regreso fiel le espere.

Mas, ¿tú? ¿Volver? Regresar no piensas,
sino seguir libre adelante,
disponible por siempre, mozo o viejo,
sin hijo que te busque, como a Ulises,
sin Ítaca que aguarde y sin Penélope.

Sigue, sigue adelante y no regreses,
fiel hasta el fin del camino y tu vida,
no echés de menos un destino más fácil,
tus pies sobre la tierra antes no hollada,
tus ojos frente a lo antes nunca visto.

© Herederos de Luis Cernuda. Reproducido con permiso.

Del proyecto transmedia *Atlas del neoTrópico*, 2017-2024.
Obra fotográfica de Gerardo Suter. Cortesía del artista.





PERIÓDICAS

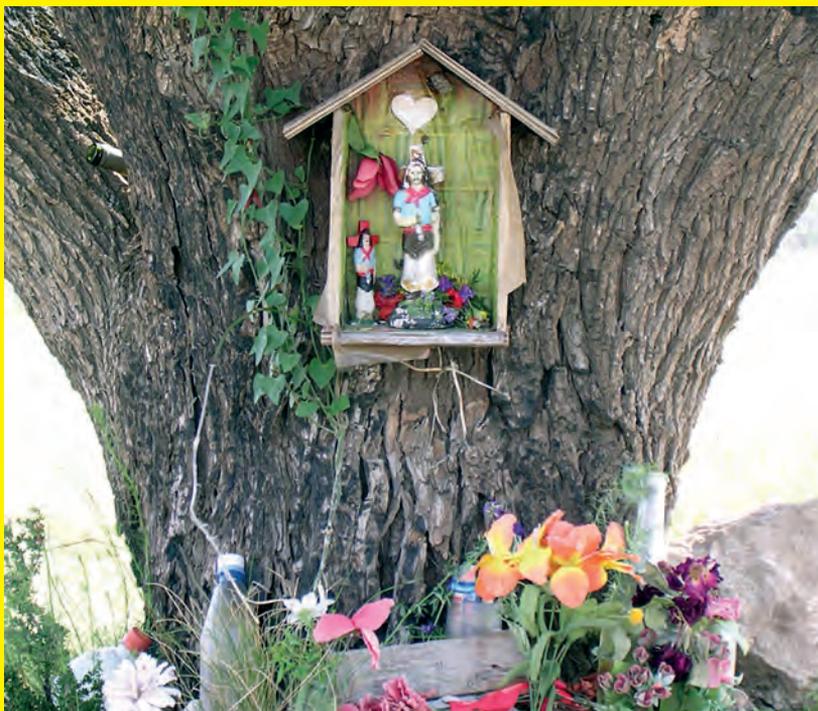
PP. 130-135 MARINA PORCELLI

PP. 136-143 AGUSTÍN B. ÁVILA CASANUEVA

PP. 144-151 GABRIEL BERNAL GRANADOS

(128–151)





Un santuario del Gauchito Gil, Argentina, 2003. Wikimedia Commons ©.

“Santos disidentes” de Argentina

MARINA PORCELLI

Irrumpen a mitad del desierto, o en una lateral imprevista de la selva, o en las orillas de las rutas, junto a las hondonadas, y al final de un municipio, multiplican los sentidos de los cementerios. Irrumpen en los parques de las ciudades, y en sus esquinas, en las casetas, y en los paraderos de los taxis y camiones, en la entrada de una estación de tren, están donde nadie lo espera, se recortan del paisaje nacional. Laterales, puestos al margen, subterráneos. Habitan nuestra tierra para confirmar que sigue siendo nuestra. Lo que respira y se vuelve visible, lo que irrumpe entre tanta cotidianidad. La fractura del orden, entonces, es lo que los identifica. En este mapeo breve de figuras santificadas, de santos locales de la Argentina, señalo que

la ruptura primera es con el espacio, con el ámbito “moderno”, quiero decir. Arraigarse al suelo para cuestionar lo demás. Hablo del dónde suceden las cosas, de cómo se conecta el santuario con el territorio, porque justamente ahí donde se estableció el santuario, ahí se funda y se delimita el territorio. Hablo de esa pertenencia. Algo en la geografía está adherido para siempre al relato, de cómo un pedazo de tierra se colma de velas y ofrendas y exvotos y placas en las paredes, y agradecimientos por favores y milagros. La subversión del orden, esa singularidad. Contra los discursos oficiales, contra el monoteísmo religioso, contra las hegemonías.

El historiador Hugo Chumbita ha escrito muchísimo sobre los gauchos argentinos que se enfrentaron a la policía y fueron muertos por la policía.¹ Esta especie de criminalidad, esta oposición a la ley, que luego se entroniza y resulta en santo o en santa que escucha pedidos y concede milagros, tiene su representante más famoso en la figura del Gauchito Gil, Antonio Mamerto Gil Núñez, al que, según ciertas versiones, un sargento colgó de un pie en un espinillo, en Mercedes, en un paraje de la provincia de Corrientes, antes de degollarlo el 8 de enero de 1878. Algunas historias dicen que el Gauchito Gil fue novio de una viuda de la zona y que lo hostigaba el comisario local, otras, que fue soldado y desertor de la guerra de la Triple Alianza. El caso es que la memoria popular cuenta que era muy joven y muy valiente, y justo. Se dice también que lo protegía un amuleto de San La Muerte —Mauricio Kartun ha escrito sobre la devoción a San La Muerte en el noreste argentino—, santo que el Gauchito consideraba como maestro o guía, santo que cura enfermedades difíciles y devuelve la salud a los desahuciados. El amuleto de San La Muerte es un esqueleto diminuto, donde se destaca el cráneo sobre cada uno de

los huesos. Chumbita ha escrito también sobre los milagrosos Altamirano y Olegario Álvarez (el Gaucho Lega), a los que se les reza y se les pide favores, además de los bandidos sociales más célebres, muertos en persecuciones durante los años veinte, treinta y cuarenta, como Vailoreto, Bazán Frías o sobre el final incierto de Mate Cosido.

La muerte joven es otra de las cantantes de estas historias. Excepto en el relato de vida de Martina Chapanay, la bandida rural de la provincia de San Juan, en el límite con Chile —salteadora de caminos, integrante de montoneras de mediados del siglo XIX, que estuvo junto a Facundo Quiroga y el Chacho Peñaloza, y que muere en su tierra con casi noventa años—, la historia nacional registra a Pedro Ríos, el Tambor de Tacuarí, un joven que cae haciendo sonar el redoblante, en plena batalla de 1811. Ya en la Patagonia, en Río Negro, en Aguada Guzmán, en 1911, aparece el ánima de otro Pedro, esta vez de apellido Farías, el llamado Maruchito, un chico muerto a golpes por un capaz, que se enojó cuando el joven tocó la guitarra. La gente dice que, en esa zona y de tarde en tarde, como en la historia del Tambor de Tacuarí, todavía se escucha la música cuando alguien se acerca. En la Ciudad de Buenos Aires, en el barrio de Villa San Francisco, en San Fernando, y concretamente, el 6 de febrero de 1999, fue asesinado por la policía Víctor Manuel Vital. Frente Vital, como lo conoce todo el mundo, robaba y repartía entre los vecinos. Tenía diecisiete años cuando lo mataron y la gente del barrio, hoy, le pide favores, le reza, al punto de que su santificación es central para la historia de las calles de las villas.

Imposible, por otro lado, hacer este mapeo sin nombrar a Maradona. “Santa Maradona” es el título de una nota publicada el 29 de octubre de 2021 por la Agencia Paco Urondo, en la que Jorge Boido, el fotógrafo de pinturas y murales, y de cuanta iconografía posible sobre Maradona aparezca en Buenos Aires, entrevistado por Jorge Hardmeier, comenta que “la gente toca los murales del Diego convencida de que así va a vencer todos los obstáculos”. Fotografíar esas imágenes de la devoción, escribe Hardmeier, es un recorrido inconcluso. Que parece no terminar nunca, quiere de-

1 Cf. vv. aa., *Devociones populares argentinas*, Biblioteca Nacional Mariano Moreno, Buenos Aires, 2023. Ver además: Claudio Flores y Rodolfo Salvador Puglisi (eds.), *Movilidades sagradas: peregrinaciones, procesiones, turismo y viajes religiosos en la Argentina*, Prohistoria Ediciones, Rosario, 2022; Alberto Julián Pérez, *Santos populares argentinos*, Ruiseñor Ediciones, Buenos Aires, 2020; Florencia Pessio Vázquez, *La Deolinda y la Martina. Hijos del desierto* [exposición], San Juan, 2023.

Así, estas figuras santificadas se oponen y se enfrentan a distintas formas de la represión, escuchan a los que nunca son escuchados, desatan nudos y dan alivio, traen consuelo y soluciones a problemas abrumadores.

cir. “Con algo de pudor”, sigue Hardmeier, “le pregunto a Jorge Boido cómo hace para ingresar a ciertos barrios o ámbitos complicados”. “Diego habilita”, responde Boido, “voy con la cámara y hablo con los pibes y te habilitan”.

Y eso es justamente lo que yo quiero señalar ahora: la figura del Diego *habilita*, hace que otra historia sea posible.

Así, estas figuras santificadas se oponen y se enfrentan a distintas formas de la represión, escuchan a los que nunca son escuchados, desatan nudos y dan alivio, traen consuelo y soluciones a problemas abrumadores y, como las líneas de las religiones umbandas, hablan de otras historias, otras versiones, otras vidas, pero, insisto, escuchan y escuchan y escuchan la palabra de los otros. La prensa suele decir que la devoción popular entroniza figuras criminales sin emitir juicio sobre lo que hicieron en vida: pienso que en realidad se ha emitido ya un juicio muy preciso, uno muy exacto, pienso que se trata de sujetos “criminalizados por el discurso oficial”, y que ellos y ellas responden a una pertenencia a un grupo, a un territorio. Entonces ahí la pregunta que cabe es quién les pide protección a estos santos o a quiénes protegen los entronizados. De hecho, Hugo Chumbita los caracteriza como “santorales disidentes” a la ideología hegemónica. Y Rodolfo Kusch, el gran Rodolfo Kusch, escribió que “las proyecciones se renuevan desde el mundo rural rechazando, infiltrando, socavando, el orden racional de las ciudades modernas”.

Según la fundación que lleva su nombre, un millón de personas por año, en semana santa y para la fiesta de muertos, el 2 de noviembre, visitan el santuario de la Difunta Correa, a 65 kilómetros de la ciudad de San Juan, en el desierto de la cordillera. Patrona de los viajeros, de los camioneros, se le dejan vestidos de novia (para el buen matrimonio) y se fabrican casitas con arcilla en agradecimiento a la

vivienda. El 19 de junio de 2024, Claudio Tapia, *Chiqui Tapia*, el presidente de la Asociación del Fútbol Argentino, visitó el santuario y le llevó la Copa América. Años antes, Nicolino Locche, el boxeador, le había ofrendado un par de

guantes y Carlos Monzón, los shorts con los que fue campeón. La historia de la Difunta Correa es bastante particular, porque, dicen los estudios,² su estructura narrativa es poco común, no se repite en otros sitios del continente. Para 1840, su marido fue conchabado (reclutado) por el ejército nacional y ella, Deolinda Correa de Bustos, con el chico en brazos, sale a buscarlo por el desierto. Para recuperarlo, para salvarlo, para traerlo de nuevo a casa. Pero la mujer muere a causa de la sed, exhausta, sobre la tierra reseca y, sin embargo, cuando los pastores la encuentran días después, notan de golpe que el chico sigue vivo. Que milagrosamente sigue vivo, y que fue amantado todo este tiempo por el cuerpo de ella. El paisaje, la geografía, quedan hermanados a esta leyenda mítica, no como excusa, no como un marco o un contrafondo, sino en la construcción de sentido de la historia. *Su pertenencia al lugar. Su santuario*. El culto a la Difunta Correa fue prohibido por el gobierno de la Junta Militar de 1976.

El 7 de noviembre de 1981, en los últimos años de la dictadura militar, se dio una de las movilizaciones más significativas de la Argentina, que reunió justamente a distintos grupos de la Central General de Trabajadores con un número grande de creyentes de san Cayetano, patrono del pan, el trabajo, la providencia. Miles de personas fueron convocadas al barrio de Liniers, para caminar desde Juan B. Justo y la cancha de Vélez Sarsfield hasta la iglesia de san Cayetano con el lema de “paz, pan y trabajo”. Según el sitio web, Comisión por la memoria “a pesar de la represión, de la intimidación en los medios de comunicación y del estado de sitio establecido por las fuerzas de seguridad”, la marcha, integrada por tra-

2 Bibiana Apolonia Del Brutto, *La Difunta Correa*, en las VI Jornadas de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 2004.



El cementerio número 3 de Valparaíso, Chile, 2013. Wikimedia Commons 3.0.

bajadores y devotos, con una altísima convocatoria, cantó la consigna “se va a acabar, se a acabar, la dictadura militar”.³ Esta marcha fue antecedente de otra ya más masiva a nivel nacional, del 30 de marzo de 1982, a pocos días del desembarco de Malvinas.

Los cementerios, la historia y el mapeo de los cementerios, dicho mejor, constituyen otro campo de sentido destacable. Pienso en la tumba de la curandera Madre María (enjuiciada y sobreseída por practicar ilegalmente la medicina, a comienzo de siglo), en la Chararita, en Buenos Aires, pienso en las reuniones espiritistas en el nicho de Pancho Sierra, en el cementerio de Salto, o en los que piden consuelo por las dolencias físicas a Tibor Gorder, en el del Pilar. Pienso en ese lugar bellísimo que es el cementerio de Playa Ancha nú-

mero 3, al otro lado de la cordillera, en Chile, en uno de los extremos de Valparaíso.

Una ciudad así, una ciudad que se emplaza con ese vértigo sobre el océano Pacífico, tiene que ser necesariamente mística. Después de kilómetros y kilómetros de costa, de golpe, se abren las dieciséis hectáreas del cementerio, de cara al mar. No es posible recorrerlo sin preguntarse todo el tiempo por la tierra debajo, cómo se enreda con las raíces y el mar que avanza y trepa por la costa, cómo se va comiendo la arena. Más allá de las tumbas de cemento y de las bóvedas, más allá de los senderos de piedra y de la cámara de Miguel Busca (un marinero español al que hay que dejarle monedas, dicen, para liberar su alma del diablo), después de los mármoles y de las piedras, ya en el campo abierto de las tumbas de los chicos (con los adornos de colores, y los juguetes y las fotos en dimensiones casi humanas), todavía más allá de esta impresión de tanta tristeza y tanto festejo, “en un vértice

3 Comisión provincial por la memoria. Mecanismo local de prevención de la tortura, disponible en: comisionporlamemoria.org.



Un santuario de la Difunta Correa en Vallecito, Argentina, 2003. Wikimedia Commons © 3.0.



El busto de Pancho Sierra en el cementerio municipal del Salto, Argentina, 2007. Wikimedia Commons © 4.0.

lejano” (como escribió Carlos Droguett), en un ángulo que se abre como si estuviera vigilando constantemente la orilla, está el santuario de Émile Dubois. Cargado de placas rectangulares y mensajes con marcadores, y recordatorios y agradecimientos infinitos por pedidos y consultas y consejos y milagros. Émile Dubois nace en 1868, y muere fusilado por la policía de Valparaíso en 1907. Que nace con el nombre de Louis Amédée Brihier Lacroix en una aldea de pescadores y borrachos, allá en Francia, según el libro de Abraham Hirmas,⁴ que dicen que mató a su primer suegro y que estuvo preso dos meses antes de cambiarse el nombre y embarcarse a América. Y lo que sigue lo supe por Cristóbal Gaete, que me contó la historia ahí, frente a esa tumba, que habló del fragmento de esa novela de Carlos Droguett sobre la vida de Dubois,⁵ cuando él, Dubois, le pide a su mujer, a Úrsula, que después de que lo fusilen vaya a visitarlo al cementerio, justamente ahí donde estábamos nosotros esa tarde, pese a que los restos de Dubois están hoy en una fosa común. Pero es ese *ahí*, en ese punto de reunión, donde Dubois le dice a Úrsula que vaya en los días malos, en los días con lluvia, cuando la tormenta es feroz y se vuelca sobre el mar, y todo es oscuro y es frío y es agua. Por la publicación *Dubois vive*, edi-

tada de hecho por Cristóbal Gaete,⁶ supe después que el francés llegó primeramente a Venezuela, que pasó por Colombia y Perú antes de instalarse en Valparaíso. Donde lo capturan por asesinar a burgueses y extranjeros (los nombres que se detallan son el de Lafontaine, Tillmanns, Titius y Challe), y a pesar de que el libro de Andrés García Lagomarsino pone en duda la autoría de estos asesinatos, la mayoría de las fuentes la dan por cierta. De hecho, parece que Dubois se jactaba de no matar ni a mujeres ni a pobres. El terremoto de 1906 lo encuentra en la cárcel, derrumba una de las paredes de su celda, pero él no escapa. Sin venda sobre los ojos, pide, cuando lo fusilan. Y así, en este vértice, en este ángulo abierto que mira incesantemente la costa, en ese territorio del que se apropia, la presencia mítica de Émile Dubois escucha con paciencia a los que llegan y los observa y concede milagros. Y los milagros se cumplen: lo sabemos por la cantidad interminable de veces que la palabra “gracias” está escrita sobre las paredes. *RM*

4 *Emilio Dubois, un genio del crimen*, Zig-Zag, Chile, 1967.

5 *Todas esas muertes*, Alfaguara, Chile, 1971. Ver también: Yanina Flavia Guerra Soriano, “Santo del asesinato: entre la transformación y la reproducción en *Todas esas muertes* (1971) de Carlos Droguett”, *Revista de Humanidades*, núm. 42, 2020, pp.261-286.

6 vv. aa., *Dubois vive*, Turba Teatro Diseño Audiovisual, Valparaíso, 2015.



Fotografías de Xin Xin por Rafael Vara, 2025.



Xin Xin, la última emperatriz de Chapultepec

AGUSTÍN B. ÁVILA CASANUEVA

En los titulares de los periódicos mexicanos de 1990 ya se leían preocupaciones ambientales no tan lejanas a las que tenemos actualmente: “A un paso de la extinción, en las costas de Sinaloa, la tortuga marina” y “Peligro de extinción del tiburón, no se le protege, dice Cifuentes”;¹ “Nueva era de cooperación mundial para la protección de la capa de ozono” y “Es perjudicial para la humanidad la destrucción de las selvas de Chiapas”;² “Sobreexplotación de mantos acuíferos en BCS”.³ En medio de toda esa desesperanza, el primero de julio de 1990, Tohuí —ejemplar de una de las especies en mayor peligro de extinción en esos años: el panda gigante— nos iluminó un poco al dar a luz, en pleno bosque de Chapultepec, a su primera y última cría: Xin Xin.

La maravillosa noticia despertó a cuidadores, médicos veterinarios y bastante personal del zoológico. “Estábamos todos muy contentos”, me cuenta Fernando Gual Sill, profesor de veterinaria en la UNAM y la UAM, y director General de Zoológicos y Conservación de la Fauna Silvestre de la Ciudad de México, “pero al mismo tiempo, estábamos muy nerviosos y preocupados: queríamos que esa cría se lograra”. En sus primeros meses de vida, el monitoreo a Xin Xin fue casi absoluto. Casi, porque Tohuí, su madre, reclamando un poco de intimidad, decidió construir su nido y pasar la primera semana de cuidado materno en la única esquina de su recinto donde la cámara de vigilancia no podía captarla.

Aunque esto les complicaba un poco la tarea, Fernando y el resto de sus colegas encontraron rápidamente la manera de estar al tanto de la madre y de la hija: “subimos el vo-

lumen del video al máximo”, recuerda. Estaban muy nerviosos, no querían que le pasara nada a la recién nacida ni alterar a Tohuí, por lo que, para calmar las preocupaciones y asegurarse de que todo estaba bien, las guardias debían de transcurrir en absoluto silencio: todos estaban concentrados en la respiración sincopada de una panda de 186 kilos y su cría de 130 gramos.⁴

En realidad, no hubo mucho de qué preocuparse, “Tohuí, aunque era una mamá primeriza, fue estupenda”, me explica Fernando. Durante siete días no se separó de su cría en ningún momento. No se movió ni siquiera para comer ni beber agua. Estaba dedicada por completo al cuidado de su pequeña, cuyo nacimiento, a miles de kilómetros de distancia de su hábitat natural, demostraba que valían la pena los esfuerzos de conservación de las especies en peligro de extinción. Estuvo así “hasta que no pudo más”, narra el director de Vida Silvestre, “después de casi una semana, dejó con mucho cuidado a su cría en el suelo y fue a comer, a beber agua, a defecar y a orinar”.

Este comportamiento por parte de las madres pandas es normal, por lo que los panderos —como se les dice de cariño a los cuidadores de esta especie— se tranquilizaban al recordar que ya lo habían visto en otras hembras. Hasta ese momento, el Zoológico de Chapultepec era el único lugar del mundo, fuera de China, donde habían nacido estos osos —en los ochenta, por ejemplo, nacieron Xen Li y Xiu Hua—, por lo que el grupo de trabajadores mexicanos ya era experto y se había ganado un renombre.

Los pandas gigantes (*Ailuropoda melanoleuca*) pueden realizar entre doce y trece vocalizaciones distintas. Cuando son bebés emiten un chillido muy agudo para indicar que tienen hambre o que necesitan algo y Xin Xin no fue la excepción a la regla. Tohuí y los panderos estaban siempre al pendiente y respondían rápidamente a su llamado; esto permitió que se desarrollara como una cría sana y que pudiera afrontar las ligeras complicaciones que se presentaron. Hubo que destetarla un poco antes del año —aunque la propia madre lo haría por sí misma en poco tiempo—,

1 *El Universal*, 1 de julio de 1990.

2 *El Universal*, 2 de julio de 1990.

3 *Excélsior*, 2 de julio de 1990.

4 *Excélsior*, *ibid.*

porque Tohuí empezó a tener problemas renales y no querían poner en riesgo a ninguna de las dos. A Xin Xin se le ha procurado dar siempre los mejores tratamientos y alimentación, así, la pequeña panda dio sus primeros mordiscos de bambú a uno que fue cultivado especialmente para ella en medio del bosque de Chapultepec.

EL LINAJE MEXICANO DE LA BUENA VOLUNTAD CHINA

Contrario a lo que nos indica su pelaje, la vida de los pandas gigantes no es blanca y negra. La particularidad que más me sorprende de esta especie es que, a pesar de que son carnívoros —como el resto de los osos—, se alimentan casi de manera exclusiva de bambú. Además, los densos bosques de bambú que habitan solamente existen en la República Popular de China. De hecho, el gobierno chino no tardó en convertir a este animal en un ícono de su país, utilizándolo como símbolo diplomático en múltiples ocasiones, por ejemplo, a lo largo de los años se han obsequiado decenas de pandas a distintas naciones.

La relación con México se remonta al 5 de octubre de 1971, cuando el presidente Luis Echeverría Álvarez ganó el favor del gobierno chino al declarar ante la Asamblea General de Naciones Unidas que: “la universalidad a la que aspira la ONU conocería un avance decisivo con el ingreso de la República Popular de China. La soberanía y la integridad territorial de un Estado son jurídicamente indivisibles”.⁵ Posteriormente, la cancillería mexicana firmó un comunicado reconociendo al gobierno de Beijing como el único representante legal de China y, en noviembre del mismo año, rompió relaciones con Taiwán.

Más tarde, en abril de 1973, Echeverría viajó a China y, como señal de amistad con el pueblo mexicano, Mao Zedong envió al Zoológico de Chapultepec un par de pandas capturados en vida silvestre —una práctica que ya no se realiza—. El 10 de septiembre de 1975, el vicepresidente del Consejo de Estado, Chen

5 Carlos Cerda Dueñas, “La diplomacia panda y el caso de México”, *México y la Cuenca del Pacífico*, vol. 8, núm. 23, 2019, p. 61.



Yonggui, les entregó a la primera dama, María Esther Zuno, y al regente del otrora Distrito Federal, Octavio Sentíes, a Pe Pe y Ying Ying —quienes se convertirían en los abuelos de Xin Xin.

De esta pareja nació Xen Li, en agosto de 1980, la primera panda en nacer fuera de China, quien lamentablemente falleció a los pocos días. Al año siguiente, el 21 de julio de 1981, nació Tohuí, la primera panda que logró llegar a edad adulta fuera del territorio chino. Luego, en 1983, nació un macho, Liang Liang. Ying Ying tuvo un par de partos más, ambos gemelares, de los que sólo sobrevivió una de las crías cada vez: Xiu Hua en 1985 y Shuan Shuan en 1987. Afortunadamente, ahora las cosas son distintas y los expertos han podido desarrollar estrategias para que, en casos como éstos, las dos crías sobrevivan. Fernando me platica que instintivamente la madre elige sólo a uno de sus cachorros y hace a un lado al otro, pero los panderos han descubierto un truco: no solamente ellos deben cuidar a la cría abandonada, sino que deben intercambiárselas continuamente a la madre, de modo que ambos cachorros reciban cuidados tanto de ella como de los expertos.

En 1984, durante los Juegos Olímpicos de Los Ángeles, el gobierno de China —liderado en ese entonces por Deng Xiaoping— presentó a dos pandas en un acto que anunciaba una nueva política, más enfocada en la conservación de la especie que en los gestos diplomáticos. Ahora los pandas se rentaban y ya no eran un regalo. Se los prestaron a Estados Unidos por un precio de un millón de dólares al año por cada espécimen. En 1998 quedó estipulado que al menos la mitad de ese dinero sería usado por el gobierno chino para el cuidado y la protección de estos osos que, en parte gracias a los programas de estudio y reproducción en zoológicos, estaban aumentando sus números en vida silvestre. Actualmente, el programa de renta de pandas ha cambiado, pero se mantiene: el año pasado, por ejemplo, cuatro pandas arribaron a Estados Unidos —dos para el Zoológico de San Diego y el otro para el zoológico nacional en la capital estadounidense—. El precio actual de la renta de osos se mantiene en el millón de dólares anuales por panda y está estipulado que

cualquier cría que se logre durante el préstamo pertenece a la República Popular de China, por lo cual debe de ser enviada a este país alrededor de dos años después de nacida.

No obstante, el caso de los pandas mexicanos es distinto. Dado que todos nacieron en México y son descendientes de la pareja original obsequiada en 1975, los pandas mexicanos son justo eso, mexicanos. Sin embargo, esto no significa que sean completamente ajenos al magnate asiático. “Estamos en comunicación constante con la embajada de China en México”, me dice Alberto Olascoaga Elizarráz, director del Centro de Conservación de la Vida Silvestre de Chapultepec quien conoce a Xin Xin desde hace veintitrés años. También me cuenta que el cuidado de los pandas es un trabajo de colaboración internacional: “[en noviembre de 2009, vinieron] expertos de China que nos hicieron recomendaciones sobre cómo mantener y modificar el recinto de los pandas, [así como] sobre los cuidados que les proporcionamos”. Gracias a esta comunicación constante y el gran trabajo del equipo a cargo de los osos, en junio de 2017, el Gobierno de China entregó un reconocimiento al Gobierno de la Ciudad de México por las acciones de protección y cuidado desarrolladas durante 42 años en favor de los pandas del Zoológico de Chapultepec.⁶

XIN XIN, LA EMPERATRIZ

El Zoológico de Chapultepec parecía un ambiente ideal para la reproducción de los pandas, como lo habían demostrado Pe Pe y Ying Ying: cuatro de sus crías llegaron a edad adulta. Se cree que uno de los factores que facilita la gestación es la altitud de la Ciudad de México, la cual, con sus más de dos mil metros sobre el nivel del mar, se asemeja a las cordilleras en las que se encuentran los bosques de bambú donde habitan los pandas.⁷ Así que con la intención de continuar la reproducción de esta especie en la capital mexicana, el 30 de noviembre de 1988 llegó, como préstamo del Zoológico de Londres, Chia Chia, un panda

6 “Reconoce China los esfuerzos de la CDMX en la conservación del panda gigante”, Boletín de la Sedema, 3 de junio de 2017.

7 CNN, 13 de noviembre de 2001. Disponible en: <https://acortar.link/Lxnn90>



macho, cuyo nombre significa “el mejor”. El objetivo era lograr que se reprodujera con Tohuí, nombre que, por cierto, quiere decir “niño”. Este desbarajuste muestra lo complicado que es ponerle un apelativo a una especie de la que se desconoce su sexo hasta los tres años de vida.

La reproducción de los pandas no es cosa sencilla. “Hay que vigilar a las hembras constantemente”, me explica Alberto, “su época de estro —cuando entran en celo— es de tan sólo tres días al año”. Esta vigilancia reproductiva la realizan veterinarios y panderos, que están listos para recolectar su orina y medir sus niveles hormonales, pues “la inseminación debe de suceder justo en el momento preciso de la ovulación”, remata el director del Centro de Conservación. En 1989 se intentó que Tohuí quedara embarazada tanto por monta natural como por inseminación artificial. Esto

resultó en que el 1 de julio de 1990, tras 129 días de gestación, nació Xin Xin, marcando con ello el inicio de la tercera generación de pandas mexicanos. Los esfuerzos de reproducción de la pareja continuaron, ya sin éxito, hasta la muerte de Chia Chia el 13 de octubre de 1991, a los diecinueve años de edad.

“Xin Xin siempre ha sido muy juguetona, pero también es rebelde y tiene un carácter muy fuerte”, dice Alberto con una risa entrecortada. “Ella es exigente”, me cuenta Elías García, uno de los panderos del zoológico y cuidador principal de Xin Xin, “te pide las cosas, o sea, sí juega, sí hace su entrenamiento y sí come, pero no siempre cuando se lo proponemos, más bien vamos a sus tiempos. Hay veces que ya queremos empezar las sesiones de condicionamiento, pero Xin nos dice: ‘espérate, ahorita estoy comiendo’ o ‘estoy en otra cosa, sí lo vamos a hacer, pero después’”. Aunque es cooperadora, pues siempre está dispuesta a trabajar con sus cuidadores, también se sabe la mandamás de su recinto y, cual regente o vieja panda de mar, elige los momentos en que se harán las cosas.

Las sesiones a las que se refiere Elías son de condicionamiento operante. Es decir, un trabajo de entrenamiento, juegos y recompensas que permite a los cuidadores y a los veterinarios hacer un balance de Xin Xin para un mejor monitoreo y cuidado. “Antes, cuando queríamos tomar una muestra de sangre, una placa, había que anestesiarse a los pandas o meterlos a una jaula de condicionamiento”, continúa explicándome Elías, “[pero] hace quince años que [ya] no usamos la jaula”, agrega contento. Este condicionamiento le ha enseñado a Xin Xin a mantenerse tranquila, a alzar los brazos y estarse quieta como si fuera un juego, lo que le permite a los panderos y veterinarios hacerle una palpación abdominal o escuchar sus pulmones con tranquilidad. Esto me lleva a pensar en las manipulaciones que

el veterinario y yo tenemos que hacer para auscultar a mis perros y, como si leyera mi mente, Alberto me recuerda: “sigue siendo un oso de casi cien kilos”. Yo volteo a ver a Xin Xin, que está desayunando, y veo dentro de su boca

A Xin Xin se le ha procurado dar siempre los mejores tratamientos y alimentación, así, la pequeña panda dio sus primeros mordiscos de bambú a uno que fue cultivado especialmente para ella en medio del bosque de Chapultepec.



sus grandes caninos y las pesadas garras que diestramente manipulan el bambú. “A veces sí tiene desplantes agresivos”, apunta Elías, sobre todo durante los días calurosos, en los que anda de mal humor.

Le pregunto a Elías cómo son los días para Xin Xin: “Empiezan a las 7:00 am y casi siempre ya está esperando [que le demos] un trozo de bambú”, algo para tenerla entretenida en lo que se le prepara el resto de su desayuno, que consiste en distintos brotes de esta planta. Es una panda escrupulosa: “Nunca sabemos cuál bambú va a elegir”, especifica Alberto, “es tan selectiva que un día quiere el tallo grueso, otro los tiernos; tenemos que ofrecerle variedad”. Para poder complacer a la panda, el zoológico cuenta con un vivero donde cultivan esta planta, aunque también se la compran a proveedores. Además, a Xin Xin le gustan las frutas. Esta emperatriz nunca le rechaza a su séquito de cuidadores una manzana, su fruta favorita.

Dos veces al día, en la mañana y a las dos y media de la tarde, la panda recibe un concentrado alimenticio que contiene zanahoria, harina de bambú, arroz cocido, multivitamínicos y probióticos. El bambú, en cambio, se le ofrece tres o cuatro veces, dependiendo de su apetito. Puede ingerir hasta doce kilos diarios. “Aunque, como ya es una paciente geriá-

trica, ya no come tanto como antes”, confiesa Alberto. Entre sus comidas, Elías se encarga de trabajar el condicionamiento y ofrecerle ejercicios y distracciones dentro de su recinto, que está en constante modificación, para mantenerla alerta. Ha pasado de ser un amplio jardín de pasto con unos juegos metálicos para escalar y una resbaladilla, como los de los parques infantiles, a convertirse en un entorno mucho más poblado de distintas especies vegetales, con una poza de agua en medio y una hamaca en la que disfruta mucho descansar. También cuenta con un arco y una esfera con la que hace ejercicio y maromas. “Xin Xin tiene el tamaño ideal para ser panda”, afirma convencido Elías. En realidad, Xin Xin es un poco más chaparra que el resto de los pandas que han estado en Chapultepec. “Salió al papá, que era más bien compacto”, recuerda Fernando. Pero a lo que se refiere Elías es que esta complexión “le ayuda a poder hacer más maromas, le gusta estar rodando y se acomoda muy bien en su esfera y para colgarse del arco”.

A Xin Xin le encanta descansar y su reposo también es atendido por sus panderos; Elías sabe perfectamente dónde le gusta que esté la hamaca para poder echarse una siesta. Ocurre que, conforme transcurren los meses, Xin Xin va prefiriendo distintas partes de su recinto: “No le gusta el calor, prefiere los climas frescos”, dice Elías. Sus gustos personales son aplaudidos por su personal médico, que está al pendiente de que no le dé mucha radiación solar. No hay duda: todos los detalles de la salud de esta reina suprema se toman en cuenta. Xin Xin, con sus casi 35 años, es una de las pandas más longevas del mundo y parece que pone todo su esfuerzo para mantenerse así: “Ella está muy bien, sus dientes están muy bien, es una panda muy sana”, dice, contento, Alberto.

El 12 de marzo de 2012 se firmó un convenio de cooperación entre China y el gobierno de la Ciudad de México para intentar inseminar artificialmente a Xin Xin con el esperma de un panda macho chino llamado Ling-Ling. El comportamiento de Xin Xin era diferente durante su época de estro: “Maromeaba mucho, se metía en la charca, andaba muy juguetona, y se restregaba hierbas y otras plantas

El gobierno chino no tardó en convertir a este animal en un ícono de su país, utilizándolo como símbolo diplomático en múltiples ocasiones, por ejemplo, a lo largo de los años se han obsequiado decenas de pandas a distintas naciones.

en el cuerpo, pero principalmente en el rostro”, recuerda Elías. Es una conducta común de las pandas durante la época de apareamiento —la única época en la que, por cierto, buscan rodearse de otros individuos, pues el resto del año son animales solitarios—; los machos, por su parte, también tienen sus estrategias para atraer a las hembras: se perfuman con orines. Sin embargo, ninguno de los intentos rindió fruto y hoy los ciclos de celo de Xin Xin han terminado. Ella es la última panda de su linaje.

Xin Xin es muy querida por la gente, de hecho, muchos de los visitantes del zoológico van para verla. “La gente nos trae dibujos, cartas, distintos regalos para Xin Xin”, me cuenta Alberto, “vienen de toda Latinoamérica, pues es la única panda de la región. Hemos visto propuestas de matrimonio que se vienen a hacer justo afuera del recinto de Xin

Xin; ella ha logrado formar parte de muchas familias”. Yo también pude apreciar la fascinación que provoca su gran figura mientras hacía las entrevistas. Xin Xin desayunaba tranquila distintas variedades de bambú cuando una familia

estadounidense vino a visitarla. Su emoción era tal que tiraron la carroola con tal de acercarse a ella lo más rápido posible; la niña, además, llevaba una playera, una sudadera y un gorro de panda. Los padres, que se percataron de la presencia de Alberto, aprovecharon para hacerle mil y un preguntas sobre Xin Xin.

A pesar de la buena salud de la panda, es verdad que tiene una edad avanzada: la expectativa de vida para esta especie en cautiverio oscila entre los 25 y los 35 años. Así que me atrevo a preguntarle a Fernando qué pasará cuando Xin Xin ya no esté, si vendrán más pandas. Su respuesta es muy clara: “Tenemos que apoyar a China en cómo quiere cuidar de sus pandas, porque hasta ahora van por buen camino”, lo dice haciendo referencia a que desde 2021 la población de pandas en vida silvestre ha rebasado los mil ochocientos individuos, lo que provocó que la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza cambiara el estatus de la especie de “en peligro” a “vulnerable”. Por el momento, el equipo de trabajo seguirá cuidando a esta emperatriz que hace todo lo posible para mantenerse en forma y que carga sobre sus hombros todos los símbolos y cariños que conlleva ser la última panda de Chapultepec. Según Elías, Xin Xin huele ligeramente dulce, como las manzanas. *JM*



En el famoso fresco de las estancias vaticanas que ahora conocemos como *La escuela de Atenas* (ca. 1509-1510),¹ Rafael representó a Leonardo da Vinci como Platón discutiendo en el patio central de un espacio majestuoso (el ágora), con su discípulo Aristóteles. El retrato de Leonardo es muy parecido a otras imágenes del pintor, como el *Autorretrato* (ca. 1510-1515) que se encuentra en la Biblioteca Real de Turín y que representa a un anciano de larga cabellera, cejas pobladas y barba luenga. El cabello largo es una reminiscencia del joven Leonardo, caracterizado por una mirada

El viaje de Platón a Ferrara y Florencia: *La escuela de Atenas* de Rafael

GABRIEL BERNAL GRANADOS

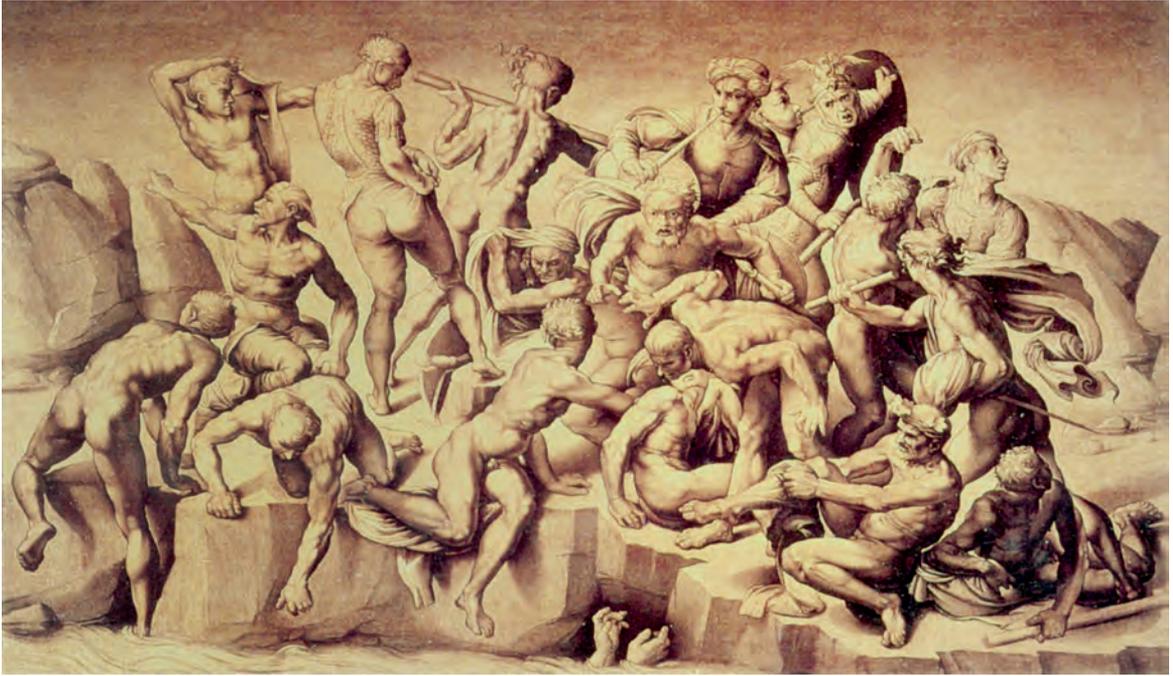
severa —o melancólica— y una cabellera abundante y ondulada, que nosotros asociamos con el *Hombre de Vitruvio* o con el “filósofo que llora” del *Heráclito y Demócrito* (1477) de Bramante. También de aquella etapa juvenil eran las camisas rosadas y los sobretodos morados, que Rafael ha conservado en su fresco invirtiendo, por razones compositivas, el orden de las prendas.

Platón discute con Aristóteles y podemos imaginar de qué trata la conversación que mantienen: el primero lleva el *Timeo* (ca. 360 a. C.) bajo el brazo izquierdo y con el índice de su mano derecha apunta al cielo. Muy probable-

mente hablan de los temas contenidos en este libro, que están relacionados con el origen y la creación del universo, los dioses y los hombres. El cielo, que está cubierto apenas por unas nubes blancas, se aprecia al fondo, a través de un portal, y sirve para enmarcar las palabras de estos personajes, reforzando así la índole metafísica y compleja de este coloquio.

Llegados a este punto, cabe hacernos un par de preguntas: ¿por qué Rafael ha querido representar a Leonardo como Platón y por qué bajo su brazo ha colocado un libro con la etiqueta del *Timeo* en uno de sus cantos visibles? Para la historia del arte, la asociación entre Platón y Leonardo es una consecuencia natural del prestigio que en su tiempo alcanzó el florentino como uno de los principales artistas del Renacimiento italiano, tan sólo superado, como pintor, en arte y técnica, por el propio Rafael. Sin embargo, el personaje oculto tras la denominación de Aristóteles no se corresponde con esta cadena de prestigios (el artista modelo y de “carne y hueso” que pudo estar detrás de la máscara del autor de la *Ética a*

1 Para este fresco Rafael realizó primero un dibujo a escala natural que se conserva como una obra en sí misma, por su precisión y su belleza, en la Pinacoteca Ambrosiana de Milán. En una segunda etapa, este mismo dibujo se trasladó a la pared para la que fue concebido usando la técnica del fresco. Se piensa que el proceso de ejecución de la obra en su conjunto abarcó los años 1509 y 1510. El proceso no pudo demorar más dadas las exigencias de la técnica del fresco y los tiempos estipulados en los contratos que el Vaticano firmó con Rafael.



Bastiano da Sangallo, *La batalla de Cascina*, ca. 1542. Holkham Hall, Inglaterra ©.

Nicómaco podría ser un pintor menor, posiblemente discípulo de Miguel Ángel, pero en este punto los historiadores no se han puesto de acuerdo y la mayor parte de las veces el hueco acerca de la identidad de esta figura se queda en blanco).²

Desde cierta perspectiva, podríamos afirmar que Rafael hace contrastar la figura de Platón con la de Aristóteles en un aparente diálogo polémico porque, en los albores del Renacimiento, la filosofía aristotélica estaba íntimamente ligada, en un plano argumentativo no exento de contradicciones, a los pilares de la cristiandad, mientras que la figura de Platón, en ese mismo contexto, era el portaestandarte de una herejía que se había pronunciado en los pasillos de los círculos más altos del poder político e intelectual de esa época.

2 Se cree que el modelo para este retrato pudo ser Bastiano da Sangallo, discípulo de Miguel Ángel y a quien se le atribuye el dibujo de *La batalla de Cascina*, gracias al cual conocemos el proyecto no realizado del fresco homónimo que Miguel Ángel ideó para el Salón de los Quinientos. En el muro contrario, Leonardo debía ejecutar al fresco el famoso proyecto inconcluso de *La batalla de Anghiari* (1503-1506), que conocemos gracias a un dibujo de Rubens. ¿Estaría Rafael refiriéndose a esta disputa entre el polímata Leonardo y el escultor Miguel Ángel, por mediación de su discípulo Da Sangallo?

Con “herejía”, si por tal entendemos una forma de pensamiento que se opone a los postulados y los dogmas de la religión cristiana, me refiero al resurgimiento del neoplatonismo en Europa, que se dio a partir de la visita del filósofo bizantino Gemisto Pletón a Ferrara y Florencia entre 1438 y 1439.³

Pletón viajó en esos años como parte de una misión diplomática que buscaba unificar las iglesias de Oriente y Occidente. En realidad, la delegación bizantina que asistió a los concilios de Ferrara y Florencia, encabezada por el emperador Juan VIII Paleólogo, tenía el propósito de llegar a un acuerdo que permitiera a un ejército conformado por las potencias

3 De los sabios bizantinos que asistieron a los concilios de Ferrara y Florencia se sabe muy poco. El más conocido de ellos puede que sea Jorge Gemisto Pletón por las relaciones que estableció durante ese periodo con Cosme de Médici y Segismundo Pandolfo Malatesta. En ambos sembró la semilla de la filosofía neoplatónica que se había conservado en Bizancio y que él enseñó mientras estuvo en Constantinopla y después en Mistra, hasta su muerte en 1452. Pletón habría vivido cerca de cien años. Pound lo rescató de las aguas del olvido y, en *Los Cantares*, subrayó la enorme importancia que tuvo para la remodelación de la iglesia de san Francisco en Rímini: uno de los edificios emblemáticos del Renacimiento en la Toscana que fue el primer templo neoplatónico edificado en Europa en esos años.

Los historiadores todavía se preguntan cómo fue que Rafael pudo concebir una escena tan compleja como *La escuela de Atenas*, que requería de un conocimiento vasto y profundo de la filosofía griega y, en particular, del *Protágoras* de Platón.

Europeas de Occidente viajar a Constantinopla y defender la capital de Bizancio del asedio turco. La desesperación de los gobernantes bizantinos era evidente: estaban acorralados. Roma veía con buenos ojos que Bizancio dejara de ser una amenaza plausible a su hegemonía política y que su helenismo se diluyera por completo en las aguas procelosas del islam. Desde ese punto de vista, el desdén de las potencias europeas a las peticiones de los bizantinos se presentó como una jugada maestra que acabó de enterrarle la puntilla a un “enemigo” que a lo largo de los siglos había adquirido una autonomía cultural, política y espiritual por demás preocupante.

Pero Gemisto Pletón tenía su propia agenda. Si el propósito de su delegación era lograr un acto de concordia con los pueblos de Occidente en contra de las ambiciones expansionistas de los turcos, el suyo era introducir en esa misma región el cultivo de una semilla discordante. Hasta entonces —Pletón tendría unos 83 años cuando hizo este viaje—, el sabio bizantino se había consagrado al estudio de la filosofía platónica y neoplatónica de los primeros siglos de la cristiandad y a rastrear las fuentes sugeridas en los textos de los maestros. Las estructuras aglutinantes de formas de pensamiento y tradiciones aparentemente heteróclitas que podemos observar en los trabajos de filósofos posteriores, como Marsilio Ficino o Pico della Mirandola, muy probablemente son derivaciones de este primer programa diseñado por Pletón durante el tiempo que pasó en la Toscana italiana. Allí se encontró con Cosme de Médici y causó un profundo y perdurable impacto en el patriarca de la familia más poderosa de Florencia, quien le encomendó al hijo de su médico de cabecera, Marsilio Ficino, que fundara la Academia Platónica de Florencia (1459). La fundación de la academia florentina, de acuerdo con el plan y el mandato original de Cosme, no sólo fue una *transla-*

tio, en el sentido medieval del término, sino una declaración de principios que afectó las esferas de la vida pública y privada de Florencia: como acto fundacional, Cosme le encargó a Ficino que tradujera los *Diálogos* después de traducir

el *Corpus hermeticum* de Hermes Trismegisto, siguiendo los manuscritos que recientemente habían sido encontrados en Macedonia, anteponiendo, así, la magia y el secreto a la divulgación propiamente dicha del conocimiento clásico que hasta entonces había perdurado en la capital de Bizancio y era prácticamente desconocido en Europa. De estas traducciones,⁴ que podríamos calificar de esfuerzos monumentales, se derivó una de las mayores aportaciones de Ficino a la cultura de su tiempo: entre los años 1469 y 1474 escribió su *Teología platónica*, el tratado donde se perfila el contorno de una serie de preceptos que serían fundamentales para comprender a cabalidad el complejo tecnológico, político y espiritual que ahora conocemos como Renacimiento.

Sin embargo, no fue Cosme de Médici el discípulo más entusiasta que conoció Pletón durante ese periodo en la Toscana, sino un condotiero que pertenecía a la familia más influyente de Rímimi: Segismundo Pandolfo Malatesta. Ignoramos los detalles de dónde y cómo fue el primer encuentro entre el prócer de la familia Malatesta y Gemisto Pletón; sólo tenemos noticia de que la impresión fue honda y el trato continuado. ¿Qué fue lo que vio Pletón en Malatesta que lo llevó a convertirlo en su discípulo italiano más aventajado? No lo sabemos, ninguno de los dos dejó un testimonio por escrito que nos permitiera inferir las circunstancias y los motivos detrás de una devoción tan grande como la que Malatesta le profesó a Pletón en vida —y también en muerte—. No obstante, el italiano sí dejó algo que nos deja ver la forma en que el pensamiento y la presencia de Pletón transformaron la vida de la Toscana en aquellos años.

4 Además de los *Diálogos* y el *Corpus hermeticum*, Ficino se encargó de traducir a Plotino (en 1492) y al Pseudo Dionisio.

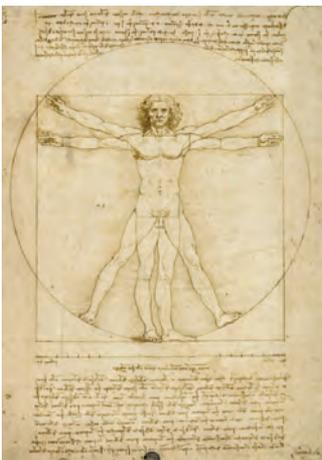
Hacia 1447, siete años después de la partida de su maestro en 1440, Malatesta llamó al arquitecto León Battista Alberti para que planificara la remodelación de la iglesia de san Francisco en Rímini. Supuestamente, Malatesta habría pensado en remodelar esta construcción para convertirla en un mausoleo que hospedara sus restos y los de su amada esposa Isotta degli Atti. Sin embargo, lo que resultó finalmente, y que se encontraba entre los planes reales del condotiero, era la proyección de un templo neoplatónico que rindiera tributo a su maestro Pletón. Alberti no fue el único artista notable que participó en el proyecto; a éste se sumaron el escultor Agostino di Duccio, quien hizo parte del complejo decorado de los interiores del templo, y el pintor Piero della Francesca, quien decoró con un fresco la capilla dedicada a la memoria de san Segismundo, rey de Borgoña. Como escribió en 1875 Luigi Orsini en *The Malatesta Temple*: “Uno podría decir que este templo fue erigido como glorificación del Humanismo, ese espíritu pagano que, en el siglo xv, llenó el aire y animó las vidas de los grandes hombres que duermen ahí en las tumbas con las cuales el Señor de Rímini deseó rodear la suya propia”. En 1465, trece años después de la muerte de Pletón, Malatesta unió sus fuerzas a las del ejército veneciano para desplazar a los turcos de la península del Peloponeso, aprovechando esta coyuntura para rescatar el cuerpo de su maestro, enterrado en la ciudad de Morea. Malatesta

exhumó los restos de Pletón y los llevó a Rímini, donde se conservan en una tumba próxima a la suya.

EL TIMEO DE LEONARDO

La escuela de Atenas, como podría parecer a simple vista, no es solamente la representación compleja de las distintas tendencias del pensamiento y las variadas capas históricas que formaron el panorama de la filosofía griega. El fresco de Rafael también podría interpretarse como la representación de las tensiones que ocuparon la escena central del pensamiento y el discurso político de su tiempo. La polémica que sostienen Platón y Aristóteles recuerda a la desatada por Pletón durante su estancia en Florencia sobre las diferencias entre ambos filósofos. En la obra de Rafael, Platón, con el dedo índice apuntando al cielo, nos remite a las cosas que se dirimen en el reino de lo trascendental, mientras que la sobriedad de Aristóteles y su mano derecha, extendida sobre la superficie de la tierra, nos lleva a los intereses y sujeciones del hombre a lo terrenal. Dos mundos parecen confrontarse en esta pintura: por un lado, el Occidente medieval católico (representado por la figura de Aristóteles) y, por el otro, un nuevo mundo, regulado por los emblemas de una modernidad renacentista que se alimentaba de una espiritualidad venida del Oriente.

Es importante, sin embargo, notar la contradicción que se encuentra implícita en esta controversial nomenclatura. El Renacimiento se gestó a partir de un resurgimiento de ideas y corrientes de pensamiento que habían caído en descrédito durante la Edad Media, o que de plano habían sido olvidadas y marginadas por no convenir a los intereses y “astucias” que conformaron el cimiento de la Iglesia católica en Occidente. Si las obras de Plotino, Proclo, el Pseudo Dionisio y Damascio fueron ampliamente discutidas durante el periodo en que se consolidó el catolicismo europeo, es decir, durante los ochocientos años que van de las *Confesiones* (397-398) de san Agustín a la *Suma teológica* (1265-1274) de santo Tomás, la incomodidad que provocaban terminó por convertirlas en parte de una corriente subterránea que halló una línea de continuidad y flotación en Constantinopla, entre otros mo-



Leonardo da Vinci, *Estudio de las proporciones del cuerpo humano* [conocido como *Hombre de Vitruvio*], ca. 1490. Galería de la Academia de Venecia ©.

Rafael Sanzio, *La escuela de Atenas*, ca. 1510-1511. Palacio Pontificio, Museos Vaticanos ©.





tivos, debido a la proximidad que esta capital imperial y sus provincias tenían con las culturas griega e islámica. El Renacimiento promovido por Gemisto Pletón era muy parecido a un regreso a las fuentes de una civilización cuya inercia y fuerza germinativa se encontraban ya muy contrastadas. Si los planes de la delegación de la que formaba parte, y que en el fondo no deseaba otra cosa sino la supervivencia de Bizancio frente al asedio del Imperio otomano, fracasaron de manera rotunda, Pletón tuvo éxito sembrando las semillas del pensamiento neoplatónico en Europa. A la restitución de estas semillas, que se habían conservado en el Oriente y que entonces volvían a Occidente en un acto de justicia poética, es a lo que nos referimos cuando hablamos de un Re-nacimiento.



Piero della Francesca, *Retrato de Segismundo Pandolfo Malatesta*, 1450-1451. Museo del Louvre ©.

Los historiadores todavía se preguntan cómo fue que Rafael pudo concebir una escena tan compleja como *La escuela de Atenas*, que requería de un conocimiento vasto y profundo de la filosofía griega y, en particular, del *Protagoras* de Platón. Glenn W. Most, en un ensayo sobre el fresco, propone que la obra, a nivel compositivo y simbólico, puede leerse como una prolongación, casi una calca, de uno de los pasajes iniciales de este libro. Rafael, nos dice el profesor Most, no sabía el latín suficiente para leer la traducción de Ficino de los *Diálogos* que se había publicado en 1484 (el original en griego se publicó hasta 1513 aunque, en todo caso, Rafael tampoco sabía nada de griego), por lo que el artista debió trabajar siguiendo

las indicaciones de un intermediario, un intérprete (Most propone al filósofo y teólogo Gil de Viterbo como el candidato idóneo para este papel) que le ayudaría a diseñar la composición de la obra.⁵ Sin embargo, esta última proposición resulta tan poco creíble como la anterior. No sabemos cuáles pudieron haber sido las circunstancias y los detalles que hicieron posible el encuentro de Rafael con Ficino o con cualquier otro miembro de la academia florentina. Pero mientras más estudiamos este fresco, mejor comprendemos el grado de coherencia que guardan las partes con el todo. Nada en él parece dispuesto al azar. ¿Podríamos pensar, como hemos dicho, que *La escuela de Atenas* es la representación del diálogo polémico que comenzó a escucharse y a percibirse con fuerza desde la llegada de la delegación bizantina al congreso de Ferrara en 1438, y que puso de relieve la contienda implícita de una falange intelectual europea racionalista y otra falange espiritual cuyo epicentro estaba en el Oriente? Podríamos, pero esto no acaba de satisfacer nuestra curiosidad más profunda.

Más allá de lo sorprendente que pueda resultar esta afirmación, las preguntas de por qué Rafael representó a Platón como Leonardo y por qué colocó el *Timeo* bajo su brazo siguen provocándonos con la firmeza de un mandato. Nada más natural que buscar en el texto del *Timeo* las respuestas.

a) El *Timeo* es uno de los libros más célebres de los *Diálogos* por contener, entre otros relatos, la historia —apenas vislumbrada o sugerida— de una civilización que probablemente se perdió sumergida bajo las aguas del Atlántico después de un cataclismo. El testimonio de la existencia de un continente y una civilización que fueron destruidos por voluntad de los dioses importa sobre todo porque en él se halla contenida de manera implícita la idea de una destrucción cíclica de las civilizaciones del hombre y de su renacimiento bajo formas necesariamente primitivas. El eterno retorno y la inmortalidad del alma reverberan en este relato que forma parte preliminar de la re-

5 Glenn W. Most, “Leer a Rafael: *La Escuela de Atenas* y su pretexto”, *La torre del virrey*, núm. 13, 2013, pp. 25-40.

flexión metafísica de Timeo sobre la formación del mundo visible y la unión del cuerpo con el alma a partir de la fusión de cuatro elementos: tierra, aire, agua y fuego.

b) La esfera aparece varias veces en el *Timeo* como expresión de la perfección formal que puede alcanzar el cuerpo visible de la creación en la tierra, o incluso fuera de ella. Así, es posible hablar de un sistema de correspondencias entre los astros, los planetas y las cabezas, residencia de lo espiritual en el hombre: “Para imitar la figura del universo circular, ataron las dos revoluciones divinas a un cuerpo esférico, al que en la actualidad llamamos cabeza, el más divino y el que gobierna todo lo que hay en nosotros”.⁶ Nótese la concordancia entre esta afirmación: “Por eso, el cuerpo recibió una extensión y, cuando Dios concibió su modo de traslación, le nacieron cuatro miembros extensibles y flexibles con cuya ayuda y sostén llegó a ser capaz de marchar por todas partes con la morada de lo más divino y sagrado encima de nosotros” y el gesto de Leonardo en *La escuela de Atenas*, que apunta con el índice de la mano derecha hacia el cielo, señalando a la divinidad que nos habita o que se encuentra “detrás” —o más allá— de las cosas visibles.

c) Por último, para terminar con este brevísimo recuento, en el *Timeo* se encuentra la afirmación razonada de la supremacía del sentido de la vista y de lo visual por encima de los otros sentidos. Leonardo habría pensado que esto concordaba con su entendimiento de que la pintura se encontraba por encima de la palabra escrita como instrumento de conocimiento y método para llegar a la verdad. Así, en el texto leemos:

Ciertamente, la vista, según mi entender, es causa de nuestro provecho más importante, porque ninguno de los discursos actuales acerca del universo hubiera sido hecho nunca si no viéramos los cuerpos celestes ni el sol ni el cielo. En realidad, la visión del día, la noche, los meses, los periodos

anuales, los equinoccios y los giros astrales no sólo dan lugar al número, sino que éstos nos dieron también la noción de tiempo y la investigación de la naturaleza del universo, de lo que nos procuramos la filosofía. Al género humano nunca llegó ni llegará un don divino mejor que éste. Por tal afirmo que éste es el mayor bien de los ojos. [...] Por nuestra parte, digamos que la visión fue producida con la siguiente finalidad: dios descubrió la mirada y nos hizo un presente con ella para que la observación de las revoluciones de la inteligencia en el cielo nos permitiera aplicarlas a las de nuestro entendimiento, que les son afines.⁷

Aquí se encuentra precisamente la formulación de que todo lo que acontece dentro ocurre también afuera de nosotros, como si dijéramos que el universo interior es un reflejo del universo exterior. También habría que notar, por último, la preeminencia del cielo —la morada de los cuerpos celestes— a lo largo de este discurso sobre la formación de las cosas visibles y la manera de llegar a su trasunto, lo invisible. Así las cosas, Rafael podría estar sugiriendo, a través de los postulados de este fresco, la gran paradoja que está detrás de la forma en que tradicionalmente ha sido tratada la filosofía de Platón:⁸ como el origen del racionalismo; cuando, en realidad, las influencias que subyacen en sus planteamientos dialógicos tienen que ver con criterios y divergencias que parecen ocupar el lugar destinado a la sombra en la historia de la racionalidad en Occidente. ¶¶

6 Platón, *Diálogos*, t. VI, Gredos, 2011, p. 193. Todas las citas subsiguientes del *Timeo* corresponden a esta edición.

7 *Ibid.*, p. 196.

8 La filosofía de Platón parece hundir sus raíces en la India de los himnos védicos y en tradiciones del Oriente medio que cultivaban formas esotéricas de misticismo, como el sufismo iraní o el judaísmo primitivo. Habría otras tradiciones que permitirían relacionar, por ejemplo, el mito del andrógino primordial con el surgimiento de la alquimia en el Oriente o las ideas que sobre este punto se presentaban en el Egipto de los faraones hacia el siglo XV a. C.



CRÍTICA

PP. 154-157 BRUNO H. PICHÉ

PP. 158-161 ABSALOM GARCÍA CHOW

PP. 162-164 LILIANA MUÑOZ

PP. 165-167 RODRIGO FLORES SÁNCHEZ

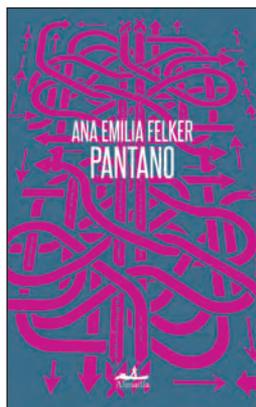
PP. 168-171 MARCELA MENA BARRETO

Tony de los Reyes, *System of Logical Abuse (blue/green)*, 2017. Cortesía del artista.

(152-171)

La creciente del río

BRUNO H. PICHÉ



Ana Emilia Felker,
Pantano, Almadía,
México, 2024.

Este libro/crónica/ensayo personal que Ana Emilia Felker trabajó durante varios años cuenta varias historias que hilan relatos, retratos, encuentros, desencuentros, hechos familiares presentes y pasados vistos desde la borrosa memoria, ese microscopio con las lentes averiadas, digamos que de fábrica. Antes de acercarme a las narraciones, sus cuestionamientos e incluso sus afortunadas contradicciones —un libro, en especial uno como *Pantano*, no es tal sin ellas, pues, además de proponer una lectura que se dispara en múltiples direcciones, de manera más específica, es resultado de un acto planetario, milenario: me refiero a migrar, y quien migra nunca deja de hacerse preguntas, de imaginar otros desenlaces y vidas, de bascular entre perder y ganar países—, quisiera intentar lo imposible: elucidar la base común de las historias que, en mi experiencia como lector, conforman la confluencia de una multitud de ríos que circulan, pongámoslo así, bajo las tramas de *Pantano*.

Me explico. Nos contamos por millones las personas que hemos vivido del otro lado de la frontera norte. Ya sea por trabajo o por motivos académicos, hemos tocado una realidad muy particular tanto con la escritura como con el cuerpo —debería decir, las *partes y órganos de nuestro cuerpo*: ojos para observar, manos para alcanzar y tocar lo que jamás habríamos tocado, estómago para digerir el tipo de comida que degustamos al sur, de donde provenimos, piernas para hacer recorridos en ciudades a veces congestionadas, o tan desier-

tas como Dayton, Ohio—. A mi entender y según las experiencias y personas que conocí durante poco más de una década, que van desde el empacador de carne al vacío en Green Bay hasta la estudiante mexicana en la Michigan State University, que cada día pasaba sus mejores horas en el laboratorio, ajustando un acelerador de partículas con el propósito de indagar en la estructura nuclear de la materia, todas y todos, a su manera, terminan por encontrarse e integrarse a esa corriente subterránea que los lleva de un sitio a otro: de lo contrario, no imagino una forma más o menos humana, no embrutecedora, de sobrevivir a un país tan extenso, no pocas veces hostil, y a una sociedad tan singular como la de Estados Unidos de América —ello sin importar, como ya lo señalé, el oficio o grado de estudios.

Lo que quiero decir es que, con todas sus obvias diferencias, la figura del pantano ha sido un lugar, un rito de paso para personas que no le son ajenas al lector del libro de Felker; así, por ejemplo, Cristina Rivera Garza —profesora del doctorado que cursó y terminó Ana Emilia—, quien fue allá a estudiar historia, vino unos años a México y regresó a Estados Unidos para fundar proyectos académicos, primero en la universidad de California en San Diego, más tarde en la de Houston, que van más allá de la obtención de un grado y que están relacionados con la defensa de un tipo de escritura que se plantea desde el género, desde el uso de fuentes múltiples y que defiende la visibilidad de nuestro idioma en un país donde el español se presume como lengua común, aunque esto no resulta del todo preciso, o bien depende de dónde, cuándo y quién la habla. Pienso también en uno de los etnomusicólogos más destacados en ese país, Alejandro L. Madrid, a quien conocí en Northwestern University, a menos de cuarenta minutos de Chicago, y quien no desaprovechó la oportunidad para hacer investigación en Tijuana y publicar el primero de sus libros, que trata de un incierto punto, que es *aquí* y es *allá* de manera simultánea: *Nor-tec Rifa!: Electronic Dance Music from Tijuana to the World* (2008); después vendrían cátedras en Cornell y libros reconocidos y premiados por sus pares, como es el caso de *En busca de Julián Carrillo y el Sonido 13* (2020)

—especialmente atendible este 2025, cuando se conmemorara el ciento cincuenta aniversario del compositor, así como los sesenta años de su fallecimiento—. El más reciente desembarco de Alejandro L. Madrid ha sido en Harvard e involucra proyectos que van más allá de la musicología y la etnomusicología e integran las claves y llaves que resguardan el enigma, las grandes preguntas, de los archivos sonoros. Y sólo se trata de algunos casos que he conocido. Faltan millones. Al igual que Cabrera Infante, me rehúso a decir: conozco a todos los chilenos; apenas he tenido trato con unos cuantos.

No se trata aquí, entonces, de hacer una lista de quienes han destacado en tal o cual ámbito, mucho menos de plantear la explotación o conversión de vidas humanas tan dispares en mera mercancía, sea en el mundo académico, médico, de la industria de la construcción y el sector de los servicios, por mencionar unos cuantos.



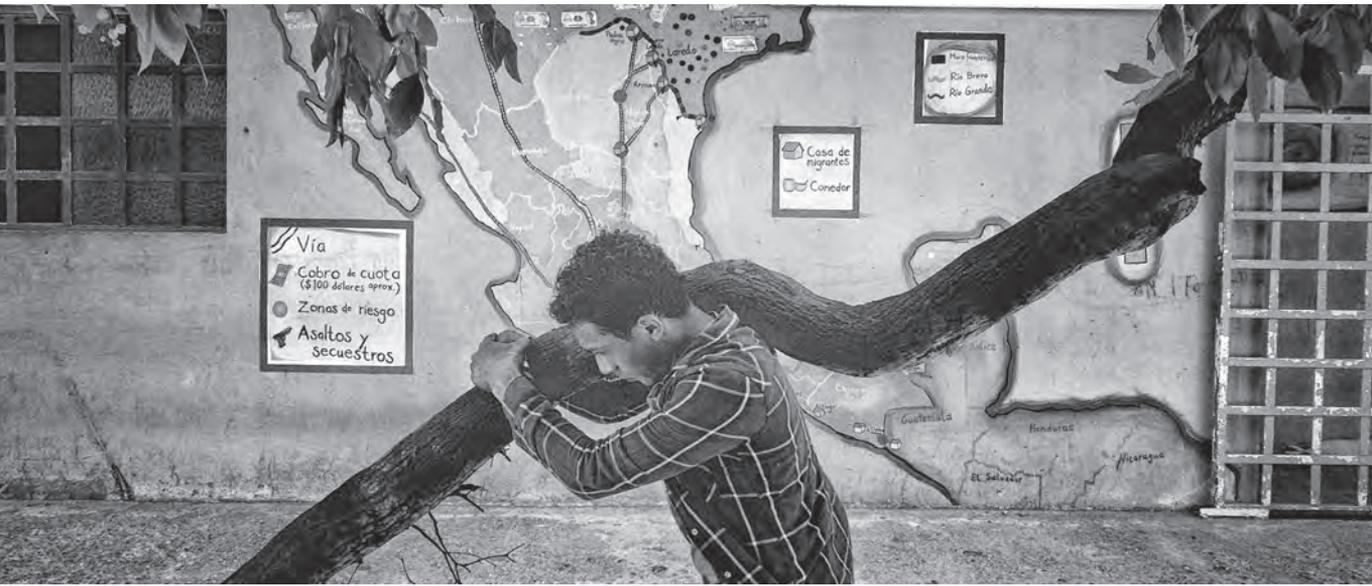
Una mujer pinta su huella sobre el muro fronterizo en conmemoración de los migrantes que han muerto al intentar cruzar la frontera, Baja California, 2019. De la serie *El muro que lo divide todo*. Fotografía de Hector Guerrero. Cortesía del autor.

Mi propuesta crítica es más bien llamar la atención sobre lo casi *natural* —dudo que Lucrecio estuviera de acuerdo conmigo— que le resulta a la gran maquinaria estadounidense el comercio intelectual, así como el de trabajadores manuales y técnicos (ingenieros, carpinteros, etcétera), que, sin embargo, a través de las labores que desempeñan, de las vidas que viven, de sus estudios, investigaciones y libros —que tienen que ver todo con sus vidas— logran el trasvase, arduo, nunca

exento de obstáculos, que consigue crear, literalmente, otro México en Estados Unidos, a la vez que otro Estados Unidos en México.

Éste es, precisamente, uno de los puntos de partida de las historias que cuenta Ana Emilia Felker. En su caso, el desconcierto que causan sus visitas adolescentes a su padre, antiguo militante de izquierda y quien fue el puntero, la rama familiar que, no encuentro mejor verbo, se decantó por migrar y permanecer en Houston, hasta el arribo de Ana Emilia al *humedal* para iniciar sus estudios de doctorado, previa y breve estancia con su padre —en el recuento de la hija: alguien absorto en ser gabacho, en mantener intactos los tres metros de césped de su casa en un suburbio que invita a salir de ahí corriendo—, y en quien, al final del día —o del libro, donde son notables su meticulosidad y capacidad de observación—, quizás no esté tan mal reconocer a un extraño más (que sea su progenitor en realidad poco importa), que se aleja a saber dónde. Hay en esa distancia un espacio en el que la hija logra al fin respirar. De manera paralela, concurrente, la escritura retoma la vida en un campus estadounidense, una vida no exenta de personajes al borde del abismo —político, identitario, suicida— que recuerdan algunas historias que, desde el plano inverso, es decir desde lo anglo, describió David Foster Wallace, profesor y escritor víctima de los campus y, en una imponderable medida, de sí mismo.

Antes mencioné la concurrencia de historias, similar a la confluencia, la colisión y los desvíos inesperados de corrientes subterráneas que ocurren bajo *Pantano*. Me he referido ya a la parte familiar: visitas a las primas en la temprana pubertad y la adolescencia, los abuelos, el padre, la vida en una ciudad de Texas que, por más hispana que se quiera, no pierde su peculiar estatuto fundacional: *el estado de la estrella solitaria*, adoptado por los rancharos texanos al día siguiente de separarse del tronco territorial mexicano. *Pantano* no es, tampoco tenía por qué serlo, un relato autobiográfico: solamente un lector sumido en la inocencia y la candidez creería que, a partir de la escritura de no ficción, resulta imposible descubrir —¿no es esa la quintaesencia del acto de escribir?— maneras de *reinventar* lo que se supone ya es *real* o al menos tomado como tal.



Un migrante salvadoreño en el interior del refugio La 72, Tenosique, Tabasco, julio de 2019. De la serie *A Lost Border*. Fotografía de Hector Guerrero. Cortesía del autor.

Es precisamente un hecho extremadamente real el caso de interés inicial en *Pantano*, una pesadilla que le dio la vuelta mediática al mundo, pero que disparó el misterio de la escritura y estableció la inquietud de una escritora mexicana, no hispana, eso es distinto, en los grupos supremacistas que lo mismo pululan en California y Ohio que en Texas o Luisiana. No llegaría al punto de afirmar que la tragedia provocada por un joven enajenado —el *shooter* que manejó desde Dallas hasta El Paso el 3 de agosto de 2019 para cumplir su parte en el gran plan: internarse en un Walmart y destrozarlo con su AK-47 a veintitrés víctimas y dejar a otras veintidós más gravemente heridas— funciona como la columna vertebral del libro; aunque no le falta experiencia a Felker en esas lides, lejos está su libro de ser una pieza periodística.

La decisión de Ana Emilia de no nombrar al perpetrador de un crimen horripilante conlleva una marcada y respetable postura ética, sobre todo cuando sus referencias básicas (Truman Capote, Emmanuel Carrère, la propia Joan Didion también está presente y, si me apuran, ignoro si la leyó, a una de las autoras jóvenes más dotadas en la no ficción contemporánea, Leslie Jamison, cuyos temas giran alrededor de las múltiples modalidades del dolor femenino, de la empatía, del extrañamiento que puede experimentarse junto a los

seres, parejas, padres, en apariencia más cercanos) son ineludibles y tienen un peso en quien escribe un libro como *Pantano*. Yo mismo no resistí la tentación e incurrí, al escribir una novela de no ficción, *La mala costumbre de la esperanza* (2018), en poner nombres y apellidos, incluidos los de la familia, *las familias*, que nunca son por completo inocentes, sobre el caso de un descendiente de mexicanos culpable de un sórdido crimen ocurrido en una ciudad al norte de Michigan, pero a quien, por su origen étnico, el sistema de justicia se encargó de aplicarle todo el peso de la injusticia, en este caso racial, incluso siendo ciudadano americano, al condenarlo a cadena perpetua con derecho a apelación, la cual tardó más de 45 años en llegar, y ya de muy último minuto, cuando mi libro estaba ya en proceso avanzado de edición y para el cual tuve que escribir una suerte de coda. En uno de los intermitentes pasajes en los que Felker hace el relato de la carnicería ocurrida en el Walmart de El Paso, creo entrever la razón profunda de no nombrar al carnicero: “imaginé al asesino manejando desde Dallas hasta El Paso, y ahora esa imagen se materializa en mi cuerpo”.

“Todo sucede de pronto. Sientes las balas antes de escucharlas” es una frase tremenda de *Pantano* pero que, me temo, viene viajando desde tiempo atrás y tiene con Trump un futuro prometedor como pocos. Una obviedad.

dad en la que no siempre se repara: Trump no es un fenómeno de ayer, de 2016 ni de 2024. Ana Emilia Felker recurre a Adorno, el gran incómodo de la civilización estadounidense, quien, sin el mínimo reparo, reconoció en California y otras partes del país las características fascistas de la Alemania nazi. Para parafrasear a la autora de *Pantano*: ¿cuándo fue que se disparó la primera bala? Otro filósofo alemán expatriado, Günther Anders —casado con Hannah Arendt entre 1929 y 1937— fue detenido en 1941 por la policía mientras caminaba en un *highway* de Los Ángeles y reprendido por poseer libros en lugar de un automóvil. No es coincidencia que los primeros en escuchar el zumbido de las balas sean los otros; los otros que son extraños, ajenos al fundamento originario, y no es casualidad que sean —por sólo referirme al siglo XX y a las dos primeras décadas del XXI— chinos, japoneses, afroamericanos, judíos, vietnamitas, mexicanos, musulmanes. La lista promete ampliarse.

Es fama que Texas es tan grande que ahí se vive como en un país. Célebremente, Borges escribió:

Aquí también. Aquí, como en el otro
confín del continente, el infinito
campo en que muere solitario el grito;
aquí también el indio, el lazo, el potro.

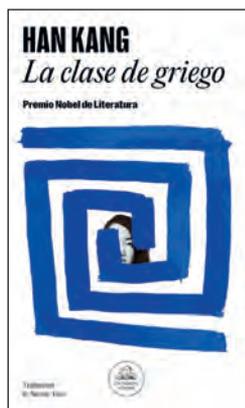
Ni ensayo, ni diario de viajes, ni memorial familiar, ni rememoración del sitio fronterizo, un supermercado como hay millones, donde murieron veintitrés almas, cada una singular y única, a manos de un depredador sin rostro, ni tampoco crónica es *Pantano*. O bien, también puede ser todo ello. Sin embargo, en cada capítulo hay una voz, un registro que va variando: es el sutil ruido de la prosa, para recordar a un gran olvidado, Giorgio Manganelli. La escritura de Ana Emilia Felker carece de branquias, y es abundante en toda clase de objetos y bártulos indispensables para hacer recorridos desde dentro. Si Jean-Luc Nancy se acercó a una megalópolis como Los Ángeles, *a lo lejos*, en *Pantano* su autora hace lo contrario: logra adentrarse, sumergirse en el humedal y, con ello, logra asombrarse a sí misma y a sus lectores por el efecto de zambullirse en sí. No es cosa menor respirar ahí abajo. **RM**



Vista del muro en Nogales, Sonora, s.f. Fotografía de Hector Guerrero. Cortesía del autor.

La clase de griego de Han Kang o de la mayéutica posmoderna

ABSALOM GARCÍA CHOW



Han Kang, *La clase de griego*, Sunme Yoon (trad.), Penguin Random House, México, 2023.

Originalmente publicada en 2011, *La clase de griego* fue la quinta novela de la escritora surcoreana Han Kang, que salió por primera vez en español en 2023. Al igual que sus otras cinco novelas, la trama se centra en seres frágiles, vulnerables y vulnerados, a los cuales creemos extraños y ajenos, pero que, en realidad, representan a todos los seres humanos (“hypocrite lecteur —mon semblable— mon frère”, dice Baudelaire). Por su temática tal vez es la más “occidental” de sus novelas —pienso en Borges, Platón, el griego antiguo—, aunque el significado de todas ellas siempre trasciende la *monosemia* del paisaje intimista, el aislamiento de los traumas personales o la historia nacional.

A diferencia de la polifonía de *La vegetariana* (2007) y *Actos humanos* (2014), *La clase de griego* está estructurada como un diálogo, imperfecto e interrumpido —artilugio diegético que repite en *Imposible decir adiós* (2021)—, entre dos desconocidos, a los cuales separa, durante casi toda la novela, el “metal desnudo” de una espada. La metáfora está tomada del epitafio de la tumba de Borges en Ginebra.

La Academia Sueca, al otorgarle el Premio Nobel de Literatura 2024, calificó su prosa de “poética”; tal juicio, sin embargo, es lo mismo que decir que su poesía es prosaica, pues según Roland Barthes (*El grado cero de la escritura*), hay una carga virtual de poesía en toda expresión. La singularidad del lenguaje de Han Kang es difícil de precisar: hay que buscarla

ahí donde aflora la intraducibilidad que, a mi manera de ver, es uno de los ejes que estructuran *La clase de griego*. Esta intraducibilidad la percibe, involuntaria y ocasionalmente, el lector americano al leer el español peninsular de la traducción; y seguramente, la autora también la experimentó cuando recurrió a un traductor para las palabras o frases del griego antiguo que presenta en la novela. A su vez, los personajes la viven premeditadamente al lidiar con la didáctica más tradicionalista de una lengua milenaria: “Leamos todos juntos [...] *Emós, heméteros*; mi, nuestro —leen los tres alumnos en voz baja con timidez— *huméteros*: tu, vuestro”.¹

El griego antiguo es la forma escrita del griego ático, uno de los tres dialectos que, por diferentes causas históricas y culturales, se impuso a los otros que se hablaban en la antigua Grecia y sus colonias. Esta forma se codificó con el paso de los siglos, especialmente durante el periodo bizantino. Hasta hace algunas décadas, a las niñas, niños y adolescentes griegos se les enseñaba a escribir una variante de este lenguaje, la *katharévousa*, aunque hablaban *dimotikí*, que es lo que actualmente llamamos griego moderno.

En las aulas de la UNAM, el griego antiguo se enseña, en la mayoría de los casos, siguiendo el método gramática-traducción, que es el principal referente a lo largo de *La clase de griego*. A pesar de las justas y merecidas críticas, y la aparición de nuevas metodologías tomadas de la enseñanza de las llamadas lenguas vivas, este método no es totalmente obsoleto. Ciertamente, no es suficiente con traducir textos clásicos, pero tampoco lo es intentar volver oral un lenguaje literario. Thomas de Quincey (*Confesiones de un opiómano inglés*) encontró útil traducir periódicos al griego antiguo.

La protagonista de *La clase de griego* sufre, al momento en que inicia la novela, de una afasia temporal, malestar que había padecido en su adolescencia y que se curó cuando vio escrita en el pizarrón la palabra *bibliothèque* mientras tomaba una clase de francés. Ella re-

¹ Todas las citas pertenecen a la edición de Han Kang, *La clase de griego*, Sunme Yoon (trad.), Penguin Random House, México, 2023.

curre al griego antiguo para intentar sanarse nuevamente. “Si hubiera habido un curso de algún otro idioma que usara una escritura todavía más exótica que el griego, como birmano o sánscrito, se habría matriculado sin el menor titubeo.”

El protagonista es un profesor de griego que está a punto de quedarse ciego. Cuando era joven, “pero no tan joven como para aprender a la perfección el alemán”, su familia se mudó a Alemania y ahí, cursando el *gymnasium*, aprendió griego: “no tenía nada de especial que un chico asiático fuera bueno en matemáticas, pero el griego era diferente, puesto que mis compañeros que eran buenos en latín se desesperaban con el griego”.



Portada de la revista *Repatriación*, 1976. Archivo Histórico y Literario Griego (ELIA) © 4.0.



Cartel *El pueblo libre*, siglo xx. Archivo Histórico y Literario Griego (ELIA) © 4.0.

La inspiración para la historia, como leemos en la novela, fue la relación entre Borges y María Kodama. “La hermosa y joven mujer de ascendencia japonesa que fuera su secretaria se casó con Borges cuando éste tenía ochenta y siete años y compartió los últimos tres meses de vida del escritor”. Sin embargo, *La clase de griego* va más allá de esta anécdota biográfica para situarse en los linderos de la fábula filosófica y el oxímoron existencial, cuya premisa parece ser que el lenguaje nos separa del mundo. Al terminar la obra, no sabemos si esto es una bendición o una condena.

La presencia de Platón en la novela y la reflexión de Han Kang acerca del lenguaje nos hacen pensar en la deconstrucción. Derrida (*La diseminación*) se apoyó en el filósofo griego para enfatizar los defectos históricos del pensamiento occidental; sin embargo, el profesor de griego del relato —licenciado en filosofía por una universidad alemana— no admira tanto las ideas, sino la lengua del ateniense: “cuando leemos a Platón, saboreamos la belleza de una lengua arcaica que alcanzó su cenit hace miles de años [...]. Dicho de otra manera, el griego que manejaba Platón era como una fruta madura y plena a punto de caer del árbol”.

Nadie duda de la maestría de Platón en el uso del griego ático, pero la idea de decadencia nunca ha beneficiado a ninguna lengua. En el *Crátilo*, expone la teoría de que las palabras se llenan de herrumbre por el paso del tiempo y declara que es la labor del filósofo devolverlas a su esplendor original, ya que todas ellas fueron creadas concienzudamente por el *nomothetes*. La protagonista de *La clase de griego*, por su parte, sueña palabras, como la divinidad platónica:

ella soñó con una palabra única que sintetizaba todas las lenguas. Fue una pesadilla tan vívida que se despertó con la espalda empapada en sudor. Se trataba de una palabra sólidamente comprimida por una densidad y una fuerza gravitatoria descomunales. En el instante en que alguien la pronunciara, esa lengua explotaría y se expandiría como la materia de los tiempos primigenios [...]. Apretando los dientes



Refugiados griegos en el puerto de Nea Moudania, Turquía, 1922. Wikimedia Commons ©.

al acordarse de esa sensación gélida y escalofriante, ella escribe: διεφθάρθαι.

La palabra que anota es “morir” o, según le explica el profesor de griego, morir para sí mismo, es decir, suicidarse, ya que es una voz media. El suicidio de una lengua... Ni siquiera Platón se atrevió a pensar en ello, aunque sí habló, en *El sofista*, de la escandalosa imperfección de una lengua en la que se podían yuxtaponer, amparadas por la gramática, palabras totalmente contradictorias como τὸ μὴ εἶναι ἐστὶ, “el no ser”, οὐ τὸ εἶναι οὐκ ἐστὶ, “el ser no es”; tal posibilidad ponía en jaque toda su metafísica y lo hacía sentir un malestar ontológico.

El profesor de griego no sospecha la afasia de su alumna y ella, a su vez, no sospecha la ceguera del maestro; el griego antiguo y Platón son su único medio de comunicación en buena parte de la novela. En uno de los capítulos intermedios, aparece el siguiente texto. “¿Qué es? ¿Una poesía en griego? [...] ¡Profesor! [...] ¡Mire la poesía que ha escrito en griego!”

ἐπὶ χιόνι ἀνὴρ κατήριπε.
χιών ἐπὶ τῇ δειρηῇ.

ῥύπος ἐπὶ τῷ βλεφάρῳ.
οὐ ἔστι ὄρᾶν.
αὐτῷ ἀνὴρ ἐπέστη.
οὐ ἔστι ἀκούειν

En la larga —larguísima— historia de la lengua griega nadie ha proferido tales sintagmas; la traducción al coreano, de la cual depende la traducción al español, ¿será otro recurso narrativo?

Alguien está tendido boca abajo en la nieve.
En su garganta, nieve.
En sus párpados, tierra.
No puede ver nada.
Alguien está de pie a su lado.
No se oye nada.

Es, más bien, coreano vertido al ¿griego antiguo? Si la misma Han Kang no nos advierte que alguien la ayudó con la traducción, podría pensarse que el texto lo hizo un algoritmo. Nietzsche, en *Más allá del bien y del mal*, elogió aforísticamente el descuido de Dios al momento de escribir el Nuevo Testamento, pero el griego de este pasaje va más allá de un descuido.

Las palabras se unen extrañamente, su sintaxis aparenta normalidad pero, analizada con detenimiento, es una sintaxis bárbara, es decir, un balbuceo porque, según cuentan los etimólogos, así escuchaban los antiguos griegos —¿sólo los antiguos griegos?— cualquier otro idioma que no fuera el suyo. Tal balbuceo, sin embargo, es significativo, pues trata de comunicar una angustia sincrónica mediante una forma diacrónica. El valor del texto está en lo que intenta lograr, es decir, en su σκοπός (objetivo), esto es, comunicar una metáfora.

Se pueden generar muchas hipótesis acerca de lo que significa para la protagonista, pero, claramente, para la autora, la metáfora de la blancura de la nieve es una obsesión (*Blanco*, 2018; *Imposible decir adiós*, etc.) que está en el centro de su poesía, porque, podemos decir, antes que novelista Han Kang es poeta. La elección de la poesía como la forma de expresión de algunos de sus personajes principales —mujeres y niños inocentes, víctimas de la violencia masculina— busca, según afirmó ella misma en una entrevista para la radio italiana (Rai) retransmitida en octubre de 2024, comunicar emociones y responder a la pregunta sobre la esencia del ser humano.

Los personajes secundarios de *La clase de griego* —el hijo de la protagonista y el primer amor del profesor de griego— están separados de los principales por actos de violencia física —a veces llevados a cabo por terceros, a veces por ellos mismos— o psicológica, cometidos en el pasado o que están a punto de consumarse en el presente de la diégesis. Una madre que no puede hablar con su hijo, una hija que no volverá a hablar con su madre, un hijo que no volverá a ver a su madre y un hermano que ya no podrá escribirle cartas a su hermana. El lenguaje parece inútil en estos casos.

La estrategia diegética diseñada por Han Kang es efectiva y sutil: la historia de la protagonista se narra en tercera persona, aparentando un distanciamiento que se desvanece cuando, como lectores, tenemos acceso a los pensamientos inefables de la protagonista, a sus recuerdos, a las citas textuales de sus composiciones en griego antiguo y a sus reflexiones sobre la gramática de la lengua. Por otro lado, la historia del protagonista se narra de forma epistolar, con cartas dirigidas a su her-

mana. El “tú”, confesó Han Kang en otra entrevista para la Rai transmitida en 2024, es como una flecha que atraviesa al lector. El diálogo con el presente de la protagonista y el respectivo con el pasado del profesor de griego, dan paso, en las páginas finales, a una conversación entre los dos personajes, en el tiempo presente. La novela termina con un monólogo, con un poema.

Es tentador suponer que Platón es la clave interpretativa de la novela: “en cierto modo, en su mundo todo estaba al revés. Es decir, pensaba que él estaba despierto y no soñando, pues no creía en la belleza de las cosas reales, sino sólo en la belleza en sí, una belleza absoluta que no puede existir en la realidad”. En el clímax, el profesor de griego tropieza y cae a un sótano, sus lentes se rompen y queda en completa oscuridad; la alumna lo ayuda a salir. Es una especie de *katábasis*, que hace recordar el mito de la caverna y esa ceguera temporal que, según el filósofo, provoca la contemplación de la deslumbrante Verdad.

No conozco ninguna entrevista donde Han Kang hable de *La clase de griego*, pero creo que la ilusión de la interpretación platónica se desvanecería, del mismo modo en que, en una de las entrevistas mencionadas, la escritora disipó, con una referencia a la literatura coreana, la supuesta influencia de Ovidio y Kafka en *La vegetariana*. Ahí también afirmó:

Sinceramente, no sabría decir si la literatura es capaz de eliminar los traumas, pero pueden ser comprendidos y fijados, podemos recordarlos, podemos celebrarlos y podemos interrogarlos a propósito de nuestro presente como seres humanos, y entonces podemos preguntarnos cómo podemos ser mejores en el futuro. Estoy convencida de que el papel de la literatura es permitir hacernos preguntas, nos permite comenzar a interrogarnos.² ❧

2 La entrevista puede escucharse aquí: Graziano Graziani, “Atti umani, di Han Kang”, *Fahrenheit*, Rai, 4 de octubre de 2017 (retransmitido el 10 de octubre de 2024), disponible en: <https://acortar.link/fMTOPQ>.

Lo roto no es el afecto, es el lenguaje

LILIANA MUÑOZ



Ave Barrera,
*Notas desde el
interior de la ballena*,
Lumen, Ciudad
de México, 2024.

En *El corazón del daño*, María Negroni escribe: “Mi madre: la ocupación más ferviente y más dañina de mi vida. Nunca amaré a nadie como a ella. Nunca sabré por qué mi vida no es mi vida sino un contrapunto de la suya”. Estas líneas podrían pertenecer a *Notas desde el interior de la ballena*, el libro más reciente de Ave Barrera (Guadalajara, 1980) publicado por Lumen. Más que una historia sobre la tensa relación entre madre e hija, éste es un intento de la narradora de comprender a su madre, aunque sea *in absentia*, con sus errores y aciertos, y a la vez de comprenderse a sí misma, como mujer pero también como individuo que se aparta del entorno familiar para erigir su propia identidad.

En los últimos años, la literatura latinoamericana ha experimentado una tendencia creciente a explorar la naturaleza de los vínculos paternofiliales: la representación del padre o de la madre, las implicaciones de la maternidad, las nuevas paternidades. Prueba de ello son, por ejemplo, *Dios fulmine a la que escriba sobre mí*, de Aura García-Junco, en el que la narradora trata de desentrañar la esquiua figura de su padre; *Casas vacías*, de Brenda Navarro, que analiza desde un doble ángulo la construcción social y psicológica de la maternidad; *Chamanes eléctricos en la fiesta del sol*, de Mónica Ojeda, que relata el viaje que hace la protagonista para encontrar a su padre, quien la abandonó años atrás; o el ya mencionado *El corazón del daño*, de María Negroni,

libro autobiográfico y honesto sobre la ajada relación entre la narradora y su madre. Por otro lado, resulta por demás curioso que, mientras hijos e hijas someten a escrutinio a las figuras paternas y maternas, autores como Andrés Neuman (*Umbilical*), Alejandro Zambra (*Literatura infantil*) o Eduardo Halfon (*Un hijo cualquiera*) hayan escrito, en esta coyuntura, libros sobre lo que significa ser un padre feminista, deconstruido y sensible en estos tiempos posmodernos.

Pero, aunque guarda ciertas afinidades con los libros señalados, la genealogía de *Notas desde el interior de la ballena* es otra. La autora lo deja en claro desde el inicio: Ave Barrera bebe de *Una mujer*, de Annie Ernaux; de *The Heroine’s Journey*, de Maureen Murdock; de *When Women Were Birds*, de Terry Tempest Williams; y de *Una madre es un piano triste*, de María Malusardi, entre muchas otras. Mezcla de novela, ensayo y memoria, el libro recupera algunas de las mayores virtudes del oficio narrativo de Ave, como el dominio de la técnica y la precisión en el uso del lenguaje, pero flaquea al momento de delinear personajes que dejen su estampa en el lector. Me explico: un personaje puede estar bien perfilado, bien caracterizado, e incluso poseer señas de identidad que lo distinguan de los otros, y aun así carecer de una sólida definición en sus siluetas, en sus contornos, en la imagen que nos legan. Es el caso de la madre, que se va desdibujando a medida que avanzamos en la lectura, mientras el personaje de la narradora va adquiriendo fuerza conforme se aproxima a su destino. Es también el caso del padre, de cuyo mundo recibimos sólo un pequeño atisbo; no lo reclamo: no es ésta su historia, a pesar de jugar un papel en ella. Se trata, pues, de un juego de apariciones y desapariciones, de personajes que se evaporan, se extravían, reaparecen, vuelven a perderse.

No es la primera vez que Ave Barrera escribe una historia de fantasmas. Ya en su novela anterior, la ambiciosa *Restauración* (publicada por Paraíso Perdido en 2019 y por Editorial Contraseña en 2021), nos presentaba a Min, una restauradora a la que su novio, Zuri, le encomienda restaurar la casona neocolonial de su tío abuelo Eligio. Ganadora del Premio Lipp en 2018, la novela es una muestra de la pericia

de Ave en la construcción de estructuras narrativas. En *Restauración* nos encontramos con distintos niveles de lectura: en el presente, la disfuncional relación entre Zuri y Min, con los desplantes y abusos del primero y la dependencia y sumisión de la segunda; en el pasado, el infeliz matrimonio entre Eligio y Gertrudis, con el personaje de Chava (guiño a Salvador Elizondo, aunque *Farabeuf* sirve como palimpsesto de la novela entera) como elemento disruptivo y, a la vez, propiciatorio; nos encontramos con el *yin* y el *yang*, el sueño y la vigilia, lo masculino y lo femenino, la fotografía y la percepción de la realidad. Más compleja en su construcción que *Puertas demasiado pequeñas* (2016), primera novela de la autora que se centra en la capacidad del arte para poseernos y llevarnos al límite de nosotros mismos, *Restauración* recupera de ésta la atención al detalle, el gusto por los engranajes narrativos, la habilidad para construir escenarios oníricos. Si en *Puertas demasiado pequeñas* nos dejábamos arrastrar por la agilidad en el desarrollo de la trama y por el carisma de los personajes, en *Restauración* las descripcio-

nes, logradas pero fatigosas, terminan por ahogar el corazón emocional del libro, es decir, la historia de las dos parejas que se funden y se diluyen en un espacio y un tiempo indeterminados.

Ya en su segunda novela, la narradora afirmaba: “Restaurar es fabricar un bello fantasma”. Podríamos decir, entonces, que *Notas desde el interior de la ballena* también busca reconstruir a un fantasma, uno más cercano a la autora y, por lo tanto, más doloroso: “Al escribir estas notas siento como si abriera la reja de algo que estuvo contenido durante todo este tiempo, removiéndose en la oscuridad”, apunta. Por lo mismo, no estoy segura de que el ritmo interno del libro esté del todo conseguido: el lector podría pasar de la rabia a la ternura, de la indiferencia a la comprensión, de la pena al sosiego y de éste a la entereza y la aceptación. Pero no: el tono suele ser, las más de las veces, uniforme. En la búsqueda de la perfección formal, en la que Ave Barrera se empeña con cada libro, se pierde algo de la empatía, de la capacidad para sentir *compasión* (en el sentido de “padecer con”, de acompañar al otro



Ernst Saemisch, *Mujer portuguesa*, 1951.

en su dolor) por la narradora o por el personaje de la madre, Marielena. Celebro la palabra calculada, la firme voluntad de escribir sin aspavientos sobre un tema que podría haber derivado en la sensiblería o el desahogo: “vine aquí para escribir sobre esto, sobre el duelo, pero también sobre la vida, sobre la fractura, sobre mi madre y sobre nuestras mutuas ausencias”; celebro también las imágenes que Ave traza con delicadeza y amor por el lenguaje: “mi madre es un río, se aleja y no vuelve. Yo voy navegando a la deriva”; celebro la memoria y su diálogo con el presente: “no pertenezco tampoco a la ciudad donde ahora vivo, no del todo, no pertenezco a ninguna parte, el espacio que consideraba mío ahora solo habita en el recuerdo”; y celebro, finalmente, la escritura como ancla y representación del mundo: “lo que escribo, lo que pienso mientras escribo y lo que la escritura me hace sentir, conforman una masa oscura, llena de prolongaciones que enraízan en el tejido de la memoria”.

Al bosquejar el retrato de una ausencia, la memoria tiende a evocar los grandes acontecimientos —las discusiones, los quiebres, los instantes de regocijo, los momentos decisivos—. Ave, en cambio, posa la mirada sobre lo minúsculo: “tenía fe en el progreso por medio del esfuerzo, su oración era el pan, la carne



Ernst Saemisch, *Miedo*, 1948.

y la manteca”; “compraba tres tacos dorados rellenos de nada y los hacía rendir con varias rondas de lechuga, salsa y queso”; “sus manos huelen a jabón Maja, y su nuca a colonia de bebé Mennen”; sin dejar de lado los eventos capitales de su vida, como haber sido educada por los testigos de Jehová. En ese desplazamiento hacia el pasado, está la búsqueda de una figura que la elude, la de su madre antes de ella: “su vida de antes es un espejismo que necesito para sostener el presente”. Pero, paradójicamente, al final del túnel no está —o no únicamente— su propia madre, sino una médica, una esposa, un cuerpo inmóvil sobre la cama, víctima fatal de cáncer en el cerebro. Y, sobre todo, una mujer. El reproche tácito de Marielena, que la narradora asume como cierto —haber renunciado a su carrera *por amor*—, desemboca en la necesidad de la hija por convertirse en *alguien* para ser vista por la mujer sacrificada: “Mi madre está cerca, pero no está conmigo, no soy su compañera, soy muy poca persona para eso”.

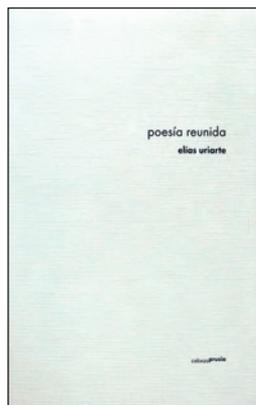
En el fondo, lo roto no es el afecto, es el lenguaje: “Ahora puedo reconocer su amor en cada una de las prendas que elaboró para mí, pero crecí pensando que ella no lo sentía porque nunca le puso palabras”. Y lo roto es también el silencio, su incapacidad para abrazarlo y habitarlo: “Mi madre jamás me dijo: te amo”. No obstante, como en la historia de Jonás y la ballena, la narradora obedece, se desdice, se reafirma, elige su propio rumbo, se equivoca, es perdonada, regresa al camino, pero con una mirada diferente.

Hacia el final del libro, la narradora viaja a Guerrero Negro, en Baja California Sur, para avistar ballenas. Al tocarlas, descubre que: “En otro plano de la realidad ocurre el contacto con ese mundo abismal en que encuentro la nota grave y prolongada que proviene del fondo de la grieta, un lenguaje que está mucho más allá de las palabras, y su calma y su consuelo se encuentran más allá de la razón”. Es justo ese lenguaje, inaudito y próximo, cotidiano y al mismo tiempo inalcanzable, el que Ave Barrera persigue en estas páginas sobre su madre. \mathcal{M}

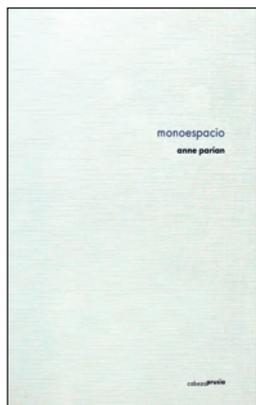
Imágenes de la exposición *La naturaleza íntima de la vida. Ernst Saemisch 1902-1984*, en el Colegio de San Ildefonso. Cortesía del museo y Ernst Saemisch A.C.

En los márgenes del lenguaje

RODRIGO FLORES SÁNCHEZ



Elías Uriarte, *Poesía reunida*, cabezaprusia, Puebla, México, 2023.



Anne Parian, *Monoespacio*, cabezaprusia, Puebla, México 2024.

Dentro del vertiginoso flujo de la palabra escrita en México, circulan sin pena ni gloria tantos periódicos rutinarios, revistas variopintas, relatos gráficos fosforescentes y desplegados, libros de superación personal con inespecíficas promesas de plenitud, sitios web interactivos con contenidos sosos o anodinos y, por supuesto, novelas autocomplacientes de autores consagrados o aspirantes al parnaso local. En este panorama, en el que cada producto compite por ser la “mejor propuesta”, sobresale el catálogo editorial de cabezaprusia, un sello originario de la ciudad de Puebla (auspiciado por la seductora librería y cafetería Profética), cuya misión difiere de la mayoría de los proyectos editoriales. Su sitio de internet da cuenta, con el vigor de un manifiesto vanguardista, de sus repudios:

no queremos novelas, no queremos poemarios sobre algo, no queremos marquesas que salen a las cinco ni tersos ensayos que con hermosas citas ocultan su inanidad, no queremos libros de historia que “se leen como una novela”, tampoco libros de cuentos unitarios ni no unitarios ni libros de versos ni antologías panorámicas, no queremos premios literarios ni de diseño, no queremos héroes patrios, autoficciones ni romance juvenil, no

queremos prosa burocrática, prosa publicitaria, prosa varia, prosa de redes, prosa de Estado, no queremos espectáculo, no queremos ningún costumbrismo, tampoco portabilidad, traducibilidad ni anticipo de guiones, bajo ninguna circunstancia queremos poesía conversacional, bajo ninguna circunstancia queremos un libro cuya sinopsis le haga justicia. En lo que queda, en ese frío páramo sin metas, se dibuja nuestro catálogo.

Es estrecho el sendero por el que conduce cabezaprusia su iniciativa, ése de la rareza voluntaria, la anomalía vocacional y lo insólito. No es de extrañar que entre los títulos de su escasísimo catálogo se encuentren el inclasificable *Una americana* (2014), de Nathalie Quintane, y el desafiante *La voz en el cuarto trastero* (2018), de Raymond Federman. A estos ahora se suman *Poesía reunida*, de Elías Uriarte, y *Monoespacio*, de Anne Parian.

En 2023, cabezaprusia lanzó *Poesía reunida*, del uruguayo Elías Uriarte (Rocha, 1945), una figura singular en la poesía latinoamericana contemporánea, navegante solitario que ha escrito su obra desde los márgenes y el silencio premeditado. Su producción, exigua pero contundente, consiste en cuatro libros fundamentales en la poesía de ese país, *Trabahoma* (1978), *Breviario de la peste* (1986), *Hiroshima* (1999) y *Summa* (2023), los tres primeros incluidos en este volumen, que han circulado casi en secreto y se han vuelto objeto de culto para las generaciones posteriores a la dictadura uruguaya (1973-1985). Junto con Roberto Appratto, Eduardo Milán y Eduardo Espina, Uriarte forma parte de una generación que radicalizó la necesidad de transfigurar la práctica de la escritura, alejándose de la simplificación del lenguaje y cuestionando su función en un mundo cada vez más utilitario. En ese sentido, su poética particular, marcada por su experiencia de exilio en Alemania y su formación filosófica (en especial, su lectura de Ludwig Wittgenstein), se construye desde una profunda desconfianza hacia el lenguaje como instrumento de poder. Su escritura, que oscila entre la extrema concisión aforística y el poema extenso, hace del exilio y el silencio sus



Ernst Saemisch, *Ventana*, 1956.

materias primordiales, convirtiendo la palabra poética en un espacio de resistencia frente al discurso dominante.

La postura de Uriarte se hace evidente en “Hiroshima”, poema extenso dedicado a la gran poeta Marosa di Giorgio y que da título al libro de 1999. A partir de la imagen de una mesa familiar, Uriarte construye una compleja trama de significados en la que lo íntimo y lo histórico se entrelazan: las cenizas de la bomba atómica se confunden con el polvo de la infancia rural, la violencia doméstica refleja la violencia política, y el lenguaje mismo se revela como un agente químico de destrucción. “Oh Napalm del alma”, repite el poema al final, sintetizando en esta fórmula litúrgica un hecho histórico con la visión del lenguaje como potencia corrosiva. En ese mismo libro, en “5 poemas” Uriarte ironiza en torno a la capacidad de la palabra para encarnar el mundo, poniendo en juego a distintos autores y obras, como el *Tractatus logico-philosophicus* de Wittgenstein (“Los límites de mi lenguaje significan los límites de mi mundo”, escribió el filósofo austriaco). Dice Uriarte: “No, no es el lenguaje,/ El mundo no es el lenguaje./ Esa hoja/ No es tocada por la palabra/ Hoja./ Ese cielo en retirada,/ Esa ventana incendiada/ En el centro del follaje/ No son tocados por el lenguaje”. En consonancia con lo anterior, la última parte de *Hiroshima*,

“En busca de la corriente mayor del lenguaje”, continúa esa indagación, sólo que ahora mediante aforismos o poemas brevísimos en torno a la enunciación y a la creación: “Encontré la letra sin raíces. Y comencé a mis cuarenta y ocho años a escribir el libro para el cual he nacido”.

Breviario de la peste (1986), segundo libro en la compilación, aunque anterior a *Hiroshima* en la cronología, resulta menos convincente. Si bien profundiza en la exploración formal —con el uso dramático de los espacios en blanco y una extrema economía verbal—, muchas de sus preocupaciones temáticas aparecen mejor resueltas en *Hiroshima*. La influencia de Saint-John Perse se traduce en un despojamiento radical que, aunque por momentos logra hacer de la *nada* un acontecimiento poético, otras veces deriva en juegos formales que no aportan a la potencia expresiva del conjunto. No obstante, el libro anticipa temas cruciales en Uriarte: la palabra confiscada, el extrañamiento del exilio y la muerte de lo sagrado.

El tercer libro compilado, y primero en la producción de Uriarte, *Trabahombre* (1978) —que a Rafael Courtoisie le recordaba al príncipe del pesimismo, Emil Cioran—, es el más libertino y, a mi parecer, el más interesante. En estos poemas, más largos en su mayoría, es posible vislumbrar una constante respecto a su poesía posterior: la suspicacia frente a la palabra, las preguntas éticas sobre la manera de actuar del individuo y la apertura formal del poema. En tiempos de censura y represión, Uriarte rehuyó de la anécdota y se decantó por un lenguaje que se despliega como pensamiento poético sobre la propia condición de extranjería. El poema que da título al libro es muestra de ello:

Las llamadas decisiones particulares de
cada hombre
suelen ser semejantes a las llamadas
decisiones particulares de muchos
hombres
cuyas decisiones no han sido decididas
particularmente por ellos mismos;
de muchos hombres cuyas llamadas
decisiones particulares
suelen ser semejantes a las decisiones
de unos pocos hombres

que sí han decidido particularmente
por sí mismos,
de unos pocos hombres cuyas
decisiones particulares
han decidido por todos los hombres.

La publicación de *Poesía reunida* por cabezaprusia permite acceder, por primera vez en México, a la obra completa de este singular poeta. Los tres libros que la conforman trazan una trayectoria que va desde la crítica al lenguaje como instrumento de poder en *Trabahombre* hasta la exploración de sus límites expresivos en *Hiroshima*, pasando por diversos experimentos formales en *Breviario de la peste*. Esta edición confirma la vigencia de un autor que, desde su radical desconfianza hacia la palabra, ha creado una obra poética potente y descarnada.

También en la línea de la exploración del lenguaje se inscribe *Monoespacio*, de Anne Parian (Marsella, 1964). Como artista multidisciplinaria, Parian ha difuminado deliberadamente las fronteras entre géneros y medios de expresión. Aunque prefiere definirse simplemente como “poeta” —término que, como ella misma señala irónicamente, “ha envejecido bastante”—, su trabajo abarca la escritura, la fotografía, el sonido y el video. Para la autora, la poesía es el nombre más preciso para denominar la práctica artística contemporánea, dadas las posibilidades de ensamblaje que ofrecen los medios actuales.

Monoespacio, originalmente publicado en 2007 y ahora traducido al español por Octavio Moreno y Gabriel Wolfson, desafía las convenciones genéricas tradicionales. Parian propone una obra híbrida que oscila entre la poesía y el ensayo visual. El jardín opera como un motivo central que permite reflexionar sobre las posibilidades del lenguaje. El libro se estructura en tres partes, siendo la primera la más extensa. En ésta, los poemas se imbrican con notas al pie que a veces superan en longitud al texto principal, creando un efecto de desconcierto. El jardín —ya sea el propio, el de la infancia o el que aparece en fotografías y pinturas— se convierte en un espacio de exploración donde la descripción objetiva se entrelaza con la memoria personal. Como ha señalado Nathalie Quintane (escritora igual-

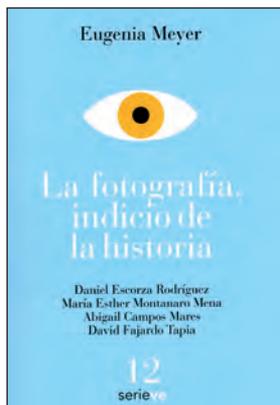
mente publicada en cabezaprusia), no se trata tanto de definir una poética, sino de trazar un recorrido donde el acto mismo de describir crea el espacio que se propone capturar.

En *Monoespacio* (título que parece referirse al espacio único que conecta los textos, pero también a la voz monódica que recorre las páginas), Parian desliza una escritura que se mueve entre la fragmentación y la continuidad. Los textos, con su puntuación elidida y su sintaxis abrupta, generan una respiración entrecortada que parece seguir el ritmo del pensamiento. Esta escritura —que recuerda el aire doméstico enrarecido de *Tender Buttons* (1914) de Gertrude Stein y ciertos gestos en la escritura de Leslie Scalapino— se muestra más como los apuntes de un diseñador o artista visual que como un ademán domesticado por la literatura. La supresión de convenciones tipográficas —como la distinción entre mayúsculas y minúsculas al inicio de las líneas— y la ambigüedad entre verso y prosa crean una melodía disonante que recorre cada página. Si bien el libro sólo incluye dos fotografías al final, el factor visual es fundamental en su construcción: las descripciones equilibradas se entretajan con emociones desbordadas colmadas de lirismo en las notas al pie, creando un tejido donde la vacilación y la plenitud coexisten sin buscar anclajes definitivos.

La publicación de *Poesía reunida* y *Monoespacio* confirma la apuesta radical de cabezaprusia por hacer circular obras y autores que, de otro modo, permanecerían inaccesibles para los lectores mexicanos. No deja de ser paradójico, sin embargo, que la obra de Uriarte se presente bajo el formato de “poesía reunida”, gesto consagratorio que parece refutar los principios del sello. Esta contradicción, no obstante, queda compensada por la audacia de publicar *Monoespacio*, libro que lleva hasta sus últimas consecuencias la exploración de las posibilidades del lenguaje. Si el proyecto editorial de cabezaprusia se define por el riesgo y la anomalía, estos dos títulos, cada uno a su manera, demuestran que la belleza puede surgir precisamente de esa zona incierta donde las formas establecidas se desmoronan y dan paso a nuevas intensidades expresivas. 

Indicios de la Historia

MARCELA MENA BARRETO



Daniel Escorza, María Esther Montanaro, Abigail Campos *et al.*, *La fotografía, indicio de la historia*, Eugenia Meyer (coord.), Vestalia Ediciones, México, 2024.

La historia es polifónica, multidimensional y, también, multivisual, de tal suerte que se torna “la voz” de la mirada.

EUGENIA MEYER,

“La realidad irreal de la fotografía”

En cinematografía, el concepto de “descarte” hace referencia a las imágenes que se excluyen a la hora del montaje o del producto final del filme. Los historiadores que toman la fotografía como fuente de investigación realizan una operación similar a la hora de elegir —o no— determinadas imágenes para interpretar y analizar los hechos históricos. Con esta premisa, en *La fotografía, indicio de la historia*, Eugenia Meyer compila las indagaciones de varios autores con el fin de abordar y reconstruir la historia y el archivo de los objetos fotográficos. La historiadora provoca a los lectores, fotógrafos e investigadores para que piensen cómo estudiar las huellas del pasado y qué se selecciona o se desecha al momento de capturar una imagen. El libro coordinado por Meyer nos recuerda que es necesario volver la mirada a las fuentes que contradicen los discursos oficiales, a las verdades ocultas y a otras posibilidades de entender una imagen. Sólo de este modo se puede “trazar la delgada línea entre la fotografía como fuente y la fotografía como hecho histórico”. Al encontrar lo que no está representado, dicho o aludido, podemos complejizar nuestro modo de ver y comprender el mundo.

En la práctica, el historiador sustenta o rechaza una hipótesis a partir tanto de lo que

puede determinar como de lo que permanece en suspenso. Los textos de *La fotografía, indicio de la historia* nos hacen preguntarnos justamente sobre esta praxis: ¿no es a partir de una suposición o un instinto que el historiador comprueba (o descarta) una hipótesis mediante el método científico? Esta paradoja implica que el significado y el mensaje también están ocultos detrás de las imágenes. La visión de Meyer emana del camino trazado por algunos autores que, a partir de las imágenes fijas o en movimiento, han abierto nuevos senderos temáticos, o bien, han hecho crítica y construido todo un aparato epistemológico y heurístico alrededor de la fotografía. Son notables los conceptos de los tratados de Walter Benjamin, Roland Barthes, John Tagg, Susan Sontag, William John Thomas Mitchell, Charles Baudelaire, John Berger y Vilém Flusser.

En el número doce de Serie Ve, la colección especializada en materia fotográfica de Vestalia Ediciones, se reúnen cuatro casos de historiadoras e historiadores mexicanos que recurren a las imágenes como fuente documental. La relevancia de estos textos radica en la puesta en diálogo de la disciplina fotográfica con otros campos de conocimiento que no están limitados a las artes o humanidades, sino que articulan otras ciencias y saberes. En cada uno de los ensayos es posible comprender el uso de fotos como fuente documental y visual, al tiempo que como una disciplina en permanente desarrollo, en la que los historiadores se convierten en agentes narrativos. La fotohistoria, el fotoensayo, el fotoperiodismo, el fotolibro, el fotomontaje y el fotorreportaje, junto con otras formas de conocimiento, sustentan y favorecen la creación de nuevas maneras de hacer historia. Los capítulos del libro, asimismo, dan herramientas al lector para ejercer el pensamiento crítico en la interpretación de imágenes.

La fotografía, en tanto que da cuenta de quiénes la han leído y la han escudriñado, es un recordatorio de que las imágenes son interpretadas continuamente por quienes las contemplan. Cabe, entonces, preguntarse si el fotógrafo es quien habla a través de su trabajo o, más bien, si es el investigador quien le da voz a lo que ve y, en consecuencia, fija una posible lectura de la imagen. En el análisis de una fotografía, como nos recuerda el libro

de Meyer, a veces resuenan con más fuerza las interpretaciones que se han hecho de la imagen que la imagen misma.

Daniel Escorza escribe, en la compilación, “Las imágenes en los libros a principio del siglo xx”, a partir de cuatro obras publicadas entre 1897 y 1911. El autor se centra en el momento en que la escritura pasa a segundo plano en numerosos libros y publicaciones periódicas, con lo cual se transforma el modo de reproducir y usar las imágenes. Esto ocurre en particular cuando se deja de lado la fotografía de producción manual, sobre todo la artística o de retrato, y se comienza a usar la fotomecánica, que suele acompañarse por texto.

Escorza aborda dos publicaciones de autores estadounidenses. La primera es *Picturesque Mexico* (1897) de Marie Robinson Wright, que el autor considera una apología al régimen porfiriano y que está ilustrada con 328 fotografías de la capital mexicana y otras que exponen la riqueza de recursos naturales en el país. La segunda publicación es *México bárbaro* (1911) del periodista John Kenneth Turner, un libro que critica al régimen porfirista y se compone de veintidós fotografías de autoría desconocida, dos de Charles B. Waite y un par tomadas por el mismo autor del texto. Contrastan el pintoresquismo auspiciado por el régimen, en el primer libro, con el trabajo periodístico de Turner, que incluye imágenes de indios yaquis yaciendo en el suelo tras ser fusilados en el paredón.

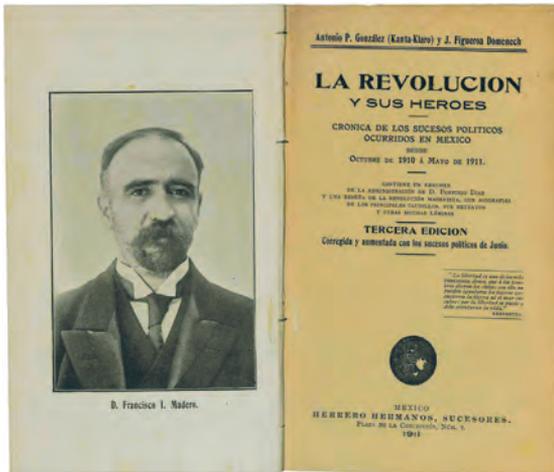
Además, Escorza estudia dos publicaciones producidas en el periodo de transición posterior a la renuncia de Porfirio Díaz y la toma de poder de Francisco I. Madero; ambas aparecieron en 1911. Se trata de *La revolución y sus héroes. Crónica de los sucesos políticos ocurridos en México desde octubre de 1910 a mayo de 1911*, de los periodistas José Figueroa Domenech y Antonio P. González, y *Hacia la verdad: episodios de la revolución*, de Gonzalo G. Rivero. Daniel Escorza invita al lector a indagar en las subjetividades que dieron lugar a estos relatos e imágenes y tan distintos entre sí.

Por su parte, en su ensayo “Una nueva mirada a los rarámuri”, María Esther Montanaro se pregunta quién está detrás de la cámara y por qué. Se concentra en la serie fotográfica

que tomó el jesuita Aquiles Gerste durante su expedición a la sierra Tarahumara, en Chihuahua, a finales del siglo XIX. Las fotos se las encomendó Francisco del Paso y Troncoso, director del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología de México, quien deseaba exhibirlas en la Exposición Histórico-Americana que se llevó a cabo en Madrid, en 1892, en el marco del cuarto centenario del “descubrimiento” de América.

La fotografía etnográfica era una constante en la administración porfirista, pero el caso del sacerdote Gerste llama la atención por su formación como historiador, sus antecedentes como bibliotecario en México y su interés en la investigación científica. En sus imágenes puede verse que su propósito cambia: poco a poco los retratos de los rarámuris se vuelven material documental y científico, con el que buscaba identificar los distintos grados de asimilación religiosa, sus vestimentas, sus viviendas, así como sus agrupaciones familiares y sociales, junto con los espacios naturales donde se desarrollaban. Aunque estos registros carecen de cualidades de composición, de enfoque y, posiblemente, de experiencia a la hora del revelado, es importante tomar en consideración, a la hora de su contemplación y análisis, lo difícil que era trabajar con el equipo fotográfico de la época —las aparatosas cámaras que usaban placas de vidrio como soporte—, además de las condiciones climáticas de la región.

Este ensayo de investigación puede leerse como un planteamiento metodológico, pues Montanaro hace un gran trabajo al problematizar cada una de sus fuentes y, sobre todo, a quienes toman las fotografías. La autora recurrió a fuentes secundarias, como diarios de viaje, cartas y el catálogo de la exhibición, con el fin de estudiar las representaciones de los rarámuris en los siglos XIX y XX. Al tiempo que su texto reconstruye las narrativas que se conformaron alrededor de la serie de Gerste, recupera la idea de que los rarámuris no tuvieron una construcción visual propia, ya que su cultura se valió de la tradición oral. Las pocas referencias dan cuenta de los intentos, muchas veces fallidos, del despojo de sus tierras y de evangelización, efectuados por distintas congregaciones religiosas.



Portadilla del libro José Figueroa Domenech y Antonio P. González, *La revolución y sus héroes. Crónica de los sucesos políticos ocurridos en México desde octubre de 1910 a mayo de 1911*, 1911, Herrerio Hermanos Sucesores, México, 1911. Colección Digital UANL © 2.5.

En “Fotografía y ceguera en la política cultural de México (1910-1914)”, Abigail Campos Mares se pregunta qué es lo que determina la conformación de los repositorios de imágenes: ¿su cualidad de objeto coleccionable, sus valores estéticos o sus usos documentales? La autora estudia las *cartes de visite* —un formato fotográfico para retratos— que actualmente están resguardadas en el Archivo Histórico de la Ciudad de México; en particular, reflexiona en torno al papel que jugaron en las prácticas sociales urbanas. Así, observa que el uso de la fotografía se extendió a las actividades administrativas que buscaban identificar a los individuos con sus oficios y servicios, especialmente, aquellos llevados a cabo en el espacio público. Son ejemplo de ello las “licencias para tocar música callejera, otorgadas a invidentes por el ayuntamiento de la capital”. Campos Mares estudia un conjunto de retratos sellados por el gobierno del Distrito Federal: los invidentes posan con los ojos cerrados, acompañados de su instrumento, y los compara con las fotografías grupales encargadas a Agustín Víctor Casasola en la Escuela Nacional de Ciegos del periodo presidencial de Porfirio Díaz.

De manera conjunta, las distintas representaciones de los invidentes y la literatura popular sobre ellos generaron estereotipos y supersticiones. En este sentido, el fotógrafo decimonónico de estudio creó una suerte de

iconografía de la ceguera basada, sobre todo, en las prácticas de mendicidad y caridad. El trabajo de la autora revela cómo la fotografía, los archivos oficiales y criminalistas llevaron a concebir esta discapacidad como una consecuencia generacional derivada del alcoholismo, en lugar de que se fomentaran programas de salud pública enfocados en los avances médicos. Así, la autora nos recuerda cómo se corrompen las posibilidades fotográficas de mirar al otro.

La última investigación compilada por Meyer es de David Fajardo, quien escribe: “el dolor también puede estudiarse gracias a la fotografía, entendiéndolo como una experiencia documentada, comprendida, aprendida y socializada por medio de la propia imagen”. Para el autor, la concepción del dolor está supeditada a diversos factores culturales y a sus representaciones a lo largo de la historia. Fajardo utiliza el concepto de “polisemia” para denominar las múltiples lecturas que puede tener una imagen, particularmente en el marco de la politización de la fotografía.

El asesinato del caudillo morelense Emiliano Zapata, en 1919, es el primer acontecimiento del periodo revolucionario que Fajardo ocupa como referencia. En su momento, el suceso fue divulgado por el general Pablo González Garza, quien difundió el uso y la toma de fotografías como prueba fehaciente de la derrota del enemigo ante el presidente Venustiano Carranza. José Mora, fotógrafo simpatizante de Carranza, fue asignado para registrar el cadáver de Zapata: muestra el cuerpo desde los hombros hacia arriba, ensangrentado y de frente, pero también de costado, escoltado por varios sujetos. De estas imágenes se desprendieron esfuerzos por armar un discurso oficial en torno a ellas: las fotografías son un golpe al zapatismo y representan el fin del movimiento campesino, pues amedrentarán a los seguidores del líder sobre acciones futuras. Sin embargo, las fotografías propiciaron el fortalecimiento de la figura de Zapata como el representante de un sector social y lo fijaron en la cultura visual de su movimiento.

Fajardo retoma como ejemplo otro suceso, el ocurrido el 23 de noviembre de 1927, cuando cuerpos policiales, fotógrafos y periodistas fueron convocados para presenciar el

fusilamiento de los acusados del atentado contra Álvaro Obregón: Miguel Agustín Pro Juárez, Humberto Pro Juárez, Luis Segura Vilchis y Juan Antonio Tirado Arias, miembros de la Liga Nacional para la Defensa de la Libertad Religiosa. Acudieron a tomar registro los fotógrafos Agustín Víctor Casasola y Fernando Sosa, del periódico *El Universal*, y Enrique Delgado y Luis Zendejas de la agencia Fotografías de Actualidad. El mensaje político se valió de la difusión de las imágenes a través de fotoreportajes, en los que prevaleció un discurso que acentuaba la fuerza militar ejercida contra los implicados de forma individual para enfatizar su castigo. Contrario a la intención de amedrentar que tenía este discurso, las fotografías de los fusilamientos fueron reapropiadas por la comunidad religiosa como fotomontajes en formato postal de amplia circulación; en estos se dotó a los personajes de atributos religiosos, principalmente de santos y mártires, relativos al sacrificio, el dolor y la purificación.

Fajardo se sirve de un último evento para estudiar el dolor en la fotografía: la documen-

tación realizada por Julio Mayo en 1952 del enfrentamiento entre miembros del Partido Comunista Mexicano (PCM) y grupos de choque, que dejó varios heridos y un muerto, Luis Morales, integrante del PCM. Las dramáticas imágenes de la madre sosteniendo el cuerpo sin vida de su hijo generaron empatía en los espectadores en un momento en que se vivían tensiones vinculadas al comunismo. El ensayo de Fajardo nos recuerda que, en la actualidad, se han sumado a nuestro vocabulario conceptos como “guerra de imágenes” o “terrorismo visual”, en el contexto de las guerras internacionales y, más cerca, de los estragos del narcotráfico en México. Estas realidades acentúan la importancia de pensar el dolor en un mundo bombardeado por imágenes.

Georges Didi-Huberman, en *Arde la imagen*, otra publicación de la Serie Ve, se pregunta:

¿Acaso nuestra dificultad para orientarnos no proviene de que una sola imagen [...] deba ser entendida a veces como documento y otras tantas como un objeto onírico, como obra y objeto de tránsito, monumento y objeto de montaje, con un no saber y objeto científico?¹

Los cuatro textos de *La fotografía, indicio de la historia* coinciden en su periodo de análisis: la época revolucionaria en México, cuando el entendimiento y el uso de los dispositivos cinematográficos y fotográficos comenzó a ser visto en todo el mundo como un poderoso medio para construir ideologías. “Descartar” consiste en desmontar, ocultar, apartar, minimizar o seleccionar, pero estas acciones no sólo impactan en el valor o la información que las imágenes poseen, sino también en los significados e intenciones detrás de ellas, porque las fotografías se consideran objetos latentes. ¶



Porfirio Díaz. En Marie Robinson Wright, *Picturesque Mexico*, J. B. Lippincott Company, Filadelfia, ca. 1897, p. 5. Library of Congress ©.

1 Georges Didi-Huberman, *Arde la imagen*, Vestalia Ediciones, México, 2012, pp. 10-11.



AGUSTÍN B. ÁVILA
CASANUEVA

es coordinador de la Unidad de Divulgación del Centro de Ciencias Genómicas de la UNAM. Como miembro de Ciencia Beat, ganó el Premio Nacional de Periodismo 2018. Ha colaborado en *Chilango*, *Nexos*, *Gatopardo* y *Este País*. Es editor de *De cero a ciencia* y *Entrevistando a la ciencia morelense*.



RAQUEL BARRAGÁN
ARROCHE

es doctora por El Colmex e investigadora en el IIFL de la UNAM. En 2023 recibió el Reconocimiento Distinción Universidad Nacional para Jóvenes Académicos. Su libro *Ovidio y Marcial en la risa de la poesía burlesca del Siglo de Oro* recibió una mención honorífica en el Primer Lía Schwartz de la AIH.



JORGE CANCINO

es periodista y el editor principal de inmigración en *Univisión*. Ha sido galardonado con el Premio de Periodismo Rey de España (2014) y el Premio Ñ, entre otros. Algunos de sus libros son: *Expedición al Génesis* (2014), *Inmigración: las nuevas reglas* (2017) y *Terror en la frontera* (2020).



LUIS CERNUDA

(Sevilla, 1902-Ciudad de México, 1963) fue un poeta y teórico literario de la generación del 27. Durante la guerra civil española vivió en Londres, París y México. Entre sus obras se encuentran: *Perfil del aire*, *Los placeres prohibidos*, *Desolación de la Quimera* y *Pensamiento poético en la lírica inglesa*.



ANA ROXANA DÍAZ

es ilustradora e historietista cubana. Ha realizado diferentes publicaciones con editoriales cubanas y belgas. Bajo su nombre artístico, BlackLady4797, trabaja la ilustración y el cómic de corte autobiográfico y documental, al tiempo que se centra en temas como la imagen negra y el feminismo.



DOLORES DORANTES

es poeta, periodista y terapeuta. Budista. Vive en El Paso, Texas. Es directora ejecutiva de la organización Mujer Migrante, que promueve la escritura autobiográfica entre mujeres desplazadas en Estados Unidos. Obtuvo la residencia Civitella Ranieri Fellowship.



LUIS ESPINOSA
ARRUBARRENA

es biólogo por la Facultad de Ciencias de la UNAM y es maestro en Paleontología, por la CSULB, California. Actualmente, dirige el Museo de Geología de su *alma mater*. Ha sido coautor en artículos y capítulos de libros científicos académicos y de divulgación.



EDUARDO FLORES
ARRÓLIGA

(Managua, Nicaragua) es investigador, profesor y escritor. Doctor en filosofía y autor del libro de ensayos narrativos *Tiembra todo lo vivo* (anamá, 2023). Actualmente reside en Santiago de Compostela, Galicia.



RODRIGO FLORES
SÁNCHEZ

(Ciudad de México, 1977) es poeta, ensayista, editor y corredor de maratonistas. Su último libro, *Ventana cerrada* (2020), obtuvo el Premio Caniem al Arte Editorial. Compiló *La noche. Una cartografía de la Ciudad de México* (2013).



GABRIEL BERNAL
GRANADOS

(Ciudad de México, 1973) estudió la licenciatura en Letras Modernas en la UNAM. Sus libros más recientes: *Leonardo da Vinci. El regreso de los dioses paganos* (Turner, 2021) y *De donde se desprende que Uno es la suma total del universo* (Odradek, 2024). Actualmente es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte.



ABSALOM GARCÍA
CHOW

es doctor en Letras por la UNAM y profesor del Colegio de Letras Clásicas de la FFyL. Ha realizado estudios de paleografía griega en el Lincoln College de la Universidad de Oxford, literatura bizantina y griego medieval en Dumbarton Oaks, y linear b y griego micénico en la British School at Athens.



HECTOR GUERRERO

es periodista tapatío. Su trabajo se centra principalmente en la cultura, la migración y la violencia a consecuencia del crimen organizado. Actualmente trabaja para el diario *El País*. Ganó en coautoría el premio GABO y, en más de tres ocasiones, el POY Latam.



LEONARDO GUTIÉRREZ
ARELLANO

(Guadalajara, 2000) se dedica a la literatura y la divulgación científica. Ha publicado en revistas como *Tierra Adentro*, *Punto de Partida* y la revista de la Academia Mexicana de Ciencias. Fue becario del PECDA Jalisco y formó parte de la primera generación del diplomado de Escritura Creativa de la UNAM.



VERÓNICA GONZÁLEZ
LAPORTE

es periodista, traductora y escritora. Después de un doctorado en antropología en la Universidad de la Sorbona, París, se dedicó a la investigación en archivos del siglo XIX. Es autora de tres novelas históricas y de una biografía. Como parte del Comité editorial, edita el acervo histórico de la *Revista de la Universidad de México*.



BRUNO H. PICHÉ

es narrador y ensayista. Estudió en Concordia University, El Colmex y King's College. Obtuvo dos veces la beca Jóvenes Creadores y ha sido miembro del SNCA. Sus novelas más recientes son: *La mala costumbre de la esperanza* (2018) y *Los hechos* (2015). Actualmente trabaja en una biografía de Alfonso García Robles.



ISABEL HION

es escritora. Ha obtenido las becas FOECA y PECDA. Además, fue parte de la estancia para Jóvenes Creadores por la FLM en 2009. Aparece en las antologías *Lados B*, *Todos los nombres cuentan*, *Once Navajas* y *Mexicanas 2*. En 2024 publicó su primer libro de cuentos, *Hemos descendido al caos* (Gato blanco).



CLAUDIA KERIK

(Buenos Aires, 1957) es poeta, ensayista, traductora y académica de la UAM Iztapalapa; es egresada de la Universidad Hebrea de Jerusalén y de El Colmex. Algunas de sus publicaciones son: *Mira, tuvimos más que la vida*. *Nuevos poemas escogidos de Yehuda Amijái* (2019) y *La Ciudad de los Poemas* (2021).



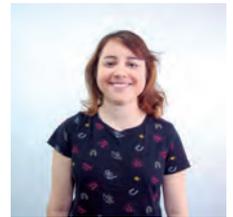
GANESH MARÍN

es ecólogo y conservacionista egresado de la UNAM y explorador 2020 de la National Geographic Society. Es doctorante en la Universidad de Arizona sobre fauna transfronteriza. Ha colaborado en proyectos científicos, fotográficos y de restauración ecológica con perros llaneros, murciélagos y osos.



MARCELA MENA
BARRETO

es gestora cultural e historiadora del arte. Ha trabajado en archivos fotográficos y colecciones particulares en labores de registro y fue coordinadora del Departamento de Fotografía en Morton Subastas. Actualmente estudia el posgrado en Conservación de Acervos Documentales en la ENCRyM.



LILIANA MUÑOZ

(Mérida, 1989) es editora, ensayista y crítica literaria. Editó la revista *Criticismo*. Ha colaborado en diversas publicaciones y suplementos, como *Letras Libres*, *Cuadernos Hispanoamericanos*, *Confabulario*, *La Palabra* y *el Hombre y la Literal Magazine*.



PHILIPPE OLLÉ-LAPRUNE

(París, 1962) es editor, escritor y promotor cultural. Dirigió la oficina del libro de la Embajada de Francia en México y fue director-fundador de la Casa Refugio Citlaltépetl. Coordina la red ICORN en América Latina y es locutor del programa *Acentos* en Opus 94.



MARIANA ORANTES

(D.F., 1986) es escritora y artista. Fue residente de la Academia de España en Roma y del 9º Programa de Estudios Independientes del MACBA. Ha sido becaria del FONCA, así como de la FLM. Es autora de cinco libros de ensayo literario y actualmente realiza una estancia de investigación en el archivo del MACBA.



MARINA PORCELLI

(Buenos Aires, 1978) es narradora y ensayista. Publicó *De la noche rota* y *La cacería*. Obtuvo el Premio Edmundo Valadés de Puebla y ha realizado residencias artísticas en México, Canadá y China. Colabora regularmente en periódicos y revistas.



ANGEL ALEJANDRO RAMÍREZ VELASCO

es licenciado, maestro y doctor por la UNAM. Experto en dinosaurios mexicanos, ha descrito dos especies nuevas y redefinido una; además, estudia las enfermedades antiguas en los fósiles. Ha trabajado en el Museo de Geología y otras instituciones. Actualmente, es investigador del INAH adscrito al CIPAQ.



JUAN CAMILO RINCÓN

es escritor, periodista literario e investigador cultural. Magíster en Estudios Literarios y experto en literatura hispano y latinoamericana. Autor, entre otros, de los libros *Ser colombiano es un acto de fe*, *Historias de Jorge Luis Borges y Colombia* y *Colombia y México: entre la sangre y la palabra*.



JOHAN TRUJILLO ARGÜELLES

(México, 1983) es gestora cultural, investigadora y docente en los ámbitos de las iniciativas culturales y de la imagen fotográfica contemporánea. El fotógrafo ciego es el eje de sus reflexiones sobre la imagen. Fue directora del Centro de la Imagen (2020–2024).



EMILY CELESTE VÁZQUEZ ENRÍQUEZ

es profesora investigadora en la Universidad de California. Su trabajo académico examina la intersección entre los estudios de migración y los fronterizos, los estudios de animales y la ecocrítica, enfocándose en la literatura mexicana, latinx, indígena-latinx y centroamericana contemporánea.



ALÁIDE VENTURA MEDINA

es una escritora que anda en bicicleta.

DONDE HAY VIDA MÁS ALLÁ DEL LABORATORIO



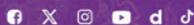
CON MANUEL SUÁREZ
MARTES 29 DE ABRIL | 21:00 H
RETRANSMISIÓN | DOMINGO 4 DE MAYO | 21:00 H



tv.unam



DGDCUNAM
Divulgación de la Ciencia



tv.unam.mx

IZZI ▶ CANAL 20 | TELEVISIÓN ABIERTA ▶ CANAL 20.1 | DISH · SKY · MEGACABLE ▶ CANAL 120



RECTOR

Dr. Leonardo Lomelí Vanegas

COORDINADORA DE DIFUSIÓN CULTURAL

Dra. Rosa Beltrán

CONSEJO ASESOR

María Soledad Funes Argüello

Miguel Armando López Leyva

Julia Santibáñez

Julia Carabias Lillo

Alejandro Cruz Atienza

Tatiana Cuevas

Jacobo Dayán

Cinthya García Leyva

Nashieli Ramírez Hernández

COMITÉ EDITORIAL

Hernán Bravo Varela

José Luis Díaz

Eugenio Fernández Vázquez

Julieta Fierro

Vivette García Deister

Thelma González Durán

Verónica González Laporte

Pura López Colomé

Mariana Ozuna

Vicente Quirarte

Jesús Ramírez-Bermúdez

Mary Frances T. Rodríguez Van Gort

Ignacio Sánchez Prado

Consulta nuestro aviso de privacidad en

<https://www.revistadelauniversidad.mx/privacy>

Suscripciones: 55 5550-5801 ext. 124

Correo electrónico: editorial@revistadelauniversidad.mx

www.revistadelauniversidad.mx

Revista de la Universidad de México, año 8, número 919, abril de 2025, es una publicación mensual numerada editada por la Universidad Nacional Autónoma de México, Av. Insurgentes Sur 3000, Coyoacán, Ciudad de México, C.P. 04510, a través de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM, con domicilio en Av. Río Magdalena 100, La Otra Banda, Álvaro Obregón, 01090, Ciudad de México. Teléfonos: 55-5550-5792 y 55-5550-5794, correo electrónico editorial@revistadelauniversidad.mx. Editora responsable: Sandra Barba García. Reserva de derechos al uso exclusivo del título número 04-2017-122017295600-102, ISSN: 0185-1330, ambos emitidos por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Certificado de Licitud de Título y Contenido: 17669. Permiso SEPOMEX IM09-01025. Impresa en Smartpress Vision, S.A. de C.V., Caravaggio 30, Col. Mixcoac, C.P. 03910, Benito Juárez, Ciudad de México. Este número se terminó de imprimir en marzo de 2025, con un tiraje de 4000 ejemplares, impresión tipo Prensa Plana, con papel bond de 105 g y papel couché de 100 g para los interiores y cartulina couché de 250 g para los forros.

La responsabilidad de los artículos publicados en la *Revista de la Universidad de México* recae, de manera exclusiva, en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la Institución; no se devolverán originales no solicitados ni se entablará correspondencia al respecto.

Revista de la Universidad de México no cobra aportaciones a sus autores para publicarse.

Distribuida por: Dirección de la Revista de la Universidad de México, Río Magdalena 100, La Otra Banda, C.P. 01090, Álvaro Obregón, Ciudad de México.

Jorge Comensal
DIRECTOR

Sandra Barba
COORDINADORA EDITORIAL

Claudina Domingo
JEFA DE REDACCIÓN

Laura Ímaz Álvarez Icaza
EDICIÓN E INVESTIGACIÓN

María Fernanda Marín
EDITORIA DE ARTE

Rafael Olvera Albavera
DISEÑO EDITORIAL

Yvonne Dávalos
VINCULACIÓN Y PROYECTOS PARA JÓVENES

Yazmín R. Romero Velasco
UNIDAD ADMINISTRATIVA

Blanca Estela Díaz
DERECHOS DE AUTOR

América Sánchez
COMERCIALIZACIÓN

Abril Peña
COMUNICACIÓN

Elizabeth Zúñiga Sandoval
ASISTENCIA EDITORIAL

Javier Narvárez
DISTRIBUCIÓN Y FOTOGRAFÍA

Fabian Jendle
SERVIDORES, BASES DE DATOS Y WEB

Maricris Herrera
Israel Hernández
(Estudio Herrera)
DISEÑO ORIGINAL

En la composición de los textos se utilizaron las familias tipográficas Chronicle Text e IBM Plex Mono.